

**POR LAS GRUTAS
Y LAS SELVAS DEL INDOSTAN**



Helena P. Blavatsky

EN BOMBAY

Caía la tarde del 16 de Febrero de 1879. Después de un penoso viaje de treinta y dos días, estallaron sobre cubierta las más alegres exclamaciones: ¡Ved el faro el faro ya de Bombay!

Olvidadas quedaron al Punto todas las distracciones de a bordo: la baraja, los libros, la música. El pasaje en masa se precipitó sobre cubierta. La Luna no había mostrado todavía su redonda faz, y una completa obscuridad reinaba, no obstante el tropical cielo estrellado, tan luminoso otras veces. El pequeño punto ígneo del faro no parecía sino una estrella más de las que desde, el cerúleo, firmamento nos hacían guiños con su titileo. La célebre Cruz del Sur lucía en uno de los lados del horizonte. El faro sumergía de tiempo en tiempo sus fulgores bajo las olas fosforescentes, y los asendereados pasajeros saludábanle como a algo amigo que ponía fin a sus congojas. No hay que decir que era general la alegría.

Un espléndido amanecer siguió a aquella lóbrega noche. El buque ya no balanceaba casi. La broncínea silueta del piloto, que acababa de tomar el rumbo, se destacaba vigorosa a los pálidos albores matutinos, y el barco arrojando bocanadas de humo, se deslizaba sobre las diáfanas y tranquilas aguas del Mar Índico caminando en derechura hacia el puerto. Nos faltaban ya sólo cuatro millas hasta Bombay, y para nosotros, infelices, que pocas semanas hacía tiritábamos de frío al cruzar el Golfo de Gascuña tan glorificado por los poetas como maldecido por los marinos, aquella perspectiva hermosa que se avecinaba no era sino el más mágico de los ensueños de ventura.

Tras las noches tropicales pasadas, cruzando el Mar Rojo, y los días abrasadores que en Aden nos torturaron, nosotros, gente nórdica, experimentábamos a la sazón algo muy insólito y emocionante, cual si nos hubiese hechizado aquella balsámica y suave brisa. Ni una sola nube empañaba el cielo, en el que sucesivamente se iban apagando las estrellas. La misma luz de la Luna, que soberana extendiese hasta entonces desde Occidente su plateado manto, se había también esfumado en la creciente luz del día que venía, no sin antes salpicar con brillantes chispas de luz la oscura estela que nuestro barco dejaba tras sí, como si simbólicamente las glorias todas de Occidente representadas por ella se despidieran de nosotros avergonzadas ante la esplendorosa luz del Sol y del Oriente que, a los recién llegados de tan luengas tierras, daba ya la bienvenida. Había, en efecto, algo de conmovedor, algo de misterioso en aquella dulce resignación que la Reina de la Noche hacía de sus derechos en manos del poderoso

usurpador que a toda prisa venía... La Luna, en fin, tocó al borde del horizonte occidental y desapareció de nuestra vista.

Súbito, casi sin transición entre la obscuridad y la luz, el ígneo y rojo globo de fuego del Sol, surgiendo por el lado opuesto junto al cabo oriental, pareció apoyar su áurea guedeja en las rocas más bajas de la isla, cual si, por un momento, atentamente nos examinase. Luego, con gallardía titánica, el luminar diurno se elevó sobre el mar y prosiguió su triunfante carrera, fecundando con sus rayos las aguas azules de la ensenada, la ribera y el archipiélago aquel con sus peñascos y sus selvas de cocoteros. Los rayos de oro del astro rey cayeron sobre una multitud de parsis, sus fieles adoradores, quienes, desde la ribera alzaban religiosamente sus brazos en honor del potente “Ojo de Ormuzd” Semejante espectáculo de sincero culto primitivo era tan solemne e imponente, que cuantos nos hallábamos sobre cubierta permanecimos mudos, silenciosos; y hasta cierto lobo de mar, de abotargadas narices, vecino a nosotros, suspendió su faena con el cable de amarre y, después de carraspear limpiando su garganta, saludó también al padre-sol a su manera.

Como caminábamos con gran precaución por la funesta y traidora bahía, tuvimos sobrado tiempo de admirar los encantos del panorama que se ofrecía a nuestra vista. Un grupo de islas se mostraba hacia nuestra diestra y sobre ellas descollaba Gharipuri o Elefanta, con su antiquísimo templo. Gharipuri, para los orientalistas europeos, es “la ciudad de las cuevas”; pero para muy sabios sanscritistas indígenas es “la ciudad de la purificación”. Su templo, perforado por hábil cuanto desconocida mano en el duro seno de una roca semejante al pórfido, es todo un insoluble problema para los arqueólogos, pues ninguno, a bien decir, es capaz de fijar concretamente su verdadera antigüedad. La cima de Elefanta, cubierta por seculares cactus, cobija misteriosa al templo principal y dos laterales labrados en su seno. A la manera de la serpiente de nuestros cuentos rusos sobre hadas, el templo hipogeo parece abrir sus obscuras fauces, dispuestas a tragarse al atrevido mortal que pretenda arrebatarse su secreto de Titán adormecido. Los dos solos dientes que le restan, denegridos por los siglos, son las dos columnas de la entrada, las cuales diríase que sostienen abiertas sus fauces monstruosas.

¡Oh divina, oh insuperable Elefanta! ¿Cuántas razas, cuántas hondas generaciones no se han arrodillado ante ti, hundiendo las frentes en el polvo al prosternarse ante la triple deidad de tu Trimurti misteriosa? Y, ¿quién puede concretar el número de siglos sucesivamente empleados por el débil hombre, para ahondar en tus pétreas entrañas este Templo de templos y esculpir en ellas tus gigantescos ídolos? Sucedido se han evos tras evos, desde que te vi la última vez, antiguo y misterioso templo, y sin embargo, idénticas interrogaciones inquietantes, las mismas caliginosas dudas me atormentan hoy que me atormentasen entonces, permaneciendo siempre sin respuesta de tus labios de Esfinge... Dentro de breves días nos habremos de volver a ver; de nuevo pasmáreme ante tu imagen adusta; ante tus triples caras de granito, y sentiré otra vez y mil más mi impotencia mental frente a frente del misterio de tu ser. Tres siglos antes de nuestro siglo, ese tu secreto cayó, ¡ay!, en manos pecadoras, que no en vano el viejo historiógrafo lusitano D. Diego de Cuta hubo de alabarse de “la desaparición misteriosa

de aquel cuadrado sillar ciclópeo que tremolaba fijo sobre el arco de la pagoda, con una clarísima inscripción que fué violentamente arrancada y enviada como obsequio al rey Don Juan III”. Luego, dicho historiador añadía: “Junto a la referida pagoda había otra; y más allá una tercera, la más prodigiosa de todas ellas en su maravillosa hermosura, increíbles proporciones y riqueza. Ellas fueron construidas por la dinastía de los reyes de Kanadá (?) cuyo monarca principal lo fué Bonazur. Nuestros bravos soldados portugueses asaltaron con tales furores estos antros de Satanás, que de ellos no hubo de quedar bien pronto piedra sobre piedra...” Lo peor y más lamentable, fué que tampoco respetaron las inscripciones que hoy podrían acaso darnos las claves del enigma, y merced a tamaño vandalismo fanático de los lusos, la cronología entera de los templos hipogeos–hindúes tienen que permanecer por siempre sepultados en un misterio arqueológico para todos, desde los propios brahmanes que les asignan 374.000 años de existencia, hasta Fergusson, que intentó vanamente el demostrar que ellos fuesen perforados hacia el siglo XII, no más, de nuestra Era.

Tal sucede siempre con todos los problemas serios: tantas veces como se nos ocurra volver la vista retrospectivamente, la Historia nos dará tan sólo hipótesis y obscuridades. No obstante de ello, Gharipuri está mencionado en la grandiosa epopeya del *Mahâbhârata*, escrito mucho antes del reinado de Ciro. Otra leyenda muy antigua refiere que dicho templo de la Trimurti fué hallado en Elefanta por los mismos hijos de Pându, una de las huestes que lucharon en la terrible guerra entre las dos dinastías respectivas del Sol y de la Luna, y que fueron expulsados de allí al ser derrotados al final de la guerra. Los de la Rajaputana, que son descendientes solares, cantan todavía esta victoria; pero ni en sus propios cantos populares se puede hoy hallar nada de positivo. Desfilarán los siglos tras los siglos y sepultado yacerá, siempre desconocido, el secreto en el pétreo seno de la Cueva.

El cerro de Malabar, morada de europeos y de indígenas ricos, se alzaba por el lado opuesto de Elefanta, en el lado izquierdo de la bahía. Sus viviendas suntuosas, pintadas con brillantes colores, aparecen exornadas por las verduras del *banyan* gigantesco, de la higuera indostana y de multitud de otros árboles, dominados por los altos y rectos cocoteros, que recubren con sus copas todas las moles del enhiesto cabo. Allí, hacia el extremo del sudeste, contemplase la casa del gobernador, mansión transparente casi como fino encaje, y contorneada por el Océano por tres de sus cuatro lados. Aquella es, sin duda, la parte más fresca y grata de Bombay, bañada siempre por tres diferentes brisas marítimas.

La isla de Bombay, o de *Mambai*, según la llaman los naturales, recibió tal nombre de la diosa Mamba de Maharati, diosa que es Mahima o Amba, Mama y Amma, según las diversas formas dialectales, y cuyo significado literal es el de la *Gran Madre*. Un templo consagrado a la diosa *Mamba–Devi*, se alzaba, todavía no hace cien años, en el mismo sitio de la moderna explanada. Sin reparar en gastos ni en dificultades, fué llevado más próximo a la ribera y del fuerte, frente a *Balesh–wara*, o sea al “Señor de los Inocentes”, uno de los infinitos nombres del Dios Shiva.

Bombay es todo un archipiélago, cuyas islas más notables son: Salseta, enlazada con Bombay por un muelle; Elefanta, que se llamó así por los portugueses, merced a la roca de su mole, tallada en forma de colosal elefante de unos treinta y cinco pies de largo, y Trombay, cuya enhiesta roca se eleva novecientos pies sobre el mar. Bombay, a la cabeza de las demás islas, parece en el mapa un enorme cangrejo fluvial, que extiende a lo lejos sus dos patas, velando vigilante por sus hermanos menores. Entre dicha isla principal y el continente corre un estrecho brazo de río que se ensancha y se ciñe alternativamente, dentellándose en él entre ambas orillas, bajo un cielo que no tiene rival en el mundo. No sin razón los portugueses que, andando el tiempo, fueron sustituidos por los ingleses, la denominaban la *Bona-bahía*, bahía que viajeros entusiastas compararon con el propio golfo de Nápoles, pero, a decir verdad, se parecen entre sí como pueda parecerse un aristocrático *kuli* a un mísero *lazzaroni*, pues el único parecido que puedan entre ambas tener es el que tienen agua en las dos.

En Bombay, igual que en su gran puerto, nada hay, dentro de su excepcional originalidad, que recordar pueda a la Europa mediterránea. Mirad, sino, los botes indígenas y los barquitos costeros: todos remedan, en sus airosas formas, al ave marina denominada *Sat*, que es una especie de alción o de gaviota. Cuando aquellas lanchitas se ponen en marcha, son el prototipo de la gracia con sus agudas proas y redondeadas popas. Diríase que se deslizan gallardas hacia atrás, y las extrañas formas de sus largas velas latinas no son sino alas de ave, sujetas por sus agudos ángulos como a una vara de altura sólo. Sorprendente es la velocidad sin igual que éstas imprimen a las lanchitas cuando las hincha el viento, haciéndolas inclinarse hasta tocar con una de sus bordas en el agua, porque, a diferencia de las chalupas de regatas europeas, no hienden las ondas, sino que se deslizan sobre ellas cual los petreles.

Y ¡qué decir de los alrededores de la bahía! Ellos parecían transportarnos a un ensueño de los de *Las mil y una noches*. Las alturas de los Montes Ghates occidentales, cortadas aquí y allí por cerros solitarios casi tan altos como ellas, demarcan todo el festoneado de la orilla. Impenetrables bosques, moradas de animales salvajes lo recubren todo, desde la base hasta las fantásticas cimas. Cada roca, cada uno de aquellos picachos cuenta con su leyenda independiente. Las mezquitas, pagodas y templos de innumerables sectas aparecen esparcidos por doquiera, y aquí y allá los ardientes rayos del sol calcinan los sillares de alguna antigua fortaleza, antaño inexpugnable y hoy derruida y recubierta de espinosos cactus.

Doquiera vense esparcidos allí los más variados cuanto sagrados recuerdos. En un sitio, un misterioso *Vihâra*, cueva de un santo *Bhikshu* budhista; en otro, un peñasco protegido por el símbolo de Shiva; más acá un templo jaíno, o una piscina sagrada llena de agua y recubierta por los lotos, como atributo esencial de toda pagoda, consagrada una vez por la bendición brahmánica y capaz desde entonces de purificar de toda mancha a los que en ella piadosamente se bailen. Los alrededores todos están materialmente cuajados de símbolos de dioses y de diosas, pues que allí cada uno de los trescientos treinta millones de divinidades del Panteón Hindú tiene su adecuada

representación, ya en una flor, en una piedra, en un ave o en un árbol, que, respectivamente, les esté consagrados. Acullá, en la falda occidental del Cerro de Malabar, se alza el templo de *Valakaiswara*, el *Señor de Arena*, rodeado de árboles seculares. Inacabables filas de nidos serpean acercándose hacia el sacro recinto, llevando, tanto los hombres como las mujeres, rutilantes anillos áureos en manos y pies; grandes brazaletes macizos desde las muñecas hasta los hombros, con las frentes exornadas en blanco, amarillo y rojo, por respectivas señales de secta, flotando al aire las níveas muselinas y los ondulantes extremos de sus turbantes orientales.

La sagrada leyenda de *Valakeswara* refiere, en efecto, que allí mismo permitió una vez Rama, cuando pasaba desde *Ayodhya* u *Oudh*, a *Lanka* o Ceilán, en busca de su esposa *Sita*, robada por *Râvana*, el perverso rey. Créese firmemente por aquéllos, que *Sakshman*, el hermano de Rama, estaba obligado a enviar diariamente a éste un nuevo *lingham* cada día desde Benarés la santa, pero una tarde hubo de descuidarse en el puntual cumplimiento de su misión. Impaciente entonces Rama, construyóse uno de arena, y cuando el consabido que esperaba llegó de Benarés, fué éste puesto en el templo y dejado el otro allí en la orilla, permaneciendo en tal estado siglos tras siglos hasta la llegada de los portugueses, contra quienes hubo de sentirse el *lingham* tan indignado por sus profanaciones que alejóse mar adentro para nunca más volver... Un poco más allá del repetido templo se muestra el estanque de *Vanattistha* o de “la punta de la flecha”, porque se cuenta que al llegar allí Rama tuvo sed y lanzó una flecha contra la roca, surgiendo así el estanque al punto. Antaño los líquidos cristales del lago estaban rodeados de un alto muro, y hubieron de construirse escalinatas para descender hasta su orilla y una serie de palacetes en mármol blanco para que los habitasen los brahmanes *dwija* o “dos veces nacidos”.

Con ser la India el país más rico en leyendas, no hay una de éstas en las ruinas, como en las frondas y en los lagos, que no esté fundada en los hechos, si bien la grosera fantasía popular las ha entenebrecido, echando de generación en generación un velo cada vez más denso y tupido sobre ellas. Con cierta habilidad y paciencia, máxime si se tiene el auxilio de algún brahman instruido de quien se haya uno captado la amistad y la suficiente confianza, puede, no obstante, llegarse a descubrir la verdad histórica que la fábula desnaturaliza.

Por allí se encuentra, asimismo, el camino que conduce al templo parsi de los adoradores del Fuego. En su ara mantiénesse perpetuamente encendido un fuego sagrado que consume todos los días enormes cantidades de madera de sándalo y plantas aromáticas. Dicho fuego encendióse hace trescientos años, y, desde entonces, luce inextinguible, no obstante mil desórdenes, luchas sectarias y hasta guerras. Aquellos güebros, discípulos de *Zaratushta* o Zoroastro se sienten orgullosos con su templo, templo en comparación del cual parecen pintarrajeados huevos de pascua las pagodas hindúes. Estas últimas están casi todas consagradas a *Hanumân*, el dios-mono, fiel aliado de Rama, y también a *Ganesh*, el dios de la Oculta Sabiduría, o bien a uno de los dioses *Devas*. Véanse ellas en cada calle, con sus dobles hileras de pipales o *ficus*

religiosa de varios siglos de edad, árboles de los que ningún templo puede carecer, puesto que constituyen la morada de los elementales y demás almas pecadoras.

Todo, todo aparece mezclado, confundido y caótico, cual el más extraño panorama de ensueño, pues que no en vano han dejado allí sus vestigios treinta largos siglos. La innata desidia de los naturales, de un lado, y del otro las orientaciones actuales, genuinamente conservadoras, de los hindúes, a un antes de la llegada de los europeos, han preservado todos aquellos monumentos de las depredadoras venganzas de los fanáticos, allí donde más peligro corrían por pertenecer a la religión budhista o a otras sectas impopulares también. Los indos o hindúes no son dados, por naturaleza, a devastaciones sin sentido, y en vano buscaría en sus cabezas el frenólogo la prominencia reveladora del instinto de destrucción. Siempre que tropecéis en vuestro camino con antigüedades más o menos vandalizadas o desfiguradas, no es de aquéllos, no, la culpa, sino de los musulmanes, o bien de los portugueses, dirigidos por los jesuitas.

El buque echó anclas, al fin, y en un momento nos vimos asediados, tanto nosotros como nuestros equipajes, por multitud de desnudos hindúes, semejantes a imponentes esqueletos: los parsis, los mogoles y cien otras tribus, estaban por ellos representadas, y tamaña muchedumbre diríase que había surgido como por encanto del fondo de la bahía, gritando, charlando, aullando, como sólo saben hacerlo las tribus asiáticas. Lo más pronto que pudimos nos apoderamos de un bote, refugiándonos allí para escapar pronto de aquella confusión de gentes y lenguas, que remedaban una segunda Babel.

Instalados de allí a poco en la quinta que nos aguardaba, la primera cosa que atrajo nuestra atención fueron las miríadas de cuervos y buitres que por Bombay pululan. Aquellos pajarracos constituyen, por decirlo así, la celosa policía municipal de la ciudad, encargados, como lo están, de limpiar de inmundicias las calles. Matar, pues, a uno de tales buitres, no sólo está prohibido por las ordenanzas, sino que resultaría asaz peligroso, dado que con ello se despertaría el espíritu de venganza de cualquier hindú, prontos como están siempre a ofrecer su vida en rescate de la de cualquier cuervo, porque es su firme creencia que el alma de sus antepasados pecadores transmigra después en aquellas aves, y, por tanto, el dar muerte a uno de ellos es perturbar la ley del karma y exponer al desdichado ascendiente a una reencarnación todavía más penosa. Tamaña creencia no sólo es profesada por los hindúes, sino hasta por los parsis más instruidos, y la misma conducta extrañamente seguida por los buitres o cuervos indos diríase que justifica hasta cierto punto semejante superstición, porque son, en cierto modo, los sepultureros de los parsis, hallándose bajo la protección directa del ángel de la muerte, o Farvandania, que se cierne por sobre las Torres del Silencio, dirigiendo las operaciones de aquella tribu alada. El ensordecedor graznido de los cuervos, que a todo recién llegado no puede menos de chocar al principio, tiene un donoso origen. Es a saber, que cada cocotero de la selva que a Bombay rodea, tiene adosado a él un *pumpkin* hueco, o corteza de fruta a manera de escudilla. Gotea en ésta la savia del árbol, la que, después que ha fermentado, se convierte en ese brebaje embriagador conocido por el nombre de *toddy* en el país. Los desnudos *toddys wallahs*,

que suelen ser portugueses mestizos, con su modesta sarta de corales, trepan como ardillas hasta troncos que miden a veces 150 pies de altura para recoger el brebaje dos veces por día. Los cuervos, que suelen construir sus nidos en lo más alto de los cocoteros, beben también en los abiertos *pumkins*, y de aquí la crónica embriaguez de estos pájaros y su graznido continuo.

Tan pronto como salimos al jardín de nuestra morada, multitud de aquellos cuervos se descolgaron pesadamente de los árboles vecinos, haciendo, al caer, un ruido indescriptible, y diríase que tenían ellos algo de humanos en las actitudes astutas y extrañas que tomaban aquellos pajarracos borrachos, y que, mientras así nos examinaban de pies a cabeza, brillaban sus ojuelos con fulgores verdaderamente diabólicos.



Los tres modestos *bungalows* que ocupábamos no parecían sino nidos de verdura, con sus techos literalmente sepultados, bajo rosales floridos de veinte pies de altura, y con sus ventanas, quienes, en lugar de cristales, se cerraban con marcos de blanca muselina. Nos hallábamos, sin duda, en la verdadera y genuina India, por cuanto nuestra vivienda se hallaba emplazada en la parte indígena de Bombay. Vivíamos, digo, en la India efectiva, no al modo de los ingleses, quienes siguen allí viviendo en Inglaterra, rodeados a corta distancia por la auténtica India, y merced a nuestra situación estábamos en óptimas condiciones para observar el carácter y costumbres del país; estudiar sus leyendas, religiones, supersticiones y ritualismos: en una palabra, vivir entre hindúes.

Todo es fantástico, original, inquietante, en el país del majestuoso elefante; de la cobra venenosa; del fracasado misionero inglés y del astuto tigre. Todo allí parece extraordinario, inesperado, maravilloso, aun para quien haya viajado por Turquía, Palestina, Damasco y Egipto. Los reinos animal y vegetal de aquellas comarcas tropicales difieren, efectivamente, en sus formas de cuanto estamos habituados a contemplar en Europa.

Ved, sino, esas mujeres atravesar, camino de una fuente, cruzando a través de un jardín que, no obstante ser propiedad particular, está, sin embargo, franco a todo el mundo, dado que unas vacas pacen en él. ¿Qué tiene en sí de extraño el encontrarse con mujeres, ver vacas y admirar un jardín? Nada, desde luego, mas una consideración más atenta, es suficiente para demostrar la enorme diferencia, que media entre la Europa y la India. En parte alguna, como en esta última, experimenta el hombre una sensación más perfecta respecto de su propia insignificancia. La exuberancia tropical es tal, que nuestros árboles más corpulentos y altos parecerían enanos comparados con los banyans y en especial con las palmeras. Una vaca europea tomaría a su congénere indostánica por modesta ternerilla, negando hasta el parentesco con ella, porque ni su pelaje de tinte de rata, ni sus rectos cuernos análogos a los del macho cabrío y encorvados hacia atrás, serían para otra cosa. Respecto de las mujeres, ellas son capaces

de entusiasmar a cualquier artista, por sus vestiduras, cuanto por la gracia gentil de sus movimientos, y, no obstante, ninguna corpulenta, blanca y sonrosada Ana Ivanowena descendería a saludarla, ni a mirarla siquiera... ¡Qué vergüenza, Dios santo; la mujer está completamente desnuda!

Semejante concepto de desprecio hacia la pobre mujer hindú, en la opinión de la mujer rusa moderna, refleja en sí el aserto de un distinguido viajero ruso, “el pecador siervo de Dios, Athanasio, hijo de Nikita de Tver”, como él se denomina, y quien, en 1470, describe así la India: “Sus habitantes están desnudos, llevan el pelo en trenzas y jamás se cubren la cabeza. Cada año tienen las mujeres un niño, y tanto ellas como sus esposos son negros. Un velo llevan en torno de la cabeza sus príncipes, y con otro velo se envuelven las piernas. Las gentes nobiliarias llevan, ellos un velo en el hombro, y ellas en torno de los riñones; pero todos caminan con los pies desnudos, y las mujeres andan con el pelo suelto y desnudo el pecho. Niños y muchachas nunca se cubren sus vergüenzas hasta que tienen siete años...” Esta descripción es exacta, pero sólo es aplicable a las más inferiores e indigentes, las que, efectivamente, sólo se cubren con un velo, tan pobre a veces que no es sino un harapo. Sin embargo, ni a la mujer más infeliz la faltan nunca una pieza de diez varas de muselina para envolver su cuerpo, y uno de cuyos extremos hace el papel de una enagua corta, y con el otro, cuando van por la calle, se cubren hombros y cabeza, si bien dejando siempre la cara descubierta. No se hallaría mujer decente alguna, en cambio, que consintiera en llevar calzado. Los zapatos son la insignia y distintivo de las mujeres desacreditadas, y cuando, hace algún tiempo, la esposa de cierto gobernador de Madrás, proyectó el que se obligase a las mujeres del país a cubrirse el pecho, a poco si no estalla una revolución, ya que únicamente las danzarinas gastan una especie de chaquetilla. El Gobierno vióse forzado a reconocer que no era prudente el exasperar a las mujeres, más peligrosas a veces que los hombres, y aquella costumbre, basada en una ley del Código del Manú y sancionada por un uso de tres mil años, permaneció inmutable y respetada.

Más de dos años antes de que dejásemos el suelo de Norteamérica veníamos manteniendo correspondencia con un sapientísimo brahmán, que actualmente (1879) es una legítima gloria en toda la India. Bajo su dirección habíamos venido para estudiar el antiguo país de los *arias*, sus *Vedas* y su lengua. Llámase el sabio el swami Dayanand Saraswati. *Swamis* se dice a los anacoretas iniciados en muchos misterios de la Naturaleza y del Hombre, misterios que yacen impenetrables para el común de los mortales. Son ellos monjes ascetas, que jamás se casan, y absolutamente distintos de esotras fraternidades mendicantes llamadas de los *Hossein* y de los *Sannyâsis*. Este pandit es un perfecto enigma para todo el mundo, y está considerado como el mayor sanscritista de toda la India. Hasta hace unos cinco años había vivido solitario, aislado de todo en una espesa selva, al modo de los antiguos gimnosofistas que mencionan los clásicos griegos y latinos, apareciendo de nuevo en el mundo como adalid de las más heroicas empresas. Después de su voluntario aislamiento, estaba a la sazón estudiando los principales sistemas filosóficos de la “Arya-vartta”, y el significado oculto de los *Vedas*, auxiliado por otros místicos y anacoretas.

Todos los hindúes, en efecto, creen que en las Montañas de Bhadrinath, que se alzan hasta veintidós mil pies sobre el nivel del mar, existen grutas espaciosas, habitadas desde hace muchos miles de años por estos santos anacoretas. Bhadrinath tiene a sus pies al río Bishegunj, al norte del Indostán, y es célebre por su templo de Vhisnú, situado en el corazón de la ciudad. Dentro del templo hay manantiales termales minero–medicinales, visitados anualmente por unos cincuenta mil peregrinos, que van a purificarse y a buscar la salud en ellos.

Tan luego como apareció en público Dayanand Saraswati, causó una sensación inmensa, y mereció bien pronto por sus atrevimientos el nombre de “el Lutero de la India”. Vagando de una en otra población, tan pronto en el Norte como en el Sur, y trasladándose de un extremo a otro del país con celeridad increíble, él ha visitado toda la India, desde Bombay a Calcuta y del Cabo Comorín a los Himalayas, predicando la *Deidad Una y Única*, y probando, con las *Vedas* en la mano, que en las más antiguas escrituras no hay ni una sola palabra que pueda justificar el actual politeísmo. El gran orador sagrado lucha con todo su poder contra las castas, contra el casamiento de los niños, y contra todo linaje, en fin, de supersticiones, lanzando rayos y truenos contra la idolatría. Pero sus más formidables arremetidas las guarda contra los brahmanes, a quienes culpa de haber fomentado todos los males incrustados en la India por siglos y más siglos de casuística interpretación de los *Vedas*, y acusándoles públicamente de ser los únicos culpables del estado de abyecta humillación en la que yace el país, país antaño grande e independiente y hoy esclavizado y envilecido. No obstante tan atrevidas predicaciones, la Gran Bretaña tiene en él un aliado y no un enemigo, por cuanto suele decir a todos los que quieren oírle: “Si expulsáis a los ingleses, inmediatamente después, vosotros, yo y todo aquel que se alce contra el culto de los ídolos, seremos degollados cual pobres corderillos. Los musulmanes son más fuertes que los idólatras; pero los idólatras son más fuertes que nosotros”.

El pandit Dayanand ha sostenido formidables disputas con los brahmanes, esos traidores enemigos del pueblo, saliendo victorioso casi siempre. En Benarés llegaron hasta a reclutar asesinos para matarle en secreto, pero la intentona fracasó. En una pequeña ciudad de Bengala, donde fustigase sin piedad al fetichismo, un fanático soltó una enorme cobra contra sus desnudos pies. Conviene advertir previamente que hay dos serpientes diferentes, deificadas por la Mitología brahmánica: la que rodea el cuello de los ídolos de Shiva, llamada Vasuki, y la otra, Ananta, que forma el lecho de Vishnú. Así, el adorador de Shiva, completamente seguro de que su cobra, como adiestrada ya de antaño para los misterios de una pagoda shivaíta, daría prontamente fin del culpable, exclamó, triunfal, al tiempo que arrojaba la cobra contra el asceta:

–¡Que el mismo dios Vasuki demuestre quién de los dos tiene razón!

–Que lo haga cuando guste– respondió Dayanand con la más impasible serenidad.

Y sacudiendo de sí la cobra, que ya se enroscaba a su pierna, con un solo movimiento lleno de energía, aplastó la cabeza del funesto reptil, añadiendo:

–Vuestro dios ha estado demasiado torpe y lento; yo soy, pues, quien ha decidido la disputa.

Y, como si nada hubiese pasado, terminó diciendo:

–Ya podéis anunciar al mundo cuán fácilmente perecen los falsos dioses.

Merced a su absoluto conocimiento del sánscrito, el pandit no sólo presta inmenso auxilio a las masas, aclarando su ignorancia respecto al evidente monoteísmo de los *Vedas*, sino que le proporciona, si cabe, aun mayor a la Ciencia, poniendo de relieve y de manifiesto quiénes son efectivamente los brahmanes, única casta de la India que, durante luengos siglos, ha tenido el derecho exclusivo de estudiar los *Vedas* y de comentarios, haciéndolo siempre tan sólo para su propio engrandecimiento explotador.

Antes, mucho antes de que orientalistas tales como Burnouf, Colebrooke y Max Müller se ocupasen del asunto, muchos reformadores indostánicos han tratado de probar el purísimo monoteísmo de las doctrinas védicas, y hasta ha habido fundadores de nuevas religiones que llegaron a negar las revelaciones de dichas Escrituras, tales como el Rajá Ram Mohum Roy, y después de él, Babú Keshub Chunder Sen, ambos bengaleses, de Calcuta. Ninguno de ellos, sin embargo, pudo lograr éxito, sino añadir el nombre de una nueva secta más a las innumerables que pululan por la India. Ram Mohum Roy murió en Inglaterra sin haber casi nada hecho; y en cuanto a Keshub Chunder Sen, después de fundar la de *Brahma Samaj*, la cual profesa una religión extraída de las profundidades de la propia imaginación de Babu, se hizo un exaltado místico, y, como solemos decir en Rusia, es hoy “mera cereza del mismo huerto”, al igual de los espiritistas, por quienes está considerado como un gran médium, y como el Swedenborg de Calcuta, pasando su tiempo en sucia piscina, proclamándose el profeta de sus gentes y ejecutando una danza mística vestido de mujer, en atención, dice, “a la mujer diosa”, designación que aplica al par, a “su madre, su padre y su hermano primogénito”.

En suma: que todo cuanto hasta aquí se ha intentado para restablecer el puro monoteísmo primitivo de la Ario-India ha sido un ruidoso fracaso, al chocar contra la doble roca del Brahmanismo y de los prejuicios de tantos y tantos siglos de existencia. Mas he aquí que se muestra de improviso Dayanand, respecto de quien ni aun sus discípulos predilectos saben ni quién es ni de dónde viene, ya que él confiesa únicamente ante las multitudes a quienes subyuga que el nombre aquel bajo el cual es conocido no es el propio suyo, sino el que le fué dado por su Maestro al recibir la iniciación de verdadero Yogui.

Patanjali fué el fundador de la mística escuela Yoga, uno de los seis sistemas filosóficos de la India primitiva. Supónese que todos los filósofos neoplatónicos o gnósticos de la segunda y tercera escuela de Alejandría fueron discípulos de los yoguis indos, y es tradicional el creer que su teurgia fué importada por Pitágoras de la India. Aun se encuentran cientos de yoguis en esta última que practican la yoga de Patanjali, y que aseguran estar, mediante ella, en inefable comunicación con el propio Brahma; pero es lo cierto que la mayor parte de ellos son mendigos profesionales, vagos de

solemnidad e inconmensurables embaucadores, que explotan las ansias milagreras del populacho indígena. Los yoguis verdaderos evitan cuanto pueden el mostrarse en público, reclusos, como casi siempre lo están, y consagrados a perpetuo estudio, no presentándose sino cuando tienen una misión especial que cumplir en el mundo, cual acaeciera a Dayanand, porque Dayanand es el sanscritista más profundo que ha conocido la India; el metafísico más abstruso; el orador más maravilloso y el más osado fustigador de los errores y vicios que se ha conocido desde los tiempos de Sankarâchârya, el fundador de la filosofía Vedanta, sistema a su vez que es corona de toda la enseñanza panteísta, y la más metafísica de todas las escuelas indas.

La prestancia de Dayanand, por otra parte, es sencillamente magnífica. Su estatura es gigantesca; de pálida tez, más europea que inda; grandes y fulgurantes ojos y luengo pelo canoso, porque conviene saber que los verdaderos yoguis o *dikshatas* (iniciados) no se cortan jamás el pelo ni la barba. Su voz clara y sonora matiza a maravilla toda la gamma de los sentimientos, desde el dulce y acariciador balbuceo infantil hasta la tonante ira contra las perfidias y falsedades de los sacerdotes, conjunto que produce mágico e indescriptible efecto en la tan impresionable imaginación de los hindúes. Así que doquiera se muestra Dayanand, las multitudes se le postran en el polvo, besando sus huellas; pero, bien a diferencia del babú Keshub Chunder Sen, no les enseña una nueva religión inventando dogmas nuevos, y sólo les preconiza la necesidad de volver a los olvidados estudios sánscritos, y que pongan en parangón las santas enseñanzas de sus mayores con las falsificaciones y degradaciones brahmánicas, retornando a la purísima concepción de la Deidad que enseñaron los primievales rishis Agni, Vayu, Aditya y Anghira, patriarcas sublimes que diesen los *Vedas* a la pobre Humanidad. Y ni siquiera pretende Dayanand que los mismos *Vedas* sean una revelación del cielo, sino que enseña únicamente que “cada palabra de estas Escrituras responde a la Inspiración más elevada que le es dable recibir al hombre de la tierra, inspiración mil veces repetida en la historia de la Humanidad, y que tantas veces como es necesario surge en cualquier país.”

El swami Dayanand, en meros cinco años de predicaciones estupendas, hizo unos dos millones de prosélitos, principalmente entre las altas clases, y, a juzgar por todas las apariencias, ellos están prontos a sacrificar por él sus almas, sus vidas, y lo que les es con frecuencia más estimado que la vida misma, o sea sus bienes materiales. Dayanand, como verdadero yogui, jamás toca dinero alguno con sus manos y hasta desprecia estas cuestiones ínfimas, contentándose por todo alimento con unos cuantos puñados de arroz cada día, sobriedad ante la cual uno casi llega a pensar que acaso lleva una como encantada vida, en vista, además, de su serenidad pasmosa ante el torrente desatado de las pasiones humanas más inferiores que despierta, y que tan peligrosas suelen ser en la India. Una marmórea estatua no permanecería más impasible que él ante las irritadas muchedumbres de fanáticos, y una vez pudimos verle en acción; despidió, en efecto, a todos sus fieles secuaces, prohibiéndoles que velasen sobre él ni menos que defendiesen, y se quedó solo, frente por frente de una multitud furibunda, mirando impasible al monstruo colectivo que parecía dispuesto a lanzarse sobre él y despedazarle.



Llegados aquí nos conviene dar una breve explicación. Hace varios años que se constituyó en Nueva York una Sociedad de personas enérgicas e instruidas, a quienes cierto sabio de sutil ingenio hubo de denominar *Sociedad de los descontentos del espiritismo*. Los fundadores de ella, eran gentes que admitían la realidad de los fenómenos espiritistas, cual creían en la posibilidad de cien otros fenómenos naturales, negando, no obstante, la llamada “teoría de los espíritus”. Consideraba, en suma, que la moderna filosofía espiritista se encontraba en los primeros grados no más de desenvolvimiento, sin haber penetrado en la verdadera naturaleza espiritual y psíquica del hombre y rechazando, al igual de lo que hacer suelen las gentes llamadas científicas, todo cuanto no pueda ser explicado y abarcado por sus teorías particularistas.

No bien surgió semejante agrupación, que se diese a conocer al mundo como *Sociedad teosófica*, norteamericanos muy instruidos se adhirieron a ella. No quiere esto decir que sus miembros no diferían entre sí en la apreciación de muchos problemas, al modo de cualquier otra Sociedad de las que existen por el mundo: Sociedades geográficas o arqueológicas que entablan controversias, durante muchos años, acerca de las verdaderas fuentes del Nilo, o de la interpretación que deba darse a los jeroglíficos egipcios, aunque los primeros estén de acuerdo en cuanto a admitir que, pues el Nilo tiene agua, forzosamente han de encontrarse en alguna parte sus fuentes. Igual sucede con los múltiples fenómenos del magnetismo del espiritismo, que aún esperan al Champollión que haya de esclarecerlos. Pero la piedra-clave de Roseta no había, no, que buscarla en Europa ni en América, sino en los remotos países donde todavía se admite la existencia de la Magia, donde los sacerdotes indígenas salen a maravilla por día, y donde el frío hábito del positivismo materialista de la ciencia no ha llegado aún, es decir, en el Oriente.

No ignoraba, en efecto, el Consejo de la Sociedad que los lamas budhistas, verbigracia, aunque negaban la inmortalidad del alma y no creía en Dios tampoco, se han hecho célebres por “fenómenos” los más extraordinarios; que el magnetismo animal era conocido y practicado en China a la continua desde tiempo inmemorial, bajo la denominación de *Gina* o *Jina*, y que en la misma India temen y odian hasta el nombre de esos espíritus a quienes tan profundamente parecen venerar nuestros espiritistas, no obstante lo cual, muchos fakires ignorantes pueden ejecutar “milagros” capaces de dar al traste con todas las nociones acariciadas por los científicos, cuanto para exasperar a los más hábiles prestidigitadores europeos.

Muchos individuos de dicha Sociedad Teosófica han visitado la India; muchos han nacido en la India misma y han presenciado, por sí propios, las brujerías de los brahmanes y los fundadores de aquella agrupación, convencidos de cuán crasísima es la ignorancia moderna respecto del hombre espiritual, anhelaban que se aplicase a los problemas metafísicos ese mismo método comparativo, que tan buen fruto le diese a

Cuvier en Anatomía. Con ello los métodos inductivo y deductivo usados por Occidente pasarían de las regiones físicas al mundo genuino de la psiquis. “De otro modo –decían– la Psicología quedará estancada y hasta constituirá una rémora de las demás ciencias de la Naturaleza”. Y no han faltado tampoco ocasiones en las que la Fisiología occidental ha merodeado y cazado furtivamente en los campos de los conocimientos puramente abstractos y metafísicos, fingiendo al par ignorar por completo estos últimos, y pretendiendo, en vano, clasificar la Psicología entre las llamadas “Ciencias positivas”, no sin arrancarla previamente al lecho de Procrusto, donde hoy yace, aunque vengándose con negar sus secretos a tan groseros atormentadores.

Añadamos que, en poco tiempo, la repetida Sociedad llegó a contar sus individuos, no por cientos, sino por miles, pues que en ella ingresaron bien pronto todos los “descontentos” del espiritismo americano, en un tiempo en el que había en América hasta doce millones de espiritistas. Otras *ramas* de aquel tronco brotaron en Londres, Corfú, Australia, España, Cuba, California, etc., y en cuantas partes se hacían nuevos experimentos, se afirmaba la creencia de que los fenómenos en cuestión no eran causados únicamente por los espíritus. Después se fundaron también otras ramas en la India y en Ceilán. Los miembros budhistas y brahmanes llegaron en ellas a ser más numerosos que los europeos. Se formó una Liga internacional y añadióse al nombre de la Sociedad el subtítulo de “La Fraternidad Humana”. Después de una cordial y activa correspondencia entre la Sociedad Teosófica y la Arya–Samaj, fundada por el swami Dayanand, se fusionaron entre ambas asociaciones, y entonces el Consejo Supremo de la rama de Nueva York decidió enviar una delegación especial a la India para estudiar sobre el terreno la antiquísima lengua en que se escribiesen los *Vedas*, cuanto los manuscritos y fenomenología del yoguismo. El día 17 de Diciembre de 1878, la Delegación, compuesta de dos secretarios y dos miembros del Consejo de la Sociedad Teosófica, salió de Nueva York, deteniéndose unos días en Londres, y prosiguiendo después a Bombay, donde desembarcó en Febrero de 1879.

Todo cuanto antecede, ¡ay!, escribióse hace algún tiempo. Desde entonces el swami Dayanand ha cambiado por completo de actitud hacia nosotros. Hoy es un enemigo personal de la Sociedad Teosófica, cuanto de sus dos fundadores, el coronel Olcott y la autora de estas cartas. Parece ser que al aliarse ofensiva y defensivamente con nuestra Sociedad, abrigaba secretos propósitos de que todos sus individuos cristianos, brahmanes y budhistas, reconocieran su supremacía y se hiciesen miembros así de su Arya–Samaj. Inútil es añadir que semejante propósito era imposible, ya que la Sociedad Teosófica se basa en la más completa fraternidad y en la no ingerencia en las respectivas creencias religiosas de sus individuos. La tolerancia recíproca es su alma y su base, dentro de su objetivo puramente filosófico e investigador. Semejante cosa no convenía a Dayanand y pretendía que todos los miembros teósofos se convirtiesen en sus discípulos o, de lo contrario, fuesen expulsados de la Sociedad, no es dudoso que ni el Presidente ni el Consejo podían allanarse a semejante pretensión. Los ingleses y los norteamericanos, tanto cristianos como librepensadores, los budhistas y, especialmente, los brahmanes, se rebelaron contra Dayanand, pidiendo unánimes la ruptura de la alianza.

No obstante, todo esto no acaeció sino en tiempos después. En la época a que me refiero éramos todos los amigos, y los aliados del swami, y supimos con gran placer que el “mela” de Hardwar que iba a visitar, se celebraba cada doce años y era una especie de feria religiosa que servía de punto de reunión a los más ilustres representantes de todas las numerosas sectas que en la India existen. Celébranse públicas controversias acerca de todos los puntos religiosos y se leen por los contrincantes las más sabias tesis y disertaciones. Aquel año la reunión de Hardwar era excepcionalmente numerosa. Sólo los sannyâsis o monjes mendicantes de la India sumaban 35.000, y el cólera, previsto por el swami, se declaró efectivamente. Como aún faltaba bastante tiempo para aquella Asamblea, le consagramos a visitar Bombay con todo detenimiento.

La Torre del Silencio, en las cumbres del Malabar–Hill, es la última morada donde descansan los hijos de Zoroastro. En semejante cementerio parsi, sus muertos, sin distinción entre hombres y mujeres, ricos y pobres, son puestos en fila, no quedando de ellos en pocos minutos sino los esqueletos. Las Torres del Silencio, llamadas así por el que en ellas ha reinado durante siglos, causan la más desoladora impresión en el ánimo del extranjero y existen doquiera que habitan los parsis. La más grande de las seis torres con que cuenta Bombay, fué construida hace doscientos cincuenta años, y la más pequeña hace muy poco tiempo.

Dichas Torres del Silencio, con raras excepciones, son de forma cuadrada o redonda, de veinte a cuarenta pies de altura, sin puertas ni techumbre; con una sola entrada de hierro hacia el Este, y tan pequeña que unos matorrales la recubren. El primer cadáver que se lleve a una *dakhma* o torre nueva ha de ser el de un niño o el de un *mobed* o sacerdote. A nadie, ni aun al vigilante principal, se le permite aproximarse a más de treinta pasos de estas torres. Solamente a los *nassesalares*, o portadores de los muertos les es permitido entrar y salir en ellas, pero la vida que ellos llevan es aún más miserable que la del propio verdugo europeo, pues que, apartados de todo contacto humano, yacen en el aislamiento más abyecto. Prohibido, como les está, el ir a los mercados, tienen precisión de buscarse el alimento por los medios más inverosímiles. Nacen, se casan y mueren sin relación alguna con los demás seres del mundo, a excepción de los suyos, y sólo cruzan las calles para incautarse de los muertos y llevarlos a la torre.

Hasta su vecindad es considerada como impura. Al entrar en la torre con el cadáver, que sea el que hubiese sido su rango social, va cubierto con blancos harapos, lo desnudan y lo colocan silenciosamente en una de las tres filas que vamos a describir. Luego, con idéntico mutismo salen, cierran la puerta y queman los harapos.

Entre los adoradores del fuego, la muerte se ve despojada de toda su imponente majestad, siendo sólo objeto de repugnancia. Cuando la última hora del enfermo se aproxima, todos abandonan la estancia mortuoria, tanto para no crear obstáculos con su presencia a la salida del alma del cuerpo, como para no contaminarse el vivo con el contacto del muerto. Únicamente el sacerdote permanece un rato con el moribundo, y después de recitar en su oído el *ashem–vohu*, el *yato–ahavarie* y otros pasajes del Zend–Avesta, abandona la habitación antes de que el moribundo abandone su cuerpo. En seguida traen un perro, poniéndole cara a cara con aquél, ceremonia denominada

sas-did o sea de “la mirada del perro”, y esto se hace porque el perro es el único ser viviente a quien el *drux-nassu*, o demonio, teme, pues le impide tomar posesión del cadáver. Al efecto se tiene gran cuidado de que no se interponga la sombra de nadie entre el moribundo y el perro, porque toda la fuerza de la mirada del perro se perdería y el diablo no desaprovecharía tamaña ocasión. Después, el cadáver es dejado en el punto en que la vida le abandonó, hasta que los *nassesalares* aparecen con los brazos envueltos en viejos sacos para llevárselo al *dakhma*, depositándole en un féretro de hierro, que es el mismo para todos. Si por acaso acontece que alguno tenido por muerto vuelve en sí, los *nassesalares* tienen la misión de matarle, pues todo aquel que ha sido contaminado por el contacto de los cadáveres del *dakhma*, ha perdido, *ipso facto*, todo derecho de volver entre los vivos, porque, al hacerlo, contaminaría a toda la vecindad. Como parece ser que se han repetido muchas veces los casos de muerte aparente, se está tratando ahora de que los parsis acepten una nueva ley que permita a los infelices *ex cadáveres* el poder volver a habitar entre sus gentes, obligándose a los *nassesalares* a que dejen abierta la única puerta del *dakhma*, de suerte que puedan hallar un medio de escapar. Dícese, a este propósito, que los buitres devoran al punto los cadáveres, pero que jamás tocan a los aparentemente muertos, sino que, antes bien, huyen de ellos, dando pavorosos graznidos. Después de la postrera oración pronunciada a distancia por el sacerdote, tornase a la ceremonia primera de “la mirada del perro”, con uno de estos animalitos educados al efecto, que nunca falta en las Torres del Silencio. Por último, se introduce el cadáver en ella, colocándosele en la fila que por edad, sexo y condición le corresponde.

Por dos veces hemos presenciado la ceremonia de los moribundos y una vez la del entierro, si cabe aquí emplear tan incongruente término, porque en este punto los parsis son más tolerantes que los hindúes, quienes se ofenden con la presencia sola de un europeo en sus ceremonias religiosas. N. Bayranji, principal encargado de la torre, nos invitó a presenciar el entierro de una mujer de buena posición. Así, sentados tranquilamente en la terraza de nuestro bondadoso huésped, pudimos verlo todo a distancia de unos cuarenta pasos. Mientras que el perro miraba con gran fijeza la cara de la muerta, nosotros contemplábamos con igual intensidad, pero con indecible repugnancia, la enorme bandada de buitres que se cernía sobre la torre, donde descendían luego llevándose entre las garras y el pico pedazos de carne humana.

Los buitres de los *dakhmas* han sido expresamente importados de Persia, porque los buitres indos resultan ser demasiado débiles y no lo bastante carniceros para ejecutar el proceso de la monda de los esqueletos con toda la rapidez prescrita por Zoroastro, operación, se nos dijo, que dura apenas unos minutos. Cuando se hubo concluido la ceremonia, pudimos estudiar en otro edificio un modelo completo de una Torre del Silencio, representándonos así lo que ocurre en las verdaderas. En éstas hay en el centro un profundo pozo sin agua, cubierto por un enrejado como la boca de una alcantarilla, y alrededor del sumidero aquel, unos receptáculos en forma de nichos para recibir los cadáveres. Los nichos son en número de 365, en tres filas, de las cuales la primera y más pequeña es para los niños; la segunda para las mujeres, y la tercera para los varones. Dicho triple círculo es el emblema de las tres virtudes cardinales zoroastrianas:

pensamientos puros, palabras puras y obras buenas. Los buitres dejan mondados los esqueletos en menos de una hora; en dos o tres semanas el sol tropical calcina las osamentas hasta reducirlas a un estado de fragilidad tal, que el más leve soplo de viento basta para reducirlas a polvo y sepultar el polvo en el pozo, sin que haya mal olor alguno, ni temor, por tanto, a pestes o epidemias, cosa que no sabemos hasta qué punto no será ello preferible a la cremación, que deja en el aire, alrededor del *ghat*, un cierto olor, aunque ligero, desagradable. El *ghat* es un sitio a orillas del mar o de un río, donde los hindúes incineran a sus muertos. Así, en lugar de alimentar a la “húmeda Madre-Tierra”, la antigua deidad eslava, con podredumbre, los parsis dan a *Armasti* polvo puro. *Armasti* significa literalmente *la Vaca nutridora*, y Zoroastro enseña que el cultivo de la tierra es la tarea más noble a los ojos de Dios, por lo cual este culto es sacrosanto entre los parsis, quienes toman toda clase de precauciones, las más inverosímiles, para no contaminar a *la Vaca nutridora* que les da “cien dorados granos por uno”. En la época en que soplan los monzones, en cuyos cuatro meses cae incesantemente la lluvia, ella lava y arrastra hasta el sumidero todo cuanto dejan los buitres, y este agua se filtra después por las paredes del pozo, cuyo fondo está cubierto, además, de carbón vegetal y de finísima arena.

La visita al *Pinjarapala* es mucho menos desagradable y hasta entretenida. El *Pinjarapala* es el hospital de Bombay para animales decrepitos, hospital que existe siempre en toda ciudad que cuente con *jainos*. La religión *Jaina* es una de las más antiguas e interesantes de toda la India, muy anterior al Budhismo, que comenzó del año 543 al 477, antes de nuestra Era. Los jainos se jactan de que el Budhismo no es sino una mera herejía del Jainismo, habiendo sido Gautama, el fundador de aquella religión, un discípulo y sectario de un gran *Gurú* o Maestro jaino. Las costumbres, ritos y concepciones filosóficas de los jainos son intermediarias entre las de los brahmanes y los budhistas. Desde el punto de vista de la organización social, se parecen a los primeros; pero en orden a religión se acercan más a estos últimos. Sus divisiones de casta, su total abstinencia de carne, su resistencia a rendir culto a estatuas ni reliquias, son tan estrictamente observadas por ellos como por los mismos brahmanes; pero, al igual de los budhistas, niegan a los dioses del panteón hindú y la propia autoridad de *Los Vedas*, adorando a los veinticuatro *Tirthankaras* o *Jinas*, jefes de la Hueste de los Bienaventurados, lo que constituye su culto característico. Sus sacerdotes, como los de los budhistas, permanecen célibes; viven en *vihâras* aislados, solitarios, y eligen sucesores indiferentemente entre los de cualquier clase social.

Según los jainos, el único lenguaje sagrado es el *pákrito*, que es el usado en su literatura religiosa, así como los budhistas ceilaneses. Jainos y budhistas tienen idéntica cronología legendaria. No comen después de puesto el sol y quitan con minucioso esmero hasta el polvo del asiento en que van a posarse, para no aplastar al insecto más ínfimo. Ambos sistemas, o más bien escuelas de filosofía Jaina y budhista, enseñan la teoría de átomos eternos e indestructibles, al tenor de la teoría atómica de Kanâda, y aseguran que el Cosmos ni tuvo principio ni tendrá fin. “El universo entero no es sino *Maya* o ilusión”, dicen a una los vedantinos, budhistas y jainos; pero, mientras que los secuaces de Sankarâchârya predicán sobre Parabrahm– la Divinidad sin

voluntad, entendimiento ni acción por ser Entendimiento, Mente y Voluntad absolutas—y sobre Ishwara, que de Él emana, los jainos y budhistas no creen en creador alguno del mundo, sino que enseñan tan sólo la existencia de *Swabhawat*, un principio de la Naturaleza, o Substancia Primordial de formación espontánea, plástica e infinita. Sin embargo, al igual de todas las sectas indas, el jaino cree en la transmigración de las almas, o sea en la Metempsicosis, y de aquí su temor de matar a cualquier animal, hasta el insecto más ínfimo, porque con ello acaso priva de la vida a un verdadero antepasado suyo. Por eso también su respeto hacia toda criatura viviente, por las que desarrolla un amor y una solicitud increíbles. No sólo hay en cualquier ciudad, por ínfima que sea, un hospital—sanatorio para animales enfermos, sino que sus sacerdotes llevan siempre una especie de bufanda de muselina, a fin de no destruir al más ínfimo mosquito de los que en el aire pululan. Análogo temor les hace no beber sino agua filtrada. Varios millones de jainos, en fin, están repartidos por Bombay, el Gujerat, Konkan y algunos otros sitios.

El Pinjarapala de Bombay ocupa un barrio entero de la ciudad y está distribuido entre prados, jardines y patios con abrevaderos, jaulas para fieras y cercados para animales domesticados. Una institución, en suma, que bien pudiera haber servido como modelo al Arca de Noé. En el primero de los patios no vimos animales, sino centenares de espectros humanos: ancianos, mujeres y niños. Eran los indígenas que restaban de los “distritos del hambre”, caídos sobre Bombay como mendigos. Así, al par que pocas yardas más allá los veis o curanderos oficiales estaban ocupados con la tarea de vendar las rotas patas de un chacal; en derramar aceite caliente sobre los ulcerados lomos de perros sarnosos, y en ajustar muletas a cigüeñas lisiadas, muchos seres humanos se morían de hambre allí mismo.

Por dicha de aquellos famélicos seres humanos, había a la sazón menos animales asilados que de ordinario, y así, eran alimentados con los residuos miserables de las bestias allí recogidas, y no me cabe duda alguna de que no pocos de aquellos infelices caídos habrían consentido gustosos en transmigrar instantáneamente a los cuerpos de animales que así terminaban su carrera terrestre tan mimosamente atendidos.

Pero ni aun las rosas de Pinjarapala carecen de espinas. Las *personalidades* granívoras no podían desear nada mejor, por supuesto; pero me permito dudar de que fieras cual los tigres, leones, hienas y lobos se encuentren satisfechos con semejante régimen dietético como el que se les impone allí. Los mismos jainos rechazan con repugnancia el pescado y los huevos. Por consiguiente, cuantos animales disfrutaban de sus solícitos cuidados tienen que hacerse vegetarianos. Estábamos presentes cuando dieron de comer a un tigre herido por una bala inglesa. Olfateó con displicencia la sopa de arroz que le presentaron, sacudió la cola con desagrado, gruñó, enseñándonos sus dientes amarillentos, y con un débil rugido se apartó de la comida. En cambio, ¡qué mirada tan oblicua y significativa lanzó sobre su guardián, que trataba con dulzura de persuadirle a que probase la sabrosa sopa! Sólo los fuertes barrotes de la prisión salvaron al jaino de otra más vigorosa protesta por parte de aquel veterano de la selva. Una hiena, con la cabeza sangrando y una oreja medio deshecha, principió por sentarse sobre la artesa llena de aquella salsa espartana, y después, sin más ceremonia, la volcó, como para

demostrar su olímpico desprecio hacia tamaña porquería para sus carniceros gustos. Los perros y lobos lanzaban aullidos tan lastimeros, que atrajeron al fin la atención de dos amigos inseparables: un viejo elefante con una pata de palo y un buey con un ojo enfermo; los verdaderos e inseparables Cástor y Pólux de la institución. Conforme a su noble naturaleza, el primer pensamiento del elefante fué para su amigo: rodeó con su trompa el cuello del buey, cual brindándole protección, y ambos mugieron débilmente. Toda una alada tribu de loros, cigüeñas, palomas y flamencos se refocilaba con su almuerzo. Los monos fueron los primeros en responder a la llamada del guardián, con gozo extraordinario. Más allá nos mostraron a un *santo* hombre que estaba alimentando insectos con su propia sangre. Yacía tendido en el suelo y con los ojos cerrados recibiendo de lleno los caliginosos rayos del sol, cubierto de todo género de hormigas, moscas, mosquitos y chinches.

–Ellos son todos hermanos nuestros –observó con gran dulzura el guarda–. ¿Cómo vosotros, los europeos, podéis matarlos y hasta devorarlos?

–¿Qué haríais, pues, vos –interroguéle–, si tratase de morderos esa terrible serpiente? ¿La mataríais si ella os diese tiempo?

–¡Por nada del mundo! –respondió–. La cogería con cuidado y la pondría en libertad en algún paraje desierto, fuera de la ciudad.

–¿Y si os mordiese?

–Recitaría tranquilo un *mantram*, y si ello no producía el debido efecto, me resignaría a la ley del Destino y dejaría este cuerpo cambiándole por otro.

Tal fué la contestación de un hombre hasta cierto punto educado e instruido, y cuando le opusimos que ninguno de los dones de la Naturaleza carece del debido objetivo, y que el hombre, por ejemplo, tenía cuatro caninos carnívoros, nos replicó citando capítulos enteros de la *Teoría de la selección natural y de los Orígenes de las especies*, de Darwin:

–Es falso que el hombre en sus orígenes tuviese dientes caninos –repuso–. Ello vino después, a medida que la Humanidad fué cayendo más y más. Cuando el instinto carnicero principió a desarrollarse, las mandíbulas humanas cambiaron de forma para adaptarse a las nuevas necesidades.

No pude menos de preguntarme entonces aquello de: “où la science va-t-elle se fourrer?”.

Aquella noche se dió en el Teatro de Elphinstone una función especial “en honor de la *Misión Americana*”, como aquí nos dicen. Una compañía de actores del país representaron en Gujerate el viejo drama mitológico del *Sita-Rama*, inspirado en el *Râmâyana* del poeta épico Valmiki. El drama consta de catorce actos y de innumerables cuadros de gran tramoya escénica. Los papeles femeninos, según uso, fueron ejecutados por muchachos. Los actores, al tenor de la costumbre tradicional, estaban descalzos y medio desnudos. La fastuosidad de los vestidos y la profusión y riqueza de los adornos y de las mutaciones escénicas eran realmente extraordinarios, maravillosos. Aun en los

mismos escenarios de los grandes teatros de ópera no habría podido ofrecerse una representación más fidedigna de los ejércitos de Rama, tropas de monos al mando del gran Hanumân, el soldado-poeta y estadista, el dios dramaturgo tan celebrado en la historia de toda la India. El *Hanumân-Natak*, el drama mejor y más antiguo de la India, se atribuye a este nuestro talentado y siniestro antecesor.

Pasaron, ¡jay!, los felices tiempos en que orgullosos nosotros de nuestra blanca piel, la que después de todo no es, acaso, sino el resultado de una decoloración bajo un cielo septentrional, considerábamos a los hindúes y a otros “negros” con un desprecio olímpico, adecuado a nuestra propia magnificencia, y, a no dudarlo, el compasivo Sir William Jones habrá sentido pena al traducir del sánscrito sentencias tan humillantes para nuestro orgullo como estas: “Dícese que Hanumân es el antepasado de los europeos”. Pudo muy bien Rama, como semidiós y héroe que él era, desposar a todos los célibes de su poderoso ejército de monos con las hijas de los *Râkshasas*, fuertes gigantes de Lanka o Ceilán, y dotar con los frutos de estas bellezas dravidianas a todas las comarcas de Occidente. Tras las más pomposas ceremonias matrimoniales, los monos-soldados construyeron un puente con sus propias colas, desembarcando felizmente en Europa con sus esposas, y viviendo allí felices, rodeados de numerosa progenie, que hoy, al cabo de los siglos, no somos sino nosotros los europeos. Las palabras dravidianas que se han encontrado en el vascuence, por ejemplo, han llenado de placer el corazón de los brahmanes, quienes, gustosos, habrían ascendido a los filólogos que tal descubriesen al cargo de efectivos semidioses, al ver por ellos confirmada su antigua leyenda. Darwin, sin embargo, fué quien sancionó tal aserto con el poder de la autoridad de su educación y sabiduría occidentales. Los hindúes se convencieron entonces de que somos los verdaderos, los auténticos descendientes de Hanumân, y que hasta nuestros primitivos rabos podrían ser identificados merced a un examen cuidadoso y atento. Hablando, en efecto, seriamente, ¿qué es lo que tenemos que oponer nosotros una vez que un hombre tan excelso como Darwin admite esta hipótesis, de la antiquísima sabiduría de los arios venida? Sometámonos, pues, dócilmente a la verdad, y tengamos por antepasado, de una vez para siempre, al poeta, héroe y hasta semidiós de Hanumân, mejor que a cualquier otro mono que carezca de cola.

El *Sita-Rama* es algo así como las tragedias de Esquilo, y pertenece a la categoría de dramas mitológicos. Viendo representarse esta producción de la más remota antigüedad, los espectadores se sienten transportados a los días en que los dioses bajaban a la tierra para tomar activa parte en todos los asuntos de los mortales. Nada hay en ella que recuerde al teatro moderno, no obstante ser una misma la representación del espectáculo. De lo sublime a lo ridículo se ha dicho con razón que no hay más que un paso. El macho cabrío ofrecido en holocausto a Baco, dió nacimiento a la tragedia (*Τράγος ὕδην*). La mano del tiempo y de la civilización han ido pulimentando y modificando los tristes balidos y agónicos topetazos de aquellas víctimas cuadrúpedas de la antigüedad, y como fruto de esta labor admiramos hoy el ahogado lamento de Raquel en el papel de Adriana Lecouvreur y el horroroso “pataleo” realista

de la Croisette moderna en la escena del envenenamiento de *The Sphinx*. Pero los hindúes, afortunadamente para los arqueólogos y anticuarios, no han dado ni un paso siquiera desde los tiempos de nuestro muy venerable predecesor Hanumân, mientras que los descendientes de Temístocles, ya estén activos, ya libres, reciben alborozados todos los pretendidos cambios y mejoras introducidos por el gusto moderno, imaginándose que son una edición corregida y aumentada del genio de Esquilo.

Con la más anhelante curiosidad aguardábamos la representación del *Sita-Rama*. A excepción nuestra y de la construcción del edificio, todo lo demás era indígena genuino, sin que nada nos hiciese recordar a Occidente. No había ni rastro de orquesta, y la música brotaba como del escenario o detrás del mismo. Alzóse el telón, al fin, en medio del más religioso y absoluto silencio de aquella enorme multitud de espectadores. Como Rama es una de las encarnaciones de Vishnú, y la mayor parte de los espectadores eran adoradores de este dios, el espectáculo no era, en modo alguno, una mera representación teatral, sino la celebración de un Misterio religioso que ofrecía a sus ojos la vida y las hazañas de sus deidades más veneradas y favoritas.

El prólogo del *Sita-Rama* se desarrollaba en época anterior a la Creación –ningún autor dramático podía atreverse a elegir otra más antigua–, es decir, que tenía lugar antes de la manifestación del último Universo, porque conviene advertir que para todas las sectas de la India, excepto para la musulmana, el Universo ha existido siempre. Los hindúes llaman a las sucesivas manifestaciones y desapariciones del Universo, respectivamente, días y noches de Brahmâ. Estas últimas, en las que el Universo objetivo se retira, son denominadas *Pralayas*, y los días, o las épocas del nuevo despertar del Universo a la vida y a la luz, son llamados yugas, *Manvantaras* o centurias y manifestaciones de los dioses. También son denominados los *Manvantaras* y *Pralayas*, expiraciones y aspiraciones de Brahmâ. Cuando toca ya a su fin la noche de un *pralaya*, Brahmâ despierta y con él despierta también su Cuerpo, que es el Universo, que durante el *pralaya* reposase en el Seno de la Divinidad, o sea que yaciese reabsorbido en su esencia subjetiva, para de nuevo emanar más tarde del Principio Divino haciéndose objetivo. Con Brahmâ, los dioses todos que muriesen o durmiesen al mismo tiempo que el Universo, retornan lentamente a la vida. Sólo el INVISIBLE, el INFINITO, el SIN VIDA, el *Uno-Único*¹ que es en sí mismo la *Vida Incondicionada* originaria yace rodeado de un caos sin límites. Su santa PRESENCIA no es visible y sólo se muestra en el periódico latido o pulsación del caos, representada por una oscura masa de agua que llena todo el escenario. Tales aguas aún no han sido separadas de la tierra seca, porque Brahmâ, el espíritu creador de *Narâyana*, el “Agitador de las Aguas”, todavía no ha surgido del seno del SIEMPRE INMUTABLE. Viene luego, una fuerte e intensa agitación o vibración en toda aquella informe masa; las aguas comienzan a adquirir luminosa transparencia, y a través de ellas cruzan, resplandecientes ya, los fúlgidos rayos del HUEVO DE ORO del fondo, huevo que recibe la vida del espíritu de *Narâyana* hasta que germina y se rompe, surgiendo de él Brahmâ, quien pronto se eleva en forma de divino *Loto* colosal hasta la misma superficie de las aguas genesíacas. Aparecen luego

¹ Véanse los comentarios a la primera Estancia del *Dzyan* en el tomo I de *La Doctrina Secreta*.

tenuas y transparentes nubes, cual hilos de tela de araña: después ellas se condensan gradualmente transformándose en los diez Prajâpatis o Poderes creadores, personificación de Brahmâ, el Dios de todo cuanto alienta, palpita y vive, y cantan un himno de alabanza a su creador. Semejante uniforme melodía, no acompañada por orquesta alguna, tiene una poética e infalsificable sencillez para nuestros oídos, no hechos todavía a ella.

La hora de la revivificación general ha sonado. Es separado el firmamento de las aguas y en él van apareciendo sucesivamente los *asuras*, y los *gandharvas*, los cantores y los músicos celestes. Entonces Indra, Yama, Varuna y Kuvera, o sea los espíritus que presiden a los cuatro puntos cardinales y a los cuatro elementos de *agua, fuego, tierra y aire* forman los átomos de los cuales resurge la serpiente *Ananta*. El monstruo flota sobre las olas, y doblando su cuello de cisne forma un lecho en el cual se reclina Vishnú, la propia y genuina *Diosa de la Belleza*. –¡Swatha!, ¡Swatha!, ¡Swatha!– exclama el coro celeste saludando a tamaña deidad... En los oficios religiosos de la Iglesia rusa esto se pronuncia también: ¡Swiat!, ¡Swiat!, ¡Swiat!, que significa ¡Santo!, ¡Santo!, ¡Santo!

En uno de sus futuros *Avatâras*, Vishnú reencarnará en Râma, el hijo de un poderoso rey, y Lakshmî, a su vez, se transformará en Sîtâ. Todo el asunto del *Râmâyana* es cantado en pocas palabras por los músicos celestes, y Kâma, el Dios del Amor, cobija a la divina pareja, la cual, a su vez, enciende una doble llama en sus corazones, de la cual es entonces creado el mundo nuestro.

Después se van representando los sucesivos catorce actos del drama, que es bien conocido de todos, y en el que toman parte algunos centenares de personajes. Al final del prólogo todos los dioses se van presentando unos tras otros y dando sus respectivos argumentos, y el epílogo de toda la representación, acogiéndose siempre a la indulgencia de los espectadores. Diríase entonces como que todas las infinitas deidades de mármol y granito dejando sus templos y pintadas con colores humanos venían a evocar en las mentes de los circunstantes los más antiguos y olvidados sucesos.

Sólo éramos allí cuatro los representantes de Europa: los demás que llenaban la amplia sala eran todos indígenas. Los ostentosos vestidos de las mujeres, lechos de flores parecían, y aquí y allá, entre hermosas cabezas bronceadas, destacábanse las lindas y melancólicas caras blancas de las mujeres persis, cuya belleza hacíanme recordar las de las circasianas. Las mujeres ocupaban las primeras filas, y es muy fácil conocer en la India la respectiva religión, casta y secta de sus individuos, y hasta si una mujer es soltera o casada, al tenor de las marcas de pintados colores que llevan sobre sus frentes.

Desde los días aciagos en que Alejandro el Magno destruyó los libros sagrados de los *gebars* o *güebros*, éstos han sido constantemente oprimidos por los idólatras. El rey Ardeshir–Babechan restauró el culto del Fuego en los años 229 a 243 de nuestra era. Luego volvieron a ser perseguidos por los Shakpurs o Sasánidas, no se puede puntualizar bien si por el segundo, el noveno o el undécimo rey de la dinastía. No obstante, se asegura que uno de estos sasánidas fué gran protector de la doctrina de

Zaratustra. Con las persecuciones que siguieron a la caída de Yesdejird, los adoradores del Fuego emigraron a la isla de Ormasd, y habiendo encontrado allí más tarde un libro de profecías de Zoroastro, marcharon hacia el Indostán en obediencia a una de ellas. Después de un largo y triste éxodo, aparecieron hace unos mil o mil doscientos años en el territorio del *Maharana-jayadeva*, de Champanir, vasallo del rey de la Rajaputana, quien les permitió establecerse en el país, a condición de que renunciasen a sus armas y la lengua persa, cambiándola por la hindú, y que sus mujeres dejaran su traje nacional, vistiendo como las mujeres hindúes. Sin embargo, les permitió usar calzado, dado que ello está estrictamente prescrito por Zoroastro. Desde entonces se han verificado bien pocos cambios. De aquí que las mujeres parsis se distinguen de sus congéneres las hindas por ligeras diferencias. Las caras casi blancas de las primeras estaban separadas por una tira de alisado pelo negro, de una especie de gorro blanco, todo cubierto por un brillante velo. Las mujeres hindúes, en cambio, llevaban descubierto su rico y reluciente pelo, retorcido en una especie de moño griego. Sus frentes estaban brillantemente pintadas y en sus narices lucían grandes anillos de oro. Unas y otras son aficionadas a los colores de brillo uniforme, llevan *saris*, y cubren sus brazos hasta el hombro con *bangles*.

Detrás de las mujeres se agitaba en el patio del teatro todo un mar de maravillosos turbantes. Había *rajputs* de largos cabellos y de luengas barbas partidas, de facciones griegas perfectas y sus cabezas cubiertas por el *pagrí*, o sean más de veinte yardas de finísima muselina blanca y adornadas con pulseras, pendientes y brazaletes. Veíanse asimismo brahmanes mahratas con sus cabezas afeitadas, de las que colgaba un largo mechón o trenza, y cuyos turbantes eran de vivísimo color escarlata, con una especie de dorado cuerno de la abundancia hacia la frente; bangas, con tricornios de malla; kachhis, con cascos romanos; bhillis, fronterizos del Rajatán, que se diría padecer dolor de muelas, a juzgar por las tres vueltas de sus turbantes en torno de sus mejillas; babús y bengalís de Calcuta, llevando descubierta siempre la cabeza, con sus cabelleras cortadas según el gusto griego, y sus cuerpos moldeados bajo los pliegues de la romana y blanca toga viril, cual la de los senadores de la Ciudad-Eterna; parsis, de negras mitras de hule; místicos sikhs monoteístas, secuaces de Nanaka, de turbantes análogos a los de los sikhs, aunque con el cabello largo llegándoles a la cintura; cientos, en fin, de tribus heteróclitas e indescriptibles.

Aunque nos propusimos enumerar los múltiples y raros tocados que sólo pueden verse en Bombay, hubimos de renunciar a tan impracticable tarea al cabo de quince días. Cada secta, casta, profesión y gremio; cada una de las innumerables divisiones de la jerarquía social, tiene un turbante típico, resplandeciente de oro y pedrería, salvo en los casos de luto. En compensación de ello, hasta los mercaderes enriquecidos, los concejales del Municipio y los rai-bahadurs que han sido favorecidos con títulos nobiliarios por el Gobierno, van siempre descalzos, luciendo sus piernas desnudas hasta el muslo, y su vestidura no es sino una especie de camisión informe y blanco.

Algunos entre los *gaikwares* o príncipes de Baroda apacientan aún en sus establos raras jirafas y elefantes, aunque el empleo de los primeros está terminantemente

prohibido en la ciudad de Bombay. No obstante, pudimos contemplar a ministros y hasta rajás cabalgando sobre estos nobles cuadrúpedos, mascando a dos carrillos su *pansupari* u hojas de betel, sin que apenas pudiesen sostener sus cabezas inclinadas bajo el peso de la pedrería de sus turbantes y manos y pies cuajados de áureas joyas. Aquella noche no vimos, naturalmente, ni jirafas ni elefantes, pero sí ministros y rajás, y honraba nuestro palco el representante y tutor del Mahârâvana de Oodeypore. Era, al par, *rajá* y doctor o *pandit*, y se llamaba Mohunlal–Vishnulal–Pandía. Su indumentaria consistía en un pequeño turbante rojo cuajado de diamantes; calzones de seda–barej asimismo rojos y un blanco manto de gasa. Su cabello de ébano ocultaba a medias un cuello de color de ámbar orlado por un collar que habría enloquecido de codicia a cualquier beldad parisiense. No hay que decir que el pobre rajput se moría de sueño, pero se mantenía gallardo en heroico cumplimiento de su deber oficial, tirándose filosóficamente de las barbas a lo largo del metafísico laberinto del Ramayanashita; gracias que en los entreactos nos ofrecieron café, helados y cigarros que nos estaba permitido fumar durante la representación en nuestros cómodos asientos de primera fila, cubiertos como ídolos por flores y guirnaldas, mientras el director, un alto hindú envuelto en ligera muselina nos aspergiaba de cuando en cuando con agua de rosas.

La representación, que había dado comienzo a las ocho de la noche, aún iba a las dos y media de la madrugada por el acto noveno, y el calor era insoportable; a pesar de que cada uno de nosotros tenía detrás un *punkah–wallah* o abanico–ventilador. Llegados así al límite de nuestras resistencias físicas tratamos de retirarnos, excusándonos, lo que determinó una general perturbación de los actores, como del público; el aéreo carro triunfal en el que Sîtâ es arrebatada por el malvado rey Râvana detúvose en el espacio; el rey de los Nâgas o *serpientes* cesó de vomitar llamas; los monos guerreros permanecieron inmóviles sobre los árboles de la escena, y el mismo Râma, de vestidura azul–claro y con corona en forma de minúscula pagoda adelantóse hacia las candilejas y endilgó un discurso en correctísimo inglés en el que nos daba rendidas gracias por el honor otorgado con nuestra presencia. Echáronnos seguidamente nuevos ramos de flores y nuevas aspersiones de agua de rosas, y al fin pudimos vernos en casa a eso de las cuatro de la mañana. Al otro día nos dijeron que la función no había terminado hasta las seis y media.

II

EN CAMINO HACIA KARLI

Se deslizan las primeras horas de una mañana de los últimos días de Marzo. La suave brisa acaricia las soñolientas caras de los viajeros y el perfume embriagador de las tuberosas se mezcla con el ambiente acre de la hospedería. Multitud de mujeres brahmánicas, majestuosas, esculturales y de desnudos pies, se encaminan al pozo, cual la Raquel bíblica, con sus cántaros de cobre, que refulgen como oro sobre sus cabezas. En las múltiples piscinas sagradas del camino ejecutan sus abluciones matutinas los hindúes de ambos sexos. junto a las bardas de un huerto, un ganso picotea la cabeza de una cobra y mira gozosa su agonía mientras que el cuerpo del reptil la sacude en sus convulsiones postreras. Al lado hállase un *mâli*, o jardinero desnudo, que hace su ofrenda de betel y de sal a un deforme ídolo de Shiva, para desarmar la cólera del “Dios Destructor”, por la muerte de su serpiente favorita. Pasos más acá de la estación del ferrocarril contemplamos una modestísima procesión católica formada por un puñado de parias recién convertidos y algunos portugueses indígenas. En la litera, bajo un dosel, balanceábase una imagen de la Madona con un anillo en la nariz y llevando en sus brazos al santo niño con turbante rojo brahmánico y pijamas amarillas por vestido. –¡Hari, hari, devaki! (¡Gloria a la Santa Virgen!) – exclamaban los noveles conversos, incapaces de establecer, en su inconsciencia, la línea diferencial entre la Madona católica y Devakî, la madre de Krishna. Excluidos aquellos parias de todo templo brahmánico por no pertenecer a ninguna de las castas hindúes, suelen ser admitidos en las pagodas cristianas gracias a los *padris*, nombre derivado del *padre* portugués y que es aplicado indistintamente a los misioneros de toda secta europea.

Nuestros *gharis* o carretas de dos ruedas arrastradas por una pareja de bueyes, llegaron, por fin, a la estación. Los empleados indígenas quedaron con la boca abierta al apercibir unas caras de blancos cruzando la ciudad en dorados carromatos hindúes. Ignoran, sin duda, que nosotros, americanos, hemos venido a estudiar sobre el terreno mismo, no a la Europa, sino a la India.

Cuando el viajero extiende su vista por la orilla frontera al puerto de Bombay lo primero que advierte es una masa de obscuro azul alzada como una muralla entre él y el horizonte. Es Parbul, montaña de aplastada cumbre a 2.250 pies de elevación. Su falda derecha muestra dos escarpadas rocas exornadas de bosque: la más alta de éstas, Matarán, es el objetivo de nuestro viaje y desde Bombay a Narel, que es la estación

situada al pie de la roca, habremos de viajar durante cuatro horas por ferrocarril, aun cuando en línea recta no sea la distancia de más de doce millas. La vía férrea contornea, en efecto, las más deliciosas colinas, deja atrás docenas de bellísimos lagos y atraviesa por más de veinte túneles perforados en el corazón mismo de la roca.

Cinco amigos hindúes iban en nuestra compañía. Dos de ellos procedían de la casta superior, pero habían sido expulsados de su pagoda por avenirse a tratar con nosotros, extranjeros malditos. Otros dos, indígenas, con los que mantuviésemos correspondencia largos años, se incorporaron a nosotros en la estación. Los cuatro pertenecían ya a nuestra sociedad, como reformadores que aspiraban a constituir una nueva India, rivales eternos de los brahmanes, de sus castas y sus demás prejuicios, que nos acompañaban para concurrir, en unión nuestra, a la gran feria de las fiestas del templo de Karli, deteniéndose, al paso, en Matarán y Khanduli. Uno de ellos era un brahman de Poona; otro, un *moodeliar* o propietario rural de Madrás; el tercero, un zingalés de Kegalla; el cuarto, un zemindar bengalés, y el quinto, un rajput gigantesco, de mucho tiempo antes conocido nuestro: Gulab–Lal–Sing, o Gulab–Sing como solíamos llamarle. Merece especialísima mención este último porque acerca de su insigne personalidad circulaban las leyendas más extrañas. Decíase de él por muy cierto, que era un raja–yoga, un efectivo Iniciado en los misterios de la magia, la alquimia y otras ciencias ocultas hindúes. Rico e independiente, jamás se cebó en él la pública maledicencia, dado que, aunque poseía a maravilla tales ciencias y poderes, nunca hizo alarde de ellos en público, ocultando sus pasmosos conocimientos, excepto a un círculo muy reducido de amigos.

Érase Gulab–Sing, añadimos, un takur independiente del Rajistán, palabra que significa literalmente “el país de los reyes”, y todos los takures, casi sin excepción, están deputados como descendientes directos de Sûrya (el Sol), por lo que se los denomina Sûrya–vansa. Arrogantes como ninguno, tienen el proverbio de que “el cieno de la tierra empañar no puede los rayos divinos del Sol”. No miran con desprecio a secta alguna, excepto a los brahmanes, y honran únicamente a sus bardos, cantores de sus glorias guerreras. De ellos ha escrito el coronel Tod que “la magnificencia y esplendores de las cortes rajaputanas en los albores de la Historia fueron sencillamente maravillosos, aun descontadas las poéticas hipérboles de sus bardos, cantores de sus hazañas. Sabido es que la India septentrional ha sido siempre una comarca riquísima, y ella fué, sin disputa, la más poderosa satrapía de Darío”.

Aparte de todo esto, el país fué siempre pródigo de los más extraordinarios sucesos, que dieron tema a las historias más peregrinas. Cada ínfimo reino del Rajistán cuenta con unas Termópilas, y cada pueblecito ha dado su Leónidas. El velo de los siglos, no obstante, solapa y roba al mundo que después ha seguido, tales sucesos, que el historiador no ha legado a la admiración de los hombres. Sonmath pasaría así como una rival de Delfos: los tesoros inauditos de Hind habrían eclipsado a las fabulosas riquezas del rey de Lidia, y asimismo los ejércitos de Jerjes, al lado de los de los hermanos pandús habría remedado a un mero puñado de hombres, merecedor de figurar tan sólo en segunda línea.

Como Inglaterra ha tenido la deferencia de no desarmar a los rajaputs, cual hiciera con las demás nacionalidades de la India, Gulab-Sing vino rodeado por una verdadera cohorte de vasallos y escuderos. No hay que decir por todo esto, que el takur, gran conocedor de las antigüedades de su patria y poseedor de un inagotable arsenal de leyendas, resultó el más elevado e interesante de nuestros compañeros de viaje.

—Allá, hacia el límite del horizonte, se divisa el majestuoso Bhao Mallín. Su solitaria cima fué antaño la morada de un santo eremita y hoy es visitada anualmente por millares de peregrinos, porque, al decir de las gentes, acaecen allí las más extrañas cosas. En la cresta de la montaña, a dos mil pies sobre el nivel del mar, hállase el asiento de una fortaleza, y detrás se alza otro peñasco de doscientos setenta pies con las ruinas de otra fortaleza o castillo mucho más antiguo, donde se refugió durante setenta y cinco años dicho santo. Cómo o de dónde obtenía él el alimento será siempre un misterio: créese por algunos que comía plantas silvestres; pero allí, en verdad, no existe vegetación alguna sobre la pelada mole roquera. No hay modo de escalar esta roca tajada a pico, como no sea trepando por una cuerda y apoyándose en los agujeros del talud apenas mayores que para entrar en ellos los dedos de los pies. Deputaríase, pues, la ascensión allí como reservada a monos y a acróbatas, si la devoción no proporcionase alas a los hindúes para allí subir, sin que se haya registrado, sin embargo, accidente alguno nunca. En cambio, una partida de turistas ingleses a quienes se les ocurrió la desgraciada idea de querer subir para explorar las ruinas, fué lanzada al abismo por una racha de viento levantado de improviso. Ante tamaña catástrofe, el general Dickinson dió órdenes para que fueran inhabilitados todos los medios de acceso a la altura superior y la inferior, causa un tiempo de tantas desgracias, y hoy se encuentra desierta, sirviendo sólo de morada a águilas y tigres.

Mientras le escuchábamos embobados, yo pensaba en cómo cambian los tiempos y cuán enorme es la diferencia entre los modernos y los antiguos.

—¡Es el Kaliyuga!— exclamaban los viejos hindúes de la comitiva, con sombría desesperación, al oírme—. ¿Quién pudo nunca ir contra la negra y tenebrosa Edad?

Este fatalismo fundado en la certidumbre de que nada bueno puede ahora esperarse y que ni el propio dios Shiva auxiliarles puede contra aquélla, yace hondamente arraigado en las mentes de la generación vieja. De los jóvenes no hay que hablar, pues todos reciben su educación en colegios y universidades, donde, si bien aprenden casi de memoria a Heriberto Spencer, a Juan Stuard Mill, a Darwin y a los filósofos alemanes, pierden toda fe, tanto en su propia religión cuanto en todas las demás del mundo. Los jóvenes hindúes *educados*, son, casi sin excepción, profundos materialistas, y a veces llegan a los más increíbles límites del ateísmo. Rara vez anhelan nada mejor que el honor de “adjuntos del oficial mayor”, como decimos en Rusia, o bien degeneran en parásitos y serviles aduladores de sus actuales amos, y lo que es peor aún y más repugnante, editan periódicos atiborrados de liberalismo de oropel que acaban siempre siendo órganos revolucionarios.

Mas esto es transitorio, sin duda. El presente, comparado con el misterioso y sublime pasado de la India, la grandiosa y antigua Âryâvarta, no es sino el negro fondo de un brillante cuadro: el mal inevitable en el desarrollo cíclico de todo país. La India está caduca, abrumada bajo el peso de sus glorias, destrozada e inerte; pero el fragmento más ínfimo de ella constituirá siempre un preciado tesoro para el arqueólogo como para el artista, y el curso natural de los tiempos proporcionará más de una clave perdida al psicólogo y al filósofo. El arzobispo Heber, relatando sus expediciones por el país, llegó a decir que “los antiguos hindúes edificaban sus obras como titanes y las remataban como joyeros”, y al describir el Taj–Mahal de Agra, esa novena maravilla del mundo, la denomina “un poema en mármol”. Añadir pudo el prelado que en la India es imposible hallar la ruina más insignificante que no nos hable con mucha mayor elocuencia que cien volúmenes acerca del glorioso pasado de la India, sus anhelos religiosos, sus creencias y sus esperanzas.

País alguno de la antigüedad, ni siquiera el Egipto de los faraones, ha traducido como la India los ideales del espíritu en formas objetivas con más gráfica mano y maestría más artística. El panteísmo entero de la *Vedânta* se halla comprendido en el símbolo bisexual de la diosa Ardhanârî. Rodeada ésta por el doble triángulo o sello salomónico, denominado en la India *el signo de Vishnú*, yacen a sus pies un león, un toro y un águila. En sus manos brilla la luna llena que rielá sobre las aguas de sus pies. La *Vedânta*, en efecto, ha enseñado durante millares de años lo que sólo comenzaron a enseñar algunos filósofos alemanes a fines del siglo XVIII y principios del XIX, o sea que todas las cosas del mundo objetivo, igual que este mundo mismo, son mera ilusión; pura Mâyâ, vagos fantasmas creados por nuestra imaginación, pero desprovistos de más realidad que la que tener pueda el reflejo de la luz de la luna reflejándose sobre las aguas. El mundo fenomenal, igual que nuestras ideas acerca de nuestro verdadero Yo, son tan sólo una reflexión, una sombra de cosas más excelsas. Por eso el sabio verdadero jamás se deja engañar por tales apariencias ilusorias. Él sabe harto bien que ningún hombre alcanzará el verdadero conocimiento, ni se identificará con su supremo Ego, sino después que sus elementos personales inferiores se sumerjan en el gran Todo, convirtiéndose así en un Brahma inmutable, universal, infinito. De aquí que miren al ciclo del nacimiento, de la vida y de la muerte como algo que es producto simplemente de la ilusión imaginativa.

En términos generales, la filosofía hindú, ramificada como lo está en multitud de enseñanzas metafísicas, posee, cuando no se aparta de los cánones ontológicos de su tradición, una lógica tan severa, tan acabada, y una psicología tan maravillosamente perfecta y refinada, que merecería figurar a la cabeza de cuantas escuelas antiguas y modernas, idealistas o positivistas se han sucedido después, y hasta eclipsarlas. El positivismo de un Lewis, que pone los pelos de punta a cualquier teólogo de Oxford, es un juego de chicos comparado con la escuela atomística de Vaisheshika, con su mundo encasillado cual tablero de ajedrez, en seis categorías de átomos eternos, nueve substancias, veinticuatro cualidades y cinco mociones. Por increíbles que parecer puedan de ser encerradas estas ideas abstractas, idealistas, panteístas o materialistas en símbolos adecuados y alegóricos, la India, no obstante, ha conseguido hacerlo, sea

cualquiera su enseñanza. Todas, todas las ha encuadrado e inmortalizado en sus feos ídolos de cuádruple faz; en la complicada planta geométrica de sus templos y hasta en las extrañas líneas y manchones de color de las frentes de sus respectivos sectarios.

Departíamos amigablemente acerca de todas estas cosas con nuestros buenos compañeros de viaje hindúes, cuando penetró en nuestro departamento un *padre* católico, uno de los profesores del colegio de jesuitas de San Francisco Javier, en Bombay. Incapaz de contenerse durante mucho tiempo, se mezcló, al fin, en nuestra conversación. Restregándose las manos, sonriente, dijo que sentía gran curiosidad por saber con qué clase de sofismas podrían encontrar nuestros compañeros algo que se pareciese a una explicación filosófica acerca de las cuatro caras del deforme ídolo de Shiva coronado de serpientes, que se veía a la entrada de una pagoda.

–Muy sencillo –replicó el babú bengalés–. Esas cuatro caras miran hacia los respectivos cuatro puntos cardinales: Norte, Sur, Este y Oeste, pero las cuatro no son sino un cuerpo y pertenecen a un dios.

–Pero –objetó el *padre*–, ¿podríais explicarnos antes la idea filosófica a la que responden las cuatro caras dichas y las ocho manos de vuestro Shiva?

–Con mucho gusto. Como creemos que nuestro excelso Rudra (el nombre védico asignado a esta deidad) es omnipresente, le representamos con la cara vuelta a la vez en todas direcciones. Sus ocho manos revelan su omnipotencia, y su cuerpo, a su vez, nos expresa que es Uno, no obstante hallarse en todas partes, sin que nadie pueda escapar a su mirada que todo lo ve, ni tampoco a su mano justiciera.

Iba a replicar el *padre*, pero el tren se detuvo. Acabábamos de llegar a Narel.

No hace veinticinco años que la planta de un blanco holló por vez primera la cumbre del Matarán, enorme conglomerado roquizo de cristalina masa. Aunque cercano a Bombay y no muy distante tampoco de Khandala, residencia veraniega de los europeos, las enhiestas cumbres del gigante fueron tenidas por largo tiempo como inaccesibles.

Por la parte del Norte, su talud liso y casi vertical se alza a 2.450 pies sobre las aguas del río Pen, y más arriba, las innumerables rocas aisladas y colinas se pierden entre las nubes, cubiertas de espesa vegetación y surcadas por valles y gargantas. En 1854, la vía férrea atravesó uno de los contrafuertes del Matarán, y hoy llegan al pie de la última montaña, deteniéndose en Narel, donde, hasta hace poco, sólo se veía un precipicio horripilante. Desde Narel a la meseta superior sólo median ocho millas, que pueden ser recorridas a caballo o en palanquín, abierto o cerrado, según se prefiera.

Como llegábamos a Narel a las seis de la tarde, semejante expedición no parecía demasiado tentadora. La civilización ha conseguido grandes triunfos sobre aquella naturaleza inerte, pero, no obstante su poderío, aún no ha triunfado de las serpientes y los tigres. Han sido éstos desterrados, sin duda, a selvas muy lejanas; pero las serpientes de todas clases, especialmente las cobras y culebras de coral, habitantes predilectos de los árboles, abundan todavía como antaño en las frondas del Matarán, manteniendo una campaña de guerrillas con los hombres invasores. ¡Desgraciado el peatón y hasta el

jinete que acierte a pasar bajo el árbol desde cuyas ramas acecha la serpiente–coral! Aunque las cobras y otros reptiles rara vez acometen al hombre, como no se las pise, esta otra clase de *guerrilleros* acechan pacientemente a sus víctimas, y tan pronto como la cabeza de un viajero pasa bajo la rama que alberga al ofidio, éste se lanza al espacio, colgando cuan largo es, y clava sus colmillos en la frente de su víctima. Este curioso hecho fué deputado como fabuloso, pero ya ha sido debidamente comprobado e incorporado a la Historia Natural del país. En casos tales los indígenas ven en la venenosa serpiente al emisario de la Muerte: al ejecutor de la voluntad de Kâli, la diosa sanguinaria esposa de Shiva.

La tarde que siguió a aquel caliginoso día resultó deliciosa, invitándonos a gozar de su frescura, aun a trueque de detenernos en nuestro camino. Diríase que en medio de aquella naturaleza prodigiosa se sentía la necesidad de romper los pesados lazos que nos ligan a la tierra e identificarnos con aquella oleada de vida, como si hasta la misma muerte tuviese sus encantos en la India.

Además, a las ocho iba a salir la luna, y tres horas más de ascensión hacia aquella especie de monolito, en medio de la claridad de aquella soberbia noche tropical capaz de poner a prueba el pincel del mejor artista, valía la pena de un sacrificio, y, dicho sea de paso, entre los pocos pintores capaces de trasladar fielmente al lienzo el encanto sutil de una noche de luna en la India, la opinión pública comenzaba a señalar a nuestro propio compañero V. V. Vereshtchagin.

Después que comimos precipitadamente en la terraza de la mansión de parada, reclamamos nuestras literas, y echándonos casi sobre los ojos sus toldos, semejantes a medianos techos, continuamos nuestro viaje. Ocho *coolies*, o cargadores, apenas vestidos como con hojas de parra, tomaron en sus fuertes brazos cada una de las literas y arrancaron montaña arriba lanzando esos gritos o alaridos *sui géneris* de los que ningún hindú de su clase prescinde. Cada equipo de coolíes contaba con otros ocho individuos de relevo. Éramos, pues, en junto, unos sesenta y cuatro, sin contar a los hindúes que nos acompañaban y a sus servidores. Un verdadero ejército capaz de espantar a cualquier extraviado tigre o leopardo del bosque y a cualquiera otra clase de animales, excepto a los monos, nuestros amantísimos y atrevidos primos por línea directa, desde Hanumân, nuestro bisabuelo común. No bien nos internamos en una espesura de junto a la montaña, estos amables parientes se incorporaron en gran número a la comitiva.

Conviene no olvidar que, gracias a las épicas proezas de aquel aliado de Râma, todo mono es sagrado en la India. El Gobierno, por su parte, imitando la primitiva sabiduría de la *East India Company*, ha prohibido terminantemente que se los moleste lo más mínimo, no sólo cuando se hallen en los bosques, que son su natural morada, sino hasta cuando asaltan los jardines de la ciudad. Así, que la banda de monos hubo de seguirnos todo el camino, charloteando como loros, saltando de rama en rama y haciéndonos muecas formidables, cual otros tantos duendes nocturnos. Otras veces, colgando de los árboles, parecían, bajo los rayos de la luna llena, cual ninfas de la selva de la mitología rusa. En ocasiones nos aguardaban en las curvas del camino, cual si trataran de

mostrárnosle solícitos. En una palabra, que no nos abandonaron ni un momento. Un mono niño cayó en mi falda, y al momento su tierna madre, saltando sin miramiento alguno sobre los hombros de los coolíes, voló a recogerle, y, después de hacerme su más fea mueca, echó a correr con él.

—Los *bandras* (monos) traen la buena suerte con su presencia—observó uno de los hindúes, cual si tratara de consolarme por la pérdida de mi arrugado toldo—. Además —añadió—, el encontrarles aquí nos indica que en diez millas a la redonda no hay ni un solo tigre.

A medida que remontábamos más y más por la empinada y tortuosa senda, la selva se tornaba más sombría, más densa y más impenetrable. Alguno de sus rincones era tan tenebroso como una tumba. Al cruzar bajo los *banyans* seculares resultaba imposible distinguir los propios dedos de la mano a dos pulgadas de distancia, y era grande la extrañeza que me embargaba, pensando que cada vez iba a ser menos posible el avanzar sin un previo tanteo del camino; pero los coolíes jamás titubearon ni dieron el menor paso en falso; antes bien, cada vez parecían marchar más de prisa. Por una especie de convenio tácito, ninguno de nosotros hablaba una palabra, envueltos como nos hallábamos en aquel tupido velo de tinieblas, y sólo se oía la entrecortada respiración de los coolíes y sus rápidas cuanto cadenciosas pisadas sobre el pedregoso suelo.

Al sentirlos jadear experimentábase una como vergüenza de pertenecer a esa especie humana, una parte de la cual hace de la otra verdaderas bestias de carga, y cuenta que semejantes infelices reciben por su trabajo cuatro *annas* diarios. ¡Cuatro *annas* por caminar ocho millas cuesta arriba y otras tantas cuesta abajo, dos veces por día nada menos; en junto, 32 millas, subiendo y bajando una montaña de 1.500 pies de altura bajo un peso de doscientas libras! No obstante toda razón en contrario, tal es el salario de aquéllos, porque en la India, donde todo está regido por costumbres inveteradas, tal es el estipendio asignado a todas las labores serviles.

A medida que avanzamos, los espacios descubiertos y las explanadas y cañadas eran cada vez más frecuentes, reinando en ellos una luz que parecía de día. Millares de cigarras esparcían por aquellos ámbitos su chirrido metálico y grandes bandadas de loros se precipitaban de un lado para otro, y alguna vez, hacia el fondo de los precipicios erizados de maleza resonaba el atronador y prolongado rugido de los tigres. Los *shikaris* nos aseguraron que cuando la noche está en calma, los bramidos de estas bestias pueden ser oídos a distancia hasta de muchas millas. El panorama, a la luz de las bengalas cambiaba a cada revuelta del camino. Ríos, bosques, rocas y praderas se extendían ya a nuestros pies hasta la remota lontananza, agitándose e irisándose bajo los plateados rayos lunares cual si reflejasen en un espejo. El archifantástico conjunto aquel nos embobaba haciéndonos hasta contener el aliento. Sentíamos ya el vértigo al contemplar tamaños precipicios a la luz vacilante de la luna, y un americano, compañero nuestro, vióse precisado a desmontar de su cabalgadura temeroso de no poder resistir la atracción del abismo.

En alguna ocasión cruzaron a nuestro lado peatones solitarios, hombres y mujeres jóvenes que descendían del Matarán, camino de sus viviendas, después de un largo día de trabajo. A veces acontece que tales infelices no retornan a ellas. La Policía se limita a anunciar que la persona así desaparecida ha muerto víctima de una serpiente o de un tigre, y pronto no queda de ella ni el recuerdo. ¡Una persona de más o de menos entre los doscientos cuarenta millones de habitantes de la India no puede importar gran cosa! Pero existe en todo el Decán una extraña superstición acerca de esta misteriosa montaña todavía, en parte, inexplorada. Los indígenas aseguran que, a pesar del número considerable de víctimas como caen aquí, jamás se ha encontrado ni uno solo de sus esqueletos, porque el cadáver, destrozado por los tigres o intacto, es enterrado tan hábilmente por los monos en hoyos profundos que de ellos no queda la huella más ínfima. Los buenos ingleses se ríen lindamente de tamaña leyenda; pero la Policía no puede negar el hecho de la referida desaparición de los cuerpos, y cuando los contrafuertes de la montaña fueron perforados para la construcción de la vía férrea, hubieron de encontrarse, en efecto, huesos dispersos con huellas de los dientes de los tigres, así como brazaletes rotos y otros adornos semejantes, a profundidades increíbles. El hecho de aparecer rotas estas cosas demostraba que ellas no habían sido enterradas por los hombres, quienes, ora merced a las ideas religiosas de los hindúes, ora por avaricia, jamás habrían consentido en romperlas, ni en enterrar plata ni oro. ¿Será posible, por tanto que, así como entre los hombres una mano lava a la otra, exista en el reino zoológico una especie animal que oculte los crímenes de otra...?

Habiendo pernoctado en una posada portuguesa, hecha de bambúes y adosada como nido de águilas al talud casi vertical de la roca, nos levantamos al romper el día y después de contemplar aquellos panoramas de proverbial grandeza, hicimos nuestros preparativos para regresar a Narel. A la luz del día todo aquello era aún más espléndido que por la noche. Un volumen no bastaría para describirlo. A no ser porque el horizonte estaba cerrado por tres lados, merced a las montañas, todo el territorio del Decán habríase mostrado ante nuestros ojos. Bombay se divisaba allá abajo, que parecíamos tocarle con la mano, y su canal, que le separa de Salsetta, brillaba cual una cinta de plata. El canal, serpenteando hacia el puerto, rodeaba a Kanari y a otros islotes, semejantes a verdes guisantes en la blanca tela de sus aguas brillantes esparcidos, y se reunía y se confundía al fin con la línea deslumbradora de la costa del Océano Indico. Al otro lado vése el Konkan septentrional que termina en el Tal-Ghats; luego las cimas agudas de los picachos de Jano-Maoli, y, por último, la almenada crestería de Funell, cuya imponente silueta se perfila en el profundo azul del cielo, como en los castillos de gigantes de los cuentos de hadas. Más lejos todavía asoma Parbul, cuya meseta de su cumbre fué deputada como la morada celeste desde donde Vishnú, según la leyenda, dirigió su palabra a los mortales. Acullá, en el fondo del desfiladero que se ensancha formando pintoresco valle y donde cada roca solitaria encierra una leyenda, pueden percibirse las grisáceas y azuladas cumbres de montañas todavía más altas y extrañas. Allí está Khandala, frente a la que avanza un enorme bloque rocoso denominado *La Nariz del Duque*. Al lado contrario, en la misma cima de la sierra, se halla Karli, que, en

opinión de todos los arqueólogos, es el más antiguo y mejor conservado de los templos hindúes.

Quien ha cruzado una y otra vez los desfiladeros del Cáucaso; quien desde la cima de la Montaña de la Cruz ha visto a sus pies fulgurar el relámpago y estallar el trueno; o bien ha visitado los Alpes y el Rigi; quien, en fin, conozca bien la cordillera andina, así como los rincones de los Catskills de América, puede permitirse formular esta humilde opinión: Las Montañas caucásicas son, sin disputa, más majestuosas que los Gates de la India y su grandiosidad no puede ser empequeñecida comparándolas con éstos, pero la belleza de los Gates es de un perfil, por decirlo así, más clásico. A la vista de aquéllas se experimenta un positivo placer aunado a una impresión de temor. Siéntese uno como un verdadero pigmeo ante semejantes titanes de la Naturaleza, pero en la India, exceptuando al Himâlaya, las montañas producen una impresión diferente. Dado que las cimas más elevadas del Decán, igual que las cumbres que bordean al Indostán septentrional y las de los Gates orientales no exceden de 3.000 pies y de 7.000 sobre el nivel del mar los picos de los Gates occidentales que van desde el río Surta al cabo Comorín en la costa de Malabaar, mal puede haber parangón entre todos ellos y los patriarcas caucásicos de nevada cabeza que se denominan Elbruz o Kasbek que pasan de 18.000 pies. En cambio, el encanto de las montañas de la India estriba en sus caprichosas formas. Algunas veces, estas montañas, o picos volcánicos más bien, se encadenan unos tras otros, pero lo más frecuente es el verlos aislados, como surgidos sin causa visible para desesperación de los geólogos y en los sitios en donde menos podrían esperarse. Los valles espaciosos encuadrados por altas murallas de rocas, sobre las que cruza el ferrocarril, son muy frecuentes. Diríase que se están contemplando las esculturas a medio concluir, alzadas por algún titán: aquí un ave de ensueño, posada sobre la cabeza de un monstruo de 600 pies de altura; a su lado la silueta de un guerrero; almenados castillos feudales; nuevas alimañas, devorándose unas a otras; estatuas de rotos miembros, y caóticos montones de cien otras raras cosas, y de ello nada es debido sino a capricho de la Naturaleza, la cual ha sido no pocas veces por el Arte aprovechada para sus fortalezas. El arte hindú, en efecto, no ha de buscarse, no, en la superficie, sino en el interior de la tierra, pues fuera de ésta, rara vez construían ellos sus templos, cual si sintiesen la modestia de su colosal esfuerzo o no se atreviesen a rivalizar cara a cara con aquélla. Escogida por los hindúes, verbigracia, una roca cual la de Karli o la de Elefanta, la excavaban, según los Puranas, pacientemente durante siglos, con tan grandioso estilo que arquitectura ulterior ninguna ha podido ensoñar nada que se la iguale. Las fábulas de los cíclopes son aún más verdaderas en la India que en Egipto.

La preciosa línea de Narel a Karandala recuerda otra vía férrea semejante que va desde Génova a los Apeninos. Ella atraviesa una región a 1.400 pies sobre Konkán, y en algunos sitios, mientras un carril se apoya en el agudo filo de la roca, el otro está sostenido sobre arcos y bóvedas. El viaducto de Mali-Khindi tiene una altura de 165 pies. Así nosotros hubimos de correr entre el cielo y la tierra con el abismo a entrambos lados entre mangos y plataneros. Es indudable que los ingenieros ingleses construyen de un modo maravilloso.

Salvado felizmente el paso de Bhor Ghat, llegamos a Kandala. Nuestro bungalow se alza en el mismo borde del precipicio que se oculta bajo exuberante vegetación. En aquellos insondables retiros donde todo está en flor, un botánico hallaría materia de estudio a su vida. Las palmeras que crecen cerca de la costa ya no alcanzan allí, reemplazadas por las higueras, los pipales (ficus religiosa), los mangos, los banyans y millares de otros árboles y arbustos desconocidos para los extranjeros como yo. Se ha calumniado a la flora de la India suponiéndola con frecuencia abundante, sí, en flores hermosísimas, pero desprovistas de aroma. Acaso ello pueda ser cierto en determinadas épocas, pero no acontece así cuando florecen los blancos jazmines, las tuberosas balsámicas y los dorados frangipanis o *champakas*. El mismo perfume de estos últimos llega a embriagar por su intensidad y en cuanto a su tamaño es el rey de los árboles floridos. Cientos de ellos estaban en plena florecencia, a la sazón, en Matarán y Khandala.

Sentados en la terraza hablábamos y gozábamos de aquellas perspectivas bellísimas hasta cerca de la media noche, mientras que todo en nuestro alrededor dormía en silencio.

Khandala no es sino un gran villorrio en la meseta montañosa de la serranía de Sahiadra a unos 2 000 pies sobre el nivel del mar y rodeada de los extraños picachos aislados que tantas otras veces llevábamos vistos. Uno de ellos, erguido del otro lado del abismo, remeda un colosal edificio de un solo piso, con plano techo y almenado parapeto. Se asegura por los hindúes que en cierta parte de dicha colina se abre una entrada secreta que conduce a vastísimas salas interiores: a un verdadero palacio subterráneo, y que aun existen gentes que poseen el secreto de semejante mansión. Un Santo eremita, asceta y mago que habitara aquella cripta “durante varios siglos”, comunicó su secreto a Sivaji, el celeberrimo instructor de los ejércitos del Mahratta. Predecesor del Tanhauser de la ópera wagneriana, pasó éste siete años de su juventud en esta misteriosa mansión y en ella fué, sin duda, donde adquirió su hercúlea fuerza y su valor inaudito.

Sivaji es una especie de Ilia Moorometz indostánico, aunque de época ya vecina a la nuestra, pues que fué el héroe y rey de los Mahrattas, en el siglo VII, y el fundador de un Imperio muy fugaz. A él le debe la India el haber sacudido el yugo musulmán. Con manos de infante y estatura de mujer, gozaba, sin embargo, de una fuerza prodigiosa que se atribuía a magia por sus compatriotas. Aun puede admirarse en cierto Museo su *tizona*, notable tanto por su peso y tamaño cuanto por diminuta empuñadura, apta como para un niño de diez años. Hijo de un pobre oficial del Emperador, mató, cual otro David, al Goliat musulmán, el formidable Afzul-Khan. Matólo no con honda, sino con esotra temible arma de combate de los mahrattas, denominada *vaghuakh*, que consiste en cinco largas uñas de acero, agudas como leznas y fuertes como garfios. Cálzanse esta manopla a modo de guante los combatientes y con ellas se desgarran recíprocamente las carnes como las fieras. El Decán está plagado de leyendas relativas a Sivaji, y los mismos historiadores ingleses le mencionan con respeto. A la manera de la fábula de Carlos V, una de aquellas tradiciones locales asegura que Sivaji no ha muerto, sino que

vive ocultamente en una de las criptas de Sahiara, y que no bien llegue la hora por el Destino fijada –y ella está ya muy próxima, al decir de los astrólogos– reaparecerá para libertar de nuevo a su país.

Astutos e instruidos los brahmanes, esos efectivos jesuitas de la India, saben aprovecharse de la general ignorancia de las masas para explotarlas, sacándolas hasta la última vaca que sirve de sostén a una familia. Véase un curioso ejemplo de semejantes proceder.

En julio de 1879 apareció en Bombay el siguiente documento misterioso, que traduzco al pie de la letra del ejemplar mahratti, pues su original había sido traducido a los 273 dialectos que se hablan en la India:

“iShri!” (salutación preliminar intraducible): Sepan cuantos este escrito lean que su original, estampado en letras de oro, ha descendido de Indraloka (el cielo de Indra), cayendo, a la presencia de santos brahmanes, sobre el altar mismo del templo de Vishveshvara, que se alza en la sagrada Benarés.

“Oíd, pues, y no lo olvidéis, ¡oh tribus del Indostán, Rajistán, Punjab, etcétera, etc.! El sábado, día segundo de la primera mitad del mes de Magha, 1809 de la era de Salivaban (1887), en el oncenno mes de los hindúes, durante el Aswini Nakshatra (la primera de las veintisiete moradas del mes lunar), cuando el sol entre en el signo de Capricornio y la hora del día se halle cerca de la constelación de Piscis, o sea a la una y treinta y seis minutos post-meridiam, la última hora del Kali-yuga sonará, comenzando el anhelado Satya-yuga (esto es, el final del Maha-yuga, o Gran Ciclo, que encierra en sí los otros cuatro Yugas). Este Satya-yuga contará esta vez mil cien años, y durante él la vida humana normal será de veintiocho años. Los días serán más largos, pues constarán de veinte horas y cuarenta y ocho minutos, y las noches serán de trece horas y doce minutos, lo que nos darán treinta y cuatro horas y un minuto en lugar de las veinticuatro actuales. Dicho primer día del Satya-yuga será felicísimo para nosotros, pues será el día en que tornará a presentarse nuestro rey de blanca tez y áureos cabellos, quien descenderá del remoto Norte. Él será pronto el rey autónomo de la India y la terrible Mâyâ de la humana incredulidad, envuelta en cuantas herejías ella alimenta, será precipitada al Pâtâla (el abismo, los antípodas), mientras que la Mâyâ de los justos y piadosos perdurará con ellos, ayudándoles a gozar todos los dones de Mretinloka (o séase de nuestra tierra).

“Sepan todos asimismo que para la debida difusión de este divino documento, cada copia del mismo será recompensada con el perdón de un número de pecados igual a cuantos son perdonados de ordinario cuando un hombre piadoso sacrifica cien vacas a un brahmán. En cuanto a los indiferentes e incrédulos, ellos serán enviados a Naraka (el infierno). Trascrito y decretado por Madlan Shriran, el siervo de Vishnú, el sábado, día séptimo de la primera mitad de Sharavan (quinto mes del año hindú), año 1801 de la Era de Shalivahan (26 de junio de 1879)”.

Ignoro lo que acaeciese después con esta ignorante y perversa epístola. Probablemente fué prohibida por el Gobierno su propagación, cosa que pone harto de relieve, de un lado, la credulidad de la pobre plebe, sumida en la superstición, y de otro, el ningún escrúpulo de los pícaros brahmanes.

En cuanto a la palabra Pâtâla, que literalmente significa “el lado opuesto”, es muy interesante el descubrimiento hecho por el swami Dayanand Saraswati, de quien ya hice mención al principio, sobre todo desde el día que los filólogos le acepten. Dayanand trata de demostrar, en efecto, que los primitivos arios conocían y aun visitaban la América, a la que denomina Pâtâla cierto manuscrito, y que de aquélla se hizo después una especie de infierno o Hades griego. Sostiene Dayanand esta teoría fundándose en los más antiguos manuscritos, especialmente en los de las leyendas relativas a Krishna y a Arjuna, su discípulo predilecto. En la historia de este último, por cierto, se dice que era Arjuna uno de los cinco Pândavas, o descendientes de la dinastía lunar, que visitó a Pâtâla, casándose en uno de ellos con una viuda, hija del rey Nagual y llamada Illupl. Comparando ciertamente los tales nombres del padre y de la hija, nos encontramos con los detalles siguientes, que dicen mucho en favor de la hipótesis de Dayanand:

1.º *Nagual* es el nombre con que los hechiceros mexicanos, indios y demás aborígenes de América son conocidos todavía. El Nagual mexicanos, lo mismo que los Nargales asirios y caldeos, jefes de los Mago, reúne en su persona las funciones de sacerdote y de hechicero, siendo servido este último oficio por un *daimon*, que generalmente es un cocodrilo o una serpiente, y se considera que tales Naguales son los descendientes de Nagua, el rey de las serpientes. El abate Brasseur de Bourbourg les consagra una gran parte de su libro acerca de México, y dice que los Naguales no son sino servidores del demonio, quien, a su vez, les sirve tan sólo temporalmente. Naga, es también serpiente, en sánscrito, y el *Rey de los Nâgas* desempeña importantísimo papel en la historia de Buddha, existiendo en los *Purânas* la tradición de que Arjuna fué quien introdujo el culto de las serpientes en Pâtâla. Tamañas coincidencias e identidades de nombres son tan sorprendentes, en verdad, que los hombres de ciencia deberían prestarlas más atenta consideración.

2.º Illupl, el nombre de la esposa de Arjuna, es puramente mexicano antiguo, y si rechazamos la hipótesis del swami Dayanand, nos resultará imposible por completo el explicar la existencia actual de este nombre en los manuscritos sánscritos muy anteriores a la Era Cristiana. De todas las antiguas lenguas y dialectos, sólo en las de los aborígenes mexicanos juegan las combinaciones de consonantes tales como *pl*, *tl*, etc. Abundan ellas, principalmente, entre los toltecas o náhuatl, mientras que ni en el sánscrito, ni en el griego antiguo se encuentran nunca al final de palabra. Hasta las palabras mismas de Atlas y Atlantes diríanse extrañas a la etimología de toda lengua europea. Platón no las inventó, dondequiera que las encontrase. La raíz *atl* en lengua tolteca significa *guerra* y *agua*, e inmediatamente después del descubrimiento de América, Colón tropezó con una ciudad llamada Atlán a la entrada de la bahía de Uraga. Hoy es ella una mísera aldea que los pescadores llaman Aclo. En América tan sólo es donde se pueden hallar nombres tales como Itzcoatl, Zempoaltecatl y Popocatepetl. Tratar de explicar tamañas coincidencias por meras casualidades sería demasiado. En tanto, pues, que la ciencia no demuestre nada en contrario, la hipótesis de Dayanand nos parece razonable, por aquello, al menos, de que tanto vale una hipótesis como otra.

Dayanand añade que la ruta seguida por Arjuna de Asia a América, fué por Siberia y el estrecho de Bering.

Con escuchar estas y otras leyendas análogas más que medió la noche, y el posadero nos envió un criado con el recado de que correríamos grave riesgo si permanecíamos demasiado tiempo en la balaustrada bajo una noche de luna. El programa de tales riesgos dividíase en tres secciones: la de las serpientes, la de las fieras y la de los dacoites. Aparte de las cobras y las *serpientes-roca*, conviene añadir que en las montañas de los alrededores pululan unas serpientes muy pequeñas, llamadas *furzen*, que son las más peligrosas de todas, porque su veneno mata con la instantaneidad del relámpago. Suele atraerlas la claridad de la luna, y tribus enteras de ellas se deslizan hacia las terrazas de las casas en busca de calor, pues en ellas se encuentran más abrigadas que en el suelo húmedo. Daba también la feliz casualidad que el verde y embalsamado abismo de debajo de la terraza era el lugar predilecto de los tigres y leopardos que allí venían a apagar su sed en el caudaloso arroyo que corría por su fondo, y luego merodeaban al amanecer bajo las ventanas del *bungalow*. Por último, había desalmados *dacoites*, cuyas guaridas se hallaban esparcidas por montañas inaccesibles a la Policía, y que suelen hacer fuego sobre los europeos, sólo por darse el placer de enviar *ad patres* uno de los tan odiados *bellatis* o extranjeros. Tres días antes de nuestra llegada la mujer de un brahmán había sido arrebatada por un tigre y dos de los perros favoritos del comandante de la zona muertos por las serpientes. Sin aguardar más explicaciones nos apresuramos a entrar en nuestros dormitorios. Al amanecer partiríamos para Karli, distante de allí unas seis millas.

III

EN LAS CUEVAS DE KARLI

A las cinco de la mañana ya habíamos llegado al límite de las posibilidades, no ya de todo camino carretero, sino hasta de herradura. Nuestra carreta de bueyes no pudo avanzar más, pues la última media milla había sido algo así como un mar de piedras. Nos era forzoso el abandonar nuestra empresa o bien el trepar por una pendiente abrupta de 200 pies de altura. Agotados así todos los recursos que nos sugería nuestra inventiva, contemplábamos la histórica mole frontera sin saber qué partido tomar. Cerca de la cumbre de la mole aquella, bajo las tajadas rocas, veíanse hasta una docena de negros agujeros y centenares de peregrinos trepaban hasta ellos semejantes, con sus vestidos de fiesta, a un hormiguero de colores. En aquel apurado trance nuestros fieles acompañantes hindús vinieron en nuestro socorro, y llevándose uno de ellos la palma de la mano a la boca, produjo un silbido agudo y estridente. Los ecos de la altura repitieron la señal, y momentos después varios brahmanes medio desnudos, servidores hereditarios del templo, descendían por los peñascos con agilidad de gatos monteses. Cinco minutos más tarde estaban a nuestro lado, y, ligándonos con fuertes ataduras, nos arrastraron, más que nos condujeron, a la altura, donde, exhaustos aunque sin magulladura alguna, escalamos el atrio del templo principal, oculto hasta entonces por cactus gigantescos.

El majestuoso pórtico rectangular, apoyado sobre cuatro macizos pilares, mide 52 pies de anchura y está todo él cubierto de musgo y de pinturas antiguas. Vese en él la célebre “columna del león”, así denominada por los cuatro leones de tamaño natural esculpidos en su base. Un arco colosal con gigantescas cariátides forma la entrada principal, y sobre él aparecen los relieves de tres corpulentos elefantes con sus trompas. La planta del templo es ovalada y mide 128 pies de largo por 46 de anchura. Los 42 pilares que soportan la cúpula central dejan dos naves laterales, y en el centro, detrás de un altar, se demarca una pequeña cámara destinada antaño por los antiguos sacerdotes arios al culto más secreto. Los dos pasillos laterales que conducen a este recinto aparecen como interrumpidos bruscamente, cual si revelaran la existencia de puertas que ya no existen. Según la descripción de Fergusson, los basamentos, fustes y capiteles de los 42 pilares “son de impecable factura y representan dos elefantes arrodillados, con un dios y una diosa encima”. Dicho autor añade que este *chaitya* o santuario es el más antiguo y mejor conservado de toda la India, pudiendo asignársele una data de doscientos años antes de nuestra Era, ya que Prinsep, el descifrador de la inscripción de

Silastamba, asevera que el pilar del león fué costado por Ajmitra Ukasa, hijo de Saha Ravisobhoti, rey de Ceilán, en el año veinte de su reinado, esto es, ciento sesenta y tres antes de nuestra Era. De aquí quizá el que el Dr. Stevenson señale esta fecha como la de la fundación de Karlen o Karli, construido, bajo el emperador Devobhuti, por el arquitecto Dhanu-Kâkata. Mas, ¿cómo puede afirmarse esto último frente a dichas auténticas inscripciones? El propio Fergusson, el implacable defensor de las antigüedades egipcias, cuanto crítico hostil contra las de la India, insiste, como va dicho, en que Karli pertenece al estilo de las construcciones del siglo III, antes del Cristianismo, y agrega: “La disposición de sus elementos arquitectónicos es idéntica a la arquitectura gótica en los coros y ábsides poligonales de sus catedrales”.

Sobre la entrada principal del hipogeo hay una galería que recuerda el coro de aquellas catedrales. Además de dicha entrada, otras dos laterales conducen a las naves y sobre la galería se abre un ventanal único en forma de herradura para que la luz caiga directa desde él sobre la *dagopha* o altar, mientras que el bosque de columnas de las naves queda en una obscuridad creciente a medida que se alejan del altar. Así, merced a semejante disposición, el visitante que penetra por el pórtico ve el altar central resplandeciente de luz, mientras que en torno de él todo son densas tinieblas donde el profano no podía pisar. Una de las esculturas de la *daghopa*, desde la cual los “Rajas-sacerdotes” acostumbraban a pronunciar sus sentencias, se llama Dharma-Raja, de *Dharma*, el Minos hindú. Corren por encima del templo hasta dos hileras de covachas, en cada una de las cuales existen anchos peristilos formados por grandes columnas esculpidas y desde ellos se pasa a diversos corredores, muy largos a veces, y a celdas espaciosas que invariablemente aparecen como cortados u obstruidos bruscamente por un sólido muro, sin huella practicable para poder seguir más adelante. Los custodios del templo, pues, o han perdido el secreto de otras cuevas más interiores o le ocultan cuidadosamente a los europeos.

Además de los *vihâras* ya descriptos, existen otros muchos esparcidos por la pendiente de la montaña, y semejantes monasterios-templos, aunque más pequeños que el primero, son, en opinión de algunos arqueólogos, muchísimo más antiguos. Cual sea su verdadera edad nadie lo sabe, excepto algunos brahmanes que guardan silencio sobre ello. Desairadísima suele ser casi siempre la situación de los arqueólogos europeos frente a los problemas de la India. Las masas, sumidas como yacen en la más abyecta superstición, no pueden prestarles la menor ayuda, y los brahmanes instruidos, iniciados en los misterios de las bibliotecas secretas de las pagodas, hacen cuanto está en sus manos para impedir toda investigación arqueológica. Injusto sería, sin embargo, después de lo que ya ha ocurrido, el censurar a los brahmanes acerca del particular. Una amarga y secular experiencia les ha enseñado que sus únicas armas de defensa contra aquéllos son la desconfianza y la reserva, sin las cuales su historia tradicional y sus más preciados tesoros se habrían perdido irremisiblemente. Los trastornos políticos que han conmovido el país hasta en sus cimientos, las irrupciones mahometanas tan funestas, el

vandalismo sin piedad de los mahometanos, cuanto de los *padres* católicos, capaces de todo con tal de hallar manuscritos y destruirlos, disculpa la conducta de los brahmanes.

A pesar de citadas tendencias destructoras guárdanse en muchos sitios de la India vastísimas bibliotecas capaces de irradiar nueva y refulgente luz no ya sobre la historia de la India, sino también sobre los más debatidos y oscuros problemas de la Historia Universal. Algunas de estas bibliotecas, llenas de los más preciosos manuscritos, se hallan en poder de príncipes del país y de pagodas dependientes de sus dominios, pero la mayor parte de ellas está bajo la custodia de los *jainos* –la más antigua de las sectas hindúes– y de los *takures* de la Raja–Putana, cuyos señoriales castillos se encuentran esparcidos por todo el Rajistán, cual sendos nidos de águila en las cumbres roqueras. La existencia de las célebres colecciones de Jassulmer y de Patana no es ningún secreto para el Gobierno, aunque sigan por completo fuera de su alcance. Además, los manuscritos están redactados en un lenguaje antiguo, hoy olvidado por completo e inteligible tan sólo para los más altos sacerdotes y sus bibliotecarios iniciados. Un grueso folio de éstos es tan sagrado e inviolable, que pende de pesada cadena de oro en el centro del templo de Chintamani en Jassulmer y sólo es descendido al advenimiento de cada nuevo pontífice, para desempolvarle y arreglarle. Dicho libro es la obra de Somaditya Guru Acharya, Sumo Sacerdote premusulmán, bien conocido por la Historia, pues su manto sirve todavía para la iniciación de cada nuevo Alto sacerdote. El coronel James Tod, que pasara tantos años en la India granjeándose el cariño de todo el mundo, incluso de los brahmanes –la más extraordinaria cosa que puede contarse en la historia de un angloindo–, ha escrito la única historia verdadera que hay acerca de la India y, sin embargo, jamás le fué permitido el tocar a dicho libro. Corre como muy autorizado entre los musulmanes el aserto de que hubo de serle ofrecida la iniciación en el templo aludido y él, como rabioso arqueólogo, casi se decidió a aceptar; pero como tuviese que regresar a Inglaterra a causa de su salud, dejó el mundo sin que le fuera dable tornar a su patria adoptiva, y el enigma de este nuevo volumen sibilino permanece por tal causa sin aclarar.

Los *takures* de la Rajaputana que, según se cree, poseen algunas de dichas bibliotecas subterráneas, ocupan en la India una posición semejante a la de los señores feudales europeos del medioevo. Dependen nominalmente de algún príncipe del país o del Gobierno inglés, pero son independientes de hecho. Sus fortalezas erigidas en los más altos peñascos, y además de esta dificultad natural de acceso al visitante, sus dueños son más inaccesibles aún, porque en cada uno de estos castillos existen largos pasadizos subterráneos, sólo conocidos por su dueño actual y cuyo secreto éste lega a su sucesor al tiempo de su muerte. Nosotros hemos visitado dos de estos subterráneos, lo bastante dilatado uno de ellos para contener toda una aldea. No habrá tortura capaz de arrancar a sus dueños el secreto de la entrada, pero los Yoguis y Adeptos iniciados van y vienen libremente por ellos con la aquiescencia del *takur*.

Una historieta análoga corre muy autorizada respecto a las bibliotecas y pasajes subterráneos de Karli. Los arqueólogos, por su parte, son incapaces de precisar siquiera si el templo fué labrado por los budhistas o por los brahmanes. La inmensa *daghopa* o

altar que ocupa el Sancta Sanctorum del templo a la vista de los devotos, está cubierto por un techo en forma de parasol y remeda a un minarete cobijado bajo una cúpula. Estos parasoles suelen proteger a estatuas de Buddha y de los sabios chinos; pero los partidarios adoradores de Shiva, actuales poseedores del templo, aseguran, por su parte, que estas bajas construcciones no son sino *lingams* de dicho dios. Además, las estatuas de dioses de ambos sexos esculpidas en la roca impiden sostener que el templo sea de procedencia budhista. Fergusson, a este propósito dice: “¿Qué representa en sí este memorable monumento de la antigüedad? ¿Procede de los hindúes o de los budhistas? ¿Fueron trazados sus planos a raíz de la muerte de Sakya Sing, o pertenece acaso a otra religión todavía más antigua?”

Tal es el problema. Si obligado Fergusson por lo que patentizan las inscripciones, accede a reconocer la gran antigüedad de Karli, y asegura, por otro lado, que Elefanta es de fecha muy posterior, se creará un insoluble dilema, porque el estilo arquitectónico de uno y otro templo son enteramente el mismos y las esculturas de este último son, si se quiere, más elocuentes todavía. Atribuir, pues, Elefanta y Kanari a los budhistas y decir, por otro lado, que ellos corresponden, respectivamente, a los siglos V y X, es caer en el mayor y más injustificable anacronismo, porque después del siglo anterior a nuestra Era, ya no quedaba en la India un solo budhista de prestigio. Vencidos y perseguidos, en efecto, los budhistas por los brahmanes hubieron aquéllos de emigrar hacia Ceilán y los distritos de allende el Himálaya, y una vez muerto el rey Asoka el budhismo fué raído del país por la teocracia de los brahmanes en breves años.

La hipótesis de Fergusson es incapaz de sufrir un análisis crítico. Elefanta y Salsetta, que están a dos y cinco millas, respectivamente, de Bombay, se encuentran plagadas de antiguos templos hindúes. ¿Es, pues, creíble que los fanáticos brahmanes, en todo el esplendor de su poder, o sea antes de las invasiones musulmanas, tolerasen que aquellos aborrecidos herejes alzasen templos en sus dominios, y especialmente en la isla de Gharipuri consagrada por las pagodas hindúes? Además, no hay precisión de ser arquitecto, ni arqueólogo, ni nada semejante para convencerse a primera vista de que templos como el de Elefanta constituyen la obra de verdaderos cíclopes y que para su erección se requirieron no años, sino siglos más bien. Mientras que en Karli todo está construido y tallado siguiendo un plan perfecto y único, en Elefanta no parece sino que millares de manos diferentes hubiesen trabajado en épocas distintas, al tenor de sus peculiares ideas y fantasías. Las tres cuevas principales de los templos están abiertas en durísima roca de pórfido, y el primer templo es un cuadrado de 130 pies de lado, con 16 pilastras y 26 gruesas columnas. Entre algunas median de 12 a 16 pies; entre otras 15 pies, 5 pulgadas, 13 pies y tres y media pulgadas, y así sucesivamente. Igual carencia de uniformidad se advierte en los pedestales, cuyo estilo varía de unos a otros.

¿Por qué, pues, no hemos de otorgar asentimiento a las explicaciones de los brahmanes, cuando nos aseguran que este último templo fué comenzado por los hijos de Pându, a raíz de la *gran guerra* del Mahâbhârata, y que a la muerte de éstos se ordenó a todo verdadero creyente que continuase la obra con arreglo a sus ideas peculiares? De este modo, dicen, se fué construyendo el templo gradualmente por

espacio de tres siglos. Cuantos deseaban ver redimidos sus pecados poníanse con ardor a trabajar y fueron muchas las gentes nobiliarias y hasta los reyes que tomaron parte personal en referida labor.

Hacia la derecha del templo existe una piedra típica: un *lingam* de Shiva, en su simbolismo de Fuerza Fructificadora, cobijado bajo una capillita cuadrada de cuatro puertas. Alrededor del templete existen diversas figuras humanas de tamaño colosal. Son, según los brahmanes, estatuas que representan a los respectivos constructores reales, hindús de la más elevada alcurnia, guardianes de las puertas del Sancta Sanctorum. Cada una de estas figuras se apoya sobre un enano que representa a la casta inferior, promovido por la imaginación popular al rango de *daimon* o de *pisacha*.

El templo de Karli, por otra parte, está cuajado de nada hábiles trabajos en piedra, y los brahmanes aseguran que este sagrado recinto no se vería tan abandonado si los hombres, tanto de las generaciones pasadas, como de la actual, no fuesen realmente indignos de visitarlo. En cuanto a Kankari y algunos otros templos hipogeos, no cabe duda alguna que se deben a los budhistas, porque en algunos de ellos se tropezaron inscripciones en perfecta conservación, cuyo estilo en nada se asemeja a las construcciones simbólicas del brahmanismo. El arzobispo Heber opina que el hipogeo de Kanari fué labrado en los siglos I o II del cristianismo; pero Elefanta es mucho más antiguo y debe ser catalogado entre los monumentos prehistóricos, como perteneciente a la época que siguió inmediatamente a la gran guerra cantada en el Mahâbhârata. Por desgracia, respecto a la fecha de esta célebre guerra no media acuerdo entre los científicos europeos, pues mientras que el sapientísimo Dr. Martín Haug la cree antidiluviana, el no menos célebre y sabio profesor Max Müller la coloca lo más cerca posible del siglo I de nuestra Era.



La feria llegaba a su apoteosis, cuando, después que visitamos las celdas escalando todos los pisos, sin olvidar la ponderada “sala de los luchadores”, descendimos, no por escalera alguna, de la que no hay ni rastro sino descolgados mediante maromas, cual cangilones de noria. Más de tres mil personas habían acudido de las ciudades y aldeas vecinas. Las mujeres iban adornadas con brillantes *saris* o faldas de colores, con profusión de anillos, no ya en narices, orejas y labios, sino doquiera que podía colgarse uno. Sus cabellos negrísimos, aplastados hacia atrás, brillaban por el aceite de coco y aparecían adornados con las flores purpúreas que están consagradas a Shiva y a Bhavani, la contraparte femenina de dicho dios.

Delante del templo se alineaban multitud de tiendecitas donde podían adquirirse todos los útiles para los usuales sacrificios, tales como hierbas aromáticas, incienso, sándalo, gulab, anís y ese polvo rojo con el que los peregrinos espolvorean primero al ídolo y luego su propia faz. Faquires, bairagis, hossein, toda la cofradía mendicante, en fin, se hallaban entre la abigarrada multitud. Con sus guirnaldas entrelazadas, sus largos

y despeinados cabellos, trenzados sobre la coronilla, cual verdaderos mohos, y sus barbudas caras, ofrecían cierta semejanza ridícula con monos desnudos. No pocos de ellos mostraban en sus cuerpos las heridas y cardenales inferidos al mortificarse bárbaramente. Vimos también algunos bunis encantadores de serpientes, con docenas de animales de esta especie enroscados por sus cinturas, brazos, piernas y cuello, cual modelos dignos de ser copiados por un pintor que tratara de representar la figura de una Furia masculina. Un jadugar era notable entre todos ellos. Su cabeza estaba coronada por un verdadero turbante de cobras, cuyas caperuzas y cabezas, de intenso verde oscuro, semejaban las hojas de una guirnalda. Silbaban los tales reptiles con tal furia y tal fuerza, que su ruido se oía a cien pasos, mientras que vibraban sus lenguas y brillaban de cólera sus ojuelos a la aproximación de las gentes. La frase de “picadura de una serpiente” es universal, pero ella en sí, la picadura, es por completo inofensiva.

Para que el veneno de la serpiente infeccione la sangre de la víctima es preciso, no que el dardo o lengua de la serpiente pique, sino que muerda ella con sus colmillos. El colmillo de la cobra es semejante a una aguja, y comunica con la glándula del veneno. Si a la cobra se la corta esta glándula, la cobra no vive dos días; por tanto, la hipótesis de los escépticos, relativa a que el buni les amputa dicho saco glandular, es puramente gratuita. El término «silbar» no es el adecuado, tratándose de las cobras, pues que éstas no silban. El ruido que producen remeda al estertor de un moribundo, y todo el cuerpo de ella tiembla al lanzar este fuerte y pesado gruñido.

Por cierto que, a este propósito, tuvimos ocasión de presenciar un hecho bien extraño que sin comentarios transcribo, dejando a los naturalistas el cuidado de aclarar el enigma.

Ansiando, sin duda, una buena propina, el buni del turbante de cobras nos envió recado por un chicuelo que deseaba mostrarnos su poder de encantar a las serpientes. Aceptamos gustosos, a condición, por supuesto, de establecer entre nosotros y sus discípulos lo que Disraeli llamaría “una prudente frontera científica”. Escogimos un lugar aparte, a unos quince pasos del círculo mágico trazado por aquél, y sin pararme a describir las tretas y prodigios que en él vimos, consignaré tan sólo el fenómeno principal entre los que ejecutó el buni. Con ayuda de la *vaguda* o flautín de bambú hizo que las cobras cayesen en una especie de sueño hipnótico, mediante una monótona melodía, original y baja, que por poco no nos duerme también a nosotros. Como quiera que sea, a todos nos acometió, sin causa aparente, un grandísimo sueño; pero fuimos sacados de aquel semiletargo por nuestro amigo Gulab-Sing, quien, cogiendo un puñado de no sé qué hierba, nos aconsejó que nos frotásemos las sienes con ella. Entonces sacó el buni de un sucio zurrón una especie de piedra redonda, parecida a un ojo de besugo o bien a un ágata con una mancha blanca en el centro, declarando que quien comprase aquella piedra podía encantar a cualquier cobra (no a las demás serpientes), porque la paralizaría y la haría dormir. Dicha piedra era el único remedio conocido contra la mordedura del referido animal, y bastaba aplicar el talismán a la herida para que se adhiriese a ella tan firmemente, que no caería de ella hasta no

absorber todo el veneno, llegado cuyo momento se desprendería por sí misma, pasando todo peligro.

Sabiendo nosotros que el Gobierno daría complacido una buena recompensa a quien le proporcionase un antídoto contra el veneno de la cobra, no mostramos gran interés por poseer aquella piedra, y el buni entonces empezó a irritar a las cobras. Escogió luego una de ocho pies de largo y la puso literalmente furiosa. Rodeó ella con su cola un árbol; silbó y alzó la cabeza amenazadora. Entonces el buni, con la mayor sangre fría, dejó que le mordiese en un dedo, del cual vimos brotar todas gotas de sangre. Un grito enorme de espanto se escapó de entre la multitud; pero el buni, muy tranquilo, adhirió la piedra a la herida y la función continuó.

–¡Esto es una farsa –exclamó el coronel neoyorquino– a la serpiente le han quitado antes la glándula del veneno!

Para replicar contra semejante aserto, el buni cogió la cobra por la cabeza y, después de breve lucha, atravesó un palito en la boca del animal, de manera que no pudiese cerrarla. Luego la acercó a nosotros y nos la fué mostrando sucesivamente para que comprobásemos la falsedad de la suspicacia del Coronel. En efecto, todos pudimos apreciar que la terrible glándula aparecía en el fondo de la boca de la cobra. Nuestro tozudo Coronel, sin embargo, insistió:

–Pero, ¿cómo acreditar que la glándula tiene aun veneno?

Exasperado el buni hizo traer un gallo vivo; le ató las patas y le colocó frente a la cobra. Esta, en un principio, pareció no hacer caso de aquella su nueva víctima y siguió silbando amenazadora contra el buni, que la atormentaba e irritaba más y más. Al fin, se lanzó contra el pobre animal, quien intentó una débil defensa, aunque pronto quedó, por el terror, inmovilizado. El efecto de la mordedura fué instantáneo, y, como los hechos son hechos, aunque se trate de desvirtuarlos, diré lo que después acaeció. La serpiente estaba en el paroxismo de su furor hasta el punto de que ni un tigre se habría acercado a ella. Enroscada en un árbol, sacudía en el espacio la parte delantera de su tronco, cual si pretendiese morderlo todo. Un perro que se hallaba cerca atrajo la atención del buni, quien le miraba con sus penetrantes y vidriosos ojos, al par que canturreaba no sé qué en baja voz. El can comenzó a inquietarse y, con el rabo entre piernas, trató de huir, pero, cual si sintiese una influencia misteriosa, quedó como petrificado. Luego, víctima de la sugestión del buni, fuéle acercando poco a poco con débil gruñido. En el acto me percaté de la intención del buni y sentí una inmensa compasión hacia el animal, pero el horror me tenía paralizada la lengua y no era dueña de mover un dedo. Afortunadamente la demoníaca escena fué breve. Así que el perro se halló cerca de la cobra, ésta le mordió cruel: el animalito cayó hacia atrás, se agitó su cuerpo con cortas convulsiones y murió también. Era, pues, insensato seguir dudando acerca de la eficacia del veneno.

A todo esto la extraña piedra se había desprendido del dedo del domador, quien nos mostró triunfal su dedo curado. Vimos todos, en efecto, la señal de la picadura: un punto rojo tamaño como una cabeza de alfiler. Luego, tomando el buni la piedra entre

sus dedos y haciendo que sus demás serpientes se alzasen en corro sobre sus colas, nos demostró la influencia que dicha piedra ejercía sobre éstas, quienes al verla quedaban con la mirada fija en ella, como extasiadas. Cuanto más el buni acercaba la piedra a sus cabezas más se estremecían éstas, aterradas, cayendo, al fin, como hipnotizadas, una tras otra. Dirigiéndose luego al escéptico Coronel, te invitó a que experimentase por sí propio la influencia de la piedra. Pese a nuestras protestas de horror, el Coronel, sin hacernos caso, se armó con la piedra y se aproximó valerosamente a una deforme cobra. No hay para qué añadir que quedé petrificada de horror. La cobra, irguiendo su caperuza, trató de lanzarse sobre el experimentador, pero repentinamente se detuvo y, después de breve pausa, principió a seguir con su pesado cuerpo los movimientos circulares de la mano del Coronel, y cuando éste llegó a tocar con la piedra sobre la cabeza del ofidio, la cobra se tambaleó cual si estuviese embriagada; amortiguó su intenso silbido, cayó lánguida su caperuza sobre su pescuezo, cerró los ojos inclinándose más y más, quedando, en fin, dormida, inerte como un tronco.

Respiramos, por fin. Llamamos luego aparte al hechicero y le requerimos para que nos vendiese aquella piedra–talismán, a lo que accedió en el acto pidiéndonos meras dos rupias. Recogí el talismán y aún lo conservo. El buni aseguró, y nuestros amigos hindúes lo confirmaron, que él no es sino una excrescencia huesosa de la cobra. Una cobra entre mil posee dicha excrescencia entre la mandíbula superior y el velo palatino, y no está ésta adherida al hueso, sino que flota envuelta en la piel del paladar, siendo muy fácil, pues, el cortarla, aunque con ello la cobra muere. Al decir de Bishu Nath, nuestro buni, semejante lámina o excrescencia confiere a la cobra que le posee el rango real sobre el resto de sus congéneres.

–Esta cobra real –añadió el hechicero– se parece a un brahmán, a un brahmán dwija entre shudras: todos le obedecen. También existe un sapo venenoso que está dotado asimismo de esta piedra, si bien los efectos de ella son más débiles. Para contrarrestar la acción del veneno de la cobra hay que aplicar la piedra del sapo dos minutos, a más tardar, después de la mordedura, pero la de la cobra es eficaz en cualquier momento, y su antídoto es seguro, ínterin el corazón del atacado no cese de latir.

Al despedirse el buni de nosotros, nos recomendó que guardásemos la piedra en un sitio seco y que cuidásemos de no dejarla nunca cerca de un cadáver, así como ocultarla durante los eclipses de sol y de luna, pues de otro modo, perdería su virtud. En los casos de mordedura por perro hidrófobo, nos dijo también que introdujésemos la piedra en un vaso con agua, dejándola en él durante la noche. Bebiendo el agua a la mañana siguiente el enfermo, cesaría todo peligro.

–¡Esto no es un hombre, sino un demonio!– exclamó el buen Coronel cuando se alejaba el buni camino del templo de Shiva, templo en el cual no logramos ser admitidos.

–¡Al contrario! –replicó el rajpunt, con significativa sonrisa–, como vos y como yo, no es sino un simple mortal y además un gran ignorante. Como todos los encantadores de serpientes, está educado en una pagoda shivaítica. Shiva es el dios de las serpientes y los brahmanes les enseñan allí todo género de artimañas magnéticas por

procedimientos empíricos, sin revelarles jamás los principios teóricos, asegurándoles tan sólo que el propio Shiva se halla siempre detrás de sus fenómenos, por manera que a éste atribuyen sus prodigios los tales bunis.

–Pero, dado que el Gobierno de la India tiene ofrecida una recompensa a quien encuentre el antídoto contra el veneno de la cobra, ¿por qué causa no la reclaman los bunis, en lugar de dejar morir a millares de personas tan tristemente?

–Jamás los brahmanes lo permitirían. Si el Gobierno se tomase la molestia de revisar con cuidado las estadísticas de las muertes originadas por las serpientes, *se advertiría que ningún hindú de la secta shivaítica ha muerto nunca por mordedura de las cobras*. Ellos dejan, si, que perezcan las gentes de otras sectas, pero salvan a todos los de la suya.

–Pero, ¿no ha advertido la facilidad con que parece haberse desprendido de su secreto, a pesar de ser nosotros extranjeros? ¿Por qué no han de poder comprarlo los ingleses con idéntica facilidad?

–Porque semejante secreto es inútil por completo en manos de europeos. Los hindúes no lo ocultan, porque saben muy bien que nadie puede emplearlo sin su ayuda. La piedra sólo goza sus poderes prodigiosos cuando ha sido extraída de la cobra viva, y para poder cogerla sin matarla ha de ser ésta aletargada antes o, si preferís el término, *encantada*. ¿Y quién de entre los extranjeros puede hacer esto? Aun entre los mismos hindúes no encontraréis un solo individuo en toda la India que posea este antiguo secreto, no siendo un discípulo de los brahmanes shivaitas. Sólo éstos poseen semejante monopolio, y de éstos, ni siquiera todos, sino –digámoslo de una vez– aquellos que siguen la escuela pseudo–Patanjâli, denominados ascetas Bhuta. Ahora bien, esparcidas por toda la India, no hay más que media docena de sus escuelas–pagodas, y sus sacerdotes, antes que de su secreto, se desprenderían de sus vidas.

–Hemos pagado tan sólo dos rupias por un secreto que resultó tan eficaz en manos del Coronel como en las del buni. ¿Sería difícil, acaso, el procurarse una partida de estas piedras?

Nuestro amigo se echó a reír.

–Dentro de breves días –dijo– el talismán perderá todo su poder curativo en vuestras manos inexpertas. Por eso os lo cedió en tan bajo precio, y con él probablemente estará a estas horas ofreciendo algún holocausto en los altares de su deidad. Garantizo una semana de actividad a vuestra compra. Después podéis tirarla sin escrúpulo.

No tardamos mucho tiempo en experimentar cuán profunda verdad mediaba en aquellas palabras. Al día siguiente tropezamos con una pequeñuela mordida por un escorpión verde. La niña parecía estar en las últimas convulsiones; pero tan pronto como le aplicamos la piedra pareció aliviarse, y una hora más tarde jugaba alegremente, mientras que, aun en el caso de picadura de escorpión negro común, el paciente sufre durante dos semanas. Diez días más tarde, cuando ensayamos los efectos de la piedra

en un pobre coolíe que acababa de ser mordido por una cobra, ni se adhirió siquiera a la herida, y el infeliz expiró de allí a poco. No haré, pues, aquí el panegírico de la piedra, ni menos trataré de explicar sus virtudes. Me limito a narrar los hechos y dejo la suerte de este relato a la ventura. Los escépticos son muy dueños de pensar lo que gusten; pero muchas gentes podrán encontrar con facilidad en la India que testimonien acerca de nuestra exactitud.

Alguien me ha contado una anécdota relacionada con todo esto. Cuando el Dr. Sir. J. Fayrer publicó su *Thanatophidia*, obra muy conocida en Europa, acerca de las serpientes venenosas de la India, declaró categóricamente en ella su absoluta incredulidad respecto a los encantadores de serpientes del país. Quince días después de la aparición de su libro entre los angloindios, una cobra hubo de morder a su propio cocinero. Un buni que pasaba por allí se ofreció complaciente a salvarle la vida. Dadas sus seguridades, no hay por qué decir que el célebre naturalista no podía aceptar semejante oferta. No obstante, el mayor Kelly y otros oficiales le instaron para que permitiese el experimento. Convencido el doctor de que su cocinero no viviría una hora más, otorgó su consentimiento, y acaeció, como era de esperar, que antes de que transcurriese una hora el cocinero se encontró en su fogón preparando tranquilamente la comida, y se añade que el Dr. Fayrer pensó seriamente en quemar su libro.

El día se tornó terriblemente sofocante. El calor de las rocas nos quemaba los pies, a pesar de nuestro calzado de gruesas sucias. Por otra parte, la general curiosidad que despertaba nuestra presencia y el acosamiento nada atento de la multitud, se hacían insoportables. Resolvimos, pues, volver “a casa”, o sea a nuestra fresca caverna, a seiscientos pasos del templo, donde teníamos propósito de pasar la velada y dormir, y como nuestros compañeros hindúes habían marchado a visitar la feria, partimos solos hacia allí.



Al acercarnos a la entrada del templo atrajo nuestra atención la presencia de un joven de belleza ideal que se mantenía apartado de la multitud. Era un individuo de la secta sadhu, “un candidato a la santidad”, al decir de uno de los de nuestra partida.

Los sadhúes difieren esencialmente de las demás sectas. jamás se muestran en público desnudos, ni se cubren de húmeda ceniza, ni se pintan signos en rostro ni frente, y, en fin, nunca adoran a los ídolos. Pertenecientes a la sección adwaita de la escuela vedantina, creen únicamente en Parabrahm o el Gran Espíritu. El joven parecía decentísimo, con su airosa túnica amarilla, especie de bata de noche desprovista de mangas. Sus cabellos eran largos y llevaba la cabeza descubierta. Su codo se apoyaba en el lomo de una vaca, la cual era, en verdad, de lo más extraordinario que darse puede, pues que, además de sus cuatro extremidades perfectamente conformadas, tenía una quinta pata que arrancaba de su morrillo. Tamaña fantasía de la Naturaleza usaba de aquella su quinta pata cual si fuera una mano y brazo, pues que daba con ella caza a las

atormentadoras moscas y se rascaba la cabeza con su pezuña. Creímos al principio que se trataba de una artimaña para atraer la atención, y hasta nos sentimos no poco hostiles hacia el bicho, como hacia su hermoso dueño; pero así que nos aproximamos, vimos que no se trataba de artilugio alguno, sino que era una jugarreta real y efectiva de la traviesa Madre Naturaleza. Supimos por el mismo joven que la vaca le había sido regalada por el maharaja Holkar, y que su leche había sido durante dos años su único alimento.

Los sadhúes son aspirantes a la Raja-Yoga y, como va dicho, pertenecen generalmente a la escuela Vedanta, esto es, son discípulos de Iniciados que han renunciado por completo al mundo, llevando una vida de perfecta castidad monástica. Una enemistad mortal media entre los sadhúes y los bunis shivaítas, que se manifiesta, por parte de aquéllos en forma de un desprecio silencioso y sin límites, y por la de los bunis por las continuas tentativas de raer a sus contrarios de sobre la faz de la tierra. Este antagonismo es tal como el que mediar pueda entre la luz y las tinieblas, y hace recordar el dualismo entre Ahura-Mazda y Ahrimán de los zoroastrianos. Multitud de gentes consideran a los sadhúes como verdaderos Magos, hijos del Sol o del Principio Divino, al paso que son tenidos los bunis como hechiceros peligrosos. Como habíamos oído estupendos relatos acerca de los primeros, ansiábamos ver alguno de los prodigios que se les atribuían, aun por ciertos ingleses, por lo cual invitamos con insistencia al joven sadhú a que visitara nuestra vihâra aquella tarde; pero el gallardo asceta rehusó severamente el hacerlo porque nos hallábamos dentro del templo de los adoradores del ídolo, cuyo mero ambiente le resultaría antagónico. Le ofrecimos dinero, que rechazó con toda dignidad, y nos separamos.

Un sendero, o más bien una verdadera cornisa volando sobre el talud de una roca de 200 pies de altura, conducía del templo principal hasta nuestra vihâra, y se necesita excelentes ojos, pie seguro y cabeza firmísima para no caer en el precipicio al primer paso en falso. En ayudas no había ya qué pensar, porque, como el borde aquel no tiene más de dos pies de ancho, nadie podía ir al lado de otro. Teníamos, pues, que marchar uno a uno, sacando verdaderas fuerzas de flaqueza. Pero el valor se había ausentado de nuestro pecho con licencia ilimitada. Aun era peor que la de otro nadie la situación de nuestro americano Coronel; grueso y corto de vista, era por tales causas muy propenso al vértigo. Para animarnos nos pusimos a cantar el dúo de *Norma*, aquel que empieza "Moriám in sieme", cogiéndonos a la vez de las manos para salvarnos de la muerte los cuatro compañeros, o morir los cuatro juntos.

Como era de temer, el Coronel nos dió un susto tremendo. Estábamos ya a la mitad del camino hacia la cueva, cuando dió un paso en falso: vaciló un momento, soltó mi mano y rodó hacia el borde de la cornisa. Nosotros tres, asidos a matas y piedras, nos hallábamos incapacitados por completo para socorrerle, y un grito unánime de horror salió de nuestros pechos, pero quedó cortado al ver que había conseguido asirse al tronco de un arbusto que crecía a pocos pasos por bajo. Sabíamos, además, que el Coronel era buen gimnasta y de mucha sangre fría ante el peligro. Sin embargo, el momento no podía ser más crítico. El débil arbusto podría ceder bajo su peso y no

sabíamos qué partido tomar, cuando vimos que nuestros gritos demandando auxilio eran contestados por la repentina aparición del sadhú y de su vaca misteriosa.

Eran de ver marchando tranquilamente a unos veinte pasos por bajo de nosotros en un relieve tan ínfimo de la roca, que el pie de un niño con dificultad hubiera hallado sitio en donde posarse. Sin embargo, ambos caminaban tan tranquilos y descuidadamente como si hallasen la más cómoda de las carreteras en lugar de aquel talud roquizo. El sadhú gritó al Coronel que se mantuviese firme y a nosotros que no nos moviésemos. Soltando al punto la cuerda con la que conducía a la vaca-fenómeno, dióla dos palmadas en el pescuezo, y con ambas manos la volvió la cabeza en dirección nuestra, gritándola al par que restallaba la lengua: –¡Chal! (anda). El animal, en el acto, con saltos de cabra montés, se acercó hacia donde estábamos y se quedó inmóvil ante nosotros, en cuanto al sadhú sus movimientos eran igualmente rápidos cual los de una cierva. Al instante llegó al arbusto; ató la cuerda en torno de la cintura del Coronel, le incorporó y luego, con un nuevo esfuerzo de su potente brazo, le subió hasta el camino. Así vióse pronto el Coronel a nuestro lado, sin haber perdido el ánimo ni un momento, pero sí, por desgracia, sus lentes de oro... La aventura que se anunciaba como tragedia acababa en sainete, pues.

–¿Qué hacer ahora?– nos preguntamos –No podemos en modo alguno dejaros solo otra vez.

–De aquí a muy poco sobrevendrá la noche y estaremos perdidos –dijo Mr. Y..., el secretario del Coronel.

Efectivamente que el Sol se hundía ya en el horizonte y los segundos eran más que preciosos. En el entretanto, el sadhú había vuelto a liar la cuerda en torno del pescuezo de la vaca, y permanecía de pie, ante nosotros, sin entender, indudablemente, nuestra conversación. Su alta y fina silueta parecía como suspendida en el aire sobre el precipicio. Su negra y undosa cabellera flotaba al soplo de la brisa, era lo único que mostraba que en él contemplábamos a un ser vivo y no a una magnífica estatua de bronce. Olvidando nuestro reciente riesgo, Miss X..., que era artista de nacimiento, exclamó:

–¡Mirad la majestad de ese purísimo perfil; observad también su gallarda apostura y lo hermoso de su silueta sobre el dorado y azul del firmamento! ¡Diríase que era el propio Adonis griego y no un mero hindú!

El Adonis puso fin a su éxtasis. Miro a Miss X... con ojos compasivos, medio sonrientes, y dijo con poderosa voz de hindú:

–Bara-Sahib no puede ir más lejos sin que ajenos ojos le ayuden. Los ojos de Sahib son sus peores enemigos. Monte el Sahib en mi vaca que ella no tropieza jamás.

–¿Yo montar en una vaca, y de cinco patas?... ¡jamás!– exclamó el infeliz Coronel con aire tan lánguido y triste que todos soltamos la carcajada.

–Preferible le será al Sahib el sentarse sobre una vaca que acostarse en una chitta– replicó el sadhú con seriedad encantadora, aludiendo a la *chitta* o pira donde son quemados los cadáveres–. ¿Por qué evocar una hora que no ha sonado aun para morir?

Convencido el buen Coronel de la completa inutilidad de su resistencia, aceptó al fin el consejo del sadhú, quien hubo de colocarle con especial cuidado a horcajadas sobre la vaca, recomendándole que se asiese de su quinta pata.

Rompió en seguida el sadhú la interrumpida marcha, y todos le seguimos como mejor pudimos. Unos minutos después estábamos ya en la terraza de nuestro vihâra, donde nos esperaban nuestros amigos hindúes, que habían regresado por distinto camino. Nos apresuramos a referirles nuestras aventuras, y cuando fuimos a dirigirnos al sadhú, advertimos con sorpresa que él y su vaca habían desaparecido.

–Es inútil que le busquéis– observó tranquilamente Gulab–Sing–. Él sabe bien que sois sincero en vuestra gratitud, querido Coronel, pero jamás os habría aceptado recompensa alguna. ¡No olvidéis que se trata de un sadhú y no de un despreciable buni!– añadió con énfasis.

Al oír expresarse así al takur Gulab–Sing vino a nuestras mentes lo que se decía de que este orgulloso amigo nuestro pertenecía también a la secta de los sadhúes.

–¿Quién sabe?– murmuró el Coronel a mi oído–. Acaso tenga no poco de verdadera semejanza dicho. Los Sadhú–Nânaka no debe ser confundido con los Gurú–Nânaka, uno de los jefes de los sikhs, porque los primeros son adwaítas, o creyentes en la Divinidad abstracta, a la que denominan Parabrahm, como va dicho, mientras que los últimos son monoteístas.

En la sala central del vihâra habla una estatua de Bhavani, la contraparte femenina de Shiva. Era la estatua de tamaño natural, y del cuerpo de la *Devakî* vimos brotaba el agua fresca y pura de uno de los manantiales de la montaña, que caía luego en una pila, a sus pies, entre los montones de ofrendas consagrados a la diosa, ofrendas consistentes en incienso, arroz, flores y hojas de betel. Como la sala resultaba así demasiado húmeda, preferimos pasar la noche al aire libre en la terraza, colgados –valga la frase– entre la tierra y el cielo, alumbrados por la claridad de la luna casi llena. Preparóse una cena al uso oriental sobre los manteles tendidos en el suelo y utilizando a guisa de platos las hojas de los plátanos. Los silenciosos pasos de los sirvientes, verdaderos fantasmas con turbantes de roja o blanca muselina; las oscuras fauces de las criptas vecinas, excavadas por razas ignoradas en tiempos los más remotos en loor de una religión prehistórica, por completo desconocida, y, en fin, la profundidad sin límites del espacio esfumado por los vagos efluvios de la luna, todo contribuía a transportarnos a un extraño mundo y a épocas lejanísimas, distintas por completo de la nuestra.

Teníamos a la vista además cinco diferentes tipos de indumentaria, cinco representantes de otros tantos pueblos diferentes, sin la más remota semejanza entre sí, y conocidos, sin embargo, por nuestra etnografía bajo el nombre genérico de hindúes, cual el cóndor, el águila, el halcón, el búho y el buitre son conocidos por la denominación genérica de “aves de rapiña”. Es, a saber: un *rajput*, un *bengalés*, un

madrasi, un *singalés* y un *mahratti*, descendiente este último de una raza acerca de cuyo origen llevan discutiendo más de medio siglo los sabios de Europa, sin conseguir el llegar a un acuerdo.



Los rajputs son conocidos como hindúes, y se los cree pertenecientes al gran tronco ario; pero ellos se denominan así propios Surya-vansa, esto es, descendientes de Sûrya, o el Sol, mientras que los brahmanes derivan su origen de Hindú, o la Luna, por lo que son conocidos a su vez como Indú-vansa, ya que Hindú, Chandra y Soma son, en sánscrito, otros tantos nombres de la Luna. Así, pues, si a los primeros arios que aparecieron en el prólogo de la Historia los denominamos brahmanes, estos es, las gentes que, según Max-Müller, cruzaron los Himalayas y conquistaron el país del Punjab o de los cinco ríos, entonces los rajputs no pueden considerarse como arios, y viceversa; si son ellos también arios, y además no son brahmanes (pues que todas sus genealogías y libros religiosos llamados *Purânas* demuestran que son mucho más antiguos que los brahmanes mismos), es indudable que aquellas tribus arias primitivas existieron efectivamente en otros países de nuestro globo además del tan famoso país del Oxus, cuna de la raza germánica, antecesora de arios y de hindúes, según supone dicho sabio y su escuela alemana.

La genealogía lunar brahmánica, según el árbol genealógico sacado por el coronel Tod de los manuscritos *puránicos* que existen en los archivos de Oodeypore, principia con Pururavas, dos mil doscientos años antes de Cristo, y mucho más tarde, por tanto, que la de Ikshvâku, el gran patriarca de Suryavansa. Rech, el cuarto hijo de Pururavas, encabeza la línea propiamente lunar, pero hasta después de la decimoquinta generación suyo no aparece Harita, fundador de la Kanshika-gotra o tribu brahmánica.

Así es que los rajputs odian mortalmente a estos últimos. Dicen que los hijos del Sol y de Rama no tienen nada de común con los hijos de la Luna y de Krishna. Respecto de los bengalíes, al decir de su tradición histórica, no son ellos sino aborígenes, y dravidianos los mdrasianos y los singaleses. De éstos se han dicho ora que son camitas, ora que semitas, ora que arios, y, últimamente, han sido dejados “a la voluntad de Dios”, al agregar que en todo caso son turanios migoles. En cuanto a los maharavattis, ellos son los aborígenes del Indostán occidental, como los bengalíes lo son del oriental, pero en lo relativo a poder precisar a qué tronco pertenecen estas gentes ningún etnólogo alcanzaría a determinarlo, excepto quizá un alemán de esos que niegan con todo aplomo las propias tradiciones de los naturales, sencillamente porque no concuerden con sus sabias conclusiones. Cuando tal suceda, los antiguos manuscritos en cuestión son desfigurados y sacrificados en aras de la ficción emanada de algún oráculo favorito... Por crear ídolos en el mundo espiritual suelen ser tachadas de supersticiosas las masas ignorantes; pero, ¿no es acaso el hombre ilustrado, mil veces más incongruente que tales masas cuando se trata de sus autoridades predilectas? ¿No

permite él, acaso, que media docena de laureadas cabezas hagan lo que les venga en gana con los hechos para sacar las conclusiones con arreglo a sus gustos, mientras maltrata a cuantos osan alzarse contra los dogmas de estos especialistas infalibles?

No olvidemos a este propósito el caso acaecido al propio Luis Jacolliot, quien a pesar de haber vivido durante veinte años en la India, y a pesar de conocer a fondo al país y su lengua, fué arrollado por aquel Max Müller, cuyo pie jamás hollase el suelo indostánico.

Meros niños de pecho son los pueblos más antiguos de Europa respecto de las tribus asiáticas, especialmente las de la India, y ante las gloriosas genealogías de los rajputs resultan de ayer las más antiguas noblezas europeas. Ellas constituyen al par los anales más veraces y antiguos de todos los pueblos, al decir del coronel Tod, quien hubo de estudiar durante más de cuatro lustros aquellas genealogías. Datan ellas, en efecto, de mil a dos mil doscientos años antes de Cristo, y sus frecuentes referencias a autores griegos testimonian su autenticidad. Tras larga y esmeradísima compulsión de las inscripciones epigráficas, con el texto de los *Purânas*, dicho autor formuló la conclusión de que los archivos de Oodeypore (ahora inaccesibles al público), y sin necesidad de otras fuentes de estudio, constituyen la clave, tanto para la historia de la India en particular, como para toda la historia del mundo. Por supuesto que el coronel Tod cuida muy bien de aconsejar, a diferencia de tantos arqueólogos charlatanes que ignoran lo que es la India, que no se tome la historia de Rama, de Krishna y de los cinco hermanos Pandúes del Mahâbhârata, como meras alegorías poéticas. Antes al contrario, quien medite atentamente acerca de estas pretendidas leyendas, se convencerá de que sus *fábulas* no son sino vivos recuerdos históricos, ya que las comprueban los propios descendientes de estos héroes, sus tribus, sus ciudades antiguas y sus monedas. Nadie puede aventurarse a juzgar, en definitiva, sin haber consultado como aquél las inscripciones de las columnas de Purag, de Mevar y de Inda–Prestha, las de las rocas de Junagur, Bijoli, Aravuri y demás antiquísimos templos jainos, esparcidos por la India, y donde aparecen epigrafías numerosas en lengua hoy completamente desconocida y en comparación de la cual son meros juegos de niños los jeroglíficos egipcios.

No obstante todo esto, el profesor Max–Müller, quien, como va dicho, jamás estuvo en la India, se erigió en juez del asunto y adulteró las tablas cronológicas, a su gusto, para que Europa luego, tomándole como un oráculo, siguiese al pie de la letra sus falsas conclusiones. *¡Así se escribe la Historia en nuestros días!*

No puedo resistir a la tentación de demostrar, aunque sólo sea a mis lectores rusos, en cuán débiles bases están apoyadas las conclusiones cronológicas del venerable sanscritista alemán y cuán poca confianza merece cuando se pronuncia en contra de la antigüedad de este o del otro manuscrito. Páginas estas nuestras de índole ligera y descriptivas, no pueden tener, como tales, pretensiones de erudición, por lo que acaso lleguen a parecer incongruentes. Pero no hay que olvidar que en Rusia, igual que en otros países de Europa, la gente estima el valor de cualquier lumbrera filológica al tenor de los puntos de admiración que le prodigan sus admiradores y que no se conoce allí por nadie el famoso *Veda–Brashya* del swami Dayanand. Hasta se ignorará acaso la existencia de tal obra, cosa afortunada por la reputación científica del profesor

Max-Müller. Diré, pues, brevemente que cuando éste declara en su *Sahitya-Grantha* que los arioindos adquirieron la noción de la Divinidad muy lentamente, es evidente que intenta demostrarnos que los *Vedas* están muy lejos de contar con una antigüedad tan grande, como la que les asignan algunos de sus colegas universitarios. Después de aducir algunos razonamientos en pro de su teoría, termina con un hecho que deputa como indiscutible. Señala, en efecto, la palabra *hiranya-garbha* de los *mantrams*, que él traduce por la palabra *oro*, y añade que, como aquella parte de los *Vedas* llamada *chanda*, apareció hace unos tres mil cien años, la otra parte consagrada a los *mantrams* no puede datar de antes de unos dos mil novecientos años. Conviene advertir que los *Vedas* están divididos en dos partes: los *chandás*, slokas o versos, y los *mantrams* de oraciones rítmicas a manera de himnos, que se emplearon además en las operaciones de la buena Magia. Ahora bien, el profesor Max-Müller analiza el *mantram* de “Agnihi Poorwebhihi” tanto filosófica, como cronológicamente, y tropezando en él con la palabra *hiranya-garbha* la califica como un anacronismo. “Los antiguos no conocían el oro –dice–, y, por tanto, si el oro es mencionado en este *mantram*, se debe sin duda a una interpolación ulterior, relativamente moderna”.

Pero en este punto comete un crasísimo error el ilustre sanscritista. El mismo swami Dayanand y otros pandits o doctores que distan mucho de ser amigos de Dayanand, sostiene que el profesor ha interpretado erróneamente aquel término. *Hiranya*, ahora ni nunca ha significado *oro* cuando va unido a la palabra *garbha*, pues entonces no debe traducirse sino por *luz divina; conocimiento místico*, de manera semejante a como los alquimistas solían emplear la frase de *oro sublimado*, en vez de la de *luz*, cuando trataban de obtener el metal puro con sus rayos. Los dos vocablos de *hiranya* y *garbha*, cuando van unidos, significan literalmente, pues, *el seno radiante*, y al ser usados en los *Vedas*, se aplican al Primer Principio, en cuyo seno yace permanentemente la luz del divino Conocimiento; la suprema Verdad, la Esencia del alma humana, purificada de todos sus pecados, al modo de como yace la pepita de oro en el seno de la tierra.

Hay que mirar siempre en los *mantrams* un doble sentido: el literal o material y el puramente abstracto o metafísico, ya que todo cuanto existe en la tierra se halla íntimamente ligado con el mundo espiritual, del que no es sino una reflexión grosera; procediendo de él y siendo en él reabsorbido. Indra, el dios del trueno, por ejemplo; Surya, el dios del Sol; Vayú, el del viento, y Agni, el del fuego, dependen todos de aquel Principio Primero, y parten, según el *mantram*, del radiante seno de luz o *hiranyagarbha*. Los dioses en tal concepto no son sino los Poderes de la Naturaleza, y los Adeptos o Iniciados de la India saben bien que el dios Indra no es sino el mero sonido producido por las descargas eléctricas, o más bien la misma electricidad. Surya, a su vez, no es el dios del Sol, sino más bien el ígneo centro de nuestro sistema: la Esencia de donde proceden el fuego, la luz, el calor, etc., o sea la cosa misma, que ningún hombre de ciencia europea, desde Tyndall hasta Schröpfer, no han podido definir todavía. Tamaña significación oculta pasó inadvertida para Max-Müller, quien, por apearse siempre a la letra muerta, vese forzado a cortar el nudo de Gordio, que no puede desatar. ¿Cómo se le puede permitir entonces que dicte fallo acerca de la

antigüedad de los Vedas, cuando tan pobremente interpreta estos antiquísimos documentos?

Tal expone, al menos, Dayanand, y a él y a su Rig-Veda Bhashya Bhoomika deben dirigirse para más amplia información.

Todos, menos yo, dormían pesadamente en torno del fuego, sin cuidarse lo más mínimo del vocerío de la feria ni del prolongado rugir de los tigres del valle, ni siquiera de las oraciones salmodiadas por los peregrinos que iban y venían durante la noche, cruzando a oscuras y sin temor alguno aquel mismo sendero que tanta zozobra nos produjese a nosotros de día. Venían en grupos de dos o de tres individuos, y a veces, hasta cruzaba una mujer sin acompañante alguno. Como nosotros ocupábamos la entrada del vihâra grande, después de regruñir un tanto penetraban por una de las pequeñas cuevas laterales semejante a un templete con la estatua de Devaki-Mata, alzándose sobre un pilón. Cada peregrino se prosternaba unos instantes, colocaba su ofrenda a los pies de la diosa, humedecía su frente, mejillas y pecho con el agua de la pila, o bien se bañaba en ella, y, en fin, se retiraba sin volver la espalda, arrodillándose por última vez en la puerta y desaparecía en la oscuridad balbuceando su postrer plegaria: ¡Mata, Maha-mata! ¡Madre, madre excelsa!

Dos de los criados de Gulab-Sing, encargados de hacer la centinela contra las fieras, se hallaban sentados en las gradas del atrio con sus clásicas lanzas y pieles de león o tigre. Como no podía conciliar el sueño, observaba con curiosidad creciente cuanto en nuestro alrededor acaecía. El takur tampoco dormía, y siempre que entreabría mis ojos, abrumados por el sopor, veía destacarse, en primer término de aquel cuadro, la silueta gigante de nuestro misterioso amigo.

Hallábase el rajput sentado, según la costumbre oriental, rodeando con sus brazos sus rodillas, sobre un banco tallado en la roca a un extremo de la terraza, con la mirada fija en la diáfana atmósfera. Tan al borde se hallaba del abismo, que al más ligero movimiento podía ponerle en gran peligro. Pero la misma Bhavani, la de la estatua de granito, estaba más inmóvil que él. Era entonces tan intensa la luz de la luna que, por contraste, la negra sombra producida por la roca que le cobijaba se hacía doblemente impenetrable y velaba su cara con la majestad de las tinieblas. De vez en cuando el fulgor del amortiguado fuego se avivaba un instante, y al reflejar sobre la silueta aquélla podía distinguir sus hieráticos perfiles bronceados, y sus brillantes ojos, tan inmóviles como el resto de su persona.

—¿En qué pensará? ¿Duerme tan sólo o se encuentra en ese extraño estado, en que toda la vida corporal parece temporalmente detenida? Precisamente nos había relatado aquella misma mañana, cómo los rajayoguis iniciados podían sumirse a voluntad en este estado... ¡O si, al menos, yo pudiera dormir!

De repente di un salto, excitada por los recuerdos de las cobras, al escuchar a mi lado mismo un largo y agudo silbido. El estridente sonido databa del propio heno sobre el que reposaba. ¡Luego se repitió una y hasta dos veces... ¡Era nuestro reloj-despertador

americano que siempre viajaba conmigo! No pude menos de sentirme avergonzada de mi puerilidad.

Pero ni el silbido, ni el sonoro campanileo del despertador, ni mi repentino movimiento que habla obligado a Miss X... a levantar su soñolienta cabeza, sacaron a Gulab-Sing de su impasibilidad sobre el borde del precipicio. Transcurrió así otra media hora. Aún se oía el lejano rumor de la fiesta y todo en derredor mío yacía silencioso y tranquilo; pero el sueño huía más cada vez de mí. A poco se levantó el viento fresco que precede al amanecer, agitando los arbustos y árboles del abismo, y mi atención se fijaba alternativamente en el grupo formado por los tres rajputs, amo y criados, que delante tenía, y, sin saber por qué, fijé la vista en los largos cabellos de los criados que flotaban al viento, aunque el sitio estaba resguardado. Al contemplar en seguida al takur, la sangre se me heló en las venas. Mientras el turbante de uno de aquellos flotaba a impulsos del viento, la cabellera del Sahib, en cambio, permanecía tan inmóvil como si estuviese pegado sobre sus espaldas. No se movía ni un solo cabello, ni un pliegue tan solo de su fino vestido de muselina.

–¿Qué significa esto? –me pregunté a mí misma llena de curiosidad–. ¿Soy víctima de una alucinación o de una realidad inexplicable y maravillosa? Cerré los ojos para no ver más; pero un instante después volví a abrirlos sobresaltada ante cierto ruido alarmante que acababa de sentir hacia las gradas de entrada. La larga y oscura silueta de una fiera aparecía contorneada sobre el pálido ambiente exterior. Vi sus medrosos perfiles, su larga cola que azotaba sus ijares, y vi también que los criados se levantaban tan veloces como silenciosos, mirando a Gulab-Sing como para pedirle órdenes. Pero, ¿dónde estaba Gulab-Sing? En el sitio de un momento antes nadie había. Sólo se percibía el topi o turbante agitado por el viento. Me levanté de un salto, al par que un rugido ensordecedor retumbó por todo el vihâra cual un trueno. ¡Cielos, un tigre!

Antes de que la impresión tomase clara forma en mi mente, todos cuantos dormían se levantaron de un salto; los hombres empuñaron sus revólveres y carabinas, y un crujido como de ramas rotas, aunado al ruido que hiciese al caer un cuerpo pesado hacia el fondo del precipicio.

–¿Qué pasa? –dijo tranquilamente, en medio de la alarma general, la voz de Gulab-Sing, a quien veía de nuevo sentado sobre el banco de piedra–. ¿Por qué alarmarse tanto?

–¡Un tigre! ¿No era un tigre? –gritaron atropelladamente europeos e hindúes, salvo Miss X..., que temblaba como si tuviese fiebre.

–Tigre o lo que fuera poco nos importa ya, pues lo que fuese yace exánime en el fondo del abismo– contestó bostezando el rajput.

–No sé cómo el Gobierno no hace acabar con tan horribles animales –decía sollozando la infeliz Miss X.... quien, sin duda, creía a pies juntos en la omnipotencia del Poder Ejecutivo.

–Mas, ¿cómo os habéis podido librar *del de las rayas*? –insistía, confuso el Coronel–. ¿Habéis disparado algún tiro que, sin embargo, no hemos oído?

–Vosotros, los europeos, os imagináis que un tiro es, si no el único, el mejor expediente al menos para librarse de las fieras; pero nosotros poseemos contra ellas otros medios más eficaces, a veces, que los fusiles mismos –dijo el babú Narendro–Das–Sen–. Esperad a llegar a Bengala, que allí tendréis sobrada ocasión de trabar conocimiento con los señores tigres.

Empezaba a clarear el día, y Gulab–Sing nos propuso el descender para examinar las cuevas restantes y las ruinas de una fortaleza, antes que el Sol calentase con exceso. A las tres y media nos dirigimos al valle por otro camino más practicable, sin que esta vez nos acaeciese aventura alguna. El maharatti nos abandonó sin decirnos dónde iba.



Visitamos así la derruida fortaleza de Logarh, conquistada por Sivaji a los mogoles en 1670, y los restos de la sala donde la viuda de Nana Farnavese, so pretexto de protectorado inglés fué mantenida de hecho como prisionera del general Wellesley en 1804, con una pensión de 12.000 rupias. De allí nos dirigimos a la aldea de Vargaon, aún muy rica y antaño fortificada. Allí pasaríamos las horas más calurosas del día, de nueve de la mañana a cuatro de la tarde, para ir después a los históricos hipogeos de Birsa y Badjab, a unas tres millas de Karli.

A cosa de las dos, cuando a pesar de nuestros enormes abanicos echábamos pestes contra el calor, apareció nuestro amigo el brahmán de Mahratta, a quien creíamos extraviado. Le acompañaban media docena de decanies, o naturales del Decan, y avanzaba con lentitud, sentado casi en las orejas del caballo, que relinchaba con poquísimas ganas de andar. Cuando llegó a la terraza y echó pie a tierra, supimos la verdadera causa de su desaparición. Atravesado en el arzón de la silla traía el cadáver de un enorme tigre, cuya cola arrastraba por el polvo. Aún mostraba llena de sangre su entreabierta boca. Quitáronlo de la silla y le depositaron al pie de los escalones de la entrada.

¿Sería el tigre aquél que nos visitara la noche anterior? Miré a Gulab–Sing, que reposaba en un rincón sobre su manta, con la cabeza apoyada en la mano y leyendo. Frunció apenas el entrecejo, pero nada dijo. El brahmán portador del tigre permanecía silencioso también, inspeccionando no sé qué clase de preparativos como para una solemnidad, exigida por las creencias de aquellas supersticiosas gentes.

Un poco pelo cortado de la piel de todo tigre que no ha caído por baja ni cuchillo, sino por la mera *palabra* del Maestro, es considerado como el mejor de los talismanes contra toda la felina raza.

–Esta es una oportunidad rarísima –explicó el maharatti–, porque rara vez se encuentra un hombre que posea la tal palabra. Los yoguis y sâddhus no matan, generalmente, a las fieras, creyendo reprehensible la destrucción de cualquier ser viviente, aunque sea la de una cobra o de un tigre, cuidando, tan sólo, de apartarse de los animales dañinos. En la India no existe, pues, más que una Fraternidad, cuyos individuos poseen todos los secretos y nada existe oculto para ellos en la Naturaleza entera. A la vista teníamos un tigre cuyo cuerpo evidenciaba que no había sido muerto por otra arma que la palabra de Gulab–Sing. Le encontré sin dificultad entre la maleza, por bajo, exactamente, de nuestro vihâra, y de la roca desde la cual rodase el tigre ya muerto y sepan que los tigres jamás dan paso en falso. Así, pues, Gulab–Sing, yo os saludo: ¡Sois todo un raja–yogui! –terminó el orgulloso brahmán, postrándose de hinojos ante el takur.

–¡Dejaos de vanas palabras, Krishna Rao –interrumpió Gulab–Sing–, levantaos y no hagáis el papel de un mísero shûdra!

–Os obedezco, Sahib, pero perdonadme, porque confío en mi propio juicio. Ningún raja–yogui, por otra parte, ha declarado jamás sus relaciones con la Fraternidad, desde el día en que el monte Abu vino a la existencia.

Luego, el brahmán comenzó a distribuir porciones del pelo del tigre. Nadie pronunció palabra y yo miré con curiosidad a todos mis compañeros de viaje. El Coronel, presidente de nuestra Sociedad, estaba sentado, con la mirada baja y extraordinariamente pálido. Su secretario, Mr. Y..., echado de espaldas, aceptó silenciosamente su porción de pelo y lo guardó en su bolsa. En cuanto a los hindúes, todos rodeaban al tigre, y el singalés trazaba misteriosos signos en la frente del animal, mientras Gulab–Sing, como si nada fuese con él, continuaba su lectura.



El hipogeo de Birza, a seis millas de Vargaon, aparece tallado bajo el mismo plan que el de Karli. El techo abovedado del templo se apoya sobre 26 columnas de 18 pies de altura, y el pórtico sobre cuatro columnas de 24 pies, con imafrentes formados por grupos de caballos, elefantes y bueyes de la más refinada belleza. La llamada *Cámara de Iniciación* es un espacioso recinto de planta oval, con columnata y 11 celdas muy hondas excavadas en la roca. Las cuevas de Bajah son las más admirables y antiguas de todas. Aun se ven en ellas inscripciones que demuestran que todos estos templos fueron excavados por los jainas, más bien que por los budhistas. Los actuales budhistas sólo admiten a un Buddha, o sea a Gautama, príncipe de Kapilavastu, seis siglos antes de la Era Cristiana, mientras que los jainas reconocen a Buddha en cada uno de sus 34 Instructores Divinos o Tirthankaras, el último de los cuales fué el Gurú o Maestro de Gautama. Semejante diferencia entre unos y otros es muy embarazosa cuando se trata de hacer conjeturas acerca de la filiación de este o aquel vihâra o chailya, porque conviene saber que la antigüedad de la secta Jaina se pierde en la más remota e

insondable antigüedad, y, por tanto, el nombre de Buddha que aparece repetido en las inscripciones, igual puede atribuirse al último y propiamente dichos, que al primero de la serie de ellos que data, según la genealogía de Tod, de dos mil doscientos años antes de Cristo.

Una de las inscripciones de la cueva de Baira, por ejemplo, esculpida en caracteres cuneiformes dice así: “Ex voto del asceta de Nassk, al santo, al celeste y divino Buddha, sin pecado”. Otra, que campea sobre una celda, añade: “Humilde ofrenda al Celestial; al bien amado cuerpo físico, fruto del Manú, aquí siempre presente”. No hay que añadir que de aquí suele deducirse el carácter del hipogeo como si, en efecto, perteneciese a los brahmanes que creen en Manú. Dos más dicen: “Homenaje al purificado Saka–Saka”. “Ofrenda del vehículo de Radha (la esposa de Krishna, símbolo de toda perfección), a Sugata, el que partió para siempre”. Sugata es también otro de los nombres de Buddha. ¡Nueva contradicción!

En aquellos alrededores de Vargaón, fué donde los anahrattis cogieron prisionero al capitán Vaughan, a su esposa y a su hermano y los ahorcaron, después de la batalla de Khirki.



A la siguiente mañana marchamos a Chinchor, o Chinchud, como se le llama en el país. Es una miniatura del L’hasa del Tíbet, porque así como el Buddha encarna sucesivamente en cada Dalai–Lama, aquí, asimismo, Shiva, su padre celeste, le permite a su vez encarnar en el hijo mayor de determinada familia brahmánica. Hay un templo suntuoso en el cual los Sucesivos avatares de Gumpati han vivido y sido adorados durante más de doscientos años. Narremos lo que allí acaeció.

Hace unos doscientos cincuenta años que a un pobre matrimonio brahmán, el dios de la Sabiduría le prometió en sueños que encarnaría en su hijo primogénito. El muchacho que nació, en efecto, fué llamado Maroba, que es uno de los muchos títulos del Dios. Maroba, creció, se casó, y tuvo varios hijos, tras lo cual el dios le ordenó que renunciase al mundo y fuera a terminar su vida en el desierto. Allí ya, durante veintidós años, según la leyenda cuenta, Maroba realizó infinitos milagros, aumentando su fama cada día. El asceta vivía en un rincón de la selva impenetrable que cubría a Chinchud en aquellos tiempos. Gumpati se le tornó a mostrar de nuevo y prometió seguir encarnando en su descendencia durante siete generaciones, después de lo cual sus milagros ya no tuvieron límites y la gente acabó por rendirle culto y edificarle un templo suntuoso.

Últimamente Maroba ordenó a su pueblo que le enterrasen vivo, en cuclillas y con un libro en la mano, y que no volviesen a abrir su sepultura so pena de toda su ira y maldición. Después del entierro de Maroba, Gumpati encarnó en su Primogénito, quien, a su vez, dió principio a una vida de portentos. Así, pues, el divino Maroba I fue reemplazado por el divino Chintamán I. Este último dios tuvo ocho esposas y ocho

hijos; y las prodigiosas habilidades de Narayán I, el mayor de estos hijos, fueron tan sonadas que su fama llegó a oídos del emperador Alamgir, quien trató de comprobar el alcance de su *divinización* o poderes. Al efecto, Alamgir, a guisa de presente, le hizo enviar un pedazo de cola de una vaca envuelta en riquísimas telas. Es sabido que para un hindú el tocar tan sólo la cola de una vaca muerta es la mayor de las degradaciones; pero Narayán, al recibirla, roció el paquete con agua, y así que le desenvolvieron hallaron un precioso ramillete de syringas blancas en lugar de la impía cola. Semejante metamorfosis asombró tanto al soberano que regaló al dios Narayán I ocho aldeas. Estas riquezas pasaron después a Chintamán–Deo II, cuyo heredero fué Dharmadhar y, finalmente, a Narayán II. Este, al violar el sepulcro de Maroba atrajo la maldición sobre su cabeza, razón por la cual su hijo, el último de esta dinastía de dioses, ha de morir sin sucesión.

Cuando nosotros vimos a este último avatar de Gumpati era ya un anciano de noventa años, sentado en una especie de plataforma. Su cabeza apenas se sostenía, y sus ojos, de estúpida mirada, no nos veía ya, gracias al uso continuo del opio. Multitud de piedras preciosas brillaban en su cuello, orejas y dedos de manos y pies, y en torno suyo se amontonaban numerosas ofrendas. Para podernos acercar a semejante reliquia, que se desmoronaba, se nos había obligado a descalzarnos.



Tornamos a Bombay aquella tarde para salir dos días después a nuestro viaje al noroeste, porque teníamos que ver a Nissit, una de las pocas ciudades mencionadas por los historiadores griegos, sus hipogeos y la torre de Rama, y visitar a Allabad, la antigua Prayâga, metrópoli de la dinastía lunar, que se alza en la confluencia del Ganges y del Jumna, a Benarés, la ciudad de los cinco mil templos y otros tantos monos; a Cawnpur, célebre por la sangrienta venganza de Nana Sahib. Teníamos que ver asimismo los restos de la Ciudad del Sol, destruída hace seis mil años, según los cómputos de Colebrooke; a Agra y a Delhi; explorar luego el Rajistán, con sus mil castillos takures, leyendas y ruinas; a Labore, la metrópoli del Penjab, y, en fin, detenernos algún tiempo en Amritsar, en cuyo Templo de Oro, construido en el centro del *Lago de la ¡mortalidad*, había de verificarse la primera reunión de los miembros de nuestra Sociedad: brahmanes, budhistas, sikhs, etc., representantes de las mil y una sectas de la India, que, en mayor o menor grado, simpatizaban con la idea de la Fraternidad Humana, que constituye el lema de nuestra Sociedad Teosófica.

IV

GLORIAS QUE FUERON

Benarés Prayâga–hoy Allabad–, Nassik, Hurdwar, Bhadrinath y Matura, eran los lugares sagrados de la India prehistórica que sucesivamente íbamos a recorrer, pero no visitándolos al modo de los turistas, esto es, a vista de pájaro, con una guía barata en fa mano y un *cicerone* que fatigue nuestras piernas y abrume nuestro cerebro. Sabíamos muy bien que estos antiguos lugares rebosan de tradiciones que se hallan cubiertas por la mala hierba de la fantasía popular, como las ruinas de un antiguo castillo se cubren de hiedra, sepultándose bajo el follaje de estas plantas parásitas hasta el punto de que es casi imposible para el arqueólogo el formarse idea de la arquitectura del edificio, antaño perfecto, y los meros montones informes de escombros que le desfiguran, como lo es para nosotros el separar entre el caos de las leyendas, el trigo de la verdad de la cizaña ulterior. Ni guías, ni *cicerones* podían sernos útiles, pues para lo único que podían servirnos era para señalarmos aquellos sitios donde se alzara antaño una fortaleza, un templo, una selva sagrada o una ciudad famosa, y repetirnos luego las leyendas creadas en las últimas épocas bajo la dominación musulmana. La verdad, sin desnaturalizar, la historia auténtica de cada, lugar de importancia, nos era preciso el buscarla por nosotros mismos, mediante nuestro propio esfuerzo.

La India moderna no es hoy ni una pálida sombra de lo que fué, no ya en la época anticristiana, sino ni siquiera en el Indostán de los días de Akbar, Aurunzeb y Shah–Jehan. Las vecindades de las poblaciones arrasadas por las guerras y las aniquiladas aldeas aparecen sembradas de guijarros rojizos y redondos, como lágrimas sangrientas petrificadas. Al aproximarse a la poterna de alguna fortaleza antigua no se tiene que pisar por entre guijas naturales, sino sobre los dispersos fragmentos de granito antiguo, bajo cuyas sedimentaciones yacen muchas veces las ruinas de una tercera ciudad todavía más antigua. Los musulmanes construían de ordinario sus ciudades sobre los restos de las que habían tomado por asalto, y las han asignado denominaciones modernas. Los nombres de estas últimas ciudades suelen mencionarse en las leyendas, mientras que los de sus ciudades antecesoras habían ya desaparecido de la memoria de las gentes aun antes de la invasión musulmana. ¿Llegará un día en que sean sacados a luz tamaños secretos de los siglos?

Sabiendo de antemano todas estas cosas, resolvimos armarnos de paciencia, aunque nos fuera preciso dedicar años enteros a explorar idénticos sitios, para tener una mejor información histórica y hechos menos desfigurados que los esclarecidos por nuestros

antecedentes que se habrían tenido que conformar con una escogida colección de ingenuas mentiras escapadas de labios de algún semisalvaje aterrorizado, o de algún brahmán más deseoso de desfigurar la verdad que de hablar nada. En cuanto atañía a nosotros, la cosa variaba, porque estábamos ayudados por toda una agrupación de hindúes ilustrados, profundamente interesados en el asunto. Habíasenos prometido, además, la revelación de algunos secretos y la traducción exacta de crónicas antiguas, salvadas de la destrucción por verdadero milagro.

La historia de la India se borró, tiempo hace, de la memoria de sus hijos, y es aún un misterio para sus conquistadores, aunque indudablemente exista en manuscritos que se ocultan con cuidado a los europeos. Tal se ha demostrado, a juzgar por algunas palabras harto significativas pronunciadas por brahmanes en las raras veces de amistosas expansiones. Así cuenta el coronel Tod, tantas veces citado, que hubo de decírsele un Mahant, jefe de cierta antiquísima pagoda-monasterio:

–Sahib, perdéis el tiempo en vanas investigaciones. Es cierto que la India *bellati*, o de los extranjeros, la tenéis a la vista; pero jamás alcanzaréis a conocer a la India *gupta* u oculta. Nosotros, guardianes celosos de sus misterios, antes de revelar los secretos de ésta, nos cortaríamos la lengua.

Tod consiguió, no obstante, averiguar no poco. Jamás inglés alguno fué mejor mirado por los naturales que este antiguo y esforzado amigo del Maharana de Oodeypur, quien siempre se mostró bondadoso y justiciero con ellos, hasta con el más humilde. Su obra, escrita con anterioridad al poderoso desarrollo de la etnología, es todavía un monumento en lo que al Rajistán se refiere. Pese a la modesta opinión que el autor tuvo siempre de ella, pues la calificaba de simple acopio de materiales para la labor de historiadores futuros, hállanse en el libro multitud de cosas en las que no soñó jamás funcionario civil alguno de la metrópoli.

Dejemos a nuestros amigos que se sonrían con incredulidad; perdonemos también a nuestros enemigos en que desprecien nuestra pretensión de “penetrar en los misterios del mundo de la Aryavarth”, según las frases de cierto crítico. Por contraria que nos sea la opinión de los críticos, y aun en el caso de que no resulten más dignos de asenso nuestros asertos que los de Fergusson, Wilson, Wheeler y demás arqueólogos y sanscritistas que se han ocupado de la India, no por eso los creo indemostrables, aunque se nos suele decir que a guisa de insensatos chiquillos, emprendemos una labor frente a la que retrocedieran aterrados docenas de historiadores y filólogos ayudados espléndidamente por el dinero y la influencia del Gobierno, mientras que nosotros nos empeñamos en una tarea que ha resultado superior a las fuerzas de toda una sociedad, como la Sociedad Real Asiática.

Pasé. No pocos recuerdan, sin embargo, que no hace muchos años, un pobre húngaro, casi un mendigo, se dirigió a pie al Tíbet atravesando países tan desconocidos como peligrosos, impulsado tan sólo por el ardiente anhelo de hacer luz acerca de los orígenes de su nación. Su viaje dió por resultado el descubrimiento de una verdadera mina de tesoros literarios; y la Filología, que se habla debatido en las verdaderas

tinieblas cimerianas de un laberinto etimológico, y que estaba a punto de lanzar al mundo científico una de las más peregrinas teorías, tropezó repentinamente con el verdadero hilo de Ariadna, pues que dicha ciencia descubrió, por fin, que la lengua sánscrita, si no *el antepasado*, es –usando la expresión de Max–Müller– el *hermano mayor* de todas las lenguas clásicas. Gracias al celo y pericia de Alejandro Csoma de Körös, el Tíbet nos entregó una lengua que nos era totalmente desconocida. Él la asimiló, en gran parte, analizándola; y de sus traducciones han surgido las demostraciones siguientes: primera, que los originales del *Zend–Avesta*, las Sagradas Escrituras de los adoradores del Sol, la *Tripitaka* budhista y el *Aytareya–Brahmana* fueron escritos todos en la primitiva lengua sánscrita; segunda, que las lenguas zenda, nepalesa y sánscrito–brahmánica moderna, no son, más o menos, sino formas dialectales de la primera; tercera, que el antiguo sánscrito es el origen de todas las lenguas indoeuropeas menos antiguas, así como de las lenguas y dialectos europeos modernos; cuarta, que las tres principales religiones paganas, zoroastrismo, brahmanismo y buddismo, no son sino meras herejías de las puras enseñanzas monoteístas de los *Vedas*, cosa que no por eso les priva de su carácter de verdaderas religiones antiguas, no de pretendidas falsificaciones modernas.

El resultado de todo esto es notorio: Un infeliz viajero, sin dinero ni protección alguna, consiguió ser admitido en las lamiserías del Tíbet y que allí le diesen a conocer la literatura sagrada de las solitarias gentes que por aquellos lugares habitan, sin duda porque a mogoles y tibetanos los trató como a verdaderos hermanos suyos, no como a una raza inferior, proeza, ¡jay!, reservada tan sólo a los llamados hombres científicos. Uno siente vergüenza hasta de la Humanidad y de la ciencia cuando recuerda que aquel hombre singular, que trajo la semilla para una tan óptima cosecha, continuó siendo, casi hasta el día de su muerte, un trabajador pobre y obscurecido. De regreso de su viaje al Tíbet, llegó a Calcuta sin un céntimo en el bolsillo, y sólo empezó a ser conocido su nombre y a pronunciarse con veneración citando agonizaba en uno de los lugares más miserables de Calcuta. Muy enfermo ya, quiso volver al Tíbet, y salió de nuevo a pie a través de la región de Sikkhim; pero sucumbió en el camino, y fué enterrado en Darhjeeling.

Nuestra pretensión, además, sabemos bien que es imposible encuadrarla en el formato y condiciones de meros artículos periodísticos, y por ello aspiramos no más que a poner la primera piedra de un edificio cuya sucesiva construcción está encomendada a las generaciones futuras. El combatir con fruto las falsas teorías acumuladas por dos generaciones de orientalistas, precisaría medio siglo de asidua labor, porque para reemplazar dichas teorías por otras nuevas necesitamos aducir nuevos hechos en su contra, fundados, no ya en cronologías y testimonios adulterados de brahmanes embusteros, cual acaeciese por desgracia con Luis Jacolliot y con el teniente Willord, sino en pruebas abrumadoras que han de suministrar inscripciones no descifradas aún. La clave de éstas no la poseen los europeos, pues, según antes he dicho, yace atesorada en manuscritos tan viejos como las inscripciones mismas, y que se hallan fuera del alcance de las gentes; aun dado caso que se confirmasen nuestras esperanzas y obtuviésemos dicha clave, otra nueva dificultad se alzaría ante nosotros; es, a saber, la

de que tendríamos que emprender, página tras página, una refutación sistemática de los numerosos volúmenes de *hipótesis* publicados por la Real Sociedad Asiática. Tamaña labor sólo podría ser llevada a cabo por una docena de sanscritistas incansables tras ímprobo esfuerzo, y estos sanscritistas son más raros en la India que los elefantes blancos. Gracias a donaciones particulares, se han abierto, sin embargo, ya dos escuelas libres de sánscrito y de pali; una en Bombay, por la Sociedad Teosófica, y otra en Benarés, bajo la presidencia del sabio Rama–Mishra–Shastri. En el año actual 1882, la Sociedad Teosófica cuenta ya con catorce escuelas entre las de Ceylán y las de la India.

Con las cabezas llenas de tan interesantes pensamientos, nuestra comitiva, compuesta por un americano, tres europeos y tres indígenas, ocupamos todo un departamento del gran ferrocarril Peninsular de la India, camino de Nassik, una de las ciudades más antiguas del país, como ya dije, y la más sagrada de todas a los ojos de los moradores de la Presidencia Occidental. Nassik proviene de la palabra sánscrita *nassika* o *nariz*. Una leyenda épica asegura que en aquel sitio, Lakshman, el hermano mayor del divino rey Rama, cortó las narices a la gigantona Sarpnaka, hermana de aquel Ravana que robase a Sita, la Elena troyana de los hindúes.

El tren se detiene a unas seis millas de la ciudad, por manera que fué preciso acabar nuestro viaje en seis dorados carros de dos ruedas llamados *ekkas* y tirados por bueyes. Era la una de la mañana; pero no obstante la obscuridad de la hora, los dorados cuernos de los bueyes estaban cubiertos por guirnaldas de flores, y en sus patas llevaban sonoras campanillas metálicas. Teníamos que recorrer grandes hondonadas llenas de maleza, donde, según se apresuraron a decirnos nuestros conductores, campan por sus respetos los tigres y otros solitarios cuadrúpedos. No tuvimos, sin embargo, ocasión propicia para trabar conocimiento con los tigres; pero si pudimos gozar del concierto que nos diera una familia entera de hambrientos chacales que seguían nuestros pasos coreándolos con salvajes aullidos. Estos animales son muy molestos; pero tan cobardes, que aun siendo suficientes ellos para devorarnos, no sólo a nosotros, sino hasta a los bueyes de cuernos dorados, ninguno se atrevió a aproximársenos. Cada vez que el largo látigo que empleábamos contra las serpientes caía sobre el lomo de uno de ellos, la borda entera huía produciendo una algarabía imposible. Los conductores, por su parte, no perdonaron ni una sola de sus supersticiosas precauciones contra los tigres, así que cantaban mantrams en coro, esparcían betel en el sendero en honor de los Rajás del bosque, y al final de cada canción hacían arrodillarse a los bueyes e inclinar sus testuces en homenaje a los dioses mayores. Con estas ceremonias, el *ekka*, que es como una cáscara de nuez, amenazaba derribarnos sobre los bueyes. De tan agradable manera hicimos nuestro recorrido de cinco horas bajo un cielo negrísimo, y llegamos a las seis de la mañana a nuestro alojamiento.

El carácter sagrado de Nassik, no se debe, empero, al mutilado tronco de la giganta, sino a su situación a orillas del río Godavari y muy cerca ya de sus fuentes, río, denominado Ganga (o Ganges) por sus naturales, sin que sepamos la razón. La ciudad debe probablemente a este nombre mágico sus magníficos e innumerables templos y el ser residencia de la selecta clase de brahmanes que habitan en las orillas del río. Hay

peregrinaciones dos veces por año y en ellas el número de peregrinos suele exceder mucho a los treinta y cinco mil habitantes de la población. Las casas de los brahmanes acomodados, que se alzan a derecha e izquierda del camino desde el centro de la ciudad al río, son tan pintorescas como sucias, y todo un bosque de estrechas pagodas de forma piramidal orlan las márgenes del río, pagodas alzadas sobre las ruinas de los templos que destruyese antaño el fanatismo musulmán. La leyenda nos enseña que aquéllas provienen de las cenizas de la cola de Hanumân, el dios-mono, cuando el perverso Râvana se la untó cruel con betún y le prendió fuego. Hanumân, al verse ya perdido, dió un salto por los aires, retornando a Nassik su patria querida.

De aquel noble adorno trasero del dios-mono, así quemado durante el viaje por los aires, no quedaron más que cenizas, pero de cada sacratísimo átomo de ellas, al caer al suelo, hubo de surgir un templo... Diríase, en efecto, al contemplar desde la altura las innumerables pagodas, que ellas habían sido esparcidas a puñados desde el cielo. No ya las orillas del río y sus alrededores, sino los más pequeños islotes; la roca más ínfima que aflora en las aguas, tiene su templete, sin que haya uno de ellos que no tenga su peculiar leyenda, con tantas versiones como brahmanes la refieren, en espera del óbolo correspondiente.

Los brahmanes de Nassik, como los de toda la India, están divididos en dos sectas: la una que adora a Vishnú, y la otra a Shiva, y entre ambos existe una guerra secular. Aunque la comarca del Godovari haya sido cuna de Hanumân y teatro de las primeras proezas de Rama, que fué una de las encarnaciones del Vishnú, hay en ella tantos o más templos de Shiva que de este último. Las pagodas shivaíticas están construidas con negro basalto, mas como el negro es el color distintivo de los vaishnavas o adoradores de Vishnú, como recuerdo de la quemada cola de Hanumân, surge de ello la manzana de la discordia, por sostener éstos que los shivaitas no tienen derecho a emplear en sus pagodas piedras con tal color. Infinitos fueron, por tanto, los pleitos que tuvieron que fallar los ingleses, desde el primer día de su dominación entre las dos sectas rivales y, gracias a esta fatídica cola, toda sentencia era apelada de un tribunal para otro, como si ella fuese por sí sola el verdadero *deus ex machina* de los brahmanes de Nassik, y hanse emborronado a propósito de tan ruidoso apéndice más resmas de papel que en la querrela celebérrima acerca del ganso sagrado entre el Ivan Ivanitch y el Ivan Nikiphoritch rusos, y se ha derramado más tinta y más bilis que todo ha existido en Mirgorod desde la creación del universo. El puerco que con tantísimo acierto decidiese la famosa querrela de Gogol, habría sido una inapreciable dicha para Nassik, al acabar con su eterna disputa. Además, si el tal puerco viniese de Rusia, nada podría hacer, pues tan luego como llegase sería detenido como espía ruso.

En Nassik se muestra al viajero el baño de Rama y las cenizas de los brahmanes verdaderamente piadosos, son aquí traídas de los lugares más remotos para ser arrojados en el Godavari y que se mezclen eternamente con las aguas del sagrado Ganges. En cierto antiguo manuscrito de uno de los generales de Rama, que sin saber por qué no es mencionado en el *Râmâyana*, señala al río Godavari como frontera separadora de Ayodya o Ude, el imperio de Rama y de Lanka o Ceilán, el imperio de

Râvana. Allí fué, en efecto, según canta el *Ramayana*, el lugar preciso donde Rama, cazador, levantó un hermoso antílope, cuya piel trató de regalar a Sita, su esposa; pero al perseguir al ágil cuadrúpedo, violó la frontera y penetró indebidamente en el territorio de su vecino.

No cabe duda alguna que Rama, Râvana y hasta el mismo Hanumân, promovido por alguna razón misteriosa a la categoría de simio, son personajes auténticos que en algún tiempo tuvieron existencia real. Desde hace unos cincuenta años se viene sospechando vagamente que los brahmanes atesoran sobre ello inapreciables manuscritos, uno de los cuales se ocupa de la época prehistórica en que los arios invadieron por vez primera el país y comenzaron una inacabable lucha con los oscuros aborígenes de la India del Sur, pero jamás el fanatismo indhú ha permitido al Gobierno inglés el comprobar tan interesantes particulares.

Lo más notable de Nassik son sus célebres hipogeos a cinco millas de la población, y me hallaba bien distante de pensar, al partir para dicho sitio, en que una *cola*, y no la de Hanumân, había de representar un salvador papel evitándome, si no la muerte, al menos unas serias contusiones. Veamos lo acaecido.

Para escalar la elevada montaña alquilamos elefantes; la mejor pareja de ellos que había en el país, pues su dueño, nos aseguró que el propio Príncipe de Gales había cabalgado en sus lomos, encontrándolos excelentes. El alquiler de ellos, durante todo el día, sería de dos rupias por elefante. Bien pronto nuestros compañeros hindúes, habituados desde niños a tales cabalgaduras, saltaron con agilidad sobre sus lomos cubriéndolos como moscas, sin preferir éste ni aquel lado de su dorso, sosteniéndose no tanto por cuerdas, cuanto por los dedos de sus manos y pies, y ofreciendo un espectáculo de perfecta comodidad. A nosotros los europeos se nos reservó la elefanta por ser más mansa. Los degenerados y jóvenes elefantes que suelen exhibirse en los circos de Europa no son ni la sombra del colosal tamaño de aquellas nobles bestias. Sobre el lomo de la elefanta nos habían puesto dos bancos pequeños con asientos en declive, y el conductor o *mahout* se situó entre las dos oreja del animal, mientras que nosotros considerábamos con tanta extrañeza como desconfianza los *comodísimos* asientos que se nos habían preparado. Cuando el conductor ordenó a la elefanta que se arrodillase para que montásemos, confieso ingenuamente que se me puso "carne de gallina". Nuestra elefanta respondía al poético nombre de *Chanchuli Peri*, o el *Hada solícita*, y era, en verdad, el más obediente y alegre individuo de los de su especie. Cogidos unos con otros, dimos la señal de marcha, y el conductor aguijoneó al animal en su oreja derecha, haciéndole levantarse por sus patas delanteras, con cuyo movimiento dimos un bandazo hacia atrás, que al punto fué seguido por otro hacia adelante al alzarse la elefanta de sus patas traseras. Ello no fué sino el comienzo de nuestras desventuras, pues a los primeros pasos de Peri bazuqueábamos y rodamos en todas direcciones como fragmentos palpitantes de jalea.

El viaje paró así en seco, y recogidos con precipitación del suelo, fuimos vueltos a colocar en nuestros asientos respectivos, en cuya tarea Peri al cogernos demostró la habilidad de su trompa, y la caravana siguió su itinerario. El solo pensamiento de que

teníamos que recorrer así nada menos que cinco millas nos acobardaba en tales términos, que a poco no renunciábamos a la excursión; pero, al fin, rechazamos indignados la propuesta de ser atados en nuestros asientos, como indicaban nuestros camaradas hindúes riendo a carcajadas... Pronto me arrepentí, sin embargo, de aquel alarde de vanidad frente a tan extemporáneo y fantástico medio de locomoción. El caballo que llevaba nuestras maletas, trotando al lado de Peri, no parecía sino ínfimo jumentillo, y a cada vigorosa zancada de Peri veíamos forzados a realizar las mayores proezas acrobáticas, bazuqueados de aquí para allá con la agitada marcha. Semejante ejercicio, hecho bajo el sol más abrasador que darse puede, nos ponía en un estado de cuerpo y espíritu como entre el mareo y la pesadilla. Para remate de nuestros goces, remontábamos un angustioso sendero tallado sobre un profundo barranco, cuando la elefanta tropezó, haciéndome perder el equilibrio, y como iba en el sitio de honor, o sea en la parte posterior, caí al suelo como una masa inerte. Habríame despeñado en el barranco un momento después, a no ser por el instinto y la maravillosa destreza del animal, quien, al verme en tierra, me sujetó con su cola arrodillándose con todo cuidado. La cola resultaba, sin embargo, algo débil para el peso de mi cuerpo, y lastimada la pobre y generosa bestia comenzó a lanzar plañideros gemidos, hasta que el conductor vino en nuestro auxilio.

Presenciamos entonces una escena que nos patentizó cuán grande es la bajeza, la grosera astucia y la avaricia cobarde de un paria, de un *proscrito* como aquel.

Púsose a examinar con cuidado la cola de la elefanta, y cuando se disponía a ya a tornar a subir a su puesto, tuve la mala ocurrencia de condolerme de ella. Operóse rápido cambio entonces en la conducta del hindú. Arrojáse de repente al suelo y se comenzó a golpear como un endemoniado, lanzando horribles imprecaciones y gemidos, repitiendo constantemente que Mam-Sahib, o sea yo, había causado la pérdida de la cola a su amada Peri, quien quedaba ya inutilizada hasta el punto de que su *esposo*, el orgulloso elefante Airavati, el descendiente directo del propio elefante de Indra, renunciaría de allí para siempre a su mutilada compañera, por lo cual valía más que ésta hubiese muerto. A los consuelos que te prodigaban nuestros compañeros, el proscrito sólo contestaba con lágrimas y alaridos. Vano fué que le persuadiésemos de que el "soberbio Airavati" no se mostraría quejoso ante tamaña desgracia, pues que frotaba cariñosamente su trompa sobre el cuello de Peri y ésta no parecía sentir ya lo más mínimo del accidente. Todo resultó inútil, hasta que nuestro Narayán perdió ya la paciencia y, hombre dotado de hercúleas fuerzas, acudió a un curioso expediente, que fué a tirar a distancia una rupia y asir con la otra del vestido de muselina del *mahout* lanzándole tras la moneda. Éste, sin reparar en su nariz, que sangraba bajo el golpe sufrido, se abalanzó sobre la moneda de plata cual bestia salvaje sobre su presa. Postróse luego una y varias veces en el polvo haciendo interminables *salaams* o *zalemas*, transformando su dolor, como por encanto, en la más loca alegría. Dió otro tirón a la cola de la elefanta y declaró gozoso que estaba ella sana por completo, gracias a las oraciones del sahib, para demostración de lo cual se colgó de la cola hasta que se le hizo tornar a su puesto.

–Pero, ¿es posible que una miserable rupia haya operado tamaño mi]agro? –nos preguntábamos asombrados.

–Es natural vuestra extrañeza –respondieron nuestros hindúes–. No necesitamos declararos la vergüenza, el asco que sentimos ante tamaña bajeza y avaricia. Pero no olvidéis que este miserable, que tiene mujer e hijos sin duda, sirve a su amo por doce meras rupias al año, y que en lugar de ellas más de una vez no recibe sino una paliza. Considerad, además, que toda su raza viene soportando desde hace siglos la embrutecedora tiranía de los brahmanes y de los musulmanes fanáticos, quienes consideran a un hindú al nivel del reptil más inmundo, y, que aun hoy los ingleses no los miran mucho mejor, razón por la cual antes sentiréis compasión que desprecio frente a semejantes caricaturas de verdaderos hombres.

La *caricatura* aquella, en efecto, se consideró dichosa y sin sentir conciencia alguna de la humillación sufrida. Aposentado sobre el espacioso testuz de la elefanta, narrábala su inesperada riqueza y la recordaba su divino origen, ordenándola que con su trompa saludase agradecida a los *sahibs*. Peri, que estaba de muy buen humor merced al regalo que le había hecho de toda una caña de azúcar, elevó su trompa y nos lanzó juguetones resoplidos en nuestros propios rostros.



Entrando en el hipogeo de Nassik, dimos al olvido la raquítica India actual, su miseria cotidiana y sus humillaciones, tornando a la antigua grande y desconocida India.

Las cuevas principales de Nassik fueron abiertas en la montaña denominada Pandú–Sena, y están dotadas de tradiciones que aluden a los mismos cinco, ¿míticos?, hermanos constructores de todos los hipogeos de su clase. Los arqueólogos deputan unánimemente a este hipogeo como más importante y grandioso que todos, los de Elefanta y de Karli juntos, y, sin embargo, salvo el doctor Wilson, demasiado precipitado en sus juicios, ningún arqueólogo se ha atrevido a resolver de plano acerca de la época a que pertenece, ni siquiera acerca de cuál de las tres grandes religiones de la antigüedad profesaron sus enigmáticos constructores.

Quienes allí tallasen las cuevas no eran ni de la misma época ni de igual creencia. Lo primero que salta a la vista es la rusticidad de la obra primitiva, sus proporciones ciclópeas y lo deteriorados que están los relieves de los sólidos muros, mientras que las esculturas de la cueva principal del segundo piso están primorosamente talladas y en excelente conservación. Ello revela que entre el comienzo y el final de las obras hubieron de mediar bastantes siglos. ¿Cuántos fueron éstos? La inscripción sánscrita que aparece en el pedestal de uno de aquellos colosos de piedra, fija en el año 453, antes de nuestra Era, la fecha de la edificación. Barth, Stevensos, Gibson, Reeves y otros sabios occidentales, desprovistos de los prejuicios que pudieran abrigar acerca del particular los *pandits* o doctores indígenas, deducen, de la conjunción planetaria que

reza en la inscripción dicha que semejante fecha de construcción igual pudo ser la citada de 453 que la de 1784, y aun la de 2640, antes de Cristo, cosa esta última imposible, dado que Buddha y los monasterios buddhistas se mencionan en ella.

“¡Al Perfecto, al Altísimo! –rezan las frases más salientes de dicha inscripción–. El hijo del rey Kshaparota, señor de la tribu de los Kshatriyas y Gobernador de Dinik; el protector, brillante como la aurora, ha sacrificado aquí cien mil vacas de las que pastan a orillas del río Bansa; y como constructor, ha hecho aquí, en esta santa mansión, lugar donde toda pasión cesa, su ofrenda de oro. Ningún sitio del mundo es más risueño y deleitoso que este de junto al río, ni en Gaya, la ciudad sagrada; ni en la excelsa montaña de Dashatura; ni en Prabhâsa, donde millares de brahmanes se congregan; ni en la ciudad de Patisraya, el monasterio buddhista; ni siquiera en el edificio construido por Depanakara a orillas del mar. Este es el lugar donde son otorgados los dones más preciosos y que tan saludable resulta para los ascetas. Una segura barca fué también instalada por aquel que estableció los pasajes diarios y gratuitos de una a otra orilla. Él construyó asimismo la hospedería, la fuente pública, el león de oro en el peligroso paso de esta puerta de Govardhana, el otro león del vado del río y el de Ramartirtha. El ansioso rebaño, aquí halla siempre almacenado, por la munificencia del generoso donante, más de cien clases de henos y miles de raíces de la montaña. Esta segunda cueva excavada fué por orden de la misma generosa persona en la luminosa montaña del Govardhana, *cuando el Sol, Rahú y Shukra estaban juntos en la plenitud de su camino*. Indra, Yama y Lakshmî, después de colmarlos de bendiciones, tornaron a sus carros triunfales por el ámbito del firmamento, gracias a los mantrams sagrados. Luego que ellos hubieron así partido, cayó un fuerte aguacero... etc”.

Rahú y Kehetti son las estrellas fijas que forman la cabeza y la cola de la constelación del dragón; *Shukra*, es Venus, y *Lakshmî, Indra y Yama* representan, respectivamente, a las constelaciones zodiacales de Virgo, Acuario y Tauro, que están consagradas a estas tres deidades entre las doce del Zodíaco.

Las primeras cuevas aparecen excavadas en un cerrete cónico y a unos 280 pies de la base de éste. En la más principal de entre ellas hay tres estatuas de Buddha, y en las laterales un lingham y dos ídolos jainos. En la cueva de más arriba vese la efigie de Dhasma–Rajá o Indhostira, el mayor de los hermanos pandús, cuyo templo se ve también entre Pent y Nassík. Hállase por allí asimismo una enorme estatua de Buddha reclinada en el suelo, y otra del mismo tamaño rodeada de columnas con capiteles, figurando diversos animales. No lejos hay un verdadero laberinto de vihâras para los ermitaños buddhistas. Vense, pues, mezclados en dicho sitio todas las épocas, sectas y estilos, cual los árboles de cien distintas clases en la espesura de una selva virgen.

No deja de ser harto extraña la circunstancia de que todos los hipogeos de la India se hallen cobijados por cónicas rocas y montañas, cual si sus constructores hubiesen buscado de intento a semejantes pirámides naturales. Semejante peculiaridad, que ya tuve ocasión de observar en Karli, es exclusiva de la India. ¿Se trata, pues, de una mera coincidencia, u obedece ello a una exigencia arquitectónica del remoto pasado aquel? Y en tal supuesto, ¿quiénes son los originales y quiénes los imitadores: los constructores

de las pirámides de Egipto, o esotros arquitectos de los hipogeos indostánicos? Lo mismo en los hipogeos que en las cuevas, todo aparece sometido a la más rigurosa exactitud geométrica. En entrambos casos las entradas se abren en la base, pero siempre a cierta altura sobre el exterior. Por otra parte, nadie ignora que no es la Naturaleza la que copia del arte, sino que el arte trata siempre de reproducir esta o la otra forma dadas que nos muestra la Naturaleza, y si expresadas semejanzas entre los respectivos simbolismos de la India y el Egipto no son sino meras coincidencias casuales, hay que reconocer que son ellas demasiado chocantes por lo extraordinarias. Es indudable que el Egipto ha tomado infinitas cosas de la India y que los pocos hechos que acerca de los remotos Faraones ha podido descubrir nuestra ciencia, lejos de contradecir tal teoría proclaman que la India fué la cuna de la egipcia raza. Allá en la remota antigüedad Kalluka–Bhatta escribió, en efecto: “Durante el reinado de Visvamitra, primer rey de la estirpe de Soma–Vansha, tras cinco días de sangrienta batalla, Manú–Vena, el heredero de tantos reyes gloriosos, fué abandonado por los brahmanes y tuvo que emigrar con sus gentes, atravesando la Arya y la Barria para llegar, al fin, a las orillas de Masra ...” Conviene no olvidar que Arya es la Persia o el Irán, y que Barria es el más antiguo nombre de la Arabia, mientras que Masra es uno de los primitivos nombres del Cairo, desfigurado, por los musulmanes en el de Misro o Musr.

Kalluka–Bhatta es un cronista antiguo, y los sanscritistas que discuten acerca de la época en que escribiese, creen que ésta fluctúa entre el año 2000 antes de nuestra Era y el reinado de Akbar, que fué contemporáneo de Juan el Temerario y de Isabel de Inglaterra. Ante tamaña incertidumbre de opiniones, pudiera rechazarse el testimonio de Kalluka–Bhatta; pero aun en el peor caso, tenemos en nuestro favor la opinión de un autor moderno que ha estudiado durante toda su vida el Egipto en Egipto, no sin salir en su vida de Berlín o de Londres, como tantos otros, descifrando las inscripciones de los sarcófagos y papiros más antiguos. Se trata de Henry Brugsch Bey, cuando dice:

“ ... Lo, repito, mi convicción firmísima es la de que los egipcios vinieron de Asia mucho antes del período llamado histórico y después de atravesar la península del Sinaí, ese puente de todas las naciones, encontraron su nueva patria en las orillas del sagrado Nilo”.

Otra inscripción en cierta roca de Hamemat, añade que Sankara, el postrer Faraón de la undécima dinastía, “fué enviado a Punt para traer en su buque gomas aromáticas de las que se recogen por los príncipes del país rojo”. Comentándola, por su parte, Brugsch Bey, nos enseña que “con el nombre de Punt designaban los habitantes de Chemi a un remoto país, rodeado por un gran océano, con valles y montañas numerosas y con gran riqueza en ébano y otras maderas raras, piedras y metales preciosos y poblado de fieras, jirafas y enormes monos”. El nombre del mono en Egipto era *kaff* o *kaffi*, que es el hebreo *koff* y el sanscritánico *kapi*.

Punt, a los ojos de los antiguos egipcios, era una tierra sagrada, ya que *Punt* o *Pa–nuter* era la tierra original de los dioses, quienes la abandonaron bajo la jefatura de *A–mon*

–¿el Manú–Vena de Kalluka–Bhatta?– y de Hor y Hater, que después se aposentaron en la tierra Chemi, o sea en el Egipto.

Hanumân, el dios mono del Mahâbhârata, tiene un gran aire de familia con los cinocéfalos egipcios, y es idéntico también el emblema de Osiris y de Shiva. ¡Vivir para ver!, que dice el proverbio.

Nuestro regreso resultó muy agradable, porque ya nos habíamos habituado a los movimientos de la elefanta Peri y nos sentíamos sobre ella hasta unos jinetes de primera fuerza. Sin embargo, en toda una semana más tarde no nos permitieron movernos las agujetas.

V

LA CIUDAD DE LOS MUERTOS

Si se nos pusiera en el duro trance de quedar ciegos o de quedar sordos, de cada diez personas, nueve preferirían la sordera a la ceguera, y quien haya tenido la dicha de contemplar extasiado cualquiera de esos mil rincones fantásticos que atesora la India, esos sus palacios de mármol y esos cual los de los cuentos de hadas, aun añadiría a la sordera la parálisis de entre ambas piernas más bien que carecer de la dicha que supone el contemplar semejantes maravillas.

Cuéntase de Saadi, el gran poeta, que se quejaba amargamente contra la indiferencia con que sus amigos le escuchaban ponderar la hermosura de su amada: “—¡Si tuvieseis la dicha de haber conocido como yo su belleza prodigiosa, entonces si que alcanzaríais a comprender mis versos!”.

Hago más, pues, respecto de mi India, las ponderaciones del enamorado poeta, pero temo al par que mis constantes himnos al sublime país lleguen a fastidiar a mis lectores tanto y más que lo que aquel vate fatigaba a sus amigos. Mas, ¿qué puede hacer el pobre cronista, cuando a diario descubre nuevos y más peregrinos encantos en semejante país? Hasta las más negras tintas de sus cuadros, esos aspectos inmorales, abyectos, que a veces nos horrorizan en la India, están saturados de una poesía selvática y de una originalidad como no es dable hallar en parte alguna. Frecuente es, por demás, el que un europeo, novel en aquellas cosas, sienta repugnancia ante muchas de las características de su vida diaria, pero hay que confesar que ellas nos suelen fascinar u ora nos emocionan cual espectros de pesadilla. Nosotros, no hay que decir que en nuestros viajes, lejos de las vías férreas y de todos los demás elementos de la civilización europea, hubimos de pasar también por nuestras pruebas correspondientes, porque esta nuestra civilización sienta a la vieja India como un sombrero de moda a una persona medio desnuda, verdadera “hija del Sol”, de los tiempos de Pizarro.

Vagamos todo aquel día a través de selvas y de ríos, ínfimas aldeas y derruidas fortalezas, viajando en toda clase de vehículos, caballos, palanquines, carros de bueyes y de elefantes, por los caminos que median entre las comarcas de Nassik y de Jubblepore. Llegada la noche, acampábamos donde ella nos sorprendía, convenciéndonos de que el hombre puede soportar los más duros y peligrosos climas, por la mera fuerza de la costumbre. Asombraba a cualquiera, por ejemplo, el ver a nuestro babú bengalés caminar a caballo millas y más millas bajo los abrasadores rayos del sol, con su cabeza

sin otro abrigo que su espesa cabellera, en medio del día, cuando nosotros, gente blanca, estábamos a punto de caer desmayados, a pesar de los *topis*, de grueso corcho, de los turbantes de muselina y de otras defensas utilizadas también por nuestros otros acompañantes indígenas. Decididamente, el sol carecía de toda fuerza al caer sobre el duro cráneo de un bengalés, quienes le recubren sólo en las ocasiones solemnes de bodas u otras festividades. Sus turbantes, en todo otro caso son tan inútiles, como las flores en los cabellos de las damas europeas.

Los babúes bengaleses nacen candidatos a burócratas. Los juzgados, ferrocarriles, correos y telégrafos están siempre invadidos por ellos. Envueltos en sus togas viriles de muselina blanca, con la pierna desnuda hasta la rodilla y descubierta la cabeza, se pavonean, vanidosos, por los andenes de las estaciones o a la entrada de las oficinas, mirando con olímpicos desdenes a los maharattis, siempre pagados de sus pendientes, sortijas y dijes. A diferencia de otros hindúes, no se pintan las frentes con las señales de su secta y sólo alguna rara vez se les ve con costosos collares al cuello. Pese a sus muelles hábitos de vida, los maharattis constituyen la tribu más valiente de toda la India, según tienen acreditado en sus seculares luchas; pero Bengala, en cambio, no ha producido un solo guerrero de entre sus sesenta y cinco millones de habitantes. No hay ni un bengalés en todo el ejército colonial, hecho extraño que me resistí a creer hasta que no lo vi confirmado por el testimonio de muchos oficiales ingleses y por aquellos mismos. A pesar de ello, no son nada cobardes. Es cierto que las gentes pudientes de su raza viven una vida regalona; pero sus *zemindras* o aldeanos son gentes esforzadas, sin disputa. Desarmados hoy todos por el Gobierno británico, saben afrontar, sin embargo, al tigre armados con una simple maza, con idéntica sangre fría que si se defendiesen con fusiles o espadas.

Cruzamos durante aquellos días multitud de solitarias selvas y senderos abandonados, donde jamás hollara la planta de europeo alguno. Gulab-Sing se hallaba lejos de nosotros; pero nos acompañaba uno de sus más fieles domésticos, y la excelente acogida que se nos deparaba doquiera no era debida sino a la magia de su nombre. Así, aunque los míseros aldeanos cerrasen sus puertas aterrados, al columbrarnos, los brahmanes, en cambio, se deshacían en obsequios con nosotros.

Los panoramas de las proximidades de Kandesh, en el camino de Talhner a Mhau, son en extremo pintorescos. En ellos, sin embargo, tiene tanta parte el arte como la naturaleza, especialmente gracias a los cementerios musulmanes. En la actualidad todos están más o menos abandonados y ruinosos, merced al crecimiento de la población hindú y a haber desaparecido ya los señores feudales musulmanes, amos en un tiempo de la India entera. Hoy el musulmán tiene que soportar en el país más humillaciones que los propios hindúes, pero han dejado ellos tras de sí bastantes recuerdos, el principal el de los cementerios. La fidelidad y respeto de los musulmanes hacia sus muertos es uno de los rasgos más conmovedores de su carácter. Su amor hacia los que se han marchado es siempre más expresivo que el que sintieran hacia ellos en vida, y se concentra casi por entero en sus moradas mortuorias. Todo lo que tiene de carnal y grosero el paraíso mahometano, otro tanto tienen de poéticos sus cementerios. Pasarse

pueden muy gratas horas en esos jardines deliciosos, orlados de blanquísimos mausoleos cubiertos de rosas y jazmines que remedan ser sus turbantes con avenidas de místicos cipreses, Con mucha frecuencia nos solíamos detener en ellos para comer y dormir. Inmediato a Talhner alzase un extraño cementerio. Vese en él, entre múltiples y bien conservados sepulcros, el regio de la familia de Kiladar, ahorcado en la torre de la ciudad por orden del general Hislop en 1818. Otros cuatro mausoleos eran singularmente notables, en especial uno, el más célebre de toda la India: un blanquísimo monumento octogonal de mármol con esculturas como no las tiene el propio Père Lachaise, de París. La inscripción parsi de su zócalo reza que en él se gastaron cien mil rupias. De día, su nítida blancura se destaca gallarda en el purísimo azul del firmamento. De noche, a los argentados rayos de la luna de la India, es aún más fantástico y grandioso. Diríase que su cumbre está nevada y sus gallardas líneas, destacándose sobre el fondo oscuro del ramaje, remeda una aparición nocturna en la mortuoria mansión.

Al lado de dichos cementerios musulmanes están los ghâts indostánicos, emplazados generalmente junto a las márgenes de los ríos. Hay, en efecto, algo de grandioso en el ritual de la incineración de los cadáveres y el curioso que la presencia no puede menos de sentirse impresionado ante la profunda filosofía que se desprende de semejante costumbre. Al cabo de una hora de incineración no queda del finado sino mísero, puñado de ceniza que el brahmán oficiante esparce al punto a los vientos sobre el río. Así resultan en breve devueltas a los cuatro elementos las cenizas de aquel conjunto corpóreo que antaño vivió, experimentó amores y odios, placeres y dolores; devueltas, digo, a la *Tierra*, que le nutrió durante tanto tiempo; al *Fuego*, emblema de la pureza, que acaba de devorar sus restos mortales para que, libre y purificado el espíritu, pueda remontar hacia más excelsos mundos, existencia *post-mortem* en la que cada pecado es un obstáculo terrible hacia el *Moksha*, o cielo, mansión de la suprema dicha. Es devuelta, en fin, la ceniza de aquel cuerpo al *Aire*, que respiraba y le mantenía, y al *Agua*, que habiéndole lavado en tiempos física y moralmente, transformado ya en polvo, recibíale ahora en su seno.

El calificativo de *puras*, refiriéndose a las aguas del río, sólo puede entenderse dentro del sentido metafórico del mantram porque, de ordinario, los ríos de la India, sin excluir al sacratísimo Ganges, son terriblemente sucios, en especial a su paso por aldeas y ciudades. En sus aguas unos doscientos millones de personas se limpian diariamente de la transpiración de sus tropicales sudores y de otras infinitas porquerías. Además, los cadáveres de los que no merecen el honor de ser incinerados son arrojados a los ríos, y su número es realmente enorme, pues comprende a todos los shûdras, parias y demás proscritos, amén de los mismos niños brahmanes de menos de tres años.

Sólo los nobles y los ricos son enterrados con pompa. Para ellos únicamente se encienden las piras de madera de sándalo después de puesto el sol; para ellos se cantan los mantrams y se invoca a los dioses. Pero los shudras no deben escuchar de ningún modo las divinas palabras dictadas por los cuatro Rishis a Veda-Vyasa, el sabio de la Alyavasta, desde el principio del mundo. No hay piras ni oraciones para ellos, y así como

durante su vida no pudo el shûdra ni aproximarse menos de siete pasos a la pagoda, después de su muerte jamás puede ser parangonado con aquellos brahmanes “dos veces nacidos”.

Arden las piras y sus llamaradas se extienden como serpientes de fuego a lo largo de la ribera. Extrañas siluetas de oscuro contorno agítanse silenciosamente entre las llamas. Ora alzan ellas sus brazos al cielo como si rezasen, ora añaden combustible a la hoguera hurgándola con largas horquillas de hierro. Las llamas decaen poco a poco, serpenteando saturadas de grasa humana derretida y lanzando a la altura una lluvia de chispas que se pierden instantáneamente en nubes de densas humaredas.

Tal acontece en la orilla derecha del río. En la izquierda, por el contrario, el panorama es muy otro. Cuando, al llegar las primeras horas matutinas; cuando los rojos fuegos se han extinguido, disipado las negras humaredas saturadas de malos olores de carne quemada, gracias al viento fresco de la mañana, y las figuras macilentas de los faquires se han retirado; en una palabra, cuando en la orilla derecha se restablece la quietud y el silencio, hasta su siguiente despertar a la noche inmediata, procesiones harto diferentes de aquéllas comienzan a aparecer por la orilla izquierda. Son masas de hombres y mujeres hindúes formando las más tristes y silenciosas comitivas, que sosegadamente se acercan al río, como que ni lloran, ni tienen rito alguno que ejecutar. Detrás de todos caminan dos hombres, conduciendo un objeto largo y delgado envuelto en un harapo rojo. Es el cadáver de uno de aquellos desgraciados, a quien cogiéndole por cabeza y pies bien pronto lanzan a las amarillentas y sucias aguas del río. El choque es tan violento, que el rojo pingajo se despliega, dejando ver el rostro de una joven pintado de verde oscuro, y que en el acto se sumerge en las ondas sagradas. Seguidamente se adelanta otro grupo formado por un anciano y dos mujeres jóvenes. Una de éstas, que es una pequeña y delgada rapaza de diez años, solloza amargamente. es la madre de un niño mudo de nacimiento, cuyo cuerpo van a arrojar al río. Su débil lamento resuena tristemente en la orilla, y sus temblorosos brazos carecen de fuerzas para alzar al pequeño cadáver, que más que de un niño parece de un negruzco gatito. El viejo trata de consolarla, y cogiendo el cuerpo de la criatura se introduce con él en las aguas y lo lanza al río. Tras él entran también las dos mujeres y se sumergen siete veces para purificarse por haber tocado a un cadáver y tornan a sus tugurios chorreando. Bandadas de buitres, cuervos y otras aves de rapiña se agolpan río abajo para devorar los cadáveres. En ocasiones, un esqueleto a medio mondar tropieza remansado entre las cañas, y allí permanece semanas enteras, hasta que un proscrito, cuya misión es la de ocuparse de menester tan repugnante, lo advierte, y cogiéndole por los ijares con su largo gancho lo devuelve a las aguas del río.

Abandonemos ya estos tristes parajes, donde, a pesar de la temprana hora, el calor se hace irresistible. Demos un adiós al acuático cementerio de los desheredados, cuyo espectáculo es insoportable por lo desgarrador y repugnante a ojos de europeos, y dejemos libre vuelo a nuestra imaginación para que ella nos traslade a los apacibles camposantos de las aldeas, donde no hay mausoleos de mármol coronados de turbantes, ni piras de madera de sándalo, ni ningún sucio río como mansión de reposo;

pero donde las humildes cruces de madera, en cambio, se pierden entre los abedules. ¡Cuán apaciblemente reposan nuestros queridos difuntos bajo la verde hierba! Si es cierto que ninguno de ellos alcanzó quizá a ver estas gigantescas palmeras, estas pagodas y palacios suntuosos recubiertos de oro, lirios del valle y tímidas violetas perfumadas orlan sus sepulturas, y en los sauces que sobre ellos tienden sus ramas llorosas gorjean los ruiseñores en las noches de primavera. Aquí, ni en las propias arboledas, ni en mi propio corazón, ningún ruiseñor canta para mí....



A lo largo de este muro de rojizas piedras llegamos a una célebre fortaleza, siempre antaño empapada en sangre y hoy inofensiva y medio derruida, como tantos y tantos castillos de la India. Bandadas de vistosos loros, asustados por nuestros pasos, surgen de los huecos del viejo muro, y sus alas resplandecen al sol como voladoras esmeraldas. Estamos en Chandvad, territorio de funestos recuerdos para los ingleses, por cuanto en él, durante la sublevación Lepoy, los bhils salieron de sus escondites y cayeron cual un alud, degollándolos.

El *Tatva*, antigua Geografía de India en tiempos del rey Azoka, o sea del 250 al 300 de nuestra Era, nos enseña que el territorio maharatti se extiende hasta las propias murallas de Chandor a Chandvad, y que la comarca de Kandesh comienza allende el río, mas los ingleses se ríen de *Tatva* y de cualquier autoridad por el estilo, y nos quieren hacer creer que Kandesh comienza sólo al pie de las colinas de Chandor.



Doce millas al SE. de Chandvad existe una verdadera cosmópolis de hipogeos, conocidos por la denominación de Enkay–Tenkay. Como siempre, la entrada de ellos está a cien pies de la base, y es piramidal la forma de la colina. La descripción adecuada de tales hipogeos se sale de los límites de estos artículos periodísticos, y sólo diré que todas sus estatuas, esculturas e ídolos son atribuidos a ascetas budhistas de los primeros siglos subsiguientes a la muerte del Maestro. Gustosa suscribiría semejante aserto; mas como de costumbre, los señores arqueólogos tienen que tropezar con una dificultad más insuperable aún que las que de ordinario les ofrezcan los demás templos del país.

En efecto, en estos hipogeos hay más ídolos tenidos como del Buddha que en parte alguna. Ellos cubren la entrada principal; aparecen alineados en compactas filas a lo largo de los voladizos; ocupan las paredes de las celdas; vigilan todas las entradas a guisa de guardianes monstruosos y hasta hay dos de ellos asentados en el estanque principal, donde el agua de los surtidores no ha operado el más ínfimo desgaste en sus

moles de granito. Algunos de tales supuestos Buddhas están vestidos y exornados con pagodas piramidales en la cabeza; otros están desnudos; ora vense unos en pie, ora sentados, y los hay de todos tamaños, desde los más colosales, hasta los más minúsculos. Todo esto podría pasar, no obstante, si no mediase el hecho histórico incontrovertible de que la reforma de Gautama o de Siddhartha–Buddha, consistió esencialmente en sus predicaciones contra la idolatría brahmánica que quiso extirpar de raíz, y aquella su doctrina, por tanto, permaneció pura de idolatría de toda clase durante siglos, hasta que los lamas del Tíbet, chinos, birmanos y siameses, la desfiguraron y adulteraron con herejías, y todo el mundo sabe, en fin, que perseguida por los brahmanes victoriosos, fué expulsada de la India, refugiándose en la isla de Ceilán, donde aún florece cual el áloe legendario que sólo da flores, se dice, una sola vez en su vida, antes de morir sus raíces agotadas por la vigorosa exuberancia de aquella prodigiosa floración, y que las semillas que después se desarrollan en dichas flores no producen sino tallos nocivos. Además, aunque prescindiésemos de todo esto, hay algo en la fisonomía, en el *tipo* de todos estos pretendidos Buddhas de Enkay–Tenkay, porque todos ellos, desde el más chico hasta el mayor, son *negros* como el ébano, de achatadas narices; gruesos labios; pelo crespo, y un ángulo facial de 45 grados tan sólo, sin que ellos tengan la más remota semejanza con sus negrísimas facies con los Buddhas tibetanos y siameses auténticos, de facciones absolutamente mogolas y de pelo perfectamente laso y fino. Semejante tipo africano notorio, no puede menos de desconcertar a referidos arqueólogos, quienes cortan a su modo el nudo gordiano, no haciendo la menor mención de tales hipogeos, más erizados de dificultades técnicas o históricas que el propio Nassik, dificultades tan difíciles de vencer cual la de los persas en las Termópilas.



En Maleganva y Chikalval visitamos un templo jaino extraordinariamente notable. En sus muros exteriores no se había empleado cemento alguno, y sus enormes sillares cuadrados estaban con tal maestría adosados unos a otros que ni la más fina hoja de cuchillo puede penetrar por sus juntas. El interior del templo es suntuosísimo.

Al regreso, sin detenernos en Thalner, seguimos en derecha hacia Ghara, donde nos fué preciso alquilar elefantes de nuevo, para recorrer las espléndidas ruinas de Mandú, la ciudad inexpugnable antaño, a 20 millas al NO. de aquel sitio. A ella llegarnos pronto y sin contratiempos, y menciono este lugar, porque después presencié en sus alrededores una interesante escena brujesca del “culto del demonio”.

Mandú se alza en la cúspide de los Montes Vindhya, a 2.000 pies sobre el nivel del mar. Malcolm enseña que esta ciudad se edificó el año 313 de nuestra Era, y que fué durante siglos la metrópoli de los rajás hindúes de Dhara. El historiador Ferishatah señala a Mandú como la residencia del primer rey de Malva, el Dilivan–Khan–Ghuri, hacia 1387–1405. La ciudad fué tomada luego por Bahadur–Shah, rey de Gujérate en

1526; pero Akbar en 1570 recuperóla, según reza la célebre piedra de mármol de sobre la entrada.

Los indígenas denominan a esta población *la ciudad muerta*, y, en efecto, ante su pavorosa soledad sentimos la misma sensación desolada que se experimenta la primera vez que se visita Pompeya. Todo acusa en Mandú, que fué una de las ciudades más soberbias de la India; sus murallas de 37 millas de contorno; sus calles de millas enteras, exornadas un tiempo de palacios espléndidos, cuyas columnas y otros dispersos restos yacen a montones por el suelo; estanques desecados; escaleras hechas pedazos; oscuros y frescos subterráneos, en cuyos recintos lujosas damas pasarían las horas más calurosas del día; fuentes sin agua, patios vacíos e innumerables; anchas plataformas de mármol y arcos derruidos de pórticos gigantes. Todo ello aparece cubierto de maleza, donde tienen sus guaridas las fieras. Sobre aquel desastre total surgen aquí y allí algún paredón bien conservado, pero con sus ventanales vacíos, guarnecidos de hiedra; ojos sin vista que parecen mirar con prevención la profana presencia de los visitantes, y todavía más allá, en el centro mismo de las ruinas, en el corazón de la muerta urbe, un verdadero bosque de cipreses, en el lugar donde antaño pululasen tantos seres humanos y tantas humanas pasiones.

Todavía en 1570 era denominada *Shadiabad*, “la mansión de la dicha”, aquella ciudad hoy muerta. Adolfo Acuaviva, Antero de Moncerotti y otros misioneros franciscanos que fueron en Embajada a Goa en dicho año, para recabar ciertos privilegios del Gobierno mogol la describen varias veces como una de las ciudades más grandes del mundo, cuyas magníficas vías y frondosas avenidas eclipsaban a las cortes más pomposas de la India. Es verdaderamente increíble el que en tan corto lapso de tiempo no haya quedado de la opulenta ciudad piedra sobre piedra, sin que entre sus escombros encontrásemos casi lugar despejado para nuestra tienda, hasta que nos vimos precisados a instalarla en la única casa que quedara en aceptable estado todavía, o sea en la plataforma de granito que se elevara unos 25 pies sobre la plaza de la mezquita-catedral de Yami-Masjid. La escalinata, de costosos mármoles, era espaciosa, cual todos los edificios de la población, y no estaba mal conservada, pero de la cubierta del templo no quedaban ni rastros y hubimos de pernoctar a cielo descubierto.

En derredor de este edificio corre un peristilo formado por varias filas de gruesas columnas, que, de lejos, recuerda a la Acrópolis de Atenas, aunque no tan delicada ni proporcionada como ella, y desde la escalinata se veía el mausoleo de Gushanga-Guri, rey de Malva, cuando la metrópoli estaba en el apogeo de su grandeza. Este mausoleo es un edificio de mármol blanco, ciclópeo y bellissimo, con pórtico de columnas maravillosamente esculpidas y un peristilo que daba antes acceso al palacio real, y que en la actualidad no es sino un profundo barranco, lleno de fragmentos de sillares y cubierto por verdes cactus. En el interior del mausoleo campean en letras de oro, algunas *suras* del Corán y el sarcófago del sultán aún se contempla hacia el centro. No lejos de aquellos lugares estuvo el palacio de Baz-Bahadur, que hoy no es ya sino un informe montón de tierra en el que crecen grandes árboles.

Empleamos todo el día en la contemplación de todas estas tristes grandezas perdidas, y volvimos a nuestro albergue poco antes de ocultarse el sol, extenuados por la sed y por el hambre y llevando triunfalmente en nuestros bastones tres gruesas serpientes que matamos a nuestro regreso. El té y la cena nos aguardaban por fortuna, y al llegar tuvimos la sorpresa de encontrarnos con tres inesperados visitantes que eran: el *patel* de la aldea vecina, funcionario entre cuestor y juez, y dos *zemindares* o propietarios que habían venido a ofrecernos sus respetos y a invitarnos, en unión de nuestros amigos hindúes, algunos de los cuales conocían, para que honrásemos sus viviendas. Al oír de nuestros labios que nos proponíamos hacer noche allí, en la ciudad muerta, se quedaron estupefactos, asegurando que era una peligrosa empresa de locos, porque dos horas más tarde, hienas, tigres y otras fieras saldrían a bandadas de detrás de los muros derruidos. Eso, sin mencionar centenares de molestísimos gatos monteses y chacales, quienes, por lo menos, devorarían a nuestra recua de elefantes. Así, pues, teníamos que abandonar aquellas ruinas lo antes posible y seguir con ellos hasta la aldea vecina, donde podríamos llegar antes de media hora, y donde todo estaba dispuesto para recibirnos, incluso nuestro babú, impaciente ya ante nuestra tardanza.

Por lo visto, nuestro cauto amigo, el babú de la siempre descubierta cabeza, se había marchado hacía tiempo sin consultarnos, camino de la aldea, donde tenía amigos, sin duda; pero la tarde estaba tan suave y nos sentíamos tan a placer en aquellos lugares, que la idea de desbaratar así nuestros planes nos contrariaba. Por otro lado, no dejaba de parecernos imposible el que aquellas desiertas ruinas, donde durante el día sólo hablamos encontrado algunas serpientes, estuviesen llenas de fieras, como nos decían. Nos sonreímos, pues, ante la alarma de nuestros visitantes y les dimos las gracias sin querer aceptar sus ofertas generosas.

–No –exclamó alarmadísimo el corpulento *patel*–, no os atreveréis de ningún modo a pernoctar aquí. Además, en caso de accidente, yo sería responsable ante el Gobierno... ¿Es posible que os sea agradable la perspectiva de una noche de angustia, luchando con los chacales o con cosa peor? Os figuráis no estar rodeados de fieras, porque ellas no se muestran antes de anochecer, pero, si no me queréis creer, fijos, al menos, del instinto de vuestros elefantes, que, tan valientes, sin duda, como vosotros, son por lo que se ve bastante más razonables. ¡Miradles!

Miramos efectivamente, y advertimos al punto que nuestros graves y filosóficos elefantes comenzaban a observar una conducta hartamente extraña. Con sus trompas en alto semejaban otras tantas interrogaciones, al par que resoplaban y pateaban con muestras de grandísima inquietud. Un minuto más tarde, uno de ellos rompió la fuerte maroma con que estaba atado a un tronco de columna, dió una rápida vuelta y se puso a palpar vientos. Era, pues, indudable que advertía un peligro cercano. El Coronel le miró a través de sus lentes y silbó de un modo significativo.

–Bien. ¿Qué vamos, por tanto, a hacer si nos toca rechazar un asalto de tigre? –dijo.

–¿Qué hacer, en efecto –pensé–, si no está aquí para protegernos, como antaño, el *takur Gulab–Lal Sing*?

Interin, nuestros camaradas hindúes yacían cómodamente sentados sobre sus tapices, a la manera oriental, masticando tranquilos hojas de betel. Al pedirles su opinión se limitaron a decirnos que no querían mezclarse en nuestras resoluciones y que harían lo que gustásemos, pero en lo que se refiere al elemento europeo no hay que decir que se sentían ya horrorizados; así que, cinco minutos después, nos encaramábamos en nuestros elefantes y un cuarto de hora más tarde, cuando el sol se ocultaba tras una montaña y caía casi de repente esa densa obscuridad que subsigue al cortísimo crepúsculo de las comarcas tropicales, pasábamos por la puerta de Akbar y descendíamos al valle. Pero no estaríamos a un cuarto de milla de nuestro abandonado campamento, cuando en el seno del matorral de cipreses resonaron los agudos aullidos de los chacales, seguido de un poderoso rugido que nos era ya harto conocido. No podía dudarse: los tigres, chasqueados con nuestra fuga, hacían estremecer aquellos ámbitos, y un sudor frío, de muerte, asomó a nuestras frentes, mientras que nuestro elefante, atropellando por todo, se lanzó a trote largo. Estábamos ya, sin embargo, fuera de peligro, en nuestro *howdah* fuerte como una ciudadela.

—¡Hemos escapado de buena —observó el Coronel, mirando desde la ventana del nuevo alojamiento a una veintena de servidores del Patel encendiendo a toda prisa sus antorchas para recibirnos.

VI

HOSPITALIDAD BRAHMÁNICA

Al cabo de una hora larga echamos pie a tierra en la entrada de un gran *bugalow*, donde nos dió la bienvenida la rutilante fisonomía de nuestro bengalés, el de la desnuda cabeza. Una vez que, fuera de todo peligro, nos vimos reunidos en la terraza, nos dió cuenta de que había trazado aquel plan de su pretendida evasión, porque de antemano conocía nuestra “terquedad americana”.

–Vamos, pues, a lavarnos las manos para cenar. ¿No deseaba usted –añadió dirigiéndose a mí –participar de una comida puramente hindú? Me aquí la ocasión, puesto que nuestro huésped es brahmán y son ustedes los primeros europeos que pisan en esta parte de su casa, donde mora su familia.

¿Cómo puede un europeo concebir un país en el que las acciones más nimias de la vida diaria estén sujetas todas a un rito religioso y que no puedan ellas ser ejecutadas sino al tenor de un minucioso y rutinario programa?

Pues tal país es la India. En ésta los momentos más solemnes de la vida, tales como el nacimiento, la pubertad, el matrimonio, la paternidad, la vejez, la muerte, y además, los menesteres más corrientes de la vida, tales como las abluciones matinales, el vestirse, el comer y *lo que después sigue*, desde el primer vagido de la criatura hasta que ella lanza el último suspiro, tiene precisión de ser ejecutado con arreglo al más estricto ritual brahmánico, bajo pena de ser expulsado de la casa sacerdotal. Son los brahmanes a la manera de los músicos de una orquesta en la que cada instrumento representase a una de tantas sectas diferentes como hay en el país. Podrán tales instrumentos variar en timbre o en naturaleza, pero todos obedecen ciegamente a una sola batuta. Esta batuta es la Ley o *Código del Manú*, seguida por todos los brahmanes, cualquiera que sea el modo que tenga su secta respectiva de interpretar los libros sagrados, y por más hostiles que sean entre si al enaltecer sus particulares deidades.

Es, pues, dicho *Código* el punto central al que convergen todos ellos, cual si tuviese una sola mente; ¡y desdichado de aquel que con la más pequeña nota discordante interrumpa el sinfónico acorde! porque los ancianos consejeros vitalicios de la casta y las subcastas, que existen en número indefinido, son unos gobernantes, más que severos, inexorables. Contra el fallo de éstos no hay apelación, y la expulsión de un individuo de la casta brahmánica es una verdadera calamidad de funestísimas consecuencias. Ante la estrecha solidaridad de la casta, el excomulgado es mirado peor

que un leproso cuyo mero contacto es mortal. Tamaña solidaridad sólo puede compararse a la que media entre los discípulos de Loyola. Si los individuos de dos castas diferentes, por muy unidos que estén por respeto o amistad, ni pueden casarse entre sí, ni comer juntos, ni aceptar recíprocamente ni un vaso de agua u ofrecerse un *hukah*, ¿cuáles no serán las restricciones impuestas respecto a la persona excomulgada? El desgraciado debe morir para todo el mundo, incluso para los de su misma familia; y su padre, esposa o hijos están estrictamente obligados a volverle la espalda, so pena de ser excomulgados a su vez. Ni aun esperanza de casarse pueden tener sus hijos o hijas, por inocentes que se encuentren en el pecado de su padre.

El hindú debe desaparecer en absoluto desde el instante en que sobre él cae la excomunión. No puede beber en el pozo de la familia ni recibir alimento de su padre ni de su madre. Ninguno de la casta puede venderle alimentos ni condimentárselos, y ha de perecer de hambre o adquirirlos de las gentes proscriptas o de los europeos, aumentando así su nefasta contaminación. Cuando llegó a su apogeo el poder brahmánico hasta se alentaba contra el excomulgado a quien quisiera engañarle, robarle o matarle, como gentes fuera de la ley. Hoy día está el excomulgado garantido al menos contra este riesgo, pero todavía el cuerpo del que así muere impenitente no puede ser quemado en la pira, ni en sus funerales se pueden entonar los *mantrams* purificadores, y será simplemente echado al río o dejado podrir entre la maleza cual una bestia.

Semejante fuerza pasiva de la excomunión la hace aún más formidable, y ni la educación europea ni la influencia inglesa ha podido contrariarla. Sólo existe un remedio para el triste excomulgado, es a saber: el dar muestras de un sincero arrepentimiento y someterse a todo género de humillaciones, incluso a la pérdida total de sus bienes. Conozco a varios jóvenes brahmanes quienes, a raíz de haber terminado con toda brillantez sus estudios académicos en la metrópoli, al tornar entre los suyos les ha sido preciso el someterse a los más humillantes ritos de purificación, tal como el afeitarse medio bigote y una ceja; arrastrarse por el polvo en torno de las pagodas y permanecer agarrado durante largas horas a la cola de una vaca sagrada, comiendo finalmente el excremento de dicha vaca, ceremonia denominada de la *Pancha-Gavya*, o sea la de la alimentación con los cinco productos del animal: leche, nata, manteca, orina y excremento. El hecho de cruzar las negras aguas del mar o *Kalapani* constituye uno de los más nefandos crímenes, y quien lo realiza queda manchado para siempre con sólo poner los pies a bordo del barco de los *bellatis* o extranjeros. Un amigo nuestro, doctorado en Derecho, por poco no pierde el juicio el sufrir tamañas *purificaciones*, y cuando nosotros tratamos de hacerle notar a él, materialista furibundo, la necedad de tales prácticas, nos respondió contristado:

—¡Qué he de hacer! Tengo una niña de seis y otra de cinco años, y si en todo el año que viene no encuentro marido para la mayor, quedará, por vieja, sin casarse, y si doy lugar a que se me excomulgue de mi casta, mis dos pobres hijas quedarán deshonradas y condenadas a la infelicidad por el resto de sus días. Además, ante tal infamia cayendo sobre mi, mi anciana madre moriría de dolor.

–¿Por qué no rompe usted entonces todo lazo con el Brahmanismo? –continuamos diciendo al abogado–. ¿Por qué no se liga con la creciente masa de los culpables del mismo pecado, o marcha con su familia a fundar una colonia y entra a formar parte de la civilización europea?

No era tan fácil, como parecía, el seguir estos consejos. Cierta mariscal de Napoleón, es fama que tuvo treinta y dos razones poderosas para no asaltar una fortaleza: la primera, el que carecía de pólvora y balas, siendo innecesario, por consiguiente, el pararse a enumerar las treinta y una razones restantes. A la manera del mariscal, la primera razón de todo hindú para no hacerse europeo, es la de que con ello *no mejoraría un punto su situación*. Aunque alcanzase a ser un nuevo Tyndall, o un político capaz de eclipsar a Disraeli o a Bismarck, se encontraría, por decirlo así, como el sepulcro de Mahoma. ¡Suspendido en el aire, entre el cielo y la tierra!

Desde luego, sería injusto culpar de tales obstáculos a la política inglesa, que hace siempre resistencia a dar fuerzas a gentes que ser pueden mañana sus enemigos. El Gobierno no es, pues, responsable, porque semejante estado de opinión es culpa del ambiente indostánico; cuanto al innato desprecio arraigado en el angloindo hacia las gentes del país, a quienes considera como a razas inferiores. No hay que añadir, en efecto, que estas falsas ideas de superioridad o inferioridad de raza, que se manifiesta a la menor provocación, juega un papel más importante aún de lo que se cree en la propia Inglaterra, y los indígenas de la India, brahmanes inclusive, no merecen, no, semejante desprecio que abre un verdadero abismo entre gobernantes y gobernados, abismo que se agiganta más y más y que no podrá hacerse desaparecer en largos siglos.

Insisto sobre el particular para que el lector se forme clara idea del problema, y no se extrañe de que el infeliz hindú prefiera una humillación transitoria con los sufrimientos físicos y morales de la *purificación*, a las consecuencias fatales de un desprecio total y de por vida. De estos problemas discutimos con los brahmanes durante las dos horas que precedieron a la cena.

Comer con extranjeros y gentes de otras castas, es cosa harto peligrosa, pues, y una grave falta, sin duda, contra los preceptos sagrados del Manú. En aquella ocasión estaba, sin embargo, disculpada, primero por. que el gigantesco Patel, nuestro anfitrión, era jefe de la tribu y nadie podría excomulgarle; segundo, porque antes habla tomado todas las precauciones prescritas para que nuestra presencia no le contaminase. Librepensador, a su manera, y gran amigo de Gulab–Lal–Sing, aprovechaba además la ocasión para hacer patente a nuestros ojos, cuán hábiles supercherías y estrategias pueden permitir a un brahmán listo el eludir impunemente aquella rígida ley, sin apartarse por eso de su letra muerta. Por otro lado, nuestro huésped deseaba obtener un diploma de miembro de nuestra Sociedad, ya que el cuestor de su distrito estaba afiliado a ella. Al menos tales fueron las disculpas que nos explicó nuestro *babú*, cuando le hicimos presente nuestro asombro. Nos dispusimos, por tanto, a sacar el mayor partido posible de tamaña oportunidad, y dimos las gracias a la Providencia, que nos la deparaba.



Los hindúes sólo hacen dos comidas diarias: una a las diez de la mañana, y otra a las nueve de la noche. A deshora no se permite nunca el comer, ni aun a los niños, y sería grandísimo pecado el hacerlo sin los previos exorcismos prescriptos. Entre ambas comidas van acompañadas de los más complicados ritualismos, y aunque hace años que millares de hindúes educados han cesado de creer en la eficacia de tan perniciosas costumbres, no por eso dejan a diario de practicarlas.

Nuestro anfitrión Sham–Rao–Bahunathji estaba orgulloso de pertenecer a la linajuda casta de Patarah Prabbus. Prabhu significa *señor*, y dicha casta desciende de los Kshatriyas, siendo su fundador, hacia el año 700 de nuestra Era, el gran Ashvapati, descendiente directo de Rama y de Prithu, regentes de la India, al decir de las genealogías locales, durante los dos yugos denominados el Treta yuga y el Dvapara yuga, de lo cual no hace pocos siglos que digamos. La casta de los Patarah Prabhus es la única de las brahmánicas que tiene que ejecutar ciertos ritos de puro origen védico, conocidos por “ritos Kshastriya”, lo cual no impide que sean *Patanes* o *caídos*, en lugar de *Patares*, por culpa del rey Ashvapati, quien cierto día que estaba distribuyendo dones entre los anacoretas, se olvidó desgraciadamente de dar al gran Bhrigu su parte correspondiente. Ofendido el vidente profeta, le pronosticó que su posteridad perecería y su reino con ella. El rey se arrojó en tierra, implorando, desesperado, el perdón del profeta; pero ya era tarde, porque la maldición ya había surtido instantáneamente su efecto, y todo lo que pudo hacerse para remediar el daño fué la solemne promesa de que la descendencia del rey no desaparecería de la tierra. Pronto se vieron los *Patares* destronados y desposeídos de todo su esplendor, teniendo desde entonces que “vivir de su pluma”, a la órdenes de los gobernantes que se han ido sucediendo, y que cambiar su nombre de *patares* por el de *patanes*, al par que llevan una vida más humilde que muchos de sus antiguos súbditos. Por fortuna, para nuestro amable huésped, algunos de sus antepasados se hicieron brahmanes, *pasando a través de la vaca de oro*.

Según luego supimos, aquella expresión de “vivir de la pluma” alude al hecho cierto de que los *patanes* desempeñan todos los empleos menudos del Gobierno en la Presidencia de Bombay, y constituyen unos peligrosos rivales de los *babúes* bengaleses, desde que se implantó la dominación inglesa. En Bombay, los *patanes* empleados llegan a la respetable cifra de cinco mil, y aunque de tez más oscura que la de los brahmanes del Konkan, son más hermosos y gallardos.

Merece especial mención la costumbre aludida de “pasar por la vaca de oro”, porque, merced a ella, no sólo los Kshatriyas, sino hasta los envilecidos shudras pueden convertirse en una especie de brahmanes de segunda clase. Es un derecho de los brahmanes auténticos el de poder conceder semejante merced a cambio de algunos centenares o millares de vacas. Hecho el regalo, se construye una especie de vaca de oro

puro, que es consagrada mediante ciertas ceremonias místicas. El candidato, con sólo pasar tres veces arrastrándose a través del hueco cuerpo de la vaca, queda *ipso-facto* transformado en un brahmán. Así adquirieron su investidura brahmánica el actual Mahârâja de Fravanka y hasta el gran rajá de Benarés, según la información que de esto y de la leyenda de los *Patares* nos hizo nuestro bondadoso huésped, quien desapareció luego con toda la gente de nuestra comitiva, diciéndonos que nos preparásemos para la cena.

Quedamos, pues, solas Miss X... y yo, y nos pusimos a curiosear, la casa todo, acompañadas por el *babú*, que era todo un bengalés a la moderna en punto a los preparativos de la comida, explicándonos muchas cosas que de otro modo no habríamos comprendido.

Los hermanos Prabhu viven siempre bajo el mismo techo, pero tienen habitaciones separadas y servidores propios. Las de nuestro huésped eran muy espaciosas; otros *bungalows* menores estaban ocupados por sus hermanos y había, en fin, un edificio principal con los departamentos para los forasteros, el comedor, un salón, una capillita con diversos ídolos y varias otras estancias. El piso bajo tenía una terraza con arcos que conducían a una gran pieza con columnas de madera, adornadas por preciosas esculturas que habían pertenecido antaño a un palacio de la *Ciudad Muerta*. El detenido examen que de ellas hice me confirmó en semejante hipótesis, porque no mostraban la menor traza del gusto actual hindú: no representaban dioses, ni animales, ni monstruos fabulosos, sino, meros arabescos y gallardas hojas de flores y plantas que, hoy no son conocidas. Aunque las columnas estaban muy próximas entre sí, los relieves les impedían formar un muro continuo, por manera que la ventilación era un tanto excesiva, así que durante el tiempo que allí duró la comida, por aquellos huecos penetraban pequeños sopletes, despertando nuestros viejos reumatismos y dolores de muelas, apaciblemente dormidos desde que llegáramos a la India. El frontis estaba cuajado de herraduras de caballo, a guisa de preservativos contra el mal de ojo y los malos espíritus, y al pie de la ancha escalera tropezamos con una especie de cunita pendiente de cadenas. A primera vista creí que allí yacía dormido un hindú, y me iba a retirar discretamente cuando en el durmiente reconocí a mi viejo amigo Hanumân, el dios-mono, y me atreví a examinarle. ¡El pobre ídolo sólo poseía cabeza y cuerpo, pues el resto no era sino un envoltorio de harapos! (50).

A la izquierda de la terraza había otras muchas habitaciones, cada una con su destino especial. La mayor era la denominada vatan, y estaba consagrada sólo al bello sexo. Aunque la mujer brahmánica no está perpetuamente sepultada bajo su velo como la musulmana, se mantiene casi siempre apartada de los hombres. Ellas cocinan, pero no comen con éstos. A las damas de más edad, se las tiene en la familia en gran respeto, y los maridos muestran a veces cierta tímida cortesía hacia sus esposas, pero la mujer no tiene derecho a hablar al marido delante de extraños, ni siquiera de próximos parientes, tales como sus hermanas o su madre.

La viuda hindú es realmente la criatura más desgraciada del mundo entero. Tan pronto como el marido fallece ha de rasurarse la cabeza y las cejas; ha de prescindir de

todos sus adornos, tales como pendientes, zarcillos de nariz, anillos y pulseras de manos y pies, etc., pues ha de hacerse la cuenta de que ella ha muerto también. Ni el más abyecto proscrito se atrevería a casarse con ella, y por su más insignificante contacto el brahmán se considera impurificado. Se le asignan los trabajos más sucios de la casa y no deben comer con las mujeres casadas ni con los niños. Todo, en fin, está dicho de ellas con añadir que aunque el *Satî* o cremación de la viuda en la propia pira del marido muerto está ya abolida hace tiempo, casi todas las viudas preferirían el *Satî* a la vida de miserias a que les obligan sus hábiles tiranos los brahmanes.

Después del examen de la capilla familiar, atestada de ídolos, flores, ricos pebeteros ardiendo, lámparas colgando del techo y hierbas aromáticas cubriendo el pavimento, nos decidimos a comer. No era bastante, por lo visto, con que nos hubiésemos lavado cuidadosamente, sino que se nos exigió que nos descalzásemos, sorpresa harto desagradable, aunque el participar de una cena brahmánica bien valiese la pena de hacerlo. Estábamos lejos, sin embargo, de sospechar que nos aguardaba otra extraña sorpresa.

Al penetrar en el comedor nos quedamos estupefactos: ¡Dos de nuestros acompañantes europeos aparecían vestidos, o por mejor decir, *desvestidos*, exactamente como si fuesen hindúes. Por decoro, tenían puesto una especie de coletillo, pero estaban descalzos, y en sus cinturas llevaban liados blanquísimos *dhutis* formando una especie de faldellín, representando una mezcla de tipos hindúes y mozos de las casas de baños de Constantinopla. Presentaban, pues, una tan cómica apariencia que, con gran turbación de los caballeros y escándalo de las damas, no pude contenerme y solté una sonora carcajada. Miss X... se puso muy colorada y acabó por acompañarme también en mi risa nerviosa.

Todo hindú, viejo o joven, tiene que ejecutar, un cuarto de hora antes de comer, su oración o *puja* ante los dioses, y aunque no cambia sus vestidos, como se acostumbra en Europa, se quita la escasa ropa que le cubre durante el día, toma un baño en el estanque familiar y se suelta el pelo, o si se trata de un mahratti o un natural del Dekan, le junta en un solo mechón pendiente de su afeitada cabeza. Gravísimo pecado sería el de cubrirse la cabeza o el cuerpo durante el banquete. En fin, tras envolverse cintura y piernas en el *dhuti* de blanca seda, torna a saludar a sus ídolos y se instala en el comedor.

Tengo que hacer aquí una digresión. Un *mantram* del libro X, sloka 23, dice que la seda goza de la virtualidad de repeler a los malos espíritus que pululan en los flúidos magnéticos de la atmósfera, y no puedo menos de pensar si el tal versículo no entrañará otro significado más profundo. Nos es ciertamente difícil el prescindir de nuestra teoría favorita que considera a todas las costumbres y usos del viejo paganismo como otras tantas supersticiones despreciables, sin que ello obste para que muchas de ellas se hayan abierto paso entre los sabios, quienes han acabado por comprobar que ellas responden a los más admirables principios científicos. Aunque la idea, pues resulte hoy poco sostenible, ¿quién sabe si al prescribir los antiguos el uso de la seda se debe a que conocían la acción beneficiosa de la electricidad actuando sobre los órganos digestivos?

Cuantos han estudiado la antigua filosofía de la India con el sano propósito de penetrar en el sentido oculto de sus aforismos, se han encontrado con la sorpresa de que la electricidad y sus efectos eran conocidos de algunos filósofos, como, por ejemplo, Patañjali. Aunque Hipócrates es considerado en Europa como el *padre de la Medicina*, Characa y Sushruta habían ya formulado mucho antes los principios fundamentales de aquella escuela. En cuanto a la fuerza expansiva del vapor de agua, el templo de Vishnú, en Bhadrinath, posee una piedra que acredita de un modo evidente que Surya–Sidhanta la conoció y calculó. Los antiguos hindúes fueron asimismo los primeros que midieron la velocidad de la luz y sus leyes de reflexión, etc. La llamada Tabla de Pitágoras y su célebre teorema respecto al cuadrado de la hipotenusa pueden aun verse, con cargo a época mucho más remota, en los antiguos libros de Iyotisha. Todo esto induce a pensar que los antiguos arios, al establecer el hábito de vestir de seda durante los banquetes, tenían sobre el particular una idea bastante más seria y científica que la de “ahuyentar a los malos espíritus”.

Al entrar en el comedor nos dimos cabal cuenta de las inauditas precauciones tomadas por los hindúes, para no ser contaminados por nuestra compañía en la mesa. El enlosado pavimento se había dividido en dos mitades mediante una línea trazada con tiza, que llevaba no sé qué especie de signos cabalísticos en sus extremos. Quedaba así separada una zona para la familia y amigos del anfitrión pertenecientes a la misma casta, y la otra se reservaba para nosotros. Había, además, un tercer cuadrado en nuestra respectiva zona para los hindúes de casta distinta. El mobiliario y servicio de los dos espacios era enteramente igual, y junto a los dos lados estaban tendidas estrechas alfombras cubiertas por asientos bajos y almohadones. Delante de cada comensal aparecía otro rectángulo trazado con tiza sobre el pavimento, dividido en pequeños cuadrados cual tablero de ajedrez para marcar los sitios de platos y fuentes. Consistían aquéllos en fuertes hojas de *butea frondosa* y éstas en varias hojas cosidas con espinas, y las salseras eran otras hojas rebordeadas. Todos los manjares aparecían servidos cada uno en su casillero correspondiente, y pudimos así contar has 48 platos, substancias en su mayoría desconocidas para nosotros, pero muy gratas al paladar algunas de ellas. Por supuesto, la comida era absolutamente vegetariana, sin asomo de carne, aves, pescado, ni huevos. Veíanse allí *chutneys*, especie de pepinillos conservados en vinagre y miel; *panchamrits*, mezcla de bayas de pampello, tamarindos, leche de coco, miel de caña y aceite, *kushmer*, hecho de harina, rábanos y miel; picantes pickles y otras muchas especies, todo ello coronando verdaderas pirámides de arroz, y otra montaña de *chapatis*, semejantes a doradas tortas. Estaba el servicio de cada comensal alineado en cuatro largas filas de a 12 platos por fila, y entre éstas lucían trozos de maderas aromáticas a modo de candelillas de iglesia. Nuestra sección estaba espléndidamente iluminada por velas encarnadas y verdes sobre candelabros de fantásticas formas a modo de tronco de árbol con una cobra de siete cabezas, o luces, enroscada en él. Como el viento se filtraba que era un gusto entre las columnas, según dijimos, las luces experimentaban una oscilación continua, produciendo macabras sombras, y nuestros dos amigos que, envueltos en sus ligeras muselinas, estornudaban con frecuencia, destacaban sus dos blancas formas

oscilantes cual máscaras de carnaval, sobre la relativa obscuridad de la zona reservada a los comensales hindúes.

Unos tras otros fueron penetrando los parientes y amigos del anfitrión, desnudos todos de cintura arriba, descalzos, reatado en su cuerpo el triple cordón brahmánico, con los cabellos sueltos y envueltos en sus dhutis de seda blanca. Cada sahib iba seguido por su criado, llevando su copa, jarro de plata o de oro y una toalla. Saludaron al anfitrión y luego a nosotros, juntando las palmas de las manos y llevándolas sucesivamente a la frente, al pecho y al suelo, al par que nos decían todos: *ram-ram, namaste* (yo te saludo). Después ocuparon silenciosamente sus puestos respectivos, y aquellos cumplimientos trajeron a mi mente el recuerdo de aquel saludo primitivo que consistía en pronunciar dos veces el nombre de alguno de sus antecesores.

Nos sentamos todos: los hindúes tranquila y solemnemente cual si se dispusiesen para una ceremonia mística, y nosotros extraordinariamente cohibidos ante el temor de incurrir en alguna falta grave. Media docena de *nautches* o bayaderas de la pagoda vecina entonaban un monótono himno celebrando la gloria de los dioses. Coreados por aquellos cánticos principiábamos a satisfacer nuestro apetito, siguiendo las instrucciones del *babú* de que comiésemos sólo con la mano derecha, cosa algo difícil de practicar por nuestra prisa y nuestro apetito; pero absolutamente indispensable, porque si hubiéramos tocado no más al arroz con la mano izquierda, legiones enteras de *râkshasas* o demonios habrían venido *ipso-facto* a participar del banquete también, cosa que, además, habría hecho salir más que de prisa del comedor a todos los hindúes. Para no transgredir, pues, semejante precepto metí mi mano izquierda en el bolsillo, teniendo en ella mi pañuelo durante todo el tiempo que duró la comida, comida en la que es preciso consignar que no hubo ni rastro de cucharas, tenedores ni cuchillos.

Al cántico, que sólo duró meros dos minutos, siguió un silencio de muerte. Como era lunes y día de ayuno, semejante silencio tenía que ser observado con más rigor que nunca, y todo aquel que se ve forzado a interrumpirle por cualquier accidente imprevisto se apresura a introducir en el agua el dedo medio de su mano izquierda, colocada hasta entonces tras la espalda, humedeciéndose en seguida los párpados. Un brahmán realmente piadoso no puede, sin embargo, conformarse con tan ligera fórmula purificadora, sino que, después que ha hablado, sale del comedor, se baña todo el cuerpo y luego se abstiene de comer durante el resto del día.

Aproveché el imponente silencio para mejor darme cuenta de la escena; pero siempre que mi mirada tropezaba con la del Coronel o la de Mr. Y... me era casi imposible conservar mi seriedad, pues me acometía una hilaridad loca al verlos tan tiesa y cómicamente sentados, manejándose con la mayor torpeza. La lengua barba del uno aparecía sembrada de granos de arroz, cual plateada escarcha, y azafrán molido las mejillas del otro. Ayudada por mi insana curiosidad, pude combatir mi risa, y seguí observando las extrañas maneras de comer que tenían los hindúes. Sentado cada cual sobre sus piernas cruzadas, tomaba el jarrón de agua que el criado le servía, y después de llenar su vaso, se echaba una poca en la palma de la mano derecha. Después hacía una aspersion lenta y cuidadosa sobre un plato aparte que estaba destinado a los

dioses, con toda clase de manjares. Al par recitaba un *mantram* védico. En seguida, llenando la diestra de arroz, pronunciaba otros cuantos *mantrams*, y después de haber depositado a la derecha de su plato cinco puñaditos de arroz, se volvía a lavar las manos para evitar el mal de ojo; al instante volvía a aspergiar, y derramando unas gotas en la palma de la mano, las sorbía lentamente. Comía al punto seis puñados de arroz, unos tras otros, siempre mascullando oraciones, y humedecía sus ojos con el dedo del medio de su izquierda, hecho lo cual tornaba a situar esta mano tras la espalda y principiaba a comer con la otra. En estas ceremonias apenas empleaban algunos minutos, no obstante realizarlo con toda solemnidad.

Comían nuestros hindúes con el tronco inclinado sobre el plato, lanzando el bocado en alto y atrapándole tan hábilmente con la boca que ni un solo grano de arroz se llegaba a perder ni se derramaba una simple gota de agua. El bueno del Coronel, deseoso de rendir homenaje al anfitrión, trató de imitarle en todas estas maniobras, pero fuéle, ¡ay!, imposible el mantener el tronco en tan inclinada postura; perdió el equilibrio; estuvo a punto de caer de bruces sobre la comida, y se le escaparon los lentes, yendo a sumergirse en un plato de leche agria y ajos. Semejante fracaso obligó al bizarro americano a ser más cauto en sus intentos de *hinduizarse* de allí en adelante.

Terminó la comida con arroz mezclado con azúcar; guisantes espolvoreados con pimienta; aceite, ajos y granos de granada, manjar este último que ha de comerse muy rápidamente, mirando cada cual con ansiedad a su vecino, temiendo atrocamente ser el último en concluir, porque supone ello pésimo presagio. Cada cual, en fin, toma un sorbo de agua, murmurando nuevos *mantrams* y cuidando de tragarla de golpe, y si alguno se atraganta, es prueba clara de que un *bhuta* o espíritu malo se ha posesionado de su garganta, y el paciente tiene que velar por su seguridad haciéndose purificar en la pagoda.

Los desgraciados hindúes están atormentadísimos por esos *bhutas*, que no son sino las almas de quienes han muerto envueltos en el torbellino de deseos y de rastreras pasiones no satisfechos. Tales espíritus, al decir de unánimes asertos, pululan siempre en torno de los vivos valiéndose del cuerpo y órganos de éstos para satisfacer sus impuras ansias. Por eso son temidos y malditos en toda la India: no se escatima medio alguno para protegerse contra ellos, cosa bien contraria a las conclusiones que acerca de los fenómenos mediumnísticos sostienen los espiritistas de Occidente.

“Un espíritu bueno –dice el hindú– no siente atraída su alma hacia la tierra; se alegra de haber muerto, pues que así camina a unirse con Brahma, gozando la eterna felicidad del *svarga* o cielo, en compañía de los *gandharvas* o músicos celestes, cuyos cánticos le saturan de felicidad infinita y le purifican preparándole para una nueva encarnación en más perfecto cuerpo que el que antes tuviese”.

El hindú sostiene que el Espíritu o *Âtmâ* es una mera chispa del Parabrahm o Gran Todo y jamás puede alcanzarle el castigo de culpas en las que El no participó. *Manas*, la inteligencia y *Jiva*, la vida animal, son entre ambas meras ilusiones materiales. Ellos son los que pecan y por eso sufren y trasmigran de uno en otro cuerpo hasta que se

depuran. Por eso el Espíritu se limita a cobijar aquellas transmigraciones terrestres y cuando el *Ego* ha alcanzado el estado definitivo de pureza, se torna uno con Âtmâ, sumergiéndose gradualmente en Parabrahm. Esto, por desgracia, no acontece con las almas perversas, y el alma que no logra emanciparse de sus deseos y atracciones terrestres antes de la muerte del cuerpo, es arrastrada por sus pecados, y en lugar de reencarnarse en nueva forma con arreglo a la ley de la metempsicosis, permanece sin cuerpo, errabunda por la tierra transformada en su *bhuta* y ocasionando indecibles sufrimientos a sus parientes. Por tal motivo nada teme más el hindú que caer en esa tristísima condición después de la muerte.

—¡Preferible es encarnar en el cuerpo de un tigre, perro, león y hasta en el de un halcón de patas amarillas, que convertirse en un *bhuta* —me dijo cierta vez un viejo hindú—, porque cada animal posee su cuerpo propio con derecho a usar de él con arreglo a las leyes del mismo mientras que el *bhuta* es un *dakoita*, ladrón y bandido en acecho siempre para disfrutar de lo que no le pertenece; estado de espantosa infelicidad que le hace vivir en verdadero infierno. ¿Cómo concebir que haya en el Occidente espiritistas que incautamente se dejen engañar por ellos? ¿Es posible tal locura en ingleses y americanos respetables?

El buen hombre no quería darnos crédito cuando le asegurábamos que había gentes entre los nuestros que gustaban de tratar con semejantes gentes y de atraerlos a sus hogares.

Terminada la cena, los hombres volvieron al estanque familiar para purificarse y vestirse.

A estas horas de la noche vístense los hindúes una especie de camisa estrecha llamada *mal mala*, turbante blanco y sandalias de madera con cuerdas metidas por entre los dedos de los pies. Déjense este calzado a la puerta al tornar a la sala y se reclinan sobre tapices y almohadones colocados en derredor, para masticar betel, fumar *hukahs* y *cheruts*, oír lecturas sagradas y disfrutar del espectáculo coreográfico de las nautches o danzarinas de las pagodas. Aquella noche, sin duda en honor nuestro, todos se vistieron suntuosamente, llevando algunos de ellos *darias* de riquísimo raso rayado; hermosos pendientes de oro; collares cuajados de diamantes y esmeraldas; relojes y cadenas de oro y transparentes bandas brahmánicas con bordados del mismo metal. Los gruesos dedos y la oreja derecha de nuestro anfitrión estaban rutilantes de diamantes.

Las mujeres que nos habían servido la comida desaparecieron, volviendo al largo rato lujosamente ataviadas y entonces fué cuando nos las presentaron solemnemente. Eran ellas cinco: la esposa del dueño de la casa, de veinticinco a veintiséis años; otras dos más jóvenes, una con niño de pecho y de la que, con gran extrañeza por nuestra parte, supimos que era la hija casada de aquél; luego la anciana madre y otra niña de siete años, cuñada suya. Por manera que la señora de la casa era ya abuela, y su cuñada que iría a casarse de allí a dos o tres años, podría llegar a ser madre antes de los doce.

Todas las señoras estaban descalzas, con sortijas en los dedos de manos y pies, y todas, salvo la anciana, lucían guirnaldas de flores en sus cuellos y en sus negros cabellos. Sus

estrechos corpiños, llenos de bordados, eran tan cortos que entre ellos y el *sari* había una gran zona descotada. Las bronceadas cinturas de estas mujeres escultóricas quedaban así al descubierto, mientras que sus hermosos brazos y tobillos desaparecían ocultos por numerosos brazaletes, que con sus cascabeles producían un argentino tintineo. La infantil cuñada, verdadera muñeca automática, apenas si podía moverse bajo el peso de sus adornos y joyas, mientras que la joven abuela, señora de la casa, ostentaba un macizo anillo en su nariz izquierda que le llegaba hasta la barbilla, una bellísima nariz desfigurada bajo el peso de la alhaja, según pudimos observar cuando se le quitó para tomar más cómodamente el té.

Llegó, finalmente, la danza de las nautches. Dos de ellas eran lindísimas y su baile consistía en múltiples y expresivos movimientos de la cabeza, de los ojos y hasta de las orejas, en suma, de cintura para arriba. En cuanto a sus piernas, o es que no se movían nada o que lo hacían con tal ligereza que ellas se esfumaban cual si envueltas en niebla estuviesen.



Tras aquel tan accidentado día, dormí el sueño de los justos. Cuando se lleva, en efecto, durmiendo durante muchas noches bajo una tienda de campaña, es una verdadera delicia el poderlo hacer en una verdadera cama, aunque sea colgante. Tamaño placer se habría aumentado extraordinariamente, si hubiese sabido que dormía nada menos que en el lecho de un dios, mas esta última particularidad sólo me fué revelada al día siguiente, cuando, al bajar por la escalera, divisé al ilustre *general Hanumân*, el mono-dios que yacía acurrucado bajo la escalera y muy triste sin su cama colgante que... ¡había sido la mía la noche antes!

Decididamente los hindúes del siglo XIX son una raza degenerada, execrable e impía... Aquella cama-cuna de Hanumân, y un viejo y derrengado canapé eran, por lo visto, los únicos muebles de la casa que podían hacer las veces de lechos para los forasteros.

Inútil es añadir que ninguno de los dos caballeros pasaron bien la noche, que hubieron de dormir en un torreón vacío que antaño fuera altar de una derruida pagoda situada detrás del edificio principal, donde les había llevado el dueño de la casa con la buena intención de protegerles contra los chacales, que solían campar por sus respetos en toda la planta baja, penetrando por las arcadas sin puertas. Estos animales, sin embargo, no causaron gran molestia a nuestros dos compañeros, salvo el nocturno concierto que les dieron con sus aullidos; pero tanto Mr. Y... como el Coronel, tuvieron que habérselas toda la noche con un *vampiro*, especie de zorra voladora, de tamaño desusado, que, según supimos demasiado tarde por nuestro huésped, era también un espíritu. Revoloteando dentro de la torre durante toda la noche, sin hacer ruido, acababa posándose alternativamente sobre entrambos durmientes, haciéndoles estremecerse bajo el repugnante contacto de sus alas viscosas y frías, con la sana

intención de darse una buena panzada chupando sangre europea. Diez veces le despertó así, sin que pudieran expulsarle del recinto, y tan luego como tornaban a querer dormirse, volvía a posarse en sus piernas, hombros y cabeza, hasta que exasperado Mr. Y... le cogió y le retorció el pescuezo.

Y fué lo bueno del caso que bien ajenos entrambos de la gravedad del pecado que con ello habían cometido, a la mañana siguiente contaron a su huésped el trágico fin del *murciélago alevoso*, con lo cual atrajeron instantáneamente toda una tempestad sobre sus cabezas. El patio se llenó de gente que, triste y cabizbaja, se agolpaba a la entrada del torreón. La anciana madre del amo se mesaba furiosamente los cabellos, lanzando agudas exclamaciones en todos los dialectos de la India. ¿Qué ocurría?—No acertábamos a explicárnoslo y cuando, al fin, averiguamos la causa de ello quedamos estupefactos.

Merced a ciertas extrañas y misteriosas señales, sólo conocidas por aquella brahmánica familia, se había venido, en consecuencia, que, al dejar su cuerpo, el alma del hermano mayor de nuestro huésped había conseguido encarnar en aquel murciélago vampiro, hecho que nos fué revelado como fuera de toda duda. Así, pues, desde hacía nueve años, el finado Patarah Prabhu continuaba viviendo bajo aquella nueva forma al tenor de la ley de la metempsicosis. Durante el día dormitaba colgado de una pata y cabeza abajo, en un añoso tronco frontero al torreón; pero durante la noche se dedicaba a dar fiera caza a cuantos insectos pululaban por aquel retirado rincón y en semejante estado, consagrado por igual a comer, dormir y redimirse de sus culpas, el buen murciélago iba purificándose de los pecados que bajo la forma de Patarah Prabhu había cometido. Ahora, ¡horror!, su abandonado cuerpo de quiróptero yacía inerte en el polvo, a la entrada misma de su torreón favorito y con la membrana de sus alas medio roída por las ratas, mientras que la pobre anciana de su madre enloquecía de pena, lanzando a través de sus lágrimas miradas acusadoras contra Mr. Y..., quien, en su nuevo aspecto de asesino sin entrañas, parecía mostrar en su actitud una tranquilidad repulsiva.

El asunto empezaba a ponerse serio. El lado cómico que pudiera mostrar la cosa en un principio desaparecía ante la sinceridad e intensidad de tamañas lamentaciones. Como descendientes y consanguíneos del dueño de la casa, le estaban a éste lo bastante subordinados para permitirse el pegar contra nosotros, pero sus semblantes nada tenían de tranquilizadores. El sacerdote astrólogo de la familia colocóse, *shastras* en mano, al lado de la anciana, dispuesto a practicar la ceremonia de la purificación, empezando por cubrir solemnemente el cadáver del bicho con blanco pañizuelo para ocultar los mortales despojos que se hallaban completamente cubiertos por las hormigas. Miss Y... hacía lo posible por permanecer indiferente ante todo aquello; pero la imprudente Miss X... con su habitual falta de tino, la emprendió contra el astrólogo, anatematizando en voz alta la indignación que aquellas supersticiones propias de una raza inferior le producían. Pudo tener en cuenta, al menos, que nuestro huésped conocía el inglés perfectamente y no la escuchaba que digamos con grandes muestras de simpatía. Sonrió desdeñosamente, sin dignarse contestarla, y saludando respetuosamente al Coronel, le invitó a que le siguiese.

–¡Va a echarnos en el acto de la casa! –pensé.

Mis temores no se confirmaron, por fortuna. En aquella época de mi recorrido por la India distaba aún mucho de alcanzar a penetrar en los más íntimos pliegues metafísicos de un corazón hindú.

Comenzó Sham Rao por endilgarnos un elocuentísimo prólogo, haciéndonos presente que él era un hombre culto que gozaba de cuantas ventajas proporciona la educación europea, y que, debido a ello, distaba mucho de estar convencido de que su difunto hermano morase efectivamente en el cuerpo de aquel quiróptero. A juicio suyo, Darwin y otros grandes naturalistas occidentales, a lo que él colegía, parecían creer en la transmigración de las almas en sentido inverso de los hindúes, es a saber: que si su madre hubiera concebido un niño hacia el momento de la muerte del vampiro, semejante niño habría podido sacar un parecido indudable con semejante animal, por hallarse tan cerca aquélla de los elementos vitales de éste en vías de disgregación...

–¿Acaso no es ésta la interpretación más fidedigna de la escuela darwinista? –acabó Sham Rao preguntando.

Respondímosle con toda modestia que, como habíamos viajado incesantemente durante el año anterior, nos sentíamos algo remontados, por no haber tornado nota de las más recientes conclusiones de la ciencia moderna.

–¡Pero yo las he seguido al día! –replicó Sham Rao con cierto énfasis–. Espero, por tanto, que se me permita agregar que he penetrado debidamente en el desenvolvimiento operado por los estudios más recientes. Acabo de estudiar, por cierto, la magnífica *Antropogénesis*, de Hæckel, y he meditado hondamente acerca de todas sus científicas y lógicas explicaciones, acerca de cómo el hombre desciende de formas animales mediante dicha transmigración... ¿Y qué es, en suma, la serie evolutiva darwiniana sino la humana transmigración de los hindúes antiguos y modernos, o bien la metempsicosis de los griegos?

Nos era imposible el objetar nada a semejantes razonamientos, y hasta nos aventuramos a observar que la teoría de Hæckel y la de nuestro huésped se parecían de una manera sorprendente.

–¡Exacto! –exclamó Sham Rao, con aire de triunfo–, y ello demuestra que nuestras ideas no son tan ignorantes y supersticiosas como suponen los enemigos de la Ley del Manú. Nuestro Manú se anticipó así muchos siglos a Darwin y a Hæckel. ¡Vedlo! Hæckel nos describe todo el proceso evolutivo del ser humano a través de una serie de plasmas cada vez más complicados, desde la mónera gelatinosa que pasa a ser amibo, ascidia, amphioxus, sin cerebro ni corazón todavía, y que transmigrando luego en lamprea, se transforma, por fin, en un amniótico vertebrado, un marsupial, un pre-mamífero... Vosotros, en vuestra cultura, no ignoráis que el vampiro pertenece a los vertebrados, y, por tanto, no podéis contradecir tal aserto.

Imposibilitados estábamos, en efecto, de contradecirle.

–Esto sentado, dignaos seguirme en mi argumentación.

Seguímosle, pues, atentos, aunque sin columbrar dónde iba a parar aquel inteligentísimo brahmán.

–*El Origen de las Especies*, de Darwin –continuó Sham Rao–, restablece palabra tras palabra las enseñanzas palingenésicas de nuestro Manú. Puedo demostrároslo, texto en mano. Nuestro divino legislador, en efecto, enseña que “El Gran Parabrahm hizo aparecer al hombre en el Universo después de evolucionar a lo largo de la serie animal y surgió, pues, del lodo o *ilus* de la mar profunda. Convirtiéndose así el gusano en serpiente; la serpiente, en pez; el pez, en mamífero, etcétera”. ¿No es ésta, acaso, la idea matriz de la teoría darwinista, al sostener que el informe protoplasma de los mares laurentino y siluriano– el “lodo marítimo” del Manú, me atrevo a decir– se transformó gradualmente en el mono antropoide, y, por fin, en el ser humano?

No pudimos menos de asentir a tales palabras.

–Sin embargo de todo mi respeto por Darwin y Hæckel, su gran continuador, no puedo aceptar sus conclusiones definitivas, en especial las del último –continuó Sham Rao–. Este irritable y bilioso alemán coincide en su embriología con la doctrina de nuestro Manú y demás antecesores, pero olvida por completo la evolución respectiva del alma humana, la cual, según nuestras creencias tradicionales está concordada con la evolución de la materia. El hijo de Svayambhuva, el Nacido por Sí Mismo, nos enseña “que todo lo creado en un nuevo ciclo evolutivo, adquiere cada vez cualidades nuevas que se agregan a las ya adquiridas en las precedentes metempsicosis; y la Chispa Divina que a todo ser informa se hace más y más brillante a medida que se aproxima a la humana categoría y después entra en un cielo de transmigraciones conscientes una vez que se ha convertido en un Brama. ¿Alcanzáis, por ventura, a comprender todo lo que esto significa? Pues significa que desde semejante momento sus palingénesis evolutivas ya no dependen de las ciegas leyes generales, sino que hasta la menor de sus acciones lleva aparejada su premio o su castigo. De aquí que ya entonces comience a depender de la libérrima voluntad del hombre el seguir consciente a lo largo del Sendero que conduce hasta la eterna dicha o el Moksha, ascendiendo de uno en otro loka hasta llegar al Brahmalo, o bien retroceder en el Sendero a causa de sus pecados, y no ignoráis tampoco que el alma humana de tipo medio, tiene que ascender de uno en otro loka, sin cambiar de forma humana, aunque creciendo por grados y perfeccionándose. Determinadas sectas nuestras entienden que cada uno de estos lokas son otros tantos astros. Los espíritus que ya se han libertado de los terrestres vínculos son los Devas o Pitris a los que rendimos culto. ¿Acaso vuestros cabalistas medioevales no denominaban *Espiritus Planetarios* a dichos Pitris? En cambio, en el triste caso de un gran pecador, tendrá necesidad de tornar su ascensión a lo largo de aquellas formas animales por las que antes había pasado inconscientemente. Darwin y Hæcke], pues, olvidaron o ignoraron esta segunda parte de su teoría, lo cual no significa que quepa argumento científico alguno contra semejante doctrina de nuestros antepasados.

– Ciertamente que ellos no han penetrado en tales profundidades.

–Entonces – exclamó Sham Rao, cambiando su sereno tono anterior por otro de terrible reconvencción–, ¿por qué, conociendo yo, como acabáis de ver, las ideas más modernas de vuestra ciencia de Occidente, y creyendo como veis en lo que enseñan sus más autorizados paladines, por qué, repito, os habéis de figurar, como Miss X.... que pertenezco a una tribu de gentes ignorantes y supersticiosas? ¿Ni qué justicia es esa vuestra de calificar de supersticiones teorías nuestras que son perfectamente científicas y en tratarnos de raza inferior degenerada?

Al pronunciar estas últimas palabras las lágrimas pugnaban por brotar de sus brillantes ojos. Confundidos por sus aplastantes argumentos, no sabíamos ya qué responderle.

–Yo no afirmo tampoco que nuestras creencias populares sean dogmas infalibles, sino meras teorías, y trabajo cuanto me es dable para conciliar entre sí las dos ciencias antigua y moderna. En uso de un perfecto derecho formulo una hipótesis y nada más, cual lo hacen Darwin y Hæckel. Además, si no he sospechado mal, Miss X... es espiritista, y creará, por tanto, en los *bhutas*. Si, pues, admite que un *bhuta* puede posesionarse del cuerpo de un médium, ¿por qué se atreve a negar que un *bhuta*, y mejor aún, un alma menos pecadora, pueda entrar en el cuerpo de un murciélago vampiro?

Tamaños razonamientos eran irrefutables, abrumadores, y para eludir semejante delicadísima cuestión metafísica, tratamos de disculpar del mejor modo posible la inconveniencia de Miss X...

–La intención de Miss X... nunca fué la de ofenderos lo más mínimo, querido señor –dijimos a nuestro huésped–, pues no hizo sino repetir una calumnia que es muy corriente entre los occidentales, y no se habría permitido semejante ligereza si hubiera meditado un punto en tamaño problema.

Fuése así tranquilizando poco a poco Sham Rao, y tornó a su proverbial jovialidad, pero no pudo menos de añadir nuevos asertos a su larga prédica, y comenzaba ya a revelar ciertos rasgos de carácter de su hermano el muerto, que se mostraban atávicamente en los hábitos del vampiro, cuando Mr. Y... lo echó todo a rodar gritando a voz en cuello.

–¡Se ha vuelto loca la pobre vieja! No sólo continúa lanzándonos todo género de maldiciones, sino que añade que el asesinato del asqueroso bicho no es sino el primer contratiempo de una serie de desgracias que vos, Sham Rao, habéis acarreado sobre vuestra familia por haber profanado vuestra santidad brahmánica dándonos albergue en vuestro hogar. ¡Enviad, pues, Coronel, por nuestros elefantes, antes que esta multitud irritada caiga como fieras sobre nosotros!

–¡Por favor, señores! –exclamó en tono suplicante nuestro huésped–. ¡Sed un poco más considerados, porque aunque se trata de una anciana supersticiosa, esta anciana es mi madre! Aconsejadme, por tanto, ya que sois personas educadas e inteligentes, qué es lo que haríais en mi lugar.

–¿Que qué haría? –alegó con pésimo acuerdo Mr. Y... exasperado por lo violento de nuestra situación–. Pues cogería mi pistola y acabaría a tiros con cuantos murciélagos pululan por estos alrededores, aunque no fuera sino por libertar a vuestros difuntos de los asquerosos cuerpos de semejantes bichos, y después rompería la cabeza al farsante brahmán inventor de esta broma estúpida. ¡Eso es todo lo que yo haría, señor mío!...

No hay que añadir que el desgraciado descendiente de Rama, puesto en tamaño aprieto no tuvo a bien el seguir el consejo y permaneció indeciso acerca de la resolución que debía tomar: ora la de arrojarnos violando las sagradas leyes de la hospitalidad, ora la de seguir faltando, ya abiertamente, a los preceptos brahmánicos, manteniéndonos bajo su techo. Entonces el ingenioso *babú* vino en nuestro auxilio. Noticioso de que nuestra excitación frente al tumulto iba creciendo por momentos y que nos preparábamos a dejar inmediatamente la casa de Sham Rao, nos persuadió de que debíamos quedarnos aunque no fuese más que una hora, porque otra cosa sería un gravísimo ultraje para éste, que estaba inocente de lo acaecido, mientras que él se encargaba de tranquilizar a la vieja majadera mediante un notable plan que había urdido.

–Id entretanto –nos dijo –a visitar las ruinas de aquel antiguo castillo que se alzó antaño no lejos de aquí.

Obedecimos de pésima gana, picada nuestra curiosidad por conocer cuál sería la traza ideada por el *babú*. Nuestro negro humor nos hacía caminar muy lentamente. El flemático Narayan, siempre bondadoso, trataba de distraernos dando inocentes bromas a Miss X... acerca de sus queridos espíritus. Al mirar una vez hacia atrás, vimos que el *babú* se había unido al sacerdote de la tribu aquella, y que, a juzgar por sus ademanes, ambos discutían acaloradamente. La rapada cabeza del brahmán se movía de un lado a otro; su amarillo manto flotaba con rápidos movimientos y sus brazos se alzaban hacia el cielo, cual si pusiese a los propios dioses por testigos de la sinceridad de sus palabras.

– ¡Mil dólares apuesto a que todos los buenos planes del *babú* se estrellarán ante la terquedad de semejante fanático!–dijo con firmeza el Coronel, mientras encendía su pipa.

No habíamos andado, sin embargo, cien pasos, cuando vimos que el *babú* corría hacia nosotros haciéndonos señas para que nos detuviésemos.

–¡Todo ha quedado arreglado del modo mejor del mundo! –gritó así que estuvo algo cerca–. Es más, hasta os debe estar agradecidísima toda esta familia, porque vosotros, al matar al murciélago no habéis hecho otra cosa que proteger y salvar al *bhuta* del difunto...

Mientras así decía el buen *babú*, se echaba al suelo sin poder contener la risa que le dominaba, y que bien pronto se hizo contagiosa para todos, aun antes de averiguar qué era lo que había ocurrido.

–¿Qué os parece, amigos míos? –decía el *babú* sin poder contenerse en su hilaridad–. ¡Y todo por míseras diez rupias!... ¡Ja, ja, ja! Yo empecé ofreciéndole tan sólo cinco,

pero no quería... ¡Se trataba de un gravísimo asunto sagrado!.. –decía el muy pícaro–. ¡Pero ante la perspectiva de atrapar las diez rupias ya no pudo resistirse!

El *babú* acabó de referirnos la historieta. Toda la metempsicosis de aquella buena gente no depende sino de la imaginación e inventiva de los *Gurus* o directores espirituales de la familia, quienes por sus buenos oficios suelen cobrarles de ciento a ciento cincuenta rupias anuales. Cada nuevo rito no es sino un nuevo ingreso en el bolsón sin fondo de la familia sacerdotal brahmánica, que es insaciable en sus codicias, pero los acontecimientos felices se pagan más que los desgraciados, y no ignorando esto el pícaro *babú* pidió al brahmán sin más rodeos que practicase un falso *samâdhi*, esto es, que fingiese haber tenido una inspiración celeste, y anunciase a la desolada madre, que la terminante voluntad de su hijo era la única causante de todo lo acaecido, siendo él y no nadie quien había precipitado así el fin de su vida en el cuerpo del vampiro por estar ya cansado de aquella etapa palingenésica y desear la muerte como medio de ascender en la escala animal; que era por tanto mucho más feliz, y que estaba profundamente agradecido al sahib que, al retorcerle el pescuezo, le había libertado de aquel abyecto cuerpo.

Conviene añadir que al ojo siempre avizor de nuestro *babú*, no había pasado inadvertido el detalle de cierta vaca del *Gurú* estaba para dar a luz un ternero que poder vender luego a Sham Rao, y semejante circunstancia era un triunfo de baraja más en manos del *babú* por cuanto exigió también del *Gurú* que anunciase además, al tenor del supuesto *samâdhi*, que el espíritu aquel, así libertado, proyectaba habitar en el futuro cuerpo de la cría que en breve iba a dar a luz la vaca aquella, con lo que no hay por qué añadir que la pobre vieja se apresuraría a comprar al *Gurú* el ternero cuerpo de aquella nueva encarnación de su amado primogénito, y que el fausto suceso se celebraría con nuevas fiestas y ritos, que traerían, como es natural, nuevas rupias a aquel director espiritual de la familia.

El pícaro *Gurú* no daba su brazo a torcer; antes bien juraba por lo más sagrado que el cuerpo del murciélago estaba realmente habitado por el hermano de Sham Rao. El *babú* que sabía bien dónde le apretaba el zapato, dió a entender claramente al *Gurú* que él no ignoraba que los *shastras* excluían la posibilidad de semejantes transmigraciones y éste, alarmado entonces, empezó a batirse en retirada hasta que, bajo secreto absoluto, aceptó las diez rupias.

Sham Rao salió a nuestro encuentro radiante de alegría, pero sea porque temiese que nos riésemos de él, bien porque acertase a explicarse tamaña nueva metamorfosis por medio de las ciencias positivas y en particular por Hæckel, es lo cierto que no intentó averiguar la causa de aquel cambio tan repentino. Sólo nos notició, con cierto embarazo, que su madre, debido a ciertas misteriosas conjeturas suyas, había desechado sus escrúpulos acerca del destino de su primogénito y cambió de conversación al punto.



Para disipar hasta la última nubecilla de la tormenta pasada, nos invitó Sham Rao a sentarnos un rato en la terraza frente a la espaciosa entrada de la capilla de sus ídolos, mientras se celebraba la oración familiar. Eran las nueve de la mañana, hora precisa de la oración matinal. Sham Rao se fué hacia el estanque para prepararse y *vestirse*, o sea desnudarse más bien, pues de allí a un poco tornó llevando por toda vestidura un dhuti idéntico al que vistiese durante la cena. Con la cabeza descubierta se encaminó en derechura a la capilla y en aquel momento empezó a repicar ruidosamente la campana que pendía del techo y que no cesó mientras duraron los rezos. El *babú* nos explicó que un chicuelo la tocaba desde arriba.

Penetró Sham Rao en la capilla adelantando el pie derecho muy solemnemente; luego se acercó al altar y se sentó en un pequeño taburete cruzando las piernas. En el testero central, sobre el altarcito de terciopelo rojo, que parecía un tocador de señora, veíanse multitud de ídolos, de oro, plata, bronce y mármol, según sus respectivos méritos o jerarquía: así, Shiva o Mahadeva era de oro; Ganesha o Gunpati, de plata; Vishnú de un negro canto rodado de las riberas del río Gandaki que corre por el Nepal. En esta apariencia Vishnú recibe el nombre andrógino de *Narayán–Lakshmî*. Otros muchos dioses, para nosotros desconocidos, llamados *Chakras* eran otras tantas conchas marinas talladas de una u otra forma, tales como *Sûrya* el dios–sol; los *Kuladevas* y otros dioses domésticos, colocados en segunda línea. Una cúpula de madera de sándalo esculpida cobijaba al altar y a sus ídolos, y durante la noche los dioses y sus ofrendas quedaban cubiertos por un enorme fanal. Diversas pinturas sagradas, representando los episodios más salientes de la vida de los dioses mayores adornaban las paredes.

Murmurando continuos rezos, Sham Rao llenó de ceniza su mano izquierda; cubrióla un momento con la derecha; luego agregó no sé qué a la ceniza estregándose las manos, y con el pulgar de su diestra trazó en su cara con la mezcla aquella, primero una línea de la nariz para arriba, y luego otras dos horizontales desde la frente a las sienas izquierda y derecha. Después de pintarrajada así su faz, embadurnó con la mezcla su garganta, hombros, brazos, espalda, cabeza y orejas. Dirigióse en seguida hacia un rincón donde había una enorme fuente de bronce con agua y allí se sumergió tres veces seguidas de pies a cabeza con su dhuti, con lo que surgió de la pila chorreando agua cual un delfín, y con ello y con retorcer su única trenza de pelo y recogerla sobre su afeitada coronilla terminó felizmente la primera parte de su complicadísima tarea.

Comenzó la segunda parte con *mantrams* y meditaciones religiosas, los cuales deben ser repetidos tres veces al día por la gente realmente piadosa: al salir el sol, al mediodía y a la puesta del sol. Sham Rao pronunció en alta voz los nombres de los veinticuatro dioses, siendo acompañado cada nombre de una sonora campanada. Seguidamente cerró sus ojos; se ataponó los oídos con algodón; comprimió con dos dedos de su izquierda la ventana de la nariz del mismo lado, al par que inyectaba aire en sus pulmones por la ventana derecha, que a su vez comprimió también. Después pegó los labios paralizando por completo la respiración, posición en la cual todo piadoso hindú debe repetir cierto versículo denominado Gayati, cuyas sagradas palabras hindú alguno

osaría pronunciar en alta voz, pues hasta cuando las recita mentalmente cuida por todos los medios el no inhalar aire impuro en sus pulmones. No me es dable revelar este *mantram* por haberseme dado bajo palabra de reserva absoluta, pero sí me es permitido citar de él algunas frases sueltas, como aquellas que dicen:

“¡Om... ! Tierra..., Cielo... Que la divina Luz de... (aquí un inefable nombre que jamás deberá ser pronunciado) me cobije y ampare. Que tú, ¡oh Sol!; tú, ¡Uno-Único!, me proteja, aunque indigno... Por eso yo cierro mis ojos, oídos y demás sentidos y dejo de respirar para verte, oírte y respirarte a ti solo. Arroja, pues, luz sobre nuestras mentes, ¡oh tú ... !” (Aquí otra vez el impronunciable Nombre).

Semejante oración brahmánica coincide de un modo harto extraño con la célebre oración que Descartes inserta en la Meditación tercera de su libro acerca de *L'existence de Dieu*, donde, si mi recuerdo no es infiel, se consignan frases como estas:

“Ahora que, cerrados mis ojos, tapados mis oídos y paralizados todos mis demás sentidos, no me atrae nada externo, moraré tan sólo en el pensamiento de Dios; meditaré en Su Cualidad y me extasiaré y me abismaré en el seno de esta su maravillosa Radiación”.

Tras este mantram, Sham Rao recitó otros muchos, teniendo siempre cogido con dos dedos su sagrado cingulo brahmánico.

Al cabo de un buen rato dió comienzo nuestro amigo a la larga ceremonia de “lavar a los dioses”. En efecto, tornándolos del altar sucesivamente al tenor de sus categorías respectivas, los introdujo primero en la gran pila donde él se acababa de bañar y luego en otra pilita de bronce que estaba en el altar, y que contenía una mixtura formada por leche, cuajo, manteca, azúcar y miel, baño que, como se ve, no parecía de verdadera limpieza. Pero pronto tuvimos el consuelo de advertir que eran sometidos los dioses a un tercer baño en la primera pila y secados al fin con un paño limpio.

Colocados, pues, los dioses en sus puestos respectivos, trazó el hindú sobre ellos los signos de su secta con una sortija de su mano izquierda, utilizando para ello pintura blanca de sándalo para el lingham, y roja para Gumpati y Sûrya. Rociólos luego con aceites aromáticos y los cubrió con flores frescas, concluyendo la ceremonia con la acción de “despertar a los dioses”, práctica consistente en ir tocando repetidamente una campanilla bajo las narices mismas de los ídolos, quienes acaso suponía el brahmán que se habían quedado dormidos durante la enojosa ceremonia aquella.

Observando entonces, o figurándoselo, que a veces es lo mismo, que ya los dioses estaban bien despiertos, comenzó a ofrecerles sus cotidianas oblaciones, encendiendo el incienso de los pebeteros y restallando de tiempo en tiempo los dedos, con gran admiración nuestra, como para que “mirasen” los ídolos. Llena ya la cámara por las nubes de incienso y los vapores del alcanfor ardiendo, esparció más flores sobre el altar y se sentó un rato en su taburete mascullando sus postreras oraciones, acabando por colocar las manos sobre la llama de los cirios y restregarse el rostro con ellas: dió tres

vueltas en torno del altar y arrodillándose otras tantas retiróse de espaldas hacia la puerta.

Momentos antes de que Sham Rao terminara sus prácticas matinales entraron en la capilla todas las señoras de la casa, cada una con su sillón de mano, sobre los que se sentaron en línea, rezando con sus rosarios.

Importantísimo es el papel que desempeñan los rosarios, no sólo en la India, sino en todos los países budhistas; y cada dios así como tiene su flor favorita, tiene su materia predilecta para construir sus respectivos rosarios. Por eso los faquires aparecen literalmente cubiertos de ellos. Al rosario se le denomina *mala* y consta de 108 cuentas, y los hindúes verdaderamente piadosos no se limitan a ir pasando sus cuentas una a una durante su oración, sino que tienen ocultas sus manos en un saquito llamado *go-muhta*, que significa literalmente “la boca de la sagrada vaca”.

Dejando que las mujeres terminasen sus oraciones seguimos a Sham Rao al establo donde tenía su vaca. La vaca es adorada por todo hindú por simbolizar a la Madre-Tierra, o sea la Naturaleza. Sentóse, pues, nuestro amigo al lado de la vaca y, ordeñándola, lavóla las patas, primero con la leche de ella y después con agua. Dió seguidamente al sagrado animal arroz y azúcar; la espolvoreó el testuz con polvos de sándalo; ciñó a su cuerpo y patas delanteras guirnaldas de flores; quemó incienso bajo su mismo hocico y agitó ante ella un perfumador incensario. Dió en seguida tres vueltas en torno de la vaca y se sentó un momento. Hay hindúes piadosos que dan hasta 108 vueltas alrededor de la vaca, rosario en mano y pasando una cuerda a cada vuelta; pero nuestro amigo tenía, como ya hemos visto, cierta tendencia a librepensador y era además demasiado admirador de Haeckel. Así que hubo descansado, llenó de agua una copa, puso dentro de ella el extremo de la cola de la vaca, y se la bebió. Finalmente, practicó su adoración al Sol y a la sagrada hierba *tulsi*, y no pudiendo atraer al propio dios Surya haciéndole descender de su celeste trono, contentóse con tomar un buche de agua, mientras se sostenía sobre una sola pierna, y le arrojó luego hacia el luminar del día. No hay para qué añadir que el buche de agua no alcanzó al astro, pero, en cambio, nos roció a los circunstantes inadvertidamente.



Ignoramos el por qué el *Basilicum regium* o hierba tulsi es así adorada por los brahmanes; pero es lo cierto que hacia fines de Septiembre presenciamos una vez el extraño rito de los desposorios de esta planta nada menos que con el dios Vishnú, no obstante estar considerada aquélla como la prometida de Krishna en su calidad acaso de ser una de las últimas encarnaciones de este dios. Para semejantes desposorios se traza un círculo mágico en el jardín, colocando la planta en medio, mientras que un brahmán trae de la pagoda vecina un ídolo del dios. Comienza la ceremonia sosteniendo un matrimonio un rico chal entre la planta y el dios, cual si tendiese un pudoroso velo entre uno y otra. El brahmán recita sus oraciones, mientras que pandillas

de jóvenes solteras, adoradoras las más fervientes de la planta tulsí, esparcen arroz y azafrán sobre ella y el ídolo, Terminada la ceremonia regálase el chal al brahmán, el ídolo es colocado a la sombra de su novia, al par que palmorea enloquecida la multitud, gritando y saltando al son de los *tamtames*, disparando cohetes y otros fuegos de artificio y ofreciéndose mutuamente trozos de caña de azúcar, en medio de una estruendosa fiesta que dura hasta el amanecer del otro día.

VII

UN ANTRO BRUJESCO

Durante el resto de nuestra estancia en casa de Sham Rao, éste se sintió el hombre más complaciente del mundo, haciendo todo lo imaginable en nuestro obsequio, no queriendo dejarnos partir sin que visitásemos la cosa más célebre de aquella comarca: el antro de una bruja o *jadú-wâlâ*, famosa en muchas leguas a la redonda. La hechicera, según se nos dijo, estaba a la sazón bajo la influencia nada menos que de siete diosas hermanas que se posesionaban de su cuerpo por turno, pronunciando oráculos por los labios de la vieja. Sham Rao nos estimuló a que la viésemos aunque fuese sólo por mero interés científico.

Llegada la noche nos dispusimos para la excursión a la caverna de aquella pitonisa indostánica que distaba cinco millas de allí, por un camino suave a través de una espesa selva. Como ya estábamos bien curados de espanto, despedimos los elefantes que nos habían conducido desde la *ciudad muerta*, tomando un par de nuevos *behemoths* propiedad de un rajá vecino, fuertes y de confianza absoluta. Empleados ellos otras muchas veces en la caza de los tigres reales, nada temían ya de las fieras. ¡Marchemos pues!

La rojiza llama de nuestras antorchas cegaba nuestros ojos en la tenebrosa oscuridad del bosque. Hay algo de indescriptiblemente fascinador y solemne en estas augustas travesías por las vírgenes selvas de aquellos rincones indostánicos. Diríase que todo dormita en torno nuestro, y sólo rompe el silencio nocturno el monótono y pesado caminar de los elefantes cual el martilleo de una de las fraguas de Vulcano. De vez en cuando, sin embargo, se escuchan vagas voces y escalofriantes murmullos en el sombrío ámbito de la maleza.

—Es el viento, que entona su misteriosa canción entre las ruinas de otros días. ¡Maravilloso fenómeno acústico! —observó uno de la partida.

—*Bhuta; bhuta!* —exclamaban espantados los supersticiosos portadores de las antorchas, al par que, girando rápidamente sobre una pierna y castañeteando los dedos, las blandían como si trataran de espantar con ellas a los elementales malignos.

Piérdese luego en la lontananza el quejumbroso lamento, y retornan a sonar en el bosque las suaves cadencias de su invisible vida nocturna. Ora es el chirrido metálico de los grillos, ora el leve susurrar de las hojas o el vago zumbido de algún insecto. Todo cesa de repente por unos momentos, y luego torna a principiar aumentando

gradualmente. ¡Cuán vigorosa vida no palpita en la débil hoja; en la mísera yerbecilla, en el seno de la selva del trópico, mientras que miriadas de luciérnagas, cual estrellas caídas en el suelo, fosforecen misteriosas!

Pasada la parte llana de selva, viene un profundo valle, en el más intrincado lugar de aquellas espesuras, donde aun de día las sombras son tan negras como la noche. A juzgar por los derruidos contrafuertes del Mandú que se yergue sobre nuestras cabezas, nos hallamos en el talud de los Montes Vindhys y a dos mil pies de altura. Levántase repentinamente un frío viento que está a punto de apagarlos las antorchas y que, colérico y oprimido entre aquel laberinto de rocas y malezas, sacude las ramas de las syringas en flor, cual si fuese a desgajarlas, para despeñarse después hacia el profundo valle rugiendo, silbando, chillando como si todos los demonios del bosque le hubiesen desencadenado.

–¡Hemos llegado! – exclamó Sam Rao desmontando–. Henos ya en la aldea. De aquí nuestros animales no pueden pasar adelante.

–¿Qué aldea decís? Os habéis equivocado sin duda alguna, porque no se divisan más que árboles por todas partes–replicamos.

–Es que todo está demasiado oscuro para advertirla. Son tan míseras sus chozas y yacen tan escondidas entre la maleza, que a duras penas se pueden encontrar ni aun de día. Además, en las casas no tienen encendida luz alguna por miedo a los espíritus errantes.

–Y vuestra hechicera, ¿dónde hallarla? ¿Acaso ha de celebrarse la función en una obscuridad cimeriana?

Sham Rao, al oírnos expresar de aquel modo, tendió una temerosa mirada en torno suyo, y con voz trémula por la emoción, repuso:

–¡No llaméis a la hechicera! Os lo ruego. Pudiera oíros... De aquí a adonde ella mora no hay media milla y no deis lugar a que tan corta distancia os haga variar de propósitos. Caballo ni elefante alguno podría llegar hasta allí. Caminemos, pues, que allí encontraremos bastante luz...

Semejante perspectiva no nos resultaba demasiado agradable que digamos. Caminar durante el resto de aquella oscura noche indostánica; arrastrarse por entre cactus y maleza; internarse más y más en aquella cavernosa espesura llena de animales salvajes, era ya demasiado para los nervios de Miss X..., y la pobre mujer declaró que no daría un paso más, sino que se quedaría a dormir en el howdha aquel sobre el lomo de su elefante. También Narayán era opuesto a semejante *viaje de placer*; desde el comienzo, y paladinamente proclamó que aquella mujer era la única con sentido común en la partida.

–Sin duda que nada perderéis con ello –le dijo–, y mi gusto sería que os imitasen todos.

–Por qué tal cosa? –replicó Sham Rao con visibles muestras de contrariedad viendo en peligro de fracasar la expedición por él trazada–. ¿Qué daños nos pueden sobrevenir por ello? No insistiré en deciros que la “encarnación de los dioses” que ella practica es un rarísimo espectáculo para ojos europeos. Además, la Kangalina lleva una vida ascética; es una santa profetisa y su bendición no puede causar a nadie daño alguno. Yo si insisto en que la visitemos es por puro patriotismo.

–Sahib–opuso Narayán –, si todo vuestro patriotismo consiste en mostrar a los extranjeros la peor de nuestras llagas, ¿por qué no habéis mejor hecho venir y desfilar ante nuestros huéspedes a todos los leprosos del distrito? No carecéis de facultades para hacerlo, ya que tenéis la investidura de *patel*.

Narayán estaba desconocido. Él, que de ordinario mostraba un carácter dulce y bondadoso tan indiferente a todo lo exterior, parecía fuera de sí aquella vez y nosotros tratamos de evitar semejante querrela entre dos dignos hindúes. Por su parte, el Coronel, oficiando de amigable componedor, observó que era ya demasiado tarde para perder el tiempo en discusiones, y como además, sin ser un convencido en aquello de “la encarnación de los dioses”, sí lo estaba de que existían endemoniados hasta en Oriente, deseaba investigar acerca de los fenómenos psíquicos aprovechando para ello cuantas ocasiones se le presentasen.

La caravana que formamos no era para descripta, y nuestros amigos europeos y americanos se habrían admirado ante la procesión aquella, remontando a lo largo del dificultoso sendero de la montaña. Teníamos que ir de dos en dos por lo estrecho de los peligrosos pasos, y éramos hasta treinta, incluyendo en ellos los criados portadores de antorchas. El Coronel se puso a la cabeza de aquella heteróclita hueste con no sé qué suerte de añoranza de sus pasadas y gloriosas campañas contra los sudistas en la guerra de secesión norteamericana. Dió órdenes de que se cargasen carabinas y revólveres; destacó tres porta antorchas como vanguardia y nos alineó por parejas. Nada podíamos temer de los tigres, comandados como íbamos por tan bizarro jefe, y rompiendo marcha emprendió nuestro destacamento la penosa ascensión hacia el antro de la hechicera.

Sin embargo de toda aquella sabia organización, había que ver el lastimoso estado en que llegamos a la caverna de la pitonisa de Mandú. Mi vestido, igual que los guardapolvos del Coronel y de Mr. Y... quedaron hechos trizas. Cada espina de cacto del sendero había abierto en ellos su correspondiente siete, y en la enmarañada cabellera del babú bullía una plaga de cigarrones y gusanos de luz a ella atraídos sin duda por el olor del aceite de coco. El corpulento Sham Rao resoplaba como un émbolo de vapor. Tan sólo Narayán aparecía el mismo de siempre cual escultórico Hércules de bronce, con maza y todo. Tras una revuelta del pedregal de la altura nos encontramos de improviso en una llanada o meseta, donde, al par que quedaban deslumbrados nuestros ojos, resonó en nuestros oídos una extraña melodía que no parecía cosa de este mundo. Un nuevo y estrecho valle se nos presentaba más adelante, cuya embocadura aparecía tapada por espesas malezas. Podríamos haber pasado junto a él sin sospechar siquiera su existencia. En el fondo de aquella garganta divisamos por fin la morada de la Kangalina.

El brujiesto antro no era sino las ruinas de un antiquísimo templo hindú en pasable estado de conservación y que, según todas las apariencias, debía haber sido alzado muchos siglos antes que la propia “ciudad muerta”, puesto que en la época de ésta le estaba ya prohibido a los *paganos* tener lugares propios para su culto y el templo se hallaba no lejos de la muralla de la ciudad, precisamente debajo. Una masa inextricable de malezas cubrían sus antiguos altares y las dos cúpulas de las pagodas laterales se habían caído ya por completo. Las ramas de todos los árboles inmediatos aparecían cubiertas por trapajos de colores chillones; pedazos de cintas, pequeñas vasijas y cien otros abigarrados talismanes, en los que la superstición popular todavía creía hallar no poco de sagrado. ¡Y razón sobrada tenían en ello aquellas gentes infelices! ¿Acaso no era harto sagrado el suelo en que arraigaba aquella maleza y no estaba su savia saturada con el incienso y las emanaciones de los santos anacoretas que allí vivieron antaño?

El instruido, pero pícaro y supersticioso Sham Rao, se limitaba a contestar a nuestras preguntas formulándonos a su vez otras por su parte.

El templo central, empero, con sus rojos sillares graníticos perduraba desafiando los rigores del tiempo y, según más tarde se nos dijo, un profundo túnel se abría detrás de su poterna herméticamente cerrada. Lo que después de ella hubiera nadie podrá saberlo. Sham Rao afirmaba, no obstante, que ningún hombre de las tres generaciones había logrado nunca cruzar la entrada que cerraba la gruesa cancela, y nadie había sondado en lo que él se conocía, el pavoroso subterráneo. Tal era, pues, el refugio de la Kangalina que allí moraba perfectamente aislada de todo trato humano, y las gentes más ancianas juraban que jamás la habían visto salir de su redro. Afirmaban además algunos que la hechicera contaba con trescientos años por lo menos de edad; otros añadían que cierto viejo había revelado en el lecho de muerte a su hijo, que la tal era nada menos que *su propio tío*, tío más que fabuloso, que se retiró a la caverna por los días en que la “ciudad muerta” aun contaba con algunos centenares de habitantes. El eremita aquel, preocupado tan sólo en abrirse el camino que había de conducirle hacia la Moksha o cielo, no tenía relación alguna con el resto del mundo y nadie sabía a ciencia cierta cómo vivía ni lo que comía. Cuando tiempos más tarde los *bellati* o extranjeros profanaron con su mera presencia la montaña sagrada aquella, el viejo ermitaño transformóse de repente en ermitaña, quien continúa con la mismísima vida y hábitos que aquél, hablando con su propia voz varonil y muy a menudo en su propio nombre, con la sola diferencia de que recibe ya ofrendas y adoraciones, cosa que jamás hizo su antecesor.

Habíamos llegado demasiado pronto, y la pitonisa aún no se había mostrado ante la multitud que pululaba por la explanada del templo, formando un conjunto tal selvático como pintoresco en torno de una enorme hoguera encendida en el centro. Aquellos agrestes seres casi desnudos parecían otros tantos gnomos negros, sobre todo cuando alimentaban el fuego echando ramas enteras de árboles en honor de las siete diosas hermanas que allí tenían su reino. Con monótona lentitud danzaban todos, ora sobre una pierna, ora sobre la otra, bajo la cadencia de una soñolienta frase musical, la misma siempre, que repetían en coro con acompañamiento de tamboriles y támtanes del país.

El angustioso sonsonete de estos instrumentos mezclábase con los ecos del bosque y con los gemidos histérico–epilépticos de dos jovencitas que yacían tiradas sobre un montón de hojas al lado del fuego. Las infelices criaturas habían sido traídas allí por sus madres con la esperanza de merecer la compasión de las diosas, quienes las libertarían sin duda de los malos espíritus obsesores. Entre ambas madres, que eran aún jóvenes, sentadas sobre sus talones, contemplaban embobadas las llamas. Persona alguna, ni antes ni después, se fijó en nosotros, cual si fuéramos unos seres invisibles.

–¡Mirad! –exclamó misteriosamente Sham Rao –ya presiente la multitud la aproximación de las diosas. Llena está la atmósfera de sus sagradas emanaciones. Y mientras así decía, contemplaba cariñoso a los indígenas aquellos, a quienes Hæckel, su maestro amado, habría podido tomar sin esfuerzo por “el eslabón perdido” en la progenie que se iniciara con su célebre *bathybius hæckelii*.

–Pero, ¿si es que se hallan sencillamente bajo la letal influencia de opio! –replicó el irreverente librepensador del babú.

Efectivamente que los espectadores, de automatizados movimientos, parecían sonámbulos despiertos, y diríase que los actores tenían el baile de sanvito. Uno de éstos, mero esqueleto de lengua barba blanca y gran estatura, apartándose del círculo, comenzó una vertiginosa danza con los brazos en cruz y rechinando sus dientes de lobo viejo. Daba espanto sólo el mirarle, pero pronto cayó inerte sobre el suelo y fué brutalmente echado a un lado por lo pies de la inconsciente multitud de los endemoniados y locos danzarines.

Con ser harto horrible todo esto, aún nos aguardan mayores horrores que contemplar.

Para hacer más corto el tiempo de espera hasta la aparición de la *prima donna* de aquella *compañía de ópera del bosque*, nos sentamos sobre un viejo tronco dispuestos a aburrir con preguntas a nuestro bondadoso Sham Rao, pero no bien me había sentado, cuando retrocedí presa de un asombro y un horror indescriptibles.

Acababa de percibir la calavera de un deforme animal, un monstruo sin filiación posible en mis reminiscencias zoológicas.

La tal calavera, en efecto, era muchísimo mayor que la del elefante, a juzgar por sus colmillos que descendían hasta mis pies a modo de gigantesca sanguijuela. ¡Pero el elefante –me decía a mí misma– carece de cornamenta, mientras que este monstruo tiene hasta cuatro cuernos, dos que salen de su plana frente, extendiéndose e inclinándose hacia atrás, mientras que la ancha base de los otros dos disminuye gradualmente de grueso hasta llegar a la mitad y con candiles para decorar a una docena de alces. Además, en sus vacías órbitas estaban estirados, en lugar de ojos, fragmentos o parches de piel de rinoceronte cuyo transparente color de ámbar parecía darlos vida. Unas lamparitas colocadas detrás aumentaban los horrores de tan endemoniado *bicho*.

–¿Que diantre puede ser este animal? –nos preguntamos picados de vivísima curiosidad, sin que ninguno de nosotros conociésemos nada parecido. Hasta el Coronel estaba alborotado.

–Es un *Sivatherium* observó Narayán–. ¿Es posible que no conozcáis aún en vuestros museos semejante animal fósil? Sus restos son bastante comunes en el Himâlaya y se le ha denominado así por estar dedicado al dios Siva.

–¡Oh maldita hechicera! –añadió el babú– pocos días usarás de tal reliquia, así que se entere de este antediluviano fósil el colector del distrito.

En torno del pelado cráneo del bicho había montones de blancas flores, que si no eran antediluvianas también, al menos nos eran asimismo desconocidas, especie de enormes rosas de blancos pétalos, cubiertos por el inevitable polvo rojo de sándalo propio de toda ceremonia hindú. Grupos de cocos y grandes bandejas de arroz exornadas con cirios rojos y verdes se veían mas lejos, y en el centro del pórtico oscilaba un verdadero *botafumeiro* orlado de candelabros, en el que arrojaba por almorzadas las substancias olorosas un monago vestido de blanco.

–La gente que se reúne hoy aquí para tributar culto a la Kangalina –nos dijo Sham Rao– no pertenece ni a su secta ni a otra alguna, porque son tribus montañosas de tantas como hay medio perdidas en los últimos rincones de la India, que viven en pequeñas comunidades, sin pertenecer realmente a los pueblos hindúes, ni creen en sus dioses, siendo unos meros adoradores del diablo. Sin embargo, a diferencia de los del Tranvacore meridional o *shanaras*, no inmolan víctimas ni construyen templos a sus *bhutas*, y creen que desde muchos siglos les odia, per. sigue y atormenta la diosa Kali, esposa de Siva, que les envía los espíritus más perversos para hacerlos eternamente desdichados. En las demás cosas coinciden con las creencias de los shanaras. Dios para ellos es una palabra vacía de sentido y hasta tienen a Siva como a uno de tantos espíritus vulgares, guardando todo su culto para las almas de los muertos. Añaden que estas almas, por santas y justas que hayan sido durante su vida, se transforman, después de morir, en seres de la perversidad más supina, que cifran toda su dicha en atormentar a los vivos y dañarles en sus bienes y en sus ganados. En cambio, los que fueran perversos aquí abajo, se transforman después de la muerte en fantasmas de corazón muy débil, destrozado a la continua por los más crueles dolores por no haber sido más perversos todavía. Contra lo que podía presumirse, tales gentes de creencias diabólicas y salvajes, son, sin embargo, los seres más bondadosos y compasivos de todos los pueblos de la montaña, dentro de sus infantiles ansias de ser aquí muy buenos para poder ser allá, en la otra vida, lo más malvados que darse pueda.

Y al decir esto, Sham Rao se rió de su propia agudeza, con tan buenas ganas, que su hilaridad llegó a parecernos hasta ofensiva a la santidad de los lugares aquellos.

–El año pasado –continuó Sham Rao–, tuve que pasar unos días en Tinevelli, en compañía de un shanar amigo, y pude presenciar una de aquellas ceremonias demoníacas a las que antes he aludido. Jamás europeo alguno ha tenido la oportunidad de ser testigo presencial de semejante culto diabólico, digan lo que quieran los

misioneros, quienes lo saben sólo por las referencias de algunos shanaras conversos. Es mi dicho amigo un hombre muy rico, con quien, por tal causa acaso, los demonios se ensañan con preferencia. Le contagian con plagas sus ganados; le arrasan sus siembras y cafetales, y persiguen a su numerosa parentela con locuras, insolaciones y, sobre todo epilepsias, instalándose, sin posibilidad de ser echados, en todo el ámbito de sus vastas tierras de labor, bosques, edificios, establos y hasta ruinas. No sabiendo ya mi amigo qué partido tomar, pobló todas sus posesiones de pirámides de mampostería estucada y pidió con fervientes oraciones a los demonios que imprimiesen sus retratos en ellas para poderlos reconocer y adorar, distinta y separadamente, a cada uno en su pilastra. ¿Y sabéis qué aconteció luego? Pues que al otro día se encontraban las pirámides cubiertas de trazos y dibujos representativos de cuantos habían muerto en las inmediaciones. Así le fué dable al rico aquel reconocer a no pocos de entre ellos, por haberlos tratado personalmente en vida. Hasta el retrato de su finado padre fué por él identificado en una de las construcciones...

–¿Y quedó el hombre así satisfecho? –preguntamos.

–¡Oh! ¿quién lo duda?... ¡Satisfechísimo porque esto le permitía escoger con acierto las cosas adaptadas a los diversos gustos de cada demonio, entre ellos el de su difunto padre, cuyo carácter irascible, que si en vida a poco si no le rompe de niño ambas piernas con una palanca por castigarle, allí, en la región de los muertos no podía ya ser demasiado temible. Otro retrato con el que tropezó en la mejor de las pirámides, no pudo menos de sorprenderle grandemente, poniéndole en grave aprieto, porque él y la comarca entera pudieron identificarle como correspondiendo a cierto capitán Pole, un inglés que en vida había sido el más perfecto de los hombres.

–¿De veras? ¿Es posible, acaso, que esta peregrina tribu preste adoración también al capitán Pole?

–¡Por supuesto!... Era el capitán un hombre tan excelente, y un oficial tan pundoroso, que, después de su muerte, no podía menos de ser elevado al grado supremo entre los demonios shanaras. Aún existe la casa de Pekovil, consagrada a su memoria, no lejos de Pekovil Bhadrakali, otorgada recientemente a una señora alemana quien, habiéndose distinguido en vida por lo caritativa, yace ahora transformada en una peligrosísima diablesa.

–Decidme, pues, algo de las ceremonias o ritos de esta gente –seguí interrogando llena de curiosidad.

–Ellos no consisten sino en danzar, cantar e inmolar animales, pues los shanaras aun conservan su régimen de castas y comen de toda clase de carnes. Previamente convocado el pueblo por sus sacerdotes, se congrega en un sitio de los alrededores de Pekovil y allí, con redoble ensordecedor de tambores y demás instrumentos de ruido, inmolan aves, carneros y cabritos. Cuando llegó el turno de rendir honores al capitán Pole, no se contentaron con menos que con matar un buey en homenaje al gusto peculiar de su país. En tales ceremonias, el sacerdote oficiante se presenta cubierto de *bangles*, armado de báculo cuajado de sonoras campanillas y orlado por su cuello con

guirnaldas de flores blancas y rojas, amén de una horrible hopalanda pintarrajeada con los más monstruosos diablos que os podéis imaginar. Bramaban los sonoros cuernos; redoblaban sin cesar los tambores y ¡se me olvidaba deciros! chillaba también cierta especie de violín cuyo secreto sólo es conocido por los sacerdotes shanaras. Su arco es el arco común de bambú, pero respecto de sus cuerdas se dice que están hechas con venas humanas trenzadas... Digo, pues, que cuando el capitán Pole se posesionó del cuerpo del oficiante, éste dió un espantoso salto, se abalanzó sobre el buey, le mordió como una fiera, atracóse de su sangre palpitante al par que el animal moría, y después de ahíto, dió comienzo a su macabra danza... Pero, ¡cielos!, ¡que espectáculo más horripilante el del brujesco baile!... Ya sabéis, ¿no es verdad?, que yo disto mucho de ser un hombre supersticioso; pues bien...

Sham Rao quedó parado un momento al par que parecía interrogarnos con la mirada. Por mi parte, al oír sus revelaciones, celebraba infinito que la supersticiosa Mis X... se encontrase dormida en su *howdah* a más de media milla de distancia.

–El sacerdote, digo –continuó Sham Rao visiblemente emocionado–, daba vueltas y más vueltas en vertiginoso torbellino, cual si poseído estuviese por todos los demonios de Naraka. La multitud hipnotizada profería un continuado aullido y al compás de sus gritos, el sacerdote comenzó a infligirse profundísimas heridas en todo su cuerpo con el ensangrentado cuchillo sacrificador. El contemplarle hecho una furia del abismo; al viento su flotante cabellera; con la boca cubierta de epilépticos espumarajos y bañado todo en sangre del sacrificado buey, mezclado con la que a torrentes manaba de sus propias heridas, era un espectáculo tal, que ya no le podía soportar un punto más sin caer desmayado... Me sentía preso de una alucinación verdaderamente infernal, y todo comenzaba a dar vueltas a mi alrededor, cuando...

Al llegar a este punto de su escalofriante narración Sham Rao, se detuvo estupefacto: ¡la Kangelina se hallaba ante nosotros!

Tan repentina había sido su aparición, que todos nos quedamos como paralizados. Embebidos en la narración de Sham Rao nos fué imposible el saber de dónde ni cómo había surgido la hechicera, y no nos habría sorprendido más si hubiese brotado de las entrañas de la tierra. Narayán lanzóla una mirada intensísima con aquellos sus grandes ojos negros, y el babú chascó su lengua, lleno de confusiones.

Un esqueleto de mujer de siete pies largos de altura, recubierto por una piel oscura, con una angelical cabecita de niño muerto aposentada sobre sus huesosos hombros de vieja, y con dos ojos demoníacos, tan horriblemente hundidos al par que con mirada tan de fuego, que embotaba nuestros cerebros y paralizaba nuestro corazón, helando la sangre en las venas.

Aunque trato de pintar aquí tan sólo mis impresiones personales, me es casi imposible dar una débil idea de la intensísima emoción sufrida por mí ante aquel espectro diabólico. El Coronel y Mr. Y... palidieron, hipnotizados bajo su penetrante mirada, y este último hizo ademán de querer huir.

Semejante impresión no era para soportada mucho tiempo, y se desvaneció tan luego como la hechicera lanzó su fulgurante mirada sobre las cabezas de la multitud puesta de hinojos ante ella. Procedimos entonces a darnos mejor cuenta de aquel fantasmón espantoso. ¿Cuál sería su verdadera edad: doscientos, trescientos años acaso? Lo mismo podía tener un milenio, a juzgar por su momificado aspecto de cadáver galvanizado. Diríase que venía arrugándose más y más desde el principio del mundo y que ni los años, ni las dolencias, ni los elementos, tenían ya acción alguna sobre esta viva estampa de la muerte ante la que, después de tocarla con su helado dedo, el tiempo mismo se habla detenido impotente. Ni una cana se veía, sin embargo, en su negrísima cabellera de ébano, y sus largas guedejas de azabache tenían cierto contraluz verdoso y metálico, cayendo pesadamente hasta sus rodillas... Un repugnante recuerdo –triste me es decirlo– se vino entonces a mi imaginación: representéme el pelo y las largas uñas de esos cadáveres a quienes siguen creciendo dentro de la tumba, y procedí a contemplar las manos espantosas de aquella bruja maldita.

Esta permanecía tan inmóvil como una estatua, como un satánico y negro ídolo, sosteniendo en una mano una bandeja con alcanfor ardiendo y en la otra un puñado de arroz. No levantaba un momento los ojos de sobre la prosternada y consternada multitud. Parecía indiferente por completo hasta para las pálidas llamas de alcanfor que lamían casi las mejillas de su espectral cabeza, y su cuello, rugoso como una seta y más delgado que un espárrago, estaba exornado por triple fila de medallones y una gran serpiente de oro. Un harapo de muselina anaranjada mal cubría las deformaciones de su cuerpo grotesco, que nada parecía tener de humano casi.

Bajo el magnético efluvio de la hechicera, se irguieron repentinamente las epilépticas chiquillas, lanzando un angustioso y prolongado aullido de animales heridos de muerte, y bien pronto fueron seguidas por el viejo aquel que, extenuado por su frenético baile macabro, yacía inerte sobre el suelo.

Todo el cuerpo de la maldita vibró convulsivamente y en medio de su agitación infernal erguida sobre la punta de sus pies, dió comienzo a sus invocaciones pavorosas.

–¡Ved! ¡La diosa primera de las siete comienza ya a posesionarse de ella! –balbució Sham Rao sin tratar de enjugarse siquiera los goterones de sudor frío que brotaban de su frente–. ¡Miradla!

Vano consejo, pues que no podíamos mirar otra cosa alguna.

Los movimientos de la hechicera eran al principio muy lentos, desiguales y poco convulsivos; luego fueron poco a poco más intensos e irregulares, hasta que, al fin, siguiendo siempre el creciente ritmo de los sonoros tambores, inclinó su cuerpo hacia adelante. Sin caerse, y retorciéndose cual una serpiente, comenzó una loca danza, girando macabramente en torno de la hoguera. La hojuela arrebatada por raudito torbellino no gira más de prisa que giraba ella. Los desnudos pies huesosos de la fiera bruja diríase que no tocaban casi en la tierra, y sus largas guedejas, erizadas como por influjo de una corriente eléctrica, azotaban en el giro de la danza a los espectadores

más próximos que de rodillas tendían sus brazos suplicantes hacia aquélla. Cada guejeja era como una serpiente, y aquel que se sentía tocado por una de ellas, caía en tierra trastornado de felicidad, dando gracias a voz en cuello y considerándose de allí en adelante bendito, porque no era, no, un cabello humano el que le habla tocado, sino la misma diosa aquella que así le consagraba.

Las decrepitas piernas de la hechicera continuaban y centuplicaban su raudo girar, tanto, que ni el tamborilero podía ya seguirla con su redoble. Entonces, superando a la velocidad del ritmo mismo del tamboril, volaba literalmente, precipitándose adelante. Extasiadas sus yertas pupilas en la contemplación de algo invisible para los demás mortales, lanzaba un fuego infernal que quemaba hasta la medula al adorador que en ella mantuviese fija su mirada. A cada mirada, la bruja arrojaba algunos granos de arroz, y sin embargo, el puñado parecía inagotable cual si fuese el Cuerno de la Abundancia o el saco sin fondo del príncipe Fortunato.

Súbito se detuvo como herida por un rayo.

Aunque la frenética danza en torno de la hoguera había durado unos doce minutos, no se adivinaba huella alguna de fatiga en aquella faz cadavérica. Detúvose únicamente, por lo que se vió, el momento preciso para que aquella diosa que la poseía a la sazón, pudiese ceder su turno a la siguiente, que ya llegaba. Tan luego, pues, como la hechicera se hubo sentido libre de la obsesora saltó como un gamo por encima de la hoguera y se lanzó en el hondo del estanque de junto al pórtico, para que allí dentro se posesionase a su vez de ella la segunda de las diosas hermanas. Al salir cogió de manos del monago un segundo plato de alcanfor ardiendo y tornó a su danza vertiginosa, como si nada hubiera sucedido.

El Coronel, que estaba reloj en mano, pudo apreciar que la segunda danza, no menos dislocada que la primera, había durado catorce minutos, después de lo cual la hechicera se sumergió dos veces más en la piscina en honor de aquella diosa segunda, y así, al final de cada nueva obsesión, fué aumentando el número de sus zambullidas. Hacía, pues, hora y media que comenzara el jaleo, y durante todo este tiempo la vieja no se detuvo jamás sino los breves segundos que permaneció bajo el agua.

–¡Esto no es una mujer, sino un vivo demonio! –exclamó maravillado el Coronel al ver que por sexta vez se sumergía.

–¡Que me maten si yo lo sé tampoco! –gruñó Mr. Y... mesándose nerviosamente las barbas–. Lo único que sé es que un grano de ese arroz maldito se me ha atravesado cual una espina en la garganta.

–¡Callad, voto a Dios! –imploró Sham Rao–. ¡Vais a echarlo todo a rodar con vuestra irreverencia!

Entonces contemplé unos momentos la faz de Narayán y me perdí en un dédalo de conjeturas. Sus nobles facciones, siempre serenas y firmes, parecían a la sazón alteradas por intensísimo sufrimiento silencioso. Temblaban sus labios y se habían dilatado sus pupilas cual si hubiesen recibido la acción de la belladona. Parecía como que se trataba

de mirar allende la multitud para apartarse con honda repugnancia de la escena que ante él se desarrollaba.

–¿Qué le ocurrirá? –pensé, sin poder interrogarle, porque la vieja estaba de nuevo en plena carrera, cual si intentase dar caza a su propia sombra. Con la séptima y última carrera de la séptima diosa el programa se alteró un tanto, porque ya no era sino una ininterrumpida sucesión de saltos de tigre sobre este o aquel adorador, deteniéndose pavorosa ante él y tocándole en la frente con el dedo, en medio de una carcajada epiléptica o de una macabra torsión con su propia sombra lanzada en el más dislocado de los juegos, cual horrible y desesperada caricatura de la danza de Dinorah. Finalmente se enderezó y estiró cuanto pudo; lanzóse frenética hacia el pórtico, y hecha en seguida un ovillo junto al botafumeiro, comenzó a darse fieras calabazadas contra el durísimo granito de la escalinata. De otro salto llegóse junto a nosotros, frente a la calavera del monstruoso sivaterio; Se arrodilló y se golpeó en el suelo, sonando su testuz cual un barril vacío al chocar contra las piedras. No bien retrocedimos de un salto, espantados, cuando ya pudimos verla encaramada sobre la calavera y de pie entre sus cuatro cuernos.

Sólo Narayán había continuado impassible, mirando de poder a poder a los ojos de la espantosa vieja.

–¿Qué es esto? ¿Quién habla ahora con profundo tono varonil? –nos preguntamos llenos de asombro, al ver que los labios de la hechicera se movían, saliendo de su pecho frases veloces y secas con un acento cavernoso como brotado de las entrañas de la tierra.

–¡Callad! –exclamó Sham Rao–. ¡La Pitonisa va a pronunciar su anhelada profecía!

–Pero ¿quién? ¿La vieja?–interrogó escépticamente Mr. Y...–¿Acaso es una voz de mujer la que estamos oyendo ahora?... Esta maldita tiene, sin duda, un compadre auxiliar... ¡No el tío de antaño, sino otro más astuto y verdadero!

Sham Rao saltó asustado ante tan ofensiva e impía suposición y dirigió una suplicante mirada a quien tal decía.

–¡Desgraciados, desgraciados, desgraciados de vosotros los impuros hijos de Jaya y Vijaya! –clamaba la tonante voz–. ¡Vosotros los malditos por ochenta mil sabios, incrédulos profanadores que os reunís frente a la gran entrada del templo de Siva, y no prestáis el debido homenaje a la diosa Kali! ¡Vosotros, los que renegáis de sus siete hermanas divinas, tragones insaciables de carne; buitres de patas amarillas; amigos de los que tiranizan nuestra patria y que no se avergüenzan de comer a la mesa con los *bellati*...!”

–Parece que esta Pitonisa no predice sino lo pasado y que alude directamente a vos, amigo Sham Rao –dijo filosóficamente Mr. Y... con las manos metidas en los bolsillos.

–¡Y a nosotros también! –añadió el Coronel, visiblemente inquieto con todo aquello.

En cuanto al desdichado Sham Rao, nada decía, rompiendo en un sudor frío de muerte, y tratando de asegurarnos de que nada de aquello iba por nosotros, y añadió al fin:

–¡No es de vosotros, sino de mí, de quien habla el oráculo, porque estoy al servicio del Gobierno inglés! ¡Oh, y qué inexorable ... !

–¡Asuras! ¡Raksharas! –continuó la pavorosa voz–. ¿Cómo osáis mostrarnos siquiera aquí? ¿Cómo os atrevéis a profanar este lugar sagrado con botas hechas de piel de la vaca sagrada?... Sed, pues, malditos por toda una eternidad...

Tamaña maldición no estaba destinada a ser redondeada, porque en el momento mismo en que cala con todo su peso sobre nosotros, Narayán, como una tromba, cayó sobre el sivaterio, poniendo todo patas arriba: pila, vieja, cuernos y calavera. Un segundo después salía danzando por los aires la vieja hechicera, en dirección del pórtico, y algo así como la confusa silueta de un corpulento y afeitado brahmán surgió de debajo del sivaterio y desapareció en el acto, cual un relámpago, por una trampa abierta bajo el monstruo.

Mr. Y... triunfaba, pues, en sus malévolas suposiciones, y no ya el tío asceta antecesor de la hechicera en su vivienda, ni ninguna de las siete hermanas–diosas, ni otra cosa que un verdadero *tio* vividor aparecía allí bajo, puesto en evidencia un segundo al ser cogido in fraganti mientras practicaba sus fraudes religiosos y supercherías...

.....

–¡Oh, Narayán, Narayán, y cuán desordenadamente gira el mundo todo en nuestro derredor!...–pensé–. Ahora sí que comienzo a comprender que todas las cosas de aquí abajo son mera ilusión, maya y verdura de las eras... Casi me estoy trocando en un efectivo vedantino, pues dudo que pueda hallarse nada más real y al par más fugaz e ilusorio que la dichosa hechicera huyendo de la quema y el estrago que se la venía encima.

.....

A nuestro regreso donde dejáramos nuestras cabalgaduras, preguntónos Miss X... que acababa de despertar, qué era lo que significaba el confuso ruido que había creído sentir entre sueños, así como de pasos que se alejaban y que no eran sin duda otra cosa que los de la abigarrada multitud. Recibió la explicación que le dimos con infantil sonrisa de chicuela condescendiente, dió un par de bostezos y torné a quedar dormida.

Al amanecer del siguiente día, dimos con verdadera pena el abrazo de despedida al bondadosísimo e incauto Sham Rao, a quien habla dejado pasmado la victoria de las ideas de Narayán y la vergonzosa derrota de las Siete Hermanas, quienes, al mero golpe de un simple mortal nada crédulo de sus supercherías, habían abandonado cobardemente el campo y a su hechicera. Sólo lamentaba en su proverbial lealtad el haber chasqueado así involuntariamente a nosotros, sus amigos europeos. Dejámosle, pues, en sus confusiones y dudas, con vivos afectos a su larga familia, y tomando de nuevo nuestros elefantes, nos encaminamos en derecha hacia la carretera que conduce a Jubbulpore.

VIII

EL DIVINO GUERRERO

El programa de nuestro instructivo viaje iba realizándose en todas sus partes, y ahora sentíamos los más vivos anhelos por visitar uno de esos *Status in statu* de la Anglo-India; pero... ¡siempre el consabido *pero*...!

Como nos habíamos separado de la carretera de Jubbulpore a varias millas de Nassik y para volver a tomarla retrocedimos hasta Akbarpur para continuar por inseguros caminos vecinales hasta Vanevad, donde tomamos el ramal de Iloikar de la *Red peninsular de los ferrocarriles de la India*.

Teníamos, pues, muy cerca las célebres cuevas de Bagh, distantes cincuenta millas al este de Mandu y vacilábamos entre renunciar a ellas o retornar al Nerbudda. Nuestro fiel babú tenía en toda aquella comarca allende Kandesh multitud de amigos, cual en la India entera, ya que compañero tan solícito había recorrido varias veces el Indostán en todas direcciones, a la manera de como los judíos lo realizan en Rusia. Un nuevo compañero se incorporó también a nuestra caravana.

Era un *sannyâsi*, portador de una carta de nuestro swami Dayanad, en que nos noticiaba que el cólera hacía verdaderos estragos en Hardwar y que debíamos aplazar, por tanto, el poderle conocer personalmente en el mes de Mayo, bien en Dehra-Dun en las estribaciones del Himâlaya, bien en Saharampur, lugar de turismo por su delicioso emplazamiento.

Trájonos también el *sannyâsi*, de parte del swami, un enorme ramo de flores extraordinarias y de especie aún no conocida en Europa, flores que sólo crecían en ciertos valles del Himâlaya, y que poseen la maravillosa virtud de variar de coloración, según la hora del día, y de no parecer muertas aun cuando estén marchitas. El nombre latino de la planta aquélla es el de *Hibiscum mutabile*. Durante la noche no son sino un apretado capullo de verdes sépalos, pero así que amanece, las flores se entreabren y parecen grandes rosas blancas. A las doce del día comienzan a enrojecer y durante la tarde lucen con un rojo purpúreo como la peonía. Dícese que estas flores está consagradas al dios Sûrya o el Sol y a los asuras, ángeles caídos de la mitología hindú. Se cuenta asimismo que aquella deidad se enamoró de una asura al comienzo de la creación, y que desde aquel instante no cesa de dirigir, con sus rayos, ardientes mensajes de amor a la flor en la que la deidad se oculta. El amor de Sûrya, sin embargo, jamás obtiene correspondencia por parte de la hermosísima virgen asura por haber

hecho voto de perpetuo celibato en los altares de la diosa de la Pureza, patrona de todas cuantas hermandades ascéticas existen en el mundo. Bajo los encendidos dardos del enamorado dios, ella se sonroja pudorosa y de aquí su purpúreo color vespertino... Los del país llaman a esta planta la casta o *lajjalú*.

Pasamos aquella noche bajo una corpulenta higuera junto a un arroyo, y el sannyâsi nos dió una agradabilísima velada narrándonos sus viajes y aventuras; las pretéritas maravillas de su país natal, en otros tiempos tan glorioso, y las heroicas hazañas del león del Punjab, el viejo Runjit–Suig.

Conviene no olvidar que entre estos interesantes monjes–peregrinos se encuentran con frecuencia los seres más extraños y misteriosos. No pocos de ellos son instruidísimos; leen y hablan a la perfección el sánscrito; conocen la Historia y la Ciencia contemporánea y permanecen no obstante fieles siempre a las concepciones filosóficas tradicionales de su país. No suelen usar por toda vestimenta, sino una pieza de muselina en torno de su cintura y muslos, para obedecer los reglamentos policíacos de las ciudades donde residen los europeos, y hacen desde los quince años hasta su muerte, que les suele sobrevenir en edad muy proveya, una vida enteramente nómada y libre de trabas. Ni se preocupan nunca del día de mañana, cual las aves del cielo, y los lirios campestres del Evangelio de San Mateo, ni tocan jamás moneda alguna con sus manos, contentándose a lo sumo con un puñado de arroz que nadie les niega. Todos sus bienes terrenales y su equipo entero es una calabacita con agua; un rosario; un vaso de hojalata y un bordón para el camino. Lo mismo los sannyâsis que los swamis suelen ser Sikhs del Punjab y fervientes monoteístas. Desprecian a los idólatras con los que no tratan jamás aunque de ellos reciban de ordinario nombres de príncipes y homenaje de dioses.

Nuestro amigo había nacido en Amritsar del Punjab y había sido educado en el *Templo de Oro* a orillas del *Amrita–Saras* o “Lago de la Inmortalidad”. Dicho templo es la residencia del gran Gurú o instructor de todos los sikhs, quien nunca sale del recinto del templo, siendo su principal ocupación el estudio del Adigrantha, que es la mejor joya de literatura sagrada de la admirable y belicosa secta. Los sikhs le respetan y veneran tanto o más que a su Dalai–Lama los tibetanos, y del mismo modo que los lamas creen, en general, que el Dalai–Lama es una reencarnación del Buddha, los sikhs afirman que su Maha–Gurú de Amritsar es la encarnación de Nanak, el fundador de su secta. No obstante, jamás se oirá decir a ningún sikh que Nanak sea ninguna deidad, sino un profeta inspirado por el espíritu del Dios único.

Nuestro sannyâsi no era ninguno de aquellos desnudos monjes nómadas a los que antes nos referíamos, sino un verdadero akali, o sea uno de los 60 sacerdotes–guerreros adscriptos al Templo de Oro en servicio de Dios y para defender el templo contra las depredaciones musulmanas. Su nombre era Ram–Rungit–Das, y su prestancia gallarda estaba en perfecto paralelismo con su pomposo título de *El guerrero de Dios*, bajo una mezcla de fornido centurión de las legiones romanas antiguas y de pacífico y místico Ministro del Altar.

Llegó a nuestro lado Ram–Runjit–Das caballero en un magnífico potro, servido por otro sikh, discípulo suyo sin duda, a juzgar por la respetuosa distancia a que marchaba detrás. Nuestros hindúes, en cuanto le columbraron en lontananza, comprendieron que se trataba de un akali por su espléndida túnica azul. Era ésta sin mangas, como las que vemos en las estatuas de los legionarios romanos. Llevaba el akali turbante cónico, también azul. Sus hercúleos brazos ostentaban gruesos brazaletes protectores, de acero y colgaba un escudo de su espalda. Su cintura estaba asimismo protegida por un anillado cinturón de acero. Los rivales de los sikhs aseguran que los cinturones sagrados de estos guerreros son, en sus manos, más temibles que otra cualquier arma.

Los sikhs constituyen la secta más belicosa y caballeresca de todo el Punjab. *Sikh* significa discípulo. Fundada ella por Nanak, noble y opulento brahmán, en el siglo XV, se extendió tan rápidamente su doctrina entre los guerreros del Norte, que ya alcanzaba un contingente de cien mil hombres al morir su fundador y hoy domina en el Punjab con sus tendencias belicosas, aunadas con el natural misticismo de las gentes aquellas. Sus dogmas son desconocidos casi por completo para los europeos, y sus enseñanzas, religión y ritos son secretos. Acerca de esta singular teocracia se sabe que rechazan la ley de castas; que son apasionados monoteístas y que, al igual de los europeos, no tienen restricciones en la alimentación, entierran a sus muertos, cosa que, salvo entre los musulmanes, es una excepción en la India. “Adoran solamente al verdadero Dios”, según les enseña el segundo libro del Adigrantha, que les exige asimismo rechazar toda superstición; tributar homenaje a los muertos, pues que ellos pueden guiarnos hacia una vida justa, y ganar su vida con las armas en la mano. Al tenor del precepto de Govinda, uno de los más excelsos *gurus* de los sikhs, se dejan crecer el pelo y jamás se afeitan para no poder ser confundidos con los musulmanes ni con otras gentes de la India.

Los sikhs ganaron muchas batallas contra hindúes y musulmanes. Su jefe, el célebre Runjit–Sing, después de haberse erigido en autócrata de Alto Punjab, concertó, a principios del siglo XIX, un tratado con lord Aucklán, por el cual su Estado fué declarado independiente. La muerte del “viejo león” se señaló por espantosas discordias intestinas, y como su hijo el maha–rajá Dhulip–Sing se reveló como absolutamente incapaz, se convirtieron los sikhs bajo su cetro en una plebe indisciplinada y rebelde. La tentativa de éste de conquistar toda la India tuvo un resultado desastroso. Perseguido por sus propios soldados, Dhulip–Sing se entregó a los ingleses, quienes le desterraron a Escocia, y de allí a poco los sikhs formaron entre los demás súbditos británicos.

Aun subsiste en nuestros días un denso núcleo de la grandiosa y antiquísima secta sikh, a modo de fermento de protesta y resistencia. Esta nueva organización de los *Kuks* data de hace unos treinta años –esto se escribe en 1879– fundada por Balaka–Rama, con gentes de Attok, en el Punjab, en la izquierda del Indo, donde este río comienza ya a ser navegable. Balaka–Rama se propuso el doble programa de restablecer en su pureza originaria la doctrina sikh y en organizar una especie de fraternidad secreta, preparada para todo. La constituyen unos setenta mil hombres que están juramentados para no revelar sus secretos y prestar ciega obediencia a sus jefes. Aunque en la ciudad

de Attok son ellos pocos, por ser pequeña, se nos asegura que los kuks actuales viven esparcidos por toda la India, en organización tan vasta y perfecta, que es imposible conocerlos, ni saber los nombres de quienes les dirigen.

Nuestro akali nos obsequió durante la velada con una botellita de agua del *Lago de la Inmortalidad*, afirmando que una mera gota de esta agua bastaba para curar cualquiera afección de la vista. El agua de este célebre lago, a pesar de los miles de personas que en ella se bañan, es de una pureza absoluta merced a los múltiples veneros que en su fondo brotan.

Cuando visitamos el lago más tarde, pudimos apreciar, en efecto, que su diafanidad permite ver las pedrezuelas del fondo, a más de 150 yardas de profundidad. Shurita Saras es el rincón más encantador de toda la India septentrional y la reflexión de su Templo de Oro en el lago es de un efecto el más fascinador que darse puede.

Contábamos aún con siete semanas disponibles, y vacilábamos entre continuar explorando la Residencia de Bombay, o las provincias del Noroeste y el Ragistán. ¿Por dónde optar? Ante lo interesante de todos estos países permanecíamos perplejos, pero lo que más nos atraía de todo era aquella Hyderabad que los viajeros dicen que es un trasunto fiel de *Las mil y una noches*, por lo cual decidimos emprender el camino hacia Nizam, ansioso de conocer la famosa *Ciudad Leonina*alzada por Mohamed Kali-Kutb-Shah el magnífico, cuando, hastiado del mundo, cansado por los excesos, le parecía ya poco aquella Golconda, tan célebre por sus fantásticos castillos y paradisíacos jardines. Todavía están en pie en Hyderabad algunos monumentos testigos de sus glorias pretéritas, y cómo serían antaño éstas cuando Mir-Abu-Talib, tesorero real, consigna que Mohamed-Kali-Kutb-Shah empleó al comenzar su reinado el equivalente de 2.800.000 libras esterlinas en el ornato de la ciudad, sin contar salarios de los obreros, pues que trabajaron gratis. Fuera de dichos monumentos, la ciudad resulta hoy un montón de escombros, a pesar de lo cual todavía se la designa bajo el título de “el Versalles de la India”.

Pero ni su calidad actual de Residencia Británica, ni todo lo demás, significa nada ante sus pasados esplendores, y recuerdo que cierto autor inglés, en su *Historia de Hyderabad* dice acerca de esto: “Mientras el Residente daba audiencia a los caballeros, su esposa acogía a las damas en otro palacio no menos suntuoso de allí cerca, denominado de Rang-Mahal. Entrambos palacios fueron construidos por el coronel Kirkpatrick, postrer ministro de la corte de Nizam, quien, al casarse con una princesa del país, alzó esta mansión para su uso personal. Al tenor de las costumbres orientales, los jardines están cerrados por altos murallones, y en el centro, una gran fuente de mosaicos representa múltiples escenas del Râmâyana. Terrazas, pabellones, galerías, todo está profuso y costosamente adornado al uso oriental con maravillosas incrustaciones, dibujos, pinturas, dorados, marfiles y mármoles y una de las cosas más sugestivas de las recepciones de los consortes Kirkpatrick, eran las nautches o bailarinas que se mostraban espléndidamente adornadas gracias a la munificencia presidencia], refulgentes como soles por su joyería que representaba en algunas un efectivo de más de 30.000 libras esterlinas”.

Mas, ¡ay!, que los gloriosos días de la East India Company pasaron definitivamente y no existe en la actualidad Residente inglés ni Príncipe indígena capaz de soportar tamañas prodigalidades. La India, “la más preciada joya de la corona británica”, está completamente exhausta, como el montón de oro gastado por el alquimista en buscar precisamente la piedra filosofal. Los angloindios, además de tener arruinada la comarca, cometen los mayores desaciertos en dos puntos, por lo menos, de su actual sistema de gobierno. Primero en la educación occidental que pretenden dar a las clases elevadas del país, y segundo en la protección que dispensan al culto idólatra. Merced a aquél, entre la juventud brahmánica se van suplantando, por un escéptico ateísmo, los sentimientos religiosos tradicionales de la India, sentimientos que, falsos y todo, tenían la ventaja positiva de su sinceridad. Mediante lo segundo, halagan a la masa ignorante, de la que nada hay que temer nunca. Si existiese la posibilidad más remota de despertar los sentimientos patrióticos de la masa, hace tiempo que los ingleses hubieran sido exterminados de la India. La población rural carece, es verdad, de armas, pero la muchedumbre, exasperada, encontraría armas en los millares de ídolos de piedra y de bronce que anualmente envía Birmingham a la India. El verdadero peligro donde está es en las clases elevadas, y es necesario que se convenza Inglaterra de que cuanto mejor educación les suministren, mayor ha de ser el esmero que empleen en evitar que se abran de nuevo antiguas heridas de esas que en todo buen hindú existen, sin encontrarlas con agravios nuevos. El hindú está, y con razón, orgulloso del pasado de su patria y el recuerdo de sus viejas glorias es la única compensación que gozan frente a su presente miserable. La educación inglesa que reciben sólo puede encaminarles a la conclusión de que cuando la India estaba en la apoteosis de sus glorias, Europa yacía en la Edad de Piedra y sus tinieblas. Ciertamente que el parangón entre su pasado y su presente no puede ser más triste; pero ello no impide a los angloindios para que hieran sin piedad los sentimientos del verdadero hindú. Hubo un tiempo, por ejemplo, en que el colegio de Chahar–Minar, el edificio quizá más notable de Hyderabad, construido sobre las ruinas de otro más antiguo todavía, estaba en todo su esplendor, Alzado en la encrucijada de cuatro grandes vías, sus cuatro arcos se elevan a tal altura que los camellos cargados y los elefantes, con sus torres, pasan aún hoy cómodamente bajo ellos. Cada piso del colegio construido sobre estos arcos estaba destinado antaño a una enseñanza diferente. Mas, ¡ay!, pasaron ya los buenos tiempos en que la India estudiaba Filosofía y Astronomía bajo la dirección de sabios maestros, y los ingleses, en cambio, han transformado en almacén el edificio. La sala antes destinada a estudiar Astronomía y que estaba llena de extraños aparatos medioevales, sirve en la actualidad de depósito de opio, y la sala de Filosofía, está atiborrada de cajones de botellas de ron, champagne, y otros licores, que están prohibidos, tanto por el Corán, como por el *Código del Manú*.

Ilusionados por aquellas narraciones sobre Hyderabad resolvimos salir para ella al día siguiente, pero nuestro *ciceron* y sus acompañantes destruyeron nuestros planes con una sola palabra: el calor. Durante la estación estival, en efecto, sube el termómetro a 98 grados Fahrenheit a la sombra y el agua del Indo adquiere la temperatura de nuestra sangre. En el Alto Sindh, que por su aridez y sequedad es un segundo desierto de Sahara, la temperatura a la sombra es hasta de 130 grados Fahrenheit. No es de

extrañarse, pues, que los misioneros no tengan éxito allí, pues las descripciones más elocuentes del infierno del Dante no podrían sino refrigerar a los pobladores que viven tan perfectamente con semejante clima.

Viendo así lo improcedente de tal viaje en aquella época y que, por el contrario, nos era fácil el llegar a las cuevas de Bagh, se decidió en la asamblea general que desistiésemos de todo plan y viajásemos a mero capricho.

Despedimos los elefantes, y al otro día, poco antes de ponerse el sol, llegamos a la confluencia de los ríos Vagrey y Girna, ríos pequeños, pero famosísimos en los fastos de la mitología hindú y que no corren durante el verano. Al otro lado están las cavernas de Bagh, con sus cuatro bocanas envueltas en las brumas del crepúsculo.

Pretendimos atravesar en seguida en una harca, pero tanto los amigos hindúes como los barqueros se opusieron terminantemente. Aquéllos decían que era, peligrosísimo el visitar dichas cuevas, aun durante el día, porque todos aquellos sitios están infestados de tigres y otras fieras, las cuales, según colijo, no son sino los babú bengaleses que pululan por todos los ámbitos de la India y nos era preciso, antes de aventurarnos en las cuevas, enviar una vanguardia de exploradores con hachones y shikaris armados. Los barqueros, por su parte, alegaban otros motivos, protestando con gran calor, pues aseguraban que nadie osaría acercarse a tales cuevas después de anochecido, como no fuese un necio bellati capaz de creer que el Girna y el Vagrey eran ríos ordinarios y no los divinos consortes Shiva y Parvati. Esto en primer lugar, que en cuanto a los tigres de Bagh no son en nada iguales a los demás tigres, sino los humildes y sumisos servidores de los *sadhúes*, ascetas maravillosos que residen o frecuentan las cuevas desde tiempo inmemorial y que se dignan a veces tomar la forma y apariencias de tigres. Así, pues, ni los dioses, ni los *sadhúes* ascetas, ni los tigres encantados o verdaderos consienten que se les interrumpa en su sueño nocturno.

¿Qué oponer a todo esto? Nada. Lanzamos, pues, una triste mirada hacia las cuevas y nos volvimos a nuestros antediluvianos carretones. El babú y Narayán indicaron que deberíamos pernoctar en casa de cierto camarada del primero, vecino de cierta ciudad distante no más de tres millas y que ostenta el mismo nombre que las cuevas, por lo que, contrariados, tuvimos que acceder.

La topografía de los múltiples territorios hindúes es una de las cosas más sorprendentes e incomprensibles de la India. El mapa político de este país es, en efecto, un positivo rompecabezas, en el que se ha quitado un pedazo de territorio para añadirle a otro. Así, el territorio que ayer pertenecía a tal o cual rajá o takur, hoy está incorporado a otro distinto. Esto es lo que acontecía al territorio del rajalato de Amjir o de Malva. Caminábamos hacia la pequeña ciudad de Bagh, que hoy también pertenece a Malva, población que, a su vez, según los archivos, forma parte del territorio independiente de Iolkar y, sin embargo, el rajalato de Amjir no pertenece a Tukuji-Rao-Iolkar, sino al hijo de aquel rajá independiente de Amjir que fué ahorcado *por error*, según se nos dijo, en 1857. La ciudad y cuevas de Bagh pertenecen, pues, sin saberse por qué títulos, al Maha-rajá Sindya de Gwalior, quien tampoco las disfruta

hoy, sino que las donó, con sus nueve mil rupias de renta, a unos parientes pobres suyos. Estos, a su vez, tampoco gozan de su feudo, por cuanto cierto rajaput-takur se las tiene usurpadas.

Bagh esta emplazada en el camino de Malva a Gujerat, junto al célebre desfiladero de Oodeypur, perteneciente por tanto, al Maha-rajá de Oodeypur. Se alza sobre una colina contorneada de bosques, y aunque su propiedad esté en litigio y se halle como *vere-nullius*, una pequeña ciudadela, con un bazar en su centro, son de la exclusiva propiedad de cierto *dhani*, jefe de la tribu de Bhimalah, hombre que no era otro sino el consabido camarada de nuestro babú: “un célebre salteador de caminos”, según nos asegurara éste.

–¿Cómo tiene usted la osadía entonces de llevarnos a casa de todo un señor bandido?
–opusimos con gran temor.

–Nada teman –replicó el babú–, mi amigo sólo es un ladrón salteador de caminos en el sentido político. En los demás sentidos es un caballero y un hombre encantador, aparte de que, sin su protección, pereceríamos de hambre, pues que el bazar con todo lo que encierra es exclusivamente suyo.

A pesar de las seguridades que nos daba el buen babú, no pudimos menos de alegrarnos, al llegar a sus dominios, cuando nos dijeron que se encontraba ausente, por lo que nos haría los honores un pariente suyo. Todo el extenso jardín fué puesto a nuestro albedrío y antes de que hubiésemos alzado nuestras tiendas vimos llegar por todos lados gentes con provisiones. Descargados de sus fardos y alzado el campamento, cada cual puso sobre sus hombros un poco de betel y de azúcar como ofrenda “a los Bhûtas extranjeros” que imaginan nos acompañan siempre a los europeos dondequiera que vayamos. Nuestros hindúes nos advirtieron muy serios que no nos burlásemos de semejante ceremonia, porque podrían tener malas consecuencias nuestras burlas entre las gentes aquellas y en tan apartado lugar.

Sin duda tenían harta razón, porque estábamos en esa India central nido de supersticiones y cercados por gentes de los *bhils*, tribus las más salvajes, intrépidas, turbulentas y supersticiosas de todo el Indostán, extendidas por el territorio que se halla entre Jamas, al occidente de la Ciudad Muerta, y toda la cordillera de los Montes Vindya.

Opinan los orientistas que el nombre de *bhils* viene de la raíz sánscrita *bhid*, que significa *separar*, y Sir J. Malcohn supone, en consecuencia, que aquellos *bhils* no son sino gentes que se apartaron de la fe brahmánica siendo excomulgados por ello. Esto tiene visos de probabilidad, pero las tradiciones de la tribu enseñan cosa diferente, y sin duda, en este problema, como en tantos otros, es preciso penetrar a través de las espesas malezas de la fantasía, antes de lograr descubrir la verdadera genealogía de tan extraña tribu.

El pariente del *dhani*, que pasó la velada con nosotros, nos informó de que los *bhils* descienden de uno de los hijos de Shiva o Maha-deva y de una divina mujer que tenía blanco el rostro y los ojos azules, mujer a la que encontró en una remota selva del otro

lado del Kalapani o “negras aguas” del Océano. Esta feliz pareja tuvo muchos hijos, uno de los cuales, tan hermoso como malvado, mató al buey favorito de su abuelo Maha–deva, siendo desterrado, en castigo, por su padre al desierto de Jodpur. Confinado así en el más recóndito rincón del Sur, se casó, y sus descendientes tardaron muy poco en exterminar a todos los habitantes de la comarca aquella, pudiendo así esparcirse dichos descendientes por toda la cordillera Viadya en el límite Oeste de Malva y Kandesh, y más tarde sobre la región salvaje y deshabitada de las riberas de los ríos Maha, Narmada y Tapti. Todos ellos heredaron, sí, la hermosura de sus antepasados; sus azules ojos y su nívea tez, pero también heredaron su carácter pendenciero y su innata tendencia al crimen.

–Somos, pues, bandoleros –nos decía con toda llaneza el pariente del camarada del babú– pero no podemos evitarlo porque tal es el mandamiento que hemos recibido de nuestro divino antepasado el gran Maha–Deva–Shiva, quien, al enviar a su netezuelo al desierto para que purgase sus pecados y de ellos se arrepintiera, le dijo: “¡Vete, miserable asesino del buey Nardi; tu hermano y mi hijo! ¡Vete a vivir la vida del desterrado; del maldito y del bandido para que sirvas de escarmiento a tus hermanos todos! ...” Tales fueron las palabras del Mahadeva, ¿cómo desoir sus mandatos? Los actos más ínfimos de nuestra existencia están regulados por nuestros *bharmyas* (sacerdotes), que son los descendientes directos de Nadir Sing el primer *bhil*, hijo de nuestro desterrado antecesor, y el gran dios nos habla por mediación de ellos.

¿No es bien curioso que el sagrado buey Apis de los egipcios sea venerado tanto por los sectarios de Zoroastro como por los hindúes? El buey Nardi, emblema de la vida en la Naturaleza, es hijo del padre creador, o por mejor decir su Hálito. Ammiano Marcelino dice que existe cierto libro con la *edad exacta* de Apis, y añade que ella es el hilo del misterio cosmogónico y de todos los cálculos cíclicos. Los brahmanes ven asimismo en el buey Nardi el símbolo de la continuidad de la vida en nuestro globo.

Los *bharmyas*, mediadores entre Shiva y los bhils, tienen autoridad tan omnímoda, que con la más mínima palabra puede determinar la comisión de los crímenes más horrendos, por lo que la tribu ha limitado un tanto su soberanía mediante un consejo municipal denominado *tarví* y trata también de poner freno a las ardientes fantasías de los *dhanis*, sus señores... bandidos. No obstante todo esto, la palabra de los *bhils* es sagrada y su hospitalidad no conoce límites.

Aunque los anales históricos de los príncipes de Jodpur y Oodeypur, confirmen la leyenda de la emigración *bhil* desde su desierto originario, nadie sabe bien cómo ella aconteció. Para el coronel Tod es incuestionable que los bhils, los merases, los goands y demás tribus de las selvas de Nerbuda son aborígenes del país, cosa que no resuelve la incógnita de por qué los bhils tienen casi blanca la tez y azules las pupilas, mientras que el resto de las tribus montañosas presentan un tipo casi africano. El hecho de que todos estos aborígenes se llamen a sí propios *bhûmaputra* y *vanaputra*, o sea hijos de la tierra e hijos de la selva, mientras que los rajaputs, sus primeros conquistadores, dicen ser *sûrya–vansa* y los brahmanes *indu–putras*, esto es descendientes del Sol y de la Luna, no lo prueba todo. Se nos figura, pues, que en el caso actual su aspecto físico confirmando

a la leyenda, es de un valor más grande que el dato filológico y que el Dr. Clark, en sus *Viajes por la Escandinavia*, tiene razón cuando afirma que los primitivos ascendientes de cualquier raza se pueden descubrir mejor analizando sus antiguas supersticiones que mediante el examen científico de su lengua, porque las dichas supersticiones datan de la raíz misma de cada pueblo, mientras que la lengua está sujeta a toda clase de cambios.

Por desgracia, todo nuestro saber acerca de la historia de los bhils se reduce a la dicha tradición y a unos cuantos poemas de sus bardos que se denominan *bhattas*. Estos bardos, aunque viven en el Rajistán, visitan anualmente a los bhils, para que se no se interrumpa el hilo tradicional de las de sus compatriotas. Aquellos himnos de los bardos, o *bhattas*, datan de tiempo inmemorial, y en ellos se encierra su historia que se va continuando con otros cantos por las generaciones que han de seguir. Los más antiguos de ellos señalan a las tierras que están más allá del Kalapani, es decir, un país claramente europeo, como cuna de los bhils. Algunos orientalistas, y en especial el coronel Tod, han tratado de probar que los rajaputs, conquistadores de los bhils, eran gentes recién llegadas de su patria escítica y que los bhils son los verdaderos aborígenes; para probar lo cual presenta estos rasgos comunes a entrambos pueblos rajaput y escita: 1.º El culto a la espada, lanza, escudo y caballo. 2.º El culto y sacrificios al Sol (el cual, en lo que alcanzan mis conocimientos, nunca fué adorado por los escitas). 3.º La pasión del juego (que, por otra parte, es tan fuerte o más entre chinos y japoneses). 4.º La costumbre de beber sangre en los cráneos de los enemigos (práctica frecuente entre algunos aborígenes de América), etc., etc.

No voy a entrar aquí en una discusión etnológica. Además, es bien sabido el giro que suelen dar los hombres de ciencia cuando tratan de probar alguna de sus teorías favoritas, y basta recordar cuán confusa y embrollada está la historia de los antiguos escitas para abstenerse de sacar de ella ninguna conclusión positiva. Numerosísimas han sido las tribus incluidas en el tronco escítico, y es imposible el desconocer la identidad de costumbres entre los rajaputs y los antiguos escandinavos adoradores de Odín, cuyas tierras hace más de quinientos años antes de Cristo que fueron ocupadas por los escitas. Mas semejante analogía autorizaría por igual a los rajaputs para afirmar que nosotros somos una colonia de *suryavansas* establecida en Occidente, como para que afirmemos nosotros que los rajaputs son descendientes de los escitas que emigraron hacia el Oriente. Los escitas de Herodoto y los escitas de Ptolomeo y otros clásicos, son dos nacionalidades completamente diferentes, porque bajo ese nombre de Escitia incluye Herodoto los países comprendidos entre las bocas del Danubio y el mar de Azoff, según Niebuhz, y desde las bocas del Don, según Rawlinson; mientras que la de Ptolomeo es una comarca exclusivamente asiática entre el río Volga y la Serika o la China. Además, la Escitia estaba partida en dos regiones por las derivaciones occidentales de los Himalayas denominadas de *Imaum* por los escritores romanos; la Escitia *intra Imaum* y la Escitia *extra Imaum*. Dada esta indeterminación, de igual manera puede llamarse a los rajaputs los escitas del Asia, que a los escitas los rajaputs de Europa, y Pinkerton asegura que no sería tan grande el desprecio que los europeos sienten hacia los tártaros si supieran cuán ínfimo es nuestro parentesco con ellos, pues,

según él, nuestros antepasados datan del Norte de Asia; nuestras costumbres, leyes y género de vida fueron iguales que las suyas y, en una palabra, no somos, en realidad, sino una colonia tártara. Los cimbrios, celtas y galos que invadieron el Norte de Europa son diferentes nombres de una misma gente cuyo origen fué la Tartaria. ¿Qué fueron los godos, suevos, vándalos, alanos, hunos y francos, sino enjambres humanos salidos de la misma colmena? Los anales legendarios suecos señalan a Kashgar como su cuna. La semejanza entre la lengua sajona y la de los tártaros kipchak, es sorprendente, y el celta que se habla todavía en Bretaña y el país de Gales es la prueba más elocuente de que sus habitantes descienden del gran tronco de los tártaros.

Digan, en efecto, lo que quieran Pinkerton y otros, es notorio que los actuales rajaputs guerreros de ningún modo responden en sus rasgos a los caracteres que Hipócrates asignara a los escitas. Dice el padre de la Medicina que la constitución de éstos es “gruesa, achaparrada y tosca, y sus articulaciones blandas y débiles, de escasos cabellos y todos muy semejantes entre sí”. Nadie que haya admirado la gallarda estatura de los atléticos guerreros del Rajistán, con su poderosa cabellera y su barba poblada podrán ser identificados nunca como sucesores de aquellos a quienes Hipócrates pintó. Además, los escitas enterraban sus muertos, cosa que los rajaputs no han hecho jamás a juzgar por los testimonios de sus manuscritos más antiguos. Los escitas eran pueblos nómadas, de quien Hesiodo decía que “viven en carros con toldos y se alimentan con leche de yeguas”. Los rajaputs, en cambio, desde tiempo inmemorial han sido sedentarios, con ciudades propias y contando con una historia de varios cientos de años, por lo menos, anteriores a Cristo, es decir, a la época de Herodoto también: celebran el Ashvamedha o sacrificio del caballo, pero desprecian a todo mogol, y no prueban la leche de yegua. Herodoto añade que los escitas, a quienes él denomina *skoloti*, odiaban tanto al extranjero que no permitían que ninguno se estableciese en su territorio, mientras, que los rajaputs son uno de los pueblos más hospitalarios del planeta. En tiempo de las campañas de Darío, 516 antes de Cristo, los escitas aún ocupaban su territorio clásico de las bocas del Danubio, y por dicha época los rajaputs eran ya conocidos en la India y tenían su reino propio. En cuanto al Ashvamedha que sirve de fundamento a la teoría del coronel Tod, conviene no olvidar tampoco que, tanto en el *Rig- Veda*, como en el *Aitareya-Brahmana* se menciona la costumbre de inmolar caballos en honor del Sol, y Martín Haug supone que este último libro existe probablemente desde 2000 a 2400 años antes de Cristo.



De todos modos, la digresión que he hecho desde el camarada del babú hasta los escitas y rajaputs antediluvianos lleva trazas de ser interminable. Pido, pues, perdón a los lectores, y reanudo el roto hilo de mi cuento.

IX

CEREMONIAS NUPCIALES

Todos los shikaris de la población salieron muy de mañana al otro día en dirección de las cuevas de Bagh, para limpiarlas de tigres, tanto encantados como efectivos; y como tardasen en regresar, el anciano bhil que hacía cerca de nosotros las veces del dhani ausente, nos invitó a que asistiésemos a la ceremonia de unos desposorios puramente brahmánicos. No hay para qué añadir que aceptamos gustosos. Los esponsales y el matrimonio no han cambiado de ceremonias en la India desde hace más de dos mil años en que siguen celebrándose con arreglo a los preceptos del Manú, sin la variación más ínfima, cristalizadas de tal modo, que quien, como nosotros, viese un casamiento hindú en 1879, podía hacerse la ilusión de estar en la antigua Âryâvarta de hace muchos siglos.



Unos días antes de salir de Bombay habíamos leído en un pequeño diario local dos anuncios matrimoniales: uno de cierta joven brahmán y otro de una hija de un adorador del fuego, o sea de un parsi. El primero decía, poco más o menos: “La familia de Bimbay Mavlancar, etc. etc., va a celebrar un fausto acontecimiento. Dicho ilustre miembro de nuestra comunidad, a diferencia de otros menos afortunados brahmanes de su casta, ha tenido la suerte de hallar marido para su hija en una opulenta familia gujérate de igual casta. La pequeña Rama–bai tiene ya cinco años y su futuro, siete. La boda, que promete ser espléndida, se verificará dentro de dos meses”.

El segundo anuncio aludía a un hecho consumado ya. De él se ocupaba un periódico parsi, quien clamaba abogando por la abolición “de ciertas anticuadas y repugnantes costumbres”, y, en especial, la de los matrimonios prematuros, ridiculizando con tal propósito a cierto diario gujérate que describía con pomposa frase una boda que se acababa de celebrar en Poona. El novio, que contaba seis años escasos, jабrazaba cariñosamente a su novia de dos años y medio! A las preguntas previas, que son de rigor en tales casos, de: “¿Aceptáis por esposa legal, oh hija de Zaratustha, a...” y de: “¿Queréis, vos, ser su marido, oh hijo de Zoroastro?”, respondieron de modo tan confuso, que el Mobed tuvo que dirigírselas a sus respectivos padres. “Todo se cumplió como era de esperar –continuaba el periódico–. Sacóse al novio de la mano para la

ceremonia, y la novia, que era llevada en brazos de la niñera, saludó a la concurrencia, no con sonrisas, sino con gritos y sollozos tremendos, sin pensar que existiese esa cosa que llaman pañuelo, y recordando, tan sólo, con nostalgia su biberón, pidiendo leche repetidas veces, medio ahogada por la congoja, cuanto abrumada por el peso de los diamantes de la familia. Esto acaeció con uno de tantos desposorios parsis, mostrando con la exactitud de un barómetro el rápido progreso adquirido por nuestra nación”.

Semejante relato nos hizo soltar la carcajada, aun cuando temiésemos que fuese él un tanto exagerado. Hemos conocido, efectivamente, maridos de diez años de edad, pero ignorábamos pudiesen existir novias todavía en la lactancia.



Los brahmanes tienen sus buenos motivos para ser fervientes defensores del antiguo precepto que prohíbe a todos, excepto a los brahmanes sacerdotales, el estudio del sánscrito y la lectura de los *Vedas*. Por cometer semejante delito, más de un shûdra y aún hasta nobles vaishyas fueron decapitados en tiempos antiguos. La clave para explicarnos tamaño rigor estriba en el hecho de que los *Vedas* no permiten casarse a la mujer antes de los quince o veinte años, ni al hombre antes de los veinticinco o treinta. Ansiosos siempre los brahmanes por acaparar dinero, tratan constantemente de torcer y desfigurar la literatura sagrada antigua, y para que no se descubra su treta, prohíben a las demás castas su estudio. Entre muchas de “estas criminales supercherías brahmánicas”, usando la expresión del swami Dayanand, merece mención especial cierto texto de los libros usados por los brahmanes que vuelve del revés lo estatuido en los *Vedas* acerca del particular y es el relativo al *Kudva Kunbis*, o época de casamiento para la clase agricultora de toda la India Central. El *Kudva Kunbis* se celebra cada doce años, y es una época donde los señores brahmanes hacen bien su Agosto. Todas las madres están obligadas entonces a solicitar oráculos de la diosa Mâtâ o la Gran Madre, por supuesto mediante los brahmanes, sus legítimos portavoces. Mâtâ es la diosa que preside a las cuatro clases de casamientos indostánicos: el de los adultos; el de los jovencitos; el de los niños y ¡el de los seres humanos que están todavía por nacer!

Se comprende bien que este último matrimonio es el más peregrino, y el que determina emociones tan fuertes casi como las del juego, pues que en tal caso las ceremonias matrimoniales se verifican entre las dos madres de los futuros cónyuges, dando lugar a graciosos incidentes con semejantes parodias de matrimonios. Un verdadero brahmán jamás consentirá, sin embargo, que alteren su seriedad y dignidad, las jugarretas del Destino y, en cuanto a la gregaria población que es su víctima, no duda jamás acerca de la infalibilidad de estos “elegidos de los dioses”. Así que los casos de oposición abierta a las instituciones brahmánicas son rarísimos, y es tal el respeto y el miedo que la masa ignorante demuestra hacia los brahmanes, tales su sinceridad y su inconsciencia, que un observador superficial no puede menos de sentir risa, sin dejar de respetarlos y de compadecerlos.

Y, dado el caso de que los consortes, así desposados, resulten al nacer con el mismo sexo, ello no por eso habrá de constituir para el brahmán motivo alguno de descrédito, porque saldrá bien pronto del aprieto diciendo que con ello no se ha hecho sino evidenciar la voluntad de la diosa Mâtâ, al mostrar así su terminante deseo de que los dos recién nacidos se traten, según el caso, como hermanas o hermanos cariñosos, y si tales parejas llegan a la edad juvenil, habrán de ser reconocidos como herederos indistintos de entre ambas madres. Conviene no olvidar también que en dicho caso el brahmán procede a la solemne ruptura de los lazos matrimoniales por orden de la diosa, cobrando de nuevo, naturalmente, por hacerlo, y el asunto queda así terminado a completa satisfacción de todos. Dado, en fin, el caso de que los tales hijos nazcan con sexo opuesto, no hay por qué decir que su matrimonio es indisoluble aunque uno o ambos nazcan defectuosos, idiotas o enclenques.



Ya que he tocado a la constitución de la familia hindú, mencionaré algunos otros rasgos característicos.

El hindú no tiene derecho a permanecer soltero. Las excepciones únicas a este precepto son: la del niño que desde su infancia es destinado por sus padres a la vida monástica, y la del que es consagrado a la Trimûrti antes de nacer. El precepto obedece a la necesidad que tiene todo hindú de contar con un sucesor que se encargue a su muerte de ejecutar todas las ceremonias prescriptas por la ley para que el muerto pueda entrar en el *Swarga* o Cielo. Por eso están obligados a adoptar a los hijos de otro, los propios brahmachâryas, casta cuyos miembros hacen todos el voto de castidad y son los únicos célibes de toda la India, no obstante participar de la vida mundana. Los restantes hindúes han de someterse a la ley matrimonial hasta los cuarenta años, edad en la que tienen derecho a renunciar al mundo y sus pompas, para buscar su salvación, llevando una vida ascética en un bosque o lugar apartado. Aunque algún hindú tenga la desdicha de nacer defectuoso, no por eso se exime de la ley, y ha de buscar en su misma casta una mujer que sea defectuosa también, procurando observar la ley de las compensaciones, buscándose el ciego para la lisiada, el imbécil para la histérica, etc., etc., y dado caso que el hombre en cuestión, a pesar de ser defectuoso, desee una esposa sana, puede hacerlo aviniéndose a bajar un peldaño en su casta social, escogiendo una mujer de casta un grado inferior a la suya, pero en tal caso los parientes y asociados del esposo no darán acogida en su casta a la advenediza, bajo ningún pretexto. Todo ello, por de contado, son arreglos y componendas que sólo puede acordar el *gurú* o brahmán, director espiritual de la familia, bajo la inspiración de los dioses.

Lo dicho es lo relativo al hombre. Respecto de la mujer ocurre de manera muy distinta.

En la India puede decirse que únicamente son libres y felices las *nautches*, o bayaderas consagradas a los dioses y que habitan en los templos. Su ocupación es hereditaria, y,

contra lo que pudiera creerse, son vestales e hijas de vestales. El criterio de moralidad hindú es distinto, casi hasta contrario al nuestro de Occidente. Aunque nadie sea más severo y exacto en orden al honor y la pureza femenina que los brahmanes, éstos resultan en el problema infinitamente más astutos que los propios augures romanos. Se dice, en efecto, de Rhea Sylvia, madre de Remo y Rómulo, que fué enterrada viva por los austeros romanos, no obstante ser el propio dios Marte el causante de su desgracia. Tanto Numa Pompilio como Tiberio, cuidaron muy celosamente de que la conducta de sus vestales sacerdotisas fuese nominal, ya que no efectiva. Pero las vestales del Ganges y del Indo entienden el problema de muy diferente modo que sus congéneres de las orillas del Tíber. La intimidación universalmente admitida de las nautches o vestales con los dioses, las purifica de todo pecado, haciéndolas irreprochables e impecables a los ojos de todos. Una joven nautche no puede pecar a despecho del enjambre de “músicos celestes” o *ghandhavas*, que tanto abundan en todas las pagodas bajo la forma de lindas niñas vestales y sus hermanitos. Matrona romana alguna fué tan respetada como lo están estas lindísimas criaturas, y es ciertamente admirable la veneración profunda que a estas felices “prometidas de los dioses” profesan los cándidos habitantes de la India Central, que conservan aún intacta la fe en los sacerdotes brahmánicos.

Las nautches todas saben leer y escribir, recibiendo la más elevada educación que es dable en la India. Escriben correctamente el sánscrito y estudian la buena literatura de la India antigua, con sus seis escuelas filosóficas; pero a lo que mayor importancia asignan es a la música, el canto y la danza. Amén de estas “hijas de los dioses”, sacerdotisas de las pagodas, hay también nautchos públicas, al modo de las alemeas egipcias, tan al alcance de los dioses como de los simples mortales, pero en su mayoría son gentes también de cierta cultura.

El destino de la mujer honesta en la India es, en cambio, hartamente diferente, hasta un extremo irritante de crueldad y de injusticia inconcebibles. La vida de la mujer honrada y buena, que posea además una ardiente y sólida piedad, no es sino una interminable cadena de fatalidades y desgracias, tanto mayores cuanto más elevada sea la posición social de su familia. Es tal el horror que la mujer casada tiene de parecerse en lo más mínimo a las bailarinas profesionales, que es imposible persuadir las de que aprendan nada de lo que se enseña a aquéllas. La mujer brahmánica que sea rica, consume su vida en la más desmoralizadora ociosidad, y si es pobre, su existencia terrestre se cifra tan sólo en el rutinario cumplimiento de ritos automáticos embrutecedores. Para ella no hay pasado ni futuro, sino un tedioso presente del cual la es imposible escapar. Esto, si todo marcha a pedir de boca y si tristes eventualidades no caen sobre su familia.

Por de pronto, entre las mujeres brahmánicas, si el matrimonio no es de su libre elección, menos lo es de afectó, estando limitada al corto radio de la casta a que su padre y madre pertenezcan. El encontrar asimismo un enlace adecuado para la joven, ocasiona enormes dificultades y cuantiosos dispendios, porque la mujer de casta superior en la India, no es comprada por su marido, como en otros países antiguos, sino que ella es la que, por decirlo así, tiene que comprarle. Por eso el nacimiento de una niña es motivo de tristeza más que de alegría, especialmente cuando no son ricos sus

padres, y es *de todo punto preciso* que se case, a lo más tardar, así que tenga siete u ocho años, pues una jovencita de diez años es ya toda una solterona en la India, un motivo de carga y de descrédito para sus padres y el blanco de las burlas de sus compañeras más afortunadas.

Una de las más nobles medidas de los ingleses y que han tenido espléndidos resultados en la India, ha sido la disminución, ya que no la extinción, de los infanticidios, que hasta hace poco eran el pan de cada día, porque se hallaba muy extendida por el país la práctica de que los padres matasen a las pequeñuelas, sobre todo en la comarca del Sindh, que acaso fueron las primeras gentes que implantaron semejante procedimiento y que hoy se consagran a ejercer el más miserable bandolerismo. El matrimonio obligatorio de las niñas en edades tan tiernas, es una invención relativamente moderna, de las que sólo son responsables sus padres, quienes prefieren ver muertas a sus hijas, que sin casarse. Nada de esto conocieron los primitivos arios puros, entre los cuales la mujer gozaba de idénticos derechos que el hombre, según enseña toda la antigua literatura brahmánica; su opinión era tenida en cuenta por los estadistas y gozaba de omnímoda libertad para permanecer soltera o para casarse. En los anales de la Âryâvarta desempeñan importante papel muchos nombres de mujeres consagradas por la posteridad como eminentes poetisas, astrónomas, filósofas y hasta jurisconsultas.

Mas, con la invasión de los persas en el siglo VII y, después con la de los fanáticos y destructores musulmanes, aquello cambió enteramente: la mujer se transformó en una esclava, complaciéndose los brahmanes en humillarla hasta la abyección. Por eso es aún más desconsoladora la situación de la mujer hindú en las poblaciones que en las aldeas.



Las ceremonias nupciales son complicadísimas, y se reparten en tres grupos, a saber: ritos preliminares del matrimonio; ritos para la ceremonia, y los que han de seguir a la celebración de aquél. El grupo primero comprende: las proclamas; el cotejo de horóscopos; la inmolación de un macho cabrío; el señalamiento del día propicio según los astros; la erección del altar; la compra de los vasos sagrados para el hogar; las invitaciones para la boda; los sacrificios a los dioses domésticos; los regalos mutuos, etc., todo ello, no hay que decir, sujeto a los más enmarañados y costosos ritos. Al efecto, tan luego como una niña cuenta los cuatro años de edad, los padres hacen venir al *gurú* o director espiritual de la familia, a quien entregan el horóscopo de ella, hecho por el astrólogo de la casta –puesto que es elevadísimo–. El *gurú* recorre las gentes del lugar en busca de alguien que tenga un hijo en edad adecuada. Cuando ya le ha encontrado, el padre del chico, depositando el horóscopo de aquélla sobre el altar, responde: “–Accedo al *panighrana* que me proponéis. ¡Ayúdenos, pues, el dios Rudra!”

El *gurú* pregunta entonces cuándo debe celebrarse el matrimonio, después de lo cual se despiden.

Pocos días más tarde, el padre del chico entrega al astrólogo entrambos horóscopos, y si éste los halla concordantes o propicios para el enlace que se proyecta, podrá procederse a la celebración, pero de ninguna manera si su inescrutable opinión fuese contraria, pues nada se volvería a hablar del asunto entonces. Dado por el astrólogo el dictamen favorable, el convenio queda otorgado en el acto. El astrólogo ofrece al padre un coco y un puñado de azúcar, después de lo cual nada puede ser alterado, so pena de que la *vendetta* pública caiga sobre todos de generación en generación. En seguida se inmola el macho cabrío, con lo que los consortes quedan ya desposados irrevocablemente, fijándose el día para la ceremonia pública de la boda.

Merece especial mención esto del sacrificio del cabrito.

Un chico de la familia lleva a varias señoras casadas, ancianas de veinte a veinticinco años, la invitación para que presencien la adoración de los dioses jares y penates. Cada familia tiene su diosa doméstica peculiar, cosa nada imposible, dado que el número de dioses del panteón hindú llega a 330 millones. La víspera se ha traído al macho cabrío a la casa, y toda la familia duerme alrededor de él. La capilla para la ceremonia es el salón principal del piso bajo. Su suelo está alfombrado por gruesa capa de excrementos de vaca, y en el centro de la estancia se ha trazado con tiza un cuadro en el que se coloca alto pedestal con la estatua de la diosa. Trae el patriarca de la familia, al fin, el macho, y asiéndole por los cuernos, le obliga a saludar a la diosa, inclinándole la cabeza. Entonces jóvenes y “viejas” rompen a cantar himnos nupciales, mientras ligan las patas del animal, echan sobre su testuz polvos rojos de sándalo y colocan bajo su hocico un incensario con objeto de expulsar de él los malos espíritus. Cumplidos estos ritualismos, el elemento femenino cesa en su ministerio, volviendo a officiar de nuevo el patriarca, quien arteramente coloca una porción de arroz ante el hocico del macho, y en el momento mismo en que el infeliz, guiado por su hambre e instinto, quiere empezar a comerlo, el viejo le cercena la cabeza de un tajo; baña a la diosa con la humeante sangre, que mediante una vasija mantiene suspendida sobre el ídolo con su mano derecha. Tornan las mujeres a sus coros, y con esto quedan terminados los ritos esponsalicios.

Las ceremonias ante los astrólogos y el mutuo cambio de regalos son excesivamente prolijos para que nos detengamos en ellos. Baste decir que el astrólogo representa el doble papel de augur y de notario. Después de invocar a Ganesha, el dios con cabeza de elefante, redacta el contrato matrimonial al dorso de entrambos horóscopos, y lo sella con su sello, terminando la ceremonia con una bendición general a todos los asistentes.

Todas las expresadas ceremonias habían sido ya ejecutadas hacía ya tiempo por la familia a cuya fiesta estábamos invitados en Bagh. Siendo sagrados todos estos ritos, es seguro que no nos habrían permitido, como extranjeros, el presenciarlos. Otros idénticos presenciamos más tarde en Benarés, gracias a la intercesión del babú.



Cuando llegamos al lugar de la ceremonia de Bagh, la festividad estaba en su apogeo. No contaba el novio arriba de los catorce años, y frisaba la novia en los diez. Un enorme anillo macizo de oro, salpicado de pedrería, colgaba de las naricitas de ésta, haciéndola bajar la cabeza con su peso, mientras miraba de una manera furtiva y cómicamente lastimosa a los circunstantes. El novio, muchacho sanote y robusto, vestido de telas orladas por oro y con un sombrero verdaderamente histórico cuajado de representaciones del dios Indra, llegaba al frente de la lucida cabalgata, seguido de toda su parentela.

El altar presentaba un sorprendente aspecto, pues era de yeso y ladrillos, con una altura rigurosamente determinada por el triple de la longitud del brazo de la novia, medida desde el hombro a la uña del dedo medio. Dos verdaderas pirámides formadas por 46 potes traceados de verde, rojo y amarillo, que son los tres colores de la Trimûrti, se alzaban sobre el altar a entrambos lados del “dios de los matrimonios”, rodeado por multitud de casaditas muy atareadas en moler jengibre. Cuando el jengibre quedó así reducido a fino polvo, todas a una se arrojaron sobre el novio, le arrancaron del caballo, y después de desnudarlo, le dieron una buena frotación con jengibre humedecido. Así que el sol hubo secado el embadurnado cuerpo del novio, unas cuantas casadas le tornaron a vestir, mientras que otras entonaban himnos nupciales y las demás derramaban sobre su cabeza pomos de agua impregnada de hojas de loto, delicado homenaje, sin duda, a los dioses acuáticos.

También nos informamos de que toda la noche anterior la habían pasado aquellas gentes consagradas por entero al culto de diversos espíritus, ritos que, iniciados ya semanas hacía, habían terminado, y muy apresuradamente, por cierto, durante la pasada noche. Consistían tales ritos en invocaciones a Ganesha, el dios de los matrimonios; a los dioses de los cuatro elementos de fuego, agua, aire y tierra; a la diosa de las viruelas y otras mil dolencias; a los espíritus planetarios y a los de los antepasados; a toda la incontable cohorte de buenos y de malos espíritus, penates, lares, etc. etc. De improviso, una estruendosa música nos dejó medio sordos... ¡Qué espantosa sinfonía, ¡oh!, cielos! Tam-tams hindúes, tamborinos tibetanos, caramillos cingaleses, trompetas chinas y gongos burmeses desarrollaron una verdadera tromba sonora, que de tal modo lastimaron nuestros tímpanos, haciéndonos concebir un satánico odio hacia la Humanidad y sus funestas invenciones.

–¡De todos los ruidos, el de la música es el más desagradable! –me dije, parafraseando a Napoleón, ante aquel insoportable estrépito.

Por fortuna, pronto cesó tamaño suplicio, sustituido por corales, tan originales como gratos, cantados por brahmanes y nautches. Como la boda era de las de rumbo, las “vestales” no podían faltar. Sobrevino en seguida un instante de silencio, de cuchicheos casi imperceptibles, y una de éstas, muchacha alta, gallarda y cuyos ojos le cogían media cara, fué recorriendo uno tras otro junto a todos los invitados, y pasándoles la mano por los rostros de ellos los fué sellando con polvos de sándalo y azafrán, También llegó a nosotros, avanzando imperceptible con sus pies desnudos sobre el empolvado pavimento, y antes de que nos percatásemos de sus propósitos ya nos había tiznado al

Coronel, a Miss X... y a mí, determinando en ésta el más ruidoso estornudo y haciéndola que se pusiese a frotarse durante diez minutos para quitárselos, mientras protestaba de un modo tan inútil como ruidoso.

El muljí y el babú presentaron sus mejillas a la linda mano, llena de zafrán, con sonrisa de condescendiente benevolencia; pero el irreductible Narayán, con tal rapidez apartóse de la vestal en el preciso instante en que ésta, envolviéndole en ardientes miradas y alzada sobre la punta e sus diminutos pies para alcanzarle, perdía el equilibrio y le llenaba de polvos toda la espalda, mientras él se alejaba regruñendo. También surcó la frente de la vestal, así desairada, un fruncimiento de cólera; pero reprimiéndose al instante, se dirigió hacia Ram–Runjit–Das con deslumbradoras sonrisas. Todavía fué menos afortunada con este último, porque, sintiéndose herido al par en su pudor y en su monoteísmo, “el Guerrero de Dios” repelió a la vestal con movimiento tan brusco, que a poco más no tira las pirámides de tuestos alzadas sobre el altar. Un prolongado murmullo de reprobación y protesta se propagó por la concurrencia, y cuando temíamos ver llegado el momento de la expulsión más vergonzosa, por culpa del guerrero de Sikh, los tambores redoblaron de nuevo y la comitiva se puso en movimiento. Batían marcha los trompeteros y tamborileros, encaramados sobre un gran carretón dorado de arriba abajo y tirado por mansos bueyes exornados con guirnaldas. Tras ellos iba una banda de flautistas, y seguidamente un tercer pelotón de músicos a caballo golpeando fieramente enormes gongos. Detrás iba el cortejo nupcial, formado por los parientes de los cónyuges, alineados en doble hilera, caballeros en sendos potros ricamente engalanados con plumas, flores y jaeces valiosos. A continuación iba todo un regimiento de bhils en pleno... desarme, ya que el Gobierno inglés no les permite otras armas que los arcos y las flechas. Diríase que todos éstos llevaban dolor de muelas a juzgar por el extraño sistema de colocarse los picos de sus níveos *pagris*. Seguían luego los sacerdotes brahmanes, llevando aromáticos cirios en sus manos y rodeados por el inquieto enjambre de las nautches, que iban haciendo piruetas y monadas durante todo el recorrido, y tras ellas los brahmanes de estado seglar los *dwipas* o “dos veces nacidos”. El novio caracoleaba sobre un magnífico alazán y a sus dos lados dos parejas de guerreros, armados con sendas colas de vaca a guisa de mosquiteros, y otra pareja más con abanicos de plata. Completaba tan interesante grupo un brahmán desnudo, caballero sobre un asno, sosteniendo por encima de la cabeza del muchacho un enorme quitasol de seda roja. Detrás iba otra carreta cargada con un ciento de cañas de bambú, atadas con una cuerda roja, y un millar de nueces de coco. El dios que vela sobre los matrimonios seguía en melancólico aislamiento sobre el ancho lomo de un elefante, cuyo mahout le guiaba con guirnaldas de flores. Nuestras ínfimas personalidades caminaban con toda modestia justamente detrás de la cola del elefante...

Durante el recorrido se sucedían unos a otros los ritos, que amenazaban ser interminables. Ante cada árbol, matorral, pagoda o estanque sagrado, se hizo alto y se entonó un himno: el último, por cierto, ante una vaca sagrada. Todo esto de tal modo que, habiendo salido un poco antes de las seis de la mañana, eran ya las cuatro de la tarde cuando tornábamos a la casa de la novia, completamente extenuados, sobre todo

Miss X..., a la que le faltaba bien poco para quedarse dormida sobre un pie como las grullas. El cascarrabias del sikh hacía ya rato que marchara en compañía de Mr. Y... y del muljí, a quien el Coronel había puesto el mote de “el general mudo”. Nuestro respetable presidente sudaba a mares, y hasta el impasible Narayán menudeaba en sus bostezos y pedía auxilio a su abanico. El babú, en cambio, tan asombroso como siempre, tras haber caminado nueve horas bajo aquel sol de justicia y con la cabeza descubierta, parecía más fresco que nunca, sin que la más pequeña gota de sudor apareciese en su rostro moreno y lustroso. Enseñándonos su dentadura blanquísima a cada sonrisa, se burlaba de nosotros recitando pasajes de las *Bodas de Diamante*, de Steadman.

Ardiendo era deseos, sin embargo, de presenciar la ceremonia postrera, por virtud de la cual la mujer queda separada para siempre del mundo exterior, sacamos fuerzas de flaqueza, concentrando en aquélla toda nuestra atención.

Traídos ante el altar los novios, el brahmán oficiante les ligó sus manos con tallos de kus-kus y les ordenó dieran tres vueltas en torno del altar. Seguidamente el brahmán les desató y murmuró un *mantram*: el novio cogió en brazos a su diminuta consorte y con ella a cuestas dió otras tres vueltas en torno del ara. Tres vueltas más aún dió luego el novio solo, seguido por la novia a guisa de esclava sumisa, y terminadas las nueve vueltas colocaron a la novia en un sitial alto, junto a la entrada; trajo el novio una palangana con agua; se descalzó y después de lavarse los pies se los enjugó con la nudosa cabellera suelta de ella, costumbre que se nos dijo databa de las épocas más remotas. La madre del novio tornó asiento entonces a la diestra de éste; la novia, al punto, se arrodilló ante ella, y así que verificó idéntica operación de secarse los pies con los cabellos de su nuera, se retiró a casa. La madre de la novia, saliendo después de entre la muchedumbre, repitió a su vez la ceremonia del lavatorio, pero sin secarse los pies con los cabellos de su hija a guisa de toalla. Hecho todo esto, la joven pareja quedaba casada. Resonó una vez más la estrepitosa música, y medio sordos y molidos nos restituimos a nuestro alojamiento.



Al regresar a la tienda sorprendimos a nuestro akali en la mejor de su perorata predicada en honor del “general mudo” y de Mr. Y... para darles a conocer las ventajas de la religión sikh, sobre la de “los adoradores del demonio”, como él denominaba a la gente brahmánica.

Habíamos visto ya demasiadas cosas en aquel día y era además ya tarde para pensar en ir a las cuevas. Nos sentamos, pues, a descansar, oyendo al par las sabias palabras del “guerrero de Dios”, en las que tenía mucha razón, sin duda, porque ni el propio Satanás, en sus momentos más perversos, podría haber inventado nada más cruel e injusto que los refinamientos de tortura establecidos por esos “dos veces nacidos” para con el sexo débil. La viuda queda irremisiblemente condenada a una verdadera muerte civil aunque su desgracia la sobrevenga a los dos o tres años de edad. Los brahmanes no dan

importancia ni al hecho de que no se haya consumado el matrimonio, y consideran obligada a la mujer tan luego como se realiza la ya dicha inmolación del macho cabrío. El hombre, en cambio, no sólo puede tener varias esposas legítimas a un tiempo, sino que la ley le obliga a contraer nuevas nupcias si la esposa muere, aunque, en honor de la verdad debo añadir que, salvo algún vicioso rajá, no sé de hindú alguno que, aprovechando semejante ley, tenga más de una esposa.

En toda la India ortodoxa reina en nuestros días gran movimiento en favor de las segundas nupcias para las viudas. El movimiento le iniciaron en Bombay algunos reformadores rivales de los brahmanes. El muljí Taker Sing y otros, plantearon este problema hará unos diez años, pero hasta hoy sólo tres o cuatro hombres han tenido el atrevimiento de casarse con viudas. El movimiento de reforma es fuerte y tenaz, manteniéndose en secreto todavía.

Ínterin las cosas no cambien radicalmente, la suerte toda de las infelices viudas está en manos de los brahmanes. Tan pronto como ha ardido en la pira el cadáver de su esposo, la viuda habrá de raparse la cabeza hasta el fin de sus días; ha de arrojar en aquélla, después de hechos pedazos, todos sus collares, pendientes, anillos y brazaletes, y durante el resto de su vida no podrá vestir sino de blanco, si fuese veinticinco o más años menor que su difunto, y de rojo en el caso de menor diferencia de edad. Todo trato humano, incluso la visita a los templos y asistencia a sus ceremonias, la está prohibido y carece ya de todo derecho para dirigir la palabra a sus parientes ni comer con ellos, sino que ha de dormir, comer y trabajar aislada, por ser impuro su contacto durante siete años. El hombre que, al salir a sus negocios por la mañana, tropiece con una viuda, deja de hacer lo que proyectaba, porque se considera de pésimo agüero semejante encuentro.

Antaño no ocurría nada de esto, sino cuando alguna viuda rica rehuía el ser quemada con el cadáver de su marido; mas desde que se demostró que los brahmanes habían falsificado los Vedas con la criminal intención de alzarse con los bienes de las viudas, exigen éstos el cumplimiento íntegro del precepto, transformando así en regla general lo que antes era mera excepción de ella. Impotentes frente a la ley inglesa, se vengan tiranizando y explotando a las desvalidas viudas a quienes el Destino privó de sus naturales protectores.

Digno es de ser conocido, por tanto, el modo cómo el profesor Wilson demostró la falsificación cometida por los brahmanes en los *Vedas* para justificar la nefasta práctica de que las viudas se quemasen juntamente con el cadáver de sus esposos. Durante los largos siglos que estuvo en vigor tan infame costumbre, los brahmanes apelaban para tratar de justificarla a cierto texto védico, interpretado por el *Código del Manú*, y cuando la *East India Company* trató de suprimir la *suttee* o sacrificio de las viudas en la pira funeraria, toda la India, desde el Himâlaya al cabo Comorín, se alzó en airada protesta, bajo la sugestión y órdenes de los brahmanes, quienes se escudaban tras el solemne ofrecimiento hecho por aquella de “no mezclarse en los asuntos religiosos de la nación”. Nunca estuvo la India más “a dos dedos” de la revolución que entonces, y los ingleses, viendo la tempestad que se venía encima, renunciaron a sus propósitos

redentores. Entonces el profesor Wilson, el mejor sanscritista de su tiempo, no creyó, perdida la batalla y emprendió con ardor la busca y compulsión de los más antiguos manuscritos, llegando gradualmente a convencerse de que el precepto invocado por los brahmanes para defender la *suttee* no estaba, por de pronto, en los Vedas, y aunque aparecía, sí, en el Código del Manú, había que traducirle al modo como lo hicieron T. Colebrooke y otros orientalistas, pero tratar de convencer de su error a las fanatizadas gentes era, echar agua a la mar. Tomó, pues, Wilson a su cargo el comparar entrambas escrituras sagradas y he aquí el fruto que obtuvo de sus arduas investigaciones:

El *Rig- Veda* ordena al brahmán que haga situarse a la viuda al lado del cadáver y, después de practicar tales y cuales ritos, ha de acompañarle hasta junto a la pira funeraria, cantando el verso llamado del *Grhya-Sutra*, que dice:

“Mujer: ¡levántate! ¡Vuelve al mundo de los vivos, puesto que ya reposa tu marido durmiendo el sueño de los muertos! ¡Despierta, pues, de nuevo, que bastante tiempo has sido ya la fiel esposa de aquel que te hizo la madre de sus hijos!...”

Todos los que presenciaban la cremación del difunto tenían que frotarse los ojos con colirio, mientras los brahmanes les endilgaban este otro verso:

“Aproxímaos, casadas, con vuestros maridos respectivos, trayendo en vuestras manos manteca y glú y ataviadas con vuestras galas mejores, ALCANCEN LAS MADRES EL PRIMER SENO”.

Los brahmanes, con la más sutil perfidia, tergiversaron la penúltima línea del verso, del modo más traidor; aquella que, en sánscrito, decía:

“Arohantu janayo yonim agre...”

Como *yonim agre* significa literalmente “el primer seno”, los brahmanes cambiaron tan sólo una letra de la palabra *agre*, que quiere decir “primero”, “primordial”, en aquella lengua, escribiendo en su lugar *agneh*, que significa “del fuego”, con lo que ya se creyeron autorizados para enviar a las viudas todas al *yonim agneh*, o sea, al “seno del fuego”, y, por tanto, a la pira. Imposible es hallar un ejemplo más diabólico de impostura por toda la faz de la Tierra.

Los *Vedas* no autorizaron nunca la cremación de las infelices viudas; antes bien, existe un texto en el *Taittiriya-Aranyaka*, del *Chatur Veda*, donde se recomienda al hermano del muerto, o a su discípulo y, en su defecto, a todo amigo leal del mismo, que diga a la viuda mientras se prende fuego a la pira: “¡Levántate, mujer! ¡No yazgas por más tiempo junto al cadáver del que fué tu esposo!... ¡Vuelve al mundo de los vivos y cástate de nuevo con aquel que, asiéndote de la mano, quiera compartir su suerte con la tuya!”

Semejante pasaje indica bien a las claras que durante el período védico fueron legales las segundas nupcias. Además, en otros pasajes que nos mostró el swami Narayán, se disponía “que las viudas están obligadas a conservar las cenizas de sus maridos y

cumplir ciertos ritos funerarios en su honor durante algunos meses después de la muerte de éste”.

No obstante el escándalo producido por las estupendas revelaciones de Wilson y de ser así desenmascarados los brahmanes respecto de los *Vedas* y del *Código del Manú*, es tal el arraigo de la vieja superstición de la *suttee*, que todavía algunas mujeres, siempre que pueden escapar a la ley, se arrojan voluntariamente en la pira de sus maridos. Hace apenas dos años que las cuatro viudas de Yung Bahadur se obstinaron en ser quemadas. Verdad que allí no pudo intervenir el Gobierno británico, por ser territorio exento.

X

LAS CAVERNAS DE BAGH

A las cuatro de la mañana atravesarnos el Vagrey y el Girna, o séase los dioses-ríos Shiva y Pârvatî, dicho sea al uso del país. Estos divinos consortes, al ejemplo quizá de tantos mortales, ya estaban regañando, a pesar de lo temprano de la hora, y tan alborotados, que al chocar repetidas veces con el lecho del río, por poco no nos sumergen en las aguas y nos hace sentir el frío abrazo del dios y de su no menos irritada consorte.

Al modo de los demás hipogeos de la India, las cavernas de Bagh están talladas en el talud de la roca, cual si se hubiese hecho gala con ello de cuánto es capaz la tenacidad del hombre. Dado que la altura de los hipogeos no impide, a los tigres efectivos ni a los encantados, el meterse en ellos, diríase que sus arquitectos-ascetas no se propusieron más fin que el de exasperar a los infelices mortales que contemplasen las para ellos casi inaccesibles moradas. Para remontar hasta allí, empezamos subiendo setenta y dos escalones tallados en la roca, recubiertos de musgo y de plantas espinosas, y desgastados por los infinitos peregrinos que durante tantos siglos visitaron aquellos lugares. Las desigualdades de los peldaños, el agua de la roca que exudaba por ellos, nos hizo casi renegar de nuestros tan molestos gustos arqueológicos. No obstante, el babú, descalzándose de sus sandalias, echó a correr espinos arriba, cual si en lugar de pies hubiese tenido pezuña de cabra, al par que se burlaba de “la debilidad de los europeos”, con lo que se hacía nuestra ascensión aun más penosa.

Pero, ¡qué recompensados no nos sentimos luego que llegamos a la cima! Larga hilera de obscuras bocanas cuadradas de unos seis pies de lado se desarrollaba ante nuestros ojos, y, una vez dentro, quedamos sobrecogidos ante la sombría grandiosidad del solitario templo. Tras la cuadrada plataforma de la entrada se alzaba un pórtico cuyas rotas cornisas colgaban, amenazadoras, sobre nuestras cabezas. En las dos cámaras laterales se velan, respectivamente, la imagen de Ganesha y otra desmochada imposible de identificar. Encendidas las antorchas, penetramos resueltamente más adentro.

Un frío y húmedo hálito de tumba nos envolvía; el eco de nuestras palabras se prolongaba más y más por el ámbito de aquellas profundidades, hasta transformarlas en extraños aullidos. Estremecidos, comenzamos entonces a comunicarnos en voz baja nuestras impresiones, mientras que los porta antorchas se prosternaban exclamando

¡Devi!..., ¡Devi!, al comenzar su ferviente *pujâ*, en honor de la invisible diosa de las cuevas, en medio de las airadas protestas del *guerrero de Dios* y de Narayán.

Como el templo no recibe más luz que la de la puerta de entrada, dos terceras partes de él parecen, en su negrura, las fauces de un abismo. La nave central es espaciosísima, pues mide 84 pies de largo por 16 de altura. Veinticuatro pilastras a 6 por lado sostienen la techumbre, pilares absolutamente indispensables, porque sin ellos las bóvedas se hundirían bajo el peso del bloque montañoso que es mucho mayor que los de Karli y de Elefanta. El estilo arquitectónico de las pilastras corresponde a tres distintas épocas, por lo menos. Unas están estriadas y pasan insensiblemente desde la forma cilíndrica a la de prismas de 16, de 8 y de 4 caras. Otras carecían de todo adorno hasta el tercio de su base, y luego se van cubriendo gradualmente de labores hasta florecer en la altura con una exuberancia de tallados primorosa, que recuerda un tanto el orden corintio. Otros pilares, en fin, tienen base cuadrada y zócalo cilíndrico. El conjunto es de lo más grandioso y nunca visto, y Mr. Y..., arquitecto de profesión, no vaciló en asegurar que nada tan hermoso había admirado en su vida, y que no acertaba a explicarse qué clase de instrumentos habrían empleado sus tallistas para lograr tales maravillas de filigrana.

La tradición atribuye el hipogeo de Bagh, cual sus congéneres todos de la India, a los hermanos Pandúes, y aunque su origen remonta a los tiempos más antiguos, los arqueólogos europeos se obstinan en atribuirlos a los budhistas. Contra semejantes afirmaciones gratuitas de los sabios europeos, protesta toda la paleografía hindú. Para probar el error de éstos al creer budhistas tales templos, no tengo que esforzarme lo más mínimo. Baste decir que, aunque insistan en que los budhistas andando los tiempos se convirtieron de nuevo en adoradores de ídolos, su aserto está desmentido por la Historia. Los brahmanes, en efecto, comenzaron por perseguir de muerte y desterrar a los budhistas, precisamente porque éstos iban en contra de la idolatría de su época, y hasta las escasísimas comunidades budhistas que perduraron en el país y abandonaron las puras enseñanzas de Gautama Siddhârtha, tenidas por impías, no por eso se incorporaron al brahmanismo, sino que se fueron fundiendo gradualmente con los jainos. Resulta, pues, más lógico el suponer que si tropezamos con alguna estatua de Buddha entre los centenares de ídolos brahmánicos, ello se debe sólo a que la masa de los medio convertidos al budhismo añadieron un nuevo "dios Buda" a los demás dioses brahmánicos; opinión más razonable y lógica que no la de que los budhistas efectivos, pocos siglos antes y después de la Era cristiana se atrevieran, en abierta pugna con el espíritu del reformador Gautama, a llenar sus templos de ídolos. Las estatuas de Buddha se distinguen al primer golpe de vista de la multitud de los dioses brahmánicos, porque su actitud es siempre la misma, con la palma de su diestra en actitud de bendecir con dos dedos. Nosotros llevamos visitadas las *vihâras* más famosas de estos mal llamados templos budhistas, y jamás hemos tropezado con una estatua de Buddha que no datase de época posterior a la construcción del templo, y desconfiando de nuestro propio criterio, en todo caso pedimos su opinión a Mr. Y..., quien, según ya dije, es un arquitecto muy práctico. Siempre observó éste que mientras los ídolos brahmánicos concuerdan en estilo y conjunto con las pilastras y las demás

ornamentaciones de los hipogeos, el de Buddha se despegaba materialmente de todo el ambiente arquitectónico de éstos. De entre las 30 6 40 cuevas de Ellora, pictóricas de ídolos, solamente la denominada *Templo de las Tres Lokas*, no encierra sino esculturas de Buddha y de Ananda, su discípulo favorito. Por eso es la única vihâra también genuinamente budhista.

No pocos arqueólogos rusos disientirán de mi anterior opinión y me tratarán de ignorante y vanidosa. Para rechazar tamañas inculpaciones, aunque se apoyen ellas en autoridades como la de Fergusson, añadiré que este arquitecto excelente, cuanto mediano arqueólogo, se atrevió a decir “que todos los hipogeos de Kanari fueron contruidos del siglo V al X”, teoría que fué universalmente aceptada, hasta que el Dr. Bird halló cierta lámina de bronce en un *tope* de Kanara, donde en puro y clarísimo sánscrito se consignaba que el *tope* había sido erigido para conmemorar *el viejo templo*, a principios del año 245 de Sanwat, o Era astronómica hindú, fecha que, según Prinsep y el Dr. Stevenson, equivale al año 189 de la Era cristiana.

Resuelto quedaba, pues, que el *tope* no se había erigido en el segundo siglo de la Era cristiana, ni en el V ni menos en el X, que decía Fergusson, y que el templo por él recordado era ya *un viejo templo* en aquella fecha. No por ello se rindió a partido Fergusson, y afirmó con el mayor aplomo que “la edad de las ruinas no puede fijarse, a base de las inscripciones, sino mediante ciertos cánones y reglas arquitectónicas”, ¡descubiertas, por supuesto, por él mismo!... *Fiat hypothesis, ruat coelum...*

Tornemos a nuestro relato.

Fronteriza con la entrada, se abre otra puerta que conduce a una estancia ovalada, con pilares exagonales y ornamentaciones que albergan esculturas en mediano estado de conservación. Son diosas de diez pies de altura, y dioses de nueve pies. Mas dentro hay una segunda sala con un altar exagonal regular, de tres pies de lado y cobijado por una cúpula tallada en la viva roca. A semejante sitio está prohibida la entrada a todo aquel que no esté iniciado en los misterios de aquel verdadero *adytum*. En torno de dicha segunda estancia se abren 20 celdas monásticas.

Nos encontráramos absortos en el examen del altar de la antecámara de esta segunda estancia, y no nos dimos cuenta por ello de la ausencia de nuestro Coronel, hasta que le oímos gritar desde lejos:

–¡He hallado un pasadizo secreto!... ¡Venid, pronto, para que veamos dónde él conduce!

El Coronel, antorcha en mano y a gran distancia de nosotros, pugnaba vivamente por ir más allá. Sin embargo, cada cual se mostraba rehacio a obedecer, y por todos se encargó de responder el babú, gritándole a voz en cuello:

–Tened cuidado, Coronel... ¡Ese pasadizo conduce directamente a la madriguera de los tigres encantados! ¡Mucho ojo, pues!

Pero nuestro presidente, una vez lanzado en la senda de los descubrimientos, era imposible de refrenar y *volens nolens*, tuvimos que seguirle. En verdad, que había realizado todo un descubrimiento, pues que el cuadro más inesperado se presentó a nuestra vista al penetrar en la celda. Dos de los porta antorchas, rígidos cual verdaderas cariátides, nos hacían ver, como a cinco pies del suelo, dos piernas colgando, vestidas de blancos pantalones; lo restante del cuerpo del Coronel dejaba de verse por completo, y a no ser por el sacudir y el forcejear de dichas piernas para pasar, podría imaginarse que la cruel diosa de aquellos lugares le había partido por gala en dos, evaporándole de cintura arriba e incrustándole en la pared a guisa de trofeo, el resto.

–¿Qué le ocurre? ¿Dónde se mete? –le clamábamos, presa de grandísima inquietud.

Por toda respuesta, las piernas aquellas se agitaron de un modo más enérgico hasta que, al fin, desaparecieron por completo, agujero adentro, y entonces comenzamos a escuchar de nuevo la voz de nuestro amigo, cual si saliese a lo largo de un tubo. La voz seguía diciéndonos:

–¡Una habitación...; una celda secreta ... ; una hilera entera de habitaciones!...

Y un momento después, añadía:

–¡Mi antorcha se ha apagado! ¡Traedme otra antorcha y cerillas!

Aquello era menos fácil de hacer que de decir. Los porta antorchas, enloquecidos de terror, se negaban a entrar, y mientras Miss X... dirigía tristes miradas, ora al hollín del muro de subida, ora a su lindo traje de viaje, Mr. Y.... por su parte, en lugar de auxiliar a su jefe, se sentó tranquilamente sobre un tronco de pilastra y se puso a echar un cigarro, no lejos de aquéllos.

A poco advertimos en el muro algunos como escalones verticales, y en el suelo una gran piedra de traza tan extraña que nos asaltó la idea de que se trataba de algo de significación extraordinaria. El babú fué el primero en advertir semejante cosa, y dijo que para él resultaba indudable que aquella piedra ocultaba la entrada al “pasadizo secreto”. Nos agolpamos todos para examinarla con mayor detenimiento, y nos convencimos de que no parecía aquélla sino la continuación de la roca viva del pavimento, a pesar de lo cual un ojo experto no dejaba de notar huellas de labor humana, como correspondería a una losa movable y hasta con bisagra. Venía a medir el hueco por donde entrara el Coronel tres pies de longitud por apenas dos de anchura.

El ágil “guerrero de Dios” fué el primero en seguir las huellas del Coronel, agujero adentro. Como era de tanta estatura, al subirse sobre un trozo de pilastra, el agujero en cuestión casi le llegaba al pecho, por lo cual, le resultó facilísimo el paso hacia el piso superior. El babú, delgado y ágil, cual un simio, se le incorporó en seguida de un brinco, y entre él y el akali, tirando de mí hacia arriba, mientras que Narayán me empujaba desde abajo, lograron hacerme pasar también, a pesar de que la estrechez del agujero hubo de resultarme molestísima y de arañarme manos y cuerpo. Proclamo aquí en honor de aquellos héroes de Narayán y Ram–Rungit–Das, que, con su ayuda, pese a mi delicado organismo, me sentiría capaz de subir a los picos del Himâlaya. Miss X... subió

tras de mí, escoltada por el muljí; pero Mr. Y... prefirió no pasar de allí, y continuó chupando su tagarnina.

Medía la celda secreta de allá arriba unos doce pies de lado y, correspondiéndose verticalmente con el agujero inferior por donde habíamos entrado, vimos que se abría otro en el techo, pero esta vez sin lograr descubrir otra losa giratoria como la pasada. La estancia aquella estaba completamente vacía, si no se tienen en consideración las deformes arañas, tamañas como cangrejos, que la infestaban y que se sintieron locas de terror al verse sorprendidas en su retiro por nuestra inesperada visita. Así que corrían de aquí allá sin tino, cayendo sobre nuestras cabezas o metiéndose bajo nuestros pies, deslumbradas por la luz de las antorchas. Miss X..., nerviosa y excitada con aquellos bichos, los mataba a docenas, no sin protestas por parte de los cuatro hindúes. Ante las reconveniones de éstos la vieja solterona replicó:

–Yo os tenía, muljí, por un gran reformador; pero veo con lástima que no sois vos menos supersticioso que cualquier idólatra.

–¡Soy, ante todo y sobre todo, un hindú! –le contestó el interpelado–. Usted no ignora que el hindú considera como un pecado ante la Naturaleza y ante su conciencia el matar a un animal, aunque sea venenoso, que se declare en fuga ante la presencia del hombre, y las arañas, por otro lado, son absolutamente inofensivas.

–Acaso dice eso, porque se figura usted que, a su muerte, su alma transmigrará yendo a ocupar el cuerpo de uno de estos negros insectos –opuso Miss X... llena de sorda cólera.

–No digo tanto –contestó con gran sarcasmo el muljí–; pero sí añadido que si todas las señoritas inglesas son tan poco amables como lo es usted, preferiría al papel de inglés el de una araña negra.

Tan aguda y oportuna respuesta viniendo de un personaje tan silencioso y prudente como el taciturno muljí, nos cayó muy en gracia y soltamos a coro la carcajada. Miss X... con gran sorpresa nuestra, tomó, al vernos de aquel modo, el prudente partido de sepultar en su pecho su sorda irritación, y so pretexto de que comenzaba a sentir mareo, bajó para unirse con Mr. Y...

Había llegado a sernos tan odiosa, por su carácter, a todos los de la caravana, que ni uno solo la instó para disuadirla de su propósito.

Después trepamos por el segundo boquete, pero esta vez ya bajo la dirección de Narayán, quien acabó por revelarnos que semejantes lugares no eran nuevos para él, agregando que habitación tras habitación podía así llegarse hasta la cima de la montaña. Ya allí –continuó diciendo–, tuercen repentinamente y, descendiendo de un modo gradual, dan a un verdadero palacio subterráneo, que algunas veces sirve de morada a ciertos seres. Los raja-yoguis que desean alejarse del mundo por determinado tiempo pasando algunos días en el seno de la augusta soledad del tal palacio, se refugian en esta morada subterránea.

Al oír aquello el Coronel, lanzó de soslayo una mirada de cierta desconfianza ante las palabras de Narayán; pero no supo oponer nada a ellas

En cuanto a los demás hindúes, acogieron aquellas revelaciones con respetuoso silencio.

La siguiente celda era idéntica a la anterior, y como dimos pronto con el agujero correspondiente de su bóveda, alcanzamos fácilmente la otra pieza de por cima, y en ella nos sentamos un instante para tomar aliento. A poco, comencé a advertir que mi respiración se iba poniendo cada vez más penosa; pero no hice mención de ello a mis compañeros, quienes parecían tan serenos, atribuyéndolo al cansancio determinado por mi ascensión. El paso a la cuarta celda se hallaba casi obstruido por tierra y cascotes, y poniéndose mis compañeros a desembarazarle, en menos de veinte minutos pudimos vernos encaramados en aquella mansión.

Narayán había dicho verdad. Las estancias aquellas se sucedían verticalmente de tal modo que el techo de cada una no era sino el suelo de la siguiente. Aquella cuarta celda parecía estar ruinoso, y dos trozos de pilastra que yacían uno sobre otro, constituían un excelente escalón para ascender a la celda quinta. El Coronel, sin embargo, nos hizo hacer alto en ella diciendo que moderásemos nuestra ansiedad, pues había llegado el momento de echar “el cigarro del buen consejo”.

–Si Narayán no se equivoca –añadió–, es indudable que hasta mañana a estas horas no terminaríamos nuestra subida.

–No me equivoco en modo alguno –replicó Narayán, con el tono más solemne y categórico–. Mas, después de mi última visita a estos lugares, he tenido noticias de que algunos de los pasadizos de comunicación estaban obstruidos por los derrumbamientos, y que, si no recuerdo mal, nos resultará imposible subir más allá del piso vecino.

–En tal caso no debemos tratar de ir más lejos, porque si las ruinas han obstruido dichos conductos, podría resultarnos peligroso el forzarlos.

–Nunca se me ha dicho que semejante obstrucción sea obra de los agentes naturales, sino de *Ellos*...

–Pero, ¿quiénes son *Ellos*? exclamó intrigadísimo el Coronel ¿Acaso los tigres encantados

–¡Coronel! –replicó el hindú haciendo un supremo esfuerzo–, hablo muy en serio, y haría usted muy mal en tomar a broma mis manifestaciones.

–Compañero querido –rectificó el Coronel–: jamás ha sido mi propósito el decir ni hacer nada que pueda molestarle lo más mínimo. Me he limitado a preguntarle, porque no adivino a quién pueda usted referirse al decir tan misteriosamente *Ellos*.

–Me refiero a los miembros de la fraternidad... A los raja–yoguis, que muchos de ellos viven retirados aquí.

Al pronunciar Narayán estas palabras, advertimos a la dudosa luz de las medio consumidas teas, que sus labios temblaban y su faz tomaba una palidez cadavérica.

El Coronel tosió; limpió durante un rato sus lentes de oro, y en el ámbito de aquel recóndito lugar reino durante un rato el más solemne silencio.

–Mi queridísimo Narayán– dijo, al fin, el Coronel–. No puede, ni pasarme por las mientes, que pretenda usted abusar de nuestra credulidad lo más mínimo; pero tampoco puedo resignarme a creer lo que usted con tanto aplomo asevera, pues que ni a usted ni a ninguna criatura viviente le es posible habitar en un sitio donde el aire falte. Porque, os lo aseguro, acabo de observar que en estos recintos mismos no hay un solo murciélago, lo cual me demuestra que el aire está extraordinariamente enrarecido. ¡Mirad si no cuán pobremente alumbran nuestras teas! Si, pues, remontamos otro par de habitaciones como éstas, acabaremos por asfixiarnos.

–Pues no obstante todo ello, insisto en que digo la verdad pura y simplemente –continuó Narayán–. Las cuevas superiores están habitadas por *Ellos*. ¡Si, por *Ellos!*... ¡Los he visto yo, por mis propios ojos!

Ante tamaña firmeza, el Coronel quedóse pensativo, contemplando el techo, mientras que nosotros permanecemos silenciosos, respirando penosamente:

–¡Vámonos inmediatamente de aquí!– exclamó repentinamente el akali–. Mi nariz comienza a sangrar...

En aquel mismo instante sentí que me desvanecía y que me desplomaba redonda. Seguidamente me invadió una indescriptible sensación de paz y de calma, no obstante el tremendo latir de mis sienas. Sin saber cómo, me daba yo misma cuenta perfecta de que estaba desmayada y de que bien pronto moriría si no me sacaban afuera donde pudiese respirar aire puro. Me era imposible ni mover un dedo, ni articular el más débil sonido, y, no obstante, mi alma sentíase serena, llena de plácido sentimiento de reposo, en medio de la postración casi absoluta de mis sentidos, entre los cuales sólo el oído no me abandonó, por cuanto escuchaba con cristalizada atención el *insonoro silencio mortal* que se cernía en torno mío... ¿Es esto la muerte? –parecía preguntarme a mí misma.

Súbito experimenté la sensación de como si me echasen aire poderosas alas...

–¡Amables alas!; ¡Dulces y cariñosas alas! –fueron las palabras que dieron en pasar y repasar por mi embotado cerebro, con el isocronismo de un péndulo, al par que parecía reírme y poner en duda aquellas mis propias palabras...

Seguidamente experimenté la impresión cual si me sintiese alzada del suelo y como si en seguida me precipitase en el más pavoroso abismo, entre fragores de horrisona tempestad. De repente sentíme detenida en mi caída por una fuerte y poderosa voz que, más que oírla parecía *sentirla* en mi propio corazón: un algo que me salvaba del abismo: una voz amiga, en fin, que tantas otras veces había tenido la dicha de oír...

Quién me sacó desvanecida a lo largo de aquellos angustiosos pasadizos ni de qué forma, es cosa que permanecerá por siempre envuelto para mí en el misterio más profundo. Sólo sé, sí, que recuperé el conocimiento allá abajo, en la terraza, bajo el suavísimo soplo de una brisa fresca y tan de improviso como de improviso me había desmayado en el mefítico ambiente de la celda. La primera cosa en la que se posó mi extraviada vista fué en una poderosa figura vestida de blanco y cuya poblada barba negra como cuervo rajaput, se inclinaba ansiosamente sobre mi inanimado cuerpo. Bien pronto conocí, llena de regocijo, a nuestro sublime amigo el Takur Gulab–Lal–Sing, quien, habiéndonos dado su palabra de que se uniría a nosotros en las provincias del noroeste, aparecía repentinamente allí, en las cavernas de Bagh, cual caído de las nubes o brotado de las entrañas de la tierra.

Las exclamaciones de asombro ante tan peregrina aparición de nuestro excelso amigo cesaron, sin embargo, pronto, así como las naturales preguntas del caso, merced a mi estado de debilidad y a la lastimosa situación en que yacían también mis otros compañeros. La espantadiza Miss X... aproximaba a mi embotada nariz un frasco de sales volátiles. “El guerrero de Dios”, cubierto de sangre, no parecía sino que acababa de llegar de una gran batalla contra los afghanes, y más allá yacía el pobre muljí con una espantosa jaqueca. Por fortuna, el Coronel y Narayán sólo habían experimentado un ligero vértigo, y en cuanto al babú ni el propio ácido carbónico fué capaz de hacer mella en su maravilloso organismo bengalés. Dijo encontrarse perfectamente y con un hambre espantosa.

Tras el jaleo de tantas emociones y explicaciones mutuas acerca de lo acaecido, traté de reconstituir la escena toda de cuanto me había ocurrido en la cueva. Narayán me dijo que había caído desvanecida, y que él, con sus hercúleas fuerzas, me arrastró apresuradamente pasadizo abajo, mientras que en la celda obstruida de más arriba había resonado vibrante la voz poderosa de Gulab–Sing, gritando:

–¿Tumhare iba aneka kya kana ka? (¿Qué es lo que venís a buscar aquí?)

Y antes de que yo pudiese volver de mi espanto frente a semejante prodigio, el takur, deslizándose con gran presteza y no sé cómo, hasta donde nos encontrábamos, nos ordenó que hiciésemos pasar a la *bai* o *hermana* adonde él estaba. Semejante embutido de mi grueso y pesado cuerpo por la estrechura, y la descripción del procedimiento para ello seguido me hizo prorrumpir en una carcajada, sintiendo únicamente el no haber podido darme cuenta. Pasada así cual un tronco inerte, diéronse todos prisa a incorporarse al takur, más éste, obrando por sí, sin ajena ayuda, pero no sin dejarnos perplejos acerca del modo como lo efectuaba, cada vez que descendíamos penosísimamente de una a otra celda, ya Gulab–Sing había alcanzado la siguiente de más abajo, llevando a costas y solo mi pesada mole de carne. El Coronel, con su idiosincrasia de eterno observador de las menores nimiedades, jamás acertó a explicarse qué procedimiento pudo emplear el takur para deslizarse con mi cuerpo a costas a través de aquellos angustiosos agujeros.

–¡Es muy singular todo esto! –decía debatiéndose en un caos de confusiones–. No cabe en cabeza humana, por un lado que haya lanzado el inerte cuerpo pasadizo abajo sin estar antes preparado abajo para recibirle, pues que en tal caso a estas horas no tendría nuestra amiga un hueso sano, pero aun resulta más inconcebible el que, sí antes bajó Gulab–Sing para recibirla, hallase medio al mismo tiempo de empujarla desde arriba.

Semejante problema siguió largo rato dando inútiles vueltas en la mente de nuestro Coronel, hasta que se convenció de que era para él absolutamente insoluble, al modo de aquel otro de si fué antes el primer huevo o la gallina primera.

Gulab–Sing, por su parte, acosado por mil preguntas análogas, se evadía de ellas, diciendo no recordar con exactitud lo que en tan angustiosos momentos había acaecido, pues que sólo se preocupó de sacarme lo antes posible al exterior para que no muriese, y que como todos los compañeros se hallaban también presentes, acaso pudieron darse mejor cuenta que él mismo, supuesto que su única preocupación instintiva era la de aprovechar los instantes para evitar un desenlace funesto.

Todas estas cuestiones se suscitaron después en el transcurso del día, ya que durante los momentos subsiguientes a mi salvamento nadie se preocupó de otra cosa que del hecho concreto, increíble, del que el takur pudiese hallarse del modo más imposible por lo absurdo en aquel sitio preciso donde respirar no podría, y asimismo de dónde ni por dónde podría haber venido hasta allí sin ser visto. Sólo sabían, pues, que me habían encontrado tendida cuan larga era en la terraza, sobre una alfombra, con el takur atareado en hacerme volver de mi desvanecimiento y a Miss X..., con los ojos desmesuradamente abiertos, espantada ante la presencia de éste, cual si fuese uno de los fantasmas materializados “de que nos hablan los espiritistas”.

Convencidos quedamos con las sencillas palabras del takur. Se encontraba en Hardwar cuando el querido swami Dayanand nos escribió proponiendo fuésemos a su encuentro. Llegado a Kandua por el tren de Indore, visitó a Holkar, y al saber allí que nos hallábamos tan cerca, decidió incorporarse antes a nuestra comitiva. Llegando la tarde anterior a Bagh e informado de que proyectábamos venir a las cuevas aquella mañana, se nos adelantó y se puso sencillamente a esperarnos dentro.

–He aquí, pues, todo el misterio –terminó Gulab–Sing. –¡Todo el misterio! –murmuró el Coronel entre dientes.

–Sabíais de antemano, pues, que íbamos a descubrir las recónditas celdas, o que..

–No. No lo sabía –contestó el takur–. Simplemente se me ocurrió subir hasta ellas porque hacía ya mucho tiempo que no las visitaba, y como invertí en su examen demasiado tiempo, se me hizo tarde para salir a esperarles a la entrada del hipogeo como pensé en un principio.

–Probablemente el takur–sahib estaría disfrutando del fresco ambiente de las celdas –insinuó el pícaro babú enseñando, al sonreír, sus dos blancas hileras de dientes.

Nuestro presidente no pudo contener una exclamación de asombro.

–¡Exacto! –rugió–. Mentira parece que no se me haya ocurrido eso antes... Ya sabéis la imposibilidad de respirar que hay por cima de la celda en que se verificó nuestro encuentro... Por otra parte, ¿cómo os las arreglasteis para penetrar en la quinta celda estando obstruida toda comunicación con la precedente hasta donde llegamos nosotros.

–Otros pasadizos laterales conducen hasta ella también. Conozco todos los escapes de comunicación entre estas cuevas y puedo, como cada cual, elegir el camino que más me plazca –contestó Gulab–Sing al par que creí advertir que cambiaba con Narayán una mirada de inteligencia. –Pero, señores, es ya la hora de almorzar. El almuerzo nos espera en la cueva cuyo fresco ambiente nos ha de ser de gran provecho a todos.

En nuestro descenso, 20 ó 30 escalones hacia abajo de la terraza, hallamos otra cueva; mas el takur, temiendo nuevos percances, nos prohibió que entrásemos en ella, así que, bajando unos 200 peldaños en dirección a la base de la montaña, volvimos a subir un corto repecho y llegamos a lo que el babú denominaba pomposamente nuestro comedor. Dado mi carácter de *invalida mimosa* fuí conducida hasta allí en una sillita de manos que jamás olvido en mis excursiones.

Aquel otro templo era mucho menos tenebroso que el primero. A pesar de las indelebles huellas de decadencia que muestra, sus frescos están mejor conservados que los de aquél, y en los muros, techo, pilares destrozados y estancias a él contiguas, alumbradas por troneras en la viva roca, todavía se advierten restos de un poderoso estucado, que presta a la roca todas las apariencias del mármol y cuyo secreto sólo conocen hoy los habitantes de Madrás.

Cuatro sirvientes del takur, que ya nos eran conocidos del viaje anterior, salieron a recibirnos, saludándonos respetuosamente. Los manteles y alfombras estaban extendidos, y servido el almuerzo. Toda huella de la anterior intoxicación había desaparecido de nuestros cerebros, y nos recostamos para comer con el mejor de los apetitos. La conversación recayó muy pronto acerca del hardwalí Mela, a quien nuestro amigo, tan inesperadamente aparecido, había dejado hacía cinco días. Tan interesantísimas fueron las cosas que de él nos refirió Gulab–Sing, que me prometó ocuparme de relatarlas extensamente en la primera ocasión.

Pocas semanas después visitamos a Hardwar, y jamás olvidaré el pintoresco aspecto que desde el primer momento nos presentó, cual viva imagen del Paraíso.

Cada doce años, en aquel que denominan año de *Kumbha* los hindúes, entra el planeta Júpiter en la constelación de Acuario, determinando el momento más propicio para comenzar la feria y fiesta religiosa, según el día previamente fijado por los astrólogos de las pagodas. La festividad atrae a dicho lugar representantes de todas las sectas religiosas, desde príncipes y maha–rajás hasta el último faquir; los primeros, para continuar sus siempre interminables controversias religiosas, y los segundos, para zambullirse allí, en las propias fuentes del sagrado Ganges, en la hora propicia marcada por el curso de los astros.

Ganges es un nombre de río inventado por los europeos, pues los naturales le denominan *Gangâ*, asignándole, por tanto, sexo femenino. La *Gangâ*, pues, como debiera decirse, es sacrosanta para todo hindú, porque es la primera entre las diosas que alimentan la región, hija predilecta del anciano Himavat (los Himalayas), de cuyas mismas entrañas recónditas mana para la salvación del pueblo. De aquí la adoración rendida al río en el país y el carácter sacratísimo de la ciudad de Hardwar,alzada sobre sus fuentes mismas.

Hardwar equivale a “La Puerta del Dios–Sol” o de *Hari–dvâra*, y también *Gangâdvâra* o puerta del *Gangâ*. Aun cuenta con otro tercer nombre que es de *Kapela*, o mejor dicho *Kapila*, en honor de aquel asceta que virio a buscar su salvación en aquel sitio dejando eterna memoria de sus prodigios.

La ciudad ocupa el centro de un florido valle–paraiso al pie de la vertiente meridional del monte Sivalik, entre dos serranías. En el valle aquel, a 1.024 pies sobre el nivel del mar, pugnan a porfía la vegetación de la montaña con la tropical de la llanura, creando el rincón más maravilloso de toda la India. La ciudad, por su parte, es un ramillete de palacios con fantásticos torreones; antiguas *vihâras*, rudas fortalezas que, pintadas de colores como están, parecen desde lejos juguetes; pagodas con terrazas–miradores y colgantes balconillos, todo ello envuelto entre rosales, dalias, áloes, cactus en flor y mil otros árboles, plantas y arbustos que amenazan sepultarlo todo bajo su florido manto de verduras. Los cimientos graníticos de no pocos edificios parecen brotar del río mismo de tal modo, que le rodean las aguas de éste durante cuatro meses, y tras la alegre aglomeración de casitas y palacios escalonados ladera arriba, destácanse soberbios templos, más blancos que la nieve. Algunos son bajos, con gruesos muros; amplias naves laterales y áureas cúpulas. Otros terminan en punta sus altos alminares, y tan extraña es su arquitectura, que nada semejante a ellos puede encontrarse por el mundo. Diríase que los propios genios de la montaña los habían construido en sus misteriosas regiones del ensueño y los habían depositado blandamente luego, por mágicas artes, desde sus níveas mansiones de la altura sobre aquellas faldas de la montaña, para que ésta, cual madre cariñosa, pudiera contemplar, tras ellas, su propia imagen reflejada en las sagradas ondas del río nacido de su purísima entraña.

En aquellos sitios todavía no ha sido manchado el río por los pecados y suciedades de sus infinitos adoradores. El helado abrazo de sus aguas divinas los deja purificado en su paso hacia el mar a través de la abrasada llanura del Indostán, y solamente 348 millas más abajo, al cruzar por la comarca de Campore, empiezan a tornarse densas y oscuras sus aguas, para remedar, ya cerca de Benarés la santa, una especie de puré de guisantes con pimienta.

–¿Por qué, pues, el *Ganges* está puro y transparente en los lugares poco poblados, mientras que en Benarés, especialmente al caer la tarde, parece una fangosa masa?

–¡Ah, señores! –respondió tristemente. No está sucio el gran río por las inmundicias de nuestros cuerpos, como ustedes piensan, sino por la negrura de nuestros pecados que, con sus aguas, lavan los devas (dioses)...y el oprobio de sus hijos. Tristes y sombríos son

los sentimientos de éstos, cuando tratan en vano de disimular sus sufrimientos, ahogar sus penas, sus humillaciones, su desesperación y su oprobio, viéndose desamparados. Tal ha sido su destino durante muchas de las pasadas centurias. Por eso las aguas del río se han transformado en ondas de negra bilis. Malditas y envenenadas están las dichas aguas, pero no por causas físicas. Ellas que son nuestra primitiva Madre, habrán de hacernos resurgir, sin embargo, algún día, de la degradación en que yacemos en esta Edad Negra.

La triste y poética elegía de aquel hombre nos hizo sentir hacia él profunda simpatía. Pero, a pesar de ella, nos era imposible admitir la posibilidad de que afectar pudiera a las límpidas aguas del Ganges el dolor de sus hijos. En Hardwar las aguas del Ganges son de intensa coloración azul marino y ellas cursan murmurando alegremente y entonan un himno a las maravillas sin cuento que contemplan por sus caminos del Himâlaya. El hermoso río es el más grande y más puro de los dioses ante los ojos de los hindúes; recibiendo de ellos, en Hardwar por ejemplo, honores divinos. En el Harica–Paira, o *escalón de Vishnú*, cerca de Mela, se celebra en cierto mes, cada doce años, una peregrinación muy famosa. El peregrino que consiga entonces sumergirse el primero en el río, y en el día, hora y momento señalado, no sólo expía sus pecados todos, sino que, a más, se libra de todos sus sufrimientos corporales. El celoso interés de cada peregrino en sumergirse antes que nadie es tal, que, aglomerándose todos hacia el estrecho tablón destinado para arrojarse al agua, no había peregrinación que no costase unos cientos de vidas, razón por la cual, en 1819, la “The East India Company” mandó que aquel antiguo artificio fuese destruido y se construyera en su lugar un paso de acceso de cien pies de ancho, con sesenta peldaños, hasta la ribera.

Al tenor de los cómputos brahmánicos, el mes en que las aguas del Ganges son más saludables es el llamado Chaitra, del 12 de marzo al 10 de abril. Pero lo peor del caso es que las aguas están en el *sumum* de su bondad solamente en el primer momento de cierta hora propicia, indicada por los brahmanes, la cual, en ocasiones, coincide con la media noche y es fácil de imaginar, por tanto, lo que acontece, cuando tal instante llega, entre una muchedumbre compacta que excede de dos millones de almas. Más de cuatrocientas personas perecieron aplastadas en 1819, y aun después de construída la nueva escalinata no ha dejado de acarrear en su sagrada onda el *Ganga* glorioso, mutilados cadáveres de sus adoradores. Nadie siente piedad hacia los abogados, quienes son envidiados, por el contrario, pues que imaginan que todo aquel que reciba la muerte durante el baño purificador puede estar seguro de ir derecho al Swarga, o sea al cielo. Las dos fraternidades rivales de *sannyasis* y *bairagis* tuvieron, en 1760, una descomunal batalla en el sagrado día de *Purbi*, es decir, en el último día de aquella festividad religiosa. Los *bairagis* fueron vencidos, y degollados nada menos que diez y ocho mil creyentes.

–En 1796 –decía con jactancia nuestro belicoso amigo el *akali*– los peregrinos del *Punjab*, que eran todos *sikhs*, deseando castigar la insolencia de los *hossains*, inmolaron a unos quinientos de estos paganos. Mi propio abuelo tomó parte en la pelea.

Posteriormente hemos tenido ocasión de comprobar estos asertos en toda su exactitud consultando la *Gaceta de India y el God's Narrior*.

En 1879, sin embargo, nadie fué ahogado ni aplastado; pero, en cambio, estalló una tremenda epidemia colérica. Vimonos, pues, altamente disgustados con tamaño contratiempo y, a pesar de nuestra impaciencia por ver a Hardwar, tuvimos que mantenernos a distancia, Impotentes para admirar por nuestros propios ojos las lejanas cimas del Himavat, hubimos de contentarnos con lo que acerca de él pudimos oír a otras personas conversando largamente con ellas mientras nos desayunábamos en el exterior de la cueva.

Nuestra conversación fué aun más importante que grata, en espera de partir con Ram-Runjit-Das, que iba camino de Bombay. El digno *sikh*, que partía para Europa, después de estrechar nuestra mano entre las suyas, alzó sereno su diestra y nos bendijo, según costumbre de todos los secuaces de Nânaka, pero cuando se aproximó al takur para despedirse de él, el aspecto de este último cambió tan intensamente que todos hubimos de apercibirnos de ello. El takur estaba sentado en tierra, apoyado en una montura que le servía de cojinete. El akali no hizo el más leve ademán de bendecirle ni de darle la mano. La fiera expresión de la cara del takur, tornóse en rara confusión y en humildad suplicante que contrastaba grandemente con su tono de suficiencia y su habitual prestancia. El gallardo *sikh* arrodillóse delante del takur, y en lugar del consabido, “¡Namaste!”, (¡Yo te saludo!), murmuró reverente, cual si se dirigiese al propio Gurú del *Golden-Lake* o “Lago de Oro”: “-Soy vuestro siervo Sadhu-Sahib... ¡Otorgadme, pues, vuestra bendición clemente!

Nos asaltó a todos ante aquella escena cierto malestar y disgusto, cual si nos hubiésemos hecho culpables de alguna indiscreción, pero la faz del misterioso rajput permaneció tan tranquila e impasible como de costumbre. El rajput, antes de aquella escena, había permanecido contemplando el río, y poco a poco fué tornando sus ojos hacia el akali, que yacía de hinojos ante él. Tocó entonces la cabeza del *sikh* con su dedo índice y luego se levantó, como queriendo indicarnos que se hacía tarde y había llegado la hora de partir.

Volvimos a nuestro carruaje y caminamos muy despacio, merced a la profunda capa de arena que cubría aquellos parajes, y el takur nos siguió a caballo durante toda la travesía, contándonos las épicas leyendas de Hardwar y de Rajistán; las hazañas de Hari-Kulas, el heroico príncipe de raza solar, pues que *Hari* significa *sol* y *Kula* linaje o familia. Algunos de los actuales príncipes rajputanos pertenecen a esta dinastía, y el Maharanas de Oodeypur está singularmente orgulloso de semejante abolengo astronómico.

El dicho nombre de Hari-Kula ha inducido a varios orientalistas a formular la hipótesis de que un miembro de esta familia solar emigró a Egipto en la remotísima época de las primeras dinastías faraónicas y de los aborígenes griegos, llevando consigo su propio nombre y tradiciones, que pronto dieron lugar a las leyendas de su mitológico Hércules. Se cree, en efecto, que los antiguos egipcios adoraban la efigie de este semidios bajo el

nombre de *Hari-Mukh*, o sea “el sol en el horizonte”. En la cadena de montañas que limita por el norte a Kashmir, hay una enhiesta y enorme cima, a trece mil pies sobre el nivel del mar, que semeja una cabeza humana y lleva el nombre de *Hari-Mukh*. Este nombre, asimismo, está incluido en el más antiguo de los Puranas. Además, la tradición popular considera dicha cabeza de piedra del Himâlaya, como la propia imagen del sol en el ocaso.

¿Es posible, por tanto, que todas estas coincidencias sean puramente casuales? ¿Por qué, pues, no las prestan la debida atención nuestros orientalistas? Tan rico terreno brindado a futuras investigaciones bien merecería que, por lo menos, se tratase de comprobar el hecho de que ambos países, el Egipto y la India, tuvieron también su *vaca sagrada*, sintiendo los antiguos egipcios, igual que los modernos hindúes, el mismo horror religioso a dar muerte a ciertos animales.

XI

UNA ISLA MISTERIOSA

Caminaba nuestra comitiva, al declinar la tarde, bajo los árboles de una selva virgen, y al llegar, poco después, a un extenso lago abandonamos los carruajes. La ribera del lago estaba llena de cañaverales, pero no unos cañaverales como los de Europa, sino más bien como aquellos otros que encontraría acaso Gulliver en sus viajes por Brobdingnag. Aquellos ámbitos estaban absolutamente desiertos; sin embargo, alcanzamos a ver un esquife amarrado en la orilla, y como teníamos hora y media de día aún, nos sentamos tranquilamente sobre unos desmoronados pedruscos para disfrutar de panorama tan espléndido, mientras que los sirvientes del takur trasladaban nuestros equipajes hasta la barcaza, Míster Y..., encantado con el paisaje, sacó sus trebejos, disponiéndose a pintarlo.

–No se apresure tanto a copiar este paisaje –interrumpió donde el panorama es aún más encantador. Además podemos pasar allí la noche y la mañana próximas.

–De ningún modo –replicó Mr. Y.. abriendo su caja de colores–. Temo que antes de una hora me falte la luz y que mañana tengamos que partir demasiado pronto.

–¡Oh, no! No es necesario partir tan temprano. Hasta la entrada de la tarde podremos permanecer todavía en la isla, pues desde aquí hasta la estación de ferrocarril más próxima sólo hay tres horas de camino, y el tren no sale para Jubbulpore hasta las ocho de la noche. Sepa usted –añadió el takur con su acostumbrada e indefinible sonrisa– que pienso obsequiarle hoy con un concierto, pues esta misma noche ya usted a ser testigo de un fenómeno natural, típico de esta isla, fenómeno cuya extrañeza no acertaría a ponderarle.

Al oír estas frases todos prestamos oído atento, presas de viva curiosidad.

–¿Conoce usted lo bastante esa isla para considerarla digna efectivamente de nuestra visita? –preguntó el Coronel–. ¿Por qué no pasar mejor la noche aquí, donde reina tan deliciosa frescura y donde...?

–¿Donde la selva oculta un verdadero enjambre de juguetones leopardos y donde los cañaverales albergan con toda comodidad múltiples especies de serpientes, iba usted a añadir, mi querido Coronel? –interrumpió el babú, haciendo una cómica mueca–. Sin duda admirará usted y habrá de alegrarle compañía semejante... ¡Mire! ¡Ahí está a nuestra vista toda una ilustre familia: padres, hijos, parientes y hasta la suegra!

Miss X... miró en la dirección indicada al par por el babú, y lanzó un penetrante grito que despertó todos los dormidos ecos de la selva. A tres pasos, en efecto, de ella veíanse hasta cantidad de cuarenta serpientes, grandes y pequeñas, quienes se solazaban dando saltos, irguiéndose sobre sus colas, entrelazándose y presentando ante nuestros espantados ojos un paradisíaco ejemplo de completa inocencia y de satisfacción primitiva. A Miss X... la fué imposible permanecer allí más tiempo, y partió como una flecha a refugiarse en el carruaje, desde donde siguió mostrándonos su pálida y aterrada faz. El takur, que se había instalado cómodamente al lado de Mr. Y... para vigilar los progresos de su pintura, dejó su asiento y púsose a mirar con atención al peligroso grupo fumando tranquilamente su *gargari* o *rajput-narghile*, diciendo:

–Si sigue usted chillando diez minutos más logrará atraer en torno nuestro a cuantos animales feroces pululan por el bosque. Sigan, les ruego, tranquilos todos, pues de ellos nada tienen que temer si no excitan a ningún animal. Lo más probable es que hasta huyan.

Al mismo tiempo que esto decía, el takur trazó en el aire con su pipa una especie de arco en dirección del grupo de serpientes. Una bomba que hubiese estallado en medio de ellas no las habría producido más atroz efecto. Toda aquella masa viviente de ofidios miró por un momento, atolondrada, desapareciendo instantáneamente entre las cañas al par que silbaban pavorosas, armando formidable estrépito por entre la hojarasca.

–¡Esto es puro mesmerismo! –exclamó el Coronel, para quien no había pasado inadvertido ni un gesto solo del takur-. ¿Qué es lo que ha hecho y dónde ha podido aprender tamaña ciencia, Gulab-Sing?

–Nada de mesmerismo ni de ciencia, Coronel –replicó con viveza el interpelado-. Nada sino que el grupo de reptiles hubo de asustarse ante el rápido movimiento de mi pipa. Lo que he hecho, repito, nada tiene que ver con la novísima y sugestiva palabra “mesmerismo” con la que ustedes los europeos pretenden abarcar aquellos fenómenos que nosotros los hindúes llamamos *vashikarana vidyâ*: el arte de encantar a personas y a animales por el mero poder de la voluntad.

–De todos modos, no me niegue que usted ha estudiado tal ciencia y que posee sus secretos.

–Desde luego que no lo niego. Todos los hindúes de mi secta están entregados al estudio de los misterios de la Fisiología y la Psicología, entre otros mil secretos que nos han legado nuestros antecesores, pero, le repito, lo que ha ocurrido nada tiene que ver con esto; y yo, mi querido Coronel –añadió con plácida sonrisa-, estoy verdaderamente avergonzado, porque es indudable que, después de cuantas fantasías acerca de mí y a mis espaldas ha tenido a bien contarle Narayán, es indudable que se siente usted inclinado a mirar todos mis actos, aun los más sencillos, bajo el prisma de un alto misticismo.

Al par que así decía, el takur miré a Narayán, sentado a sus pies con una sonrisa mezclada de reproche y de ternura. El gigantesco dekantiano bajó humildemente los ojos y continuó en silencio.

–Está usted en lo cierto –contestó distraídamente Mr. Y... mientras se ocupaba en sus aperos de dibujo–: Narayán ve en usted, algo semejante a su dios Shiva, casi a Parabrahman. ¿Quién puede dudarle, ya que él nos aseveró con todo aplomo, cuando estábamos en Nassik, que los raja–yoguis (usted entre ellos, aunque yo no acierte a definir qué sea un raja–yogui) pueden sugestionar a cualquiera, haciéndole ver, en determinado momento, no lo que tiene ante su vista, sino aquello otro que sólo existe en la imaginación del yogui. A este fenómeno se le llama *maya*, si no recuerdo mal... Mas todo esto nos lleva demasiado lejos.

–Por supuesto que su propia incredulidad le llevó a sonreírse ante la actitud de Narayán –insinuó el takur, mientras sondaba con su mirada las profundidades verde–obscuras del lago.

–En parte, sí, y en parte, no –replicó Mr. Y..., embebecido ya en la tarea de su cuadro y sumido en el momento más interesante de su pintura–. Confesar debo que en tales cuestiones soy demasíadamente escéptico.

–Y yo –dijo el Coronel–, yo, que conozco a fondo a Míster Y..., puedo añadir, por mi parte, que cuando le acontece alguno de esos fenómenos puramente personales y que no tienen réplica, preferiría, como el doctor Carpenter, antes dudar de sus propios ojos que creer en aquello mismo que esté viendo.

–Tal vez exagera usted –respondió Mr. Y...–; pero convengo en que hay algo de verdad en lo que afirma. Acaso porque no me haya visto en trances adecuados, me acontece eso. Si yo llegara a ver algo que no existiese, o que existiese sólo para mí, lógicamente estaba obligado a ponerlo en duda. Sin embargo, por reales que semejantes visiones fuesen, antes de dar asenso a la materialidad o realidad de una alucinación, siento que me vería forzado a dudar de mis propios sentidos y hasta de mi salud misma. Además, todo esto es obscuro y complejo, y si yo tratase de admitir la creencia en la realidad de una cosa que yo únicamente viese, ello implicaría también la admisión de alguna otra entidad, interrumpiendo y dominando al par mis nervios ópticos y mi cerebro.

–Gentes hay, sin embargo, que no dudan ya, porque han tenido pruebas auténticas, de que semejantes fenómenos existen realmente– observó el takur en cariñoso tono protector que mostraba bien a las claras que no tenía el menor interés en insistir en el asunto.

No obstante, sus observaciones aumentaban la excitación de Mr. Y...

–¿Que hay gentes que no dudan? –replicó éste–. Bien; pero, ¿qué prueba ello? A su lado hay otro número igual de gentes que creen en la materialización de los espíritus; mas yo creo que usted tendrá la bondad de no incluirme entre ellos.

–¿No cree usted en el magnetismo animal?

–Creo en él, hasta cierto punto. Una persona, por ejemplo, que sufra una enfermedad contagiosa, puede, sin duda, influenciar a otra sana, poniéndola enferma a su vez. Por tanto, puedo suponer, asimismo, que otra, pletórica de vida, puede afectar

saludablemente a la persona enferma, curándola. No obstante, entre la influencia mesmérica y el contagio fisiológico media un abismo, y no me siento inclinado a cruzar tamaño abismo por el camino de la fe ciega. Posible es que haya momentos de transmisión de pensamiento en casos como los de trance, epilepsia y sonambulismo. No lo niego de un modo absoluto; pero tengo acerca de ello numerosas dudas. Los *médiums* y clarividentes constituyen, por regla general, un grupo de enfermos, y yo le apuesto a usted lo que quiera a que un hombre sano, en perfectas condiciones de normalidad, no puede ser influenciado por la prestidigitación de un mesmerista. ¡Me gustaría, le aseguro, tropezar con un raja-yogui capaz de inducirme a obedecerle!

–Creo, querido compañero, que no debería usted hablar tan temerariamente...

–¿Que no debería? No teme usted en consideración lo que es pura jactancia por mi parte. Sólo, sí, le garantizo el fracaso de quien conmigo lo intentase, ya que muchos y renombrados mesmerizadores europeos han probado su habilidad conmigo, sin que hayan obtenido el resultado más ínfimo, y por eso desafío a cualquiera a que repita la prueba, seguro de su fracaso. Aparte de esto, ¿cómo un indo raja-yogui habría de lograr éxito allí donde los más expertos mesmerizadores occidentales no lograsen nada?... Yo no sé hasta qué punto...

Míster Y... iba excitándose por momentos, hasta que el takur, comprendiéndolo, abandonó el tema y habló de otros asuntos. Yo, por mi parte, me siento inclinada a volver sobre el particular, formulando algunas explicaciones complementarias.

Ninguno de los de nuestra caravana, exceptuando a Miss X... podía ser tachado de espiritista, y menos que nadie Mr. Y... jamás nosotros, como teosofistas, habíamos tenido la humorada de creer en las almas desencarnadas, aunque admitiéramos, por otra parte, la posibilidad de muchos de los fenómenos mediumnísticos que explicamos por causas bien distintas de las que creen los partidarios del espiritismo. Rechazamos, en efecto y desde luego, la presencia real y la intervención de los espíritus en los denominados fenómenos de los espiritistas, pero creemos firmemente en el *Espiritu viviente del Hombre*, en su omnipotencia y en sus naturales, aunque hoy latentes capacidades. También sostenemos que cuando el espíritu está encarnado en este mundo, su divina Chispa puede yacer como ahogada si no está lo debidamente atendida por una conducta virtuosa y si la vida que el hombre haga le lleva a condiciones desfavorables e inadecuadas, como acontecer suele, por desgracia. Los seres humanos pueden, creemos, por otra parte, llegar a desenvolver sus poderes espirituales latentes, y por tanto, que, si esto sucede, ningún fenómeno, por estupendo que sea, habrá ya de resultarles imposible a sus voluntades así emancipadas, con las que les sería dable el producir hechos y cosas que a los ojos de los no iniciados podría resultar más maravilloso que las propias formas materializadas de los espiritistas. Si una adecuada preparación o gimnasia puede decuplicar en los atletas el vigor muscular corriente, ¿por qué otra adecuada gimnasia moral semejante no ha de poder agigantar el vigor ético? Contamos con sobradas razones, además, para afirmar que el secreto de esta adecuada soltura y maestría, no obstante ser desconocida y hasta negada por fisiólogos y

psicólogos europeos, es conocidísima en ciertos lugares de la India, donde su posesión y monopolio es hereditario entre muy contados individuos.

Míster Y... era novicio en nuestra Sociedad y por ello miraba con desconfianza tamaños fenómenos, atribuyéndolos a mesmerismo. Alumno del Real Instituto de Arquitectos británicos, salió de este Centro, no sólo con medalla de oro, sino también con un terrible fondo de escepticismo que le hacía desconfiar por sistema de cuanto no fuesen *puras matemáticas*, tanto que no había prodigio capaz de arrancarle de su escepticismo, tratando de convencerle respecto a la existencia de cosas que para él no podían ser sino meras fábulas y logogrifos.

Volvamos, pues, a nuestro relato.

El babú y el muljí nos dejaron para ayudar a los sirvientes al traslado de los equipajes a la barcaza, mientras que el resto de la partida había permanecido quieto y silencioso. El Coronel, muellemente tendido en la arena, se entretenía tirando al agua piedrecitas. Narayán, sentado e inmóvil, con sus manos rodeando sus rodillas, yacía sumergido, como de costumbre, en la muda contemplación de su maestro Gulab–Sing, mientras que el señor Y... seguía pintando febrilmente y levantando de cuando en cuando su cabeza para echar ojeadas sobre la orilla frontera, al par que fruncía el ceño, presa como de viva preocupación. El takur continuaba fumando tranquilo, y yo, desde mi silla de mano, contemplaba distraídamente cuanto me rodeaba, hasta que mi mirada hubo de posarse en los ojos de Gulab–Sing, en los que al punto quedé presa por arte mágica.

–¿Quién es y qué es este enigmático hindú?–me preguntaba intrigada y confusa–. ¿Qué hombre es éste cuyo ser se oculta tras personalidades tan distintas: la una exterior, con la que se relaciona con los extraños, con el mundo en general, y la otra interna, espiritual, nobilísima, que sólo revela a unos cuantos elegidos e íntimos amigos? Pero, aún estos mismos, ¿saben a cerca de su verdadera naturaleza mucho más que el resto de las gentes? ¿Y qué es lo que de él saben, por ventura?... Ellos, en verdad, ven en él tan sólo un hindú que difiere muy poco de los demás indígenas educados, salvo en su completo desprecio hacia los convencionalismos sociales que rigen en la India desde remotos tiempos, cuanto de los que después ha introducido en la India la civilización occidental... ¡Esto es todo, a menos que añadamos que su personalidad es conocida en la India central como la de un hombre adinerado; un takur o jefe de tribu, –un Rajâ, entre los cientos de rajâs, sus similares! Además, es un leal amigo nuestro que nos deparó protección durante nuestro viaje y se ha prestado siempre a servirnos de generoso intermediario para con los desconfiados e incommunicativos hindúes. Nosotros, en verdad, no sabemos acerca de él sino lo que dicho queda. Cierto que sobre su verdadera naturaleza yo sé bastante más que los demás; pero lo poco que en resumen sé de él es tan inusitado, tan extraño, que más podría tomarse por fantasía que por realidad y he jurado guardar silencio acerca de ello.

Hace ya largo tiempo, más de veintisiete años, encontré a Gulab–Sing en Inglaterra, en casa de un extranjero adonde había ido en compañía de cierto príncipe destronado. Nuestras relaciones entonces se limitaron a dos meras conversaciones, cuya gravedad,

extrañeza y altura, me produjeron la más honda impresión, pero cuyo contenido, igual que tantas otras cosas, yacen en el olvido del Leteo. Siete años hace Gulab–Sing me escribió a América, recordándome nuestra conversación de antaño y asimismo cierta promesa que le hice. Ahora volvíamos a encontrarnos en la India, su país natal, y aseguro que, a pesar del largo tiempo transcurrido, no había cambiado su aspecto lo más mínimo. Yo era por entonces muy joven, y mi aspecto físico concordaba con mi edad cuando le viese la primera vez en Inglaterra, pero después los años han hecho de mí una vieja. En cambio, hace, repito, veintisiete años, él representaba ser un hombre como de unos treinta, y hoy, como si el tiempo fuese impotente contra él, parece no tener sino la misma edad. En Inglaterra, su notable belleza, especialmente su elevada estatura, así como el haberse negado a ser presentado a la reina –honor que muchos altos hindúes han solicitado, haciendo aún un viaje exclusivamente para ello–, atrajeron sobre él la atención del público y de la Prensa. Los periodistas de aquel tiempo en que la influencia de Byron era grande todavía, llegaron a ocuparse del “selvático rajaput”, sin dar tregua a sus plumas, llamándole “el *rajâ–misántropo*” y “el *Príncipe Jalma–Samsón*”, e inventando fábulas acerca de él todo el tiempo que permaneció en Inglaterra. Esto, no hay que decir que producía en mí curiosidad devoradora y que absorbía mis pensamientos de tal modo, que llegaba hasta olvidarme de cuanto me rodeaba, haciéndome mirar a Gulab–Sing con igual veneración que Narayán.

Contemplaba yo, en efecto, aquel notabilísimo rostro de Gulab–Sing con mezcla de miedo y de entusiasta admiración. Agolpábanse al par en mi mente los recuerdos de la inexplicable muerte del tigre de Karli; mi milagrosa salvación en la cripta de Bagh, pocas horas hacía, y mil otros incidentes demasiado numerosos para ser al detalle relatados. Desde que se nos había aparecido tan extrañamente aquella mañana, ¡qué de ideas maravillosas y cuántos misteriosos sucesos y enigmas no evocaba en nuestra memoria su gallarda presencia! El círculo mágico de mi inquieto pensamiento dilatábase con ello más y más, hasta perderse en un dédalo de cavilaciones y dilatarse hasta lo indefinible... –¿Qué significa todo esto? –exclamaba en mi interior, tratando de recobrar el dominio de mi mente y de dar forma concreta a mis meditaciones–. ¿Quién es este ser que viese yo hace tantos años con la plena lozanía de la juventud y que hoy torno a ver tan alegre y tan lleno de vida como antaño, pero más austero y aún más incomprensible? ¿Será, acaso, un hermano menor, un hijo, quizá, de aquel que vi?– me decía en mi soliloquio, tratando, en vano, de aquietar mis dudas–. ¡No! –acababa siempre por decirme–. Es él en persona; es su cara misma, con la cicatriz de siempre en su sien izquierda, que yo le viese hace veintisiete años, pero sin una arruga en esas sus admirables facciones clásicas; sin una cana en esa su abundante y negrísima cabellera de azabache, y con su inveterada expresión de la más perfecta, la más incommovible tranquilidad de viviente estatua de bronce, en los momentos de silencio. ¡Sublime expresión, maravilloso rostro de esfinge ...!

–¡La comparación no es muy brillante, que digamos, mi buena amiga! –exclamó el takur, interrumpiendo mis contemplaciones, y su voz, al dirigirme la palabra vibraba jovial y cariñosa, mientras que un estremecimiento nervioso cabrilleaba por todo mi cuerpo, sonrojándome como una colegiala. –La comparación es tan inexacta, digo, que

peca contra el rigor histórico nada menos que en dos puntos importantísimos, a saber: primero, que la Esfinge es un león, aunque yo león sea por mi sobrenombre de *Sing*, segundo, que la Esfinge es mujer, al mismo tiempo que león alado, y el Rajaput Sinhas jamás tuvo nada de afeminado. Además, la Esfinge hija fué de la Quimera o Echidna, la cual ni era hermosa ni era buena. Por todo esto, repito, bien pudiera usted haber escogido una comparación más agradable para mi amor propio y de alguna mayor exactitud!

Quedéme suspensa de las palabras de Gulab–Sing, mientras que éste daba rienda suelta a su buen humor, sin lograr sacarme de mi asombro.

–¿Me permite usted que le dé un consejo? –continuó, ya más en serio, Gulab–Sing–. El día que este mi enigma se solucione, el rajaput–esfinge no buscará, no, la muerte en las ondas del mar, pero, ¡créame!, tampoco beneficiará grandemente al Edipo ruso. Ya sabe usted, pues, todo cuanto hoy puede saber. Lo demás déjelo tranquilamente a su propio sino.

Y mientras así decía, Gulab–Sing se levantó porque el babú y el muljí nos habían avisado de que la barca que había de pasarnos a la isla estaba ya dispuesta y nos hacían señales para que nos apresuráramos al embarque.

–¡Déjenme un momento, no más, para que pueda terminar mi cuadro! ¡Sólo le faltan los dos o tres últimos toques! –dijo Mr. Y...

–¡Permítanos antes que veamos su trabajo! –insistieron el Coronel y Miss X... cuando ésta hubo abandonado su refugio en el coche, llegando a nosotros somnolienta aún.

Míster Y... dió unos toques más a su cuadro y se levantó para recoger sus lápices y pinceles. Mientras, nos acercamos para ver el cuadro, todavía reciente, y abrimos espantados los ojos. ¡Con el más inaudito asombro advertimos, en efecto, que en el tal cuadro no tenía lago alguno, ni riberas cuajadas de árboles, ni en fin, las aterciopeladas neblinas vespertinas que habían ido cayendo sobre la distante isla. En lugar de todo esto veíamos tan sólo una encantadora mansión; densos grupos de esbeltas palmeras irguiéndose sobre los acantilados calizos de una playa marítima y en la cima de los acantilados una casa de campo con aspecto de verdadero castillo, con balconadas y azoteas; un elefante parado a su entrada, y sobre las espumosas olas una barquilla indígena.

–Pero, ¿qué paisaje es éste? –inquirió atónito el Coronel–. No valía, en verdad, la pena el habernos estado todos aquí al sol, detenidos, para que usted nos pintase tan fantástico cuadro como éste, sacado de su propia imaginación.

–¿Qué es lo que dice usted? –exclamó algo amostazado Mr. Y... ¿De veras no reconoce usted al lago en mi cuadro? ¿Está usted ciego o dormido?

En esto, todos habíamos rodeado al Coronel, quien tenía el cuadro en sus manos. Narayán al verle hubo de quedarse petrificado, presa de asombro indescriptible y lanzando una exclamación:

–¡Conozco bien todos estos sitios reproducidos aquí! –dijo al fin. Esto es Dayri–Bol: la casa de campo del Takur–Sahib. La reconozco perfectamente porque viví en ella el año pasado unos dos meses, mientras que el hambre asolaba al país.

Fuí la primera en darme cabal cuenta de lo que ocurría, pero algo superior a mi voluntad me impidió hablar por el momento.

Por fin, Mr. Y... terminó de recoger sus trebejos y se incorporó a la comitiva con su habitual negligencia, pero mostrando en su fisonomía evidentes trazas de preocupación. Le molestaba, sin duda, aquella nuestra persistencia de ver todos un mar allí donde él no había querido trasladar al cuadro sino el ángulo de un lago; pero al reparar la postrera vez en su malhadado boceto, su expresión cambió súbitamente. Su rostro se tornó tan pálido y su aspecto tan lastimosamente preocupado que era una pena el mirarle. Volvía por un lado y por otro la cartulina, y dirigiéndose como un loco a su carpeta de dibujos la vació por completo, esparciéndose por la arena infinidad de bocetos y papeles. Viendo, al fin, que no hallaba lo que buscaba, fijóse otra vez en su marina, y, anonadado, acabó por taparse la cara con las manos, como no dando crédito a sus propios ojos.

Todos permanecemos silenciosos, cambiando miradas de asombro recíproco y de compasión, sin cuidarnos del takur, que estaba en la barca y que nos llamaba, en vano, para que nos incorporásemos con él.

–Vamos por partes, Míster Y...–prorrumpió tímidamente el bondadoso Coronel, cual si se dirigiese a un niño enfermo–: ¿Está usted seguro de haber pintado por su propia mano esta vista?

Míster Y... no respondió. Parecía querer reflexionar y tomar fuerzas. Al cabo de un rato, respondió con voz ronca, velada aún por la emoción:

–¡Sí! Lo recuerdo perfectamente. Seguro estoy de que hice este boceto copiándolo del natural. Yo pinté únicamente lo que vi, y semejante certidumbre mía es lo que más me desconcierta ahora.

–No veo la causa, querido amigo. Seréne, pues lo que le ha acaecido no es vergonzoso ni para aterrar a nadie. Es tan sólo el resultado de la influencia temporal de una voluntad poderosa dominando a otra voluntad menos fuerte. Usted ha obrado simplemente bajo “la influencia biológica” de otro, sirviéndome de la frase del doctor Carpenter.

–Eso es, por cierto, lo que más me temo... Ahora empiezo a comprenderlo bien todo. He estado trabajando frente a ese paisaje más de una hora. Le vi tan pronto como escogí el punto de mira, y nada sobrenatural podía sospechar en éste, pues que le contemplaba todo el tiempo desde esta su orilla opuesta. He estado durante mi tarea perfectamente consciente de lo que hacía o, por lo menos, me he imaginado copiar en la cartulina cuanto ustedes tenían también ante los ojos; mas, sin duda he perdido, sin darme cuenta, la noción del lugar tal y como yo le viese antes de comenzar el boceto y según le veo asimismo ahora... ¿Cómo explicarnos esto, sin embargo? ¡Diablos!, ¿es que

debo creer de hoy en adelante que estos condenados hindúes, poseen realmente el secreto de tamaña treta? Le digo bajo mi palabra, Coronel, que antes me volvería loco que alcanzar a comprender la extraña causa de todo esto.

–No hay temor de que tal suceda, Míster Y...–dijo Narayán, con aire de triunfo–. Lo que hay es que de este modo pierde usted ya el derecho de negar la Yoga–Vidyâ, la grande y antiquísima ciencia de mi país.

Míster Y... no respondió. Hizo un supremo esfuerzo para aquietar su pecho y penetró en la barca con pie firme. Después se sentó alejado de nosotros, mirando obstinadamente a la dilatada superficie líquida que nos rodeaba, esforzándose en aparecer como de costumbre.

Miss X... fué la primera en romper aquel silencio, diciéndome en voz baja y en francés, con aire de triunfo: –El señor Y... se está transformando en un *médium* de primera.

Siempre me hablaba en francés en los momentos de gran excitación Miss X ... ; y yo, que también estaba demasiado nerviosa para disimular mis sentimientos, la repliqué no poco bruscamente:

No diga tonterías, Miss X... Ya sabe usted que no soy espiritista. ¿Acaso no ha reparado usted en lo transfigurado que se hallaba el infeliz señor Y... ?

Ante semejante reproche y viendo que yo no compartía sus creencias, no se le ocurrió a Miss X... cosa mejor que dirigirse al babú, quien, por milagro, había permanecido callado.

–¿Qué le parece a usted todo esto? –le decía–. Yo creo firmemente que sólo el espíritu desencarnado de un gran artista puede haber precipitado esa preciosa vista. ¿Quién que no fuera él podría haber realizado obra tan maravillosa?

–¿Que quién? –replicó el babú–. Pues el viejo Señor mismo. Confiese usted, señora, sin ambages, que en el fondo de su alma abriga usted la certeza de que las hindúes adoran a los demonios. Seguramente que alguno de ellos es quien ha intervenido en este asunto.

–¡Negro malvado! –murmuró entre dientes Miss X..., retirándose de su lado apresuradamente.

La isla era muy pequeña y tan cubierta de altos cañaverales que remedaba a lo lejos una canastilla de verdura. Exceptuando una colonia de monos, que desapareció rápidamente en un manglar, la isla parecía deshabitada. Ni vestigios siquiera de seres humanos presentaban aquellos matorrales y hierbas, aquella virgen selva. Y no se figure el lector, al hablar nosotros de hierbas, que me refiero a las praderas europeas. La hierba, entre la que desaparecíamos igual que insectos, agitaba sus penachos multicolores aun por encima de la cabeza de Gulab–Sing, que, descalzo, medía seis pies y medio de estatura, y de Narayán, que apenas si tenía una pulgada menos. Aquella pradería remedaba un agitado mar de colores negro, amarillo, azul y, especialmente,

rosado y verde. Eran grupos de bambús entremezclados con gigantescas cañas de *sirka*, que alcanzaban igual altura que las copas de los manglos.

Imposible imaginar nada más hermoso y plácido que aquellas sirkas y bambús, que, no obstante su tamaño, son meras plantas herbáceas que al más tenue soplo del viento agitan sus verdes copas y se inclinan cual cabezas fantásticas coronadas por plumas de avestruz. Algunos medían hasta cincuenta o sesenta pies de altura. Una ligera estridencia metálica, inadvertida casi por nosotros, se producía por el continuo roce de la brisa entre las cañas.

En tanto que nuestros servidores y trajineros se ocupaban en abrir entre la maleza un sitio para nuestro campamento y preparar la cena, nos apresuramos a ir a ofrecer nuestros respetos a la colonia de monos, únicos soberanos de los contornos aquellos. No exageramos al decir que eran ellos más de doscientos. Al prepararse para el reposo nocturno, aquellos buenos simios procedían como gente decorosa y de morigeradas costumbres. Cada familia escogía para sí una rama diferente, defendiéndola contra la intrusión de las demás que posaban sobre el mismo árbol, sin que tal defensa traspusiera nunca los límites de la buena educación, limitándose a meros gestos más o menos amenazadores. Había muchas madres con sus criaturas en brazos, a quienes rodeaban del mayor cariño, alzándolas con precauciones enteramente humanas. Otras madres, más alocadas, menos reflexivas, corrían de un lado a otro sin cuidarse de la cría, que colgaba de sus pechos, preocupadas siempre con algo, discutiendo siempre de algo con otras monas y parándose a cada momento para reñir con ellas. Era simplemente la repetición en el reino animal de un día de mercado entre aquellas viejas monas charlatanas. Los monos solteros mantenían rancho aparte, absortos en sus juegos atléticos ejecutados en su mayor parte sobre la punta de la cola. Uno de estos últimos hubo de atraer de modo especial nuestra atención porque alternaba en sus juegos entre dar saltos mortales estupendos y hacer rabiarse a un respetable abuelo, quien, sentado bajo un árbol, acariciaba a otros dos infantiles monitos, mientras que otro saltaba al lado de su compañero de soltería, charloteando con él, haciéndole mil gestos y mordiéndole juguetonamente en la oreja.

Atravesamos con cuidado entre los árboles para no ahuyentar la colonia simiesca, que estaba, sin duda, habituada a ver seres humanos, pues hacía sólo un año que los fakires habían abandonado la isla. Según después se nos dijo, eran aquellos verdaderos monos sagrados, y que, por consiguiente, nada tenían que temer de los hombres, ni al aproximarnos parecieron inquietarse, sino que aceptaron muy serios nuestro saludo, y algunos hasta algún terroncito de azúcar de caña que los dimos. Permanecieron, pues, muy tranquilos en sus troncos de ramaje, cruzados de brazos y contemplándonos con el más olímpico de los desprecios, reflejado en sus inteligentes ojuelos castaños.

Habíase puesto ya el sol cuando nos avisaron de que la cena estaba preparada, y todos nos dirigimos hacia nuestro improvisado alojamiento, excepto el babú, uno de cuyos rasgos característicos era su propensión a blasfemar y hacer sandeces, escandalizando a los ortodoxos hindúes. Para justificar, sin duda, el bajo concepto que éstos tenían de él, subiéndose a una alta rama, se acurrucó en ella imitando todos los gestos de los monos, y

aun respondiendo a los de ellos con otros más feos y amenazadores todavía, con gran disgusto por parte de los piadosos bagajeros.

Cuando el último rayo de oro del sol se hubo extinguido en el horizonte, un sutil velo de color lila pálido se extendió por el ambiente todo. A cada momento, dada la rapidez del crepúsculo tropical, aquel matiz perdía muy de prisa su suave tinta, haciéndose más y más obscuro. Diríase que un mágico e invisible pintor, moviendo velozmente su pincel gigantesco sobre aquel cuadro, iba cargándole más y más de pintura, ennegreciendo el delicioso fondo sobre el que se destacaba nuestro islote. El brillo fosfórico de las moscas luminosas iba destacándose más y más entre los negros troncos de los árboles, quienes se perdían suavemente en el fondo plateado de aquel opalescente crepúsculo vespertino. En muy cortos minutos miles y miles de estas animadas chispas, precursoras de la Reina-Noche, juguetearon ya alrededor nuestro, cayendo desde los árboles cual áurea cascada, y revoloteando sobre las negruras del lago y sobre el oleaje de la hierba. ¡Mirad!, la Reina llega, cae silenciosamente sobre el haz de la tierra, y con ella tornan también el Descanso y la Paz, calmando su fresco hálito todos los anhelos y actividades del día. Cual madre cariñosa, entona su canción adormecedora de cuna, envolviendo amante a la Naturaleza entera en los pliegues de su negro y blando manto, y cuando de allí a poco todo yacía dormido, ella vigilará el sueño de la Naturaleza hasta la llegada de los primeros albores matutinos.

Pero si la Naturaleza duerme, el Hombre aún está despierto para contemplar extático las bellezas inenarrables de la solemne hora vespertina. Sentados nosotros alrededor del fuego, conversamos en voz baja temerosos de interrumpir con nuestra irreverencia la majestad augusta nocturna. Éramos sólo seis: el Coronel, los cuatro hindúes y yo, porque Míster Y... y Miss X... no habían podido sobreponerse al cansancio del día, y tan luego como cenaron se habían quedado profundamente dormidos.

Resguardados con toda comodidad por las altas *hierbas*, teníamos a menos el pasar esta magnífica noche en prosaico sueño. Esperábamos además el concierto prometido por el takur.

–Tengan ustedes paciencia –nos decía–: los músicos no aparecerán sino cuando salga la luna.

La inconstante diosa nos hizo esperar hasta después de las diez. Momentos antes de su llegada, cuando el horizonte por aquella parte comenzaba a clarear y a cubrirse la costa opuesta con un matiz blanco plateado, levantóse de repente un fresco vientecillo. Las aguas que habían dormido tranquilas hasta entonces al pie de los cañaverales gigantescos, agitáronse excitadas, sacudiendo a las cañas, quienes movían sus copetes de plumas y parecían murmurar de una manera extraña cual si celebrasen consejo acerca de algo que iba en seguida a suceder... De repente, en medio de la soledad y el silencio del ambiente, empezamos a oír ya muy claramente aquellas mismas notas musicales que momentos antes nos habían pasado inadvertidas, cual una orquesta completa que comenzara a afinar sus instrumentos. Aquí y allá se oían las vibraciones de las cuerdas del violín y las agudas notas de las flautas. Saltó a poco una racha de viento y estallaron

por toda la isla los acordes de centenares de trompas eólicas, dando con ello comienzo a la más selvática y sonora sinfonía. Por los ámbitos del bosque se producía una melodía indescriptible y por entre los tristes y solemnes acordes eólicos se deslizaban al par los arpeggios de una como marcha fúnebre, mientras que el trémolo de flautas y clarinetes remedaban los aires las cadencias del ruiseñor. Tan pronto se amortiguaban moribundos cual en un largo suspiro, como aumentaban su diapason cual centenar de argentinas campanas, yendo desde la suave tarantela, que pone olvido en todo dolor humano, hasta el desgarrador rugido de la fiera a quien arrebatan sus crías; desde la canción humana hasta los vagos arpeggios del violoncello, y desde el llanto del niño, hasta su seráfico sonreír... Todo este caótico conjunto musical se agigantaba, se repetía en todas direcciones por el Eco burlón, cual si centenares de selváticas vírgenes fabulosas, despertadas en sus palacios de follaje, respondieran tomando parte en aquella salvaje música saturnal.

El Coronel y yo nos miramos, llenos de emoción y asombro.

–¡Oh, qué delicioso! ¿Qué magia es ésta? –exclamamos al mismo tiempo entrambos.

Los hindúes se sonreían, sin decir palabra, mientras el takur fumaba su gargari tan pacíficamente como si estuviera muerto.

Hubo un corto intervalo de silencio, después del cual la invisible orquesta misteriosa continuó con mayor energía. Las notas se desbordaban como en cataratas avasalladoras. Ya era el estallar de una tormenta en el mar, con el huracán silbando entre las jarcias, con las olas chocando enloquecidas; ya me recordaba las tempestades de nieve en plena estepa siberiana. Súbito la visión musical cambia: ahora no parece sino que son las lentas cadencias del órgano por los ámbitos de una catedral gótica. Sus poderosas notas surgen, se dilatan, se atropellan, mezclan y confunden en delirante fantasía musical nacida sólo de los embates del viento.

Un momento más, y todo aquel sinfónico encanto desaparece para dar lugar en nuestra a un nuevo estado emotivo, en el que los sonidos empiezan a herir como dardos nuestros cerebros. Una horrible idea se apodera de todo nuestro ser; diríase, en efecto, que ahora los invisibles artistas pulsaban a guisa de cuerdas de violín nuestros nervios y venas, y que las imaginarias trompetas aquellas nos cortaban hasta la respiración.

–¡Por el amor de Dios, takur, dad orden de que cese todo este tormento insoportable! –gritaba exasperado el Coronel, al par que se tapaba entrambos oídos con sus manos–. ¡Que acabe todo esto, Gulab–Sing!

Al oír tales frases de angustia los tres hindúes se echaron a reír, y aun en el mismo grave rostro del takur dibujóse una sonrisa.

–¿Me toma usted nada menos que por Parâbrahm el excelso? ¿Imagina usted que depende de mí el detener al viento, como si yo fuese un marut, señor de las tempestades?... ¡Lo que me pide es algo menos fácil que el arrancar de cuajo todos estos bambúes para que no suenen!

–Perdone; pero creí que estos incomparables sonidos eran debidos a alguna especie de influencia mesmérica o psicológica.

–Mi querido Coronel –respondió el takur–, siento en el alma no poder complacerles; pero sí le aconsejo que no se preocupe tanto de esa manía de atribuirlo todo a semejantes causas. ¿No ve usted que esta selvática música es un fenómeno de acústica natural? Cada una de las cañas que nos rodean, y las hay por millones, es en sí un instrumento musical espontáneo, y el músico que le toca es el propio viento que diariamente, a la entrada de la noche, y especialmente durante el último cuarto de luna viene aquí a ejercitarse en su arte.

–¡El viento...!–murmuró el Coronel–. Pero esta música empieza a cambiarse en una espantosa vibración de la que no hay manera de librarse.

–Tenga un poco de paciencia, que ya se irá acostumbrando –replicó el takur–. Además, de cuando en cuando la música cesa, así que el viento decae.

Los hindúes nos dijeron que existen muchas de estas orquestas naturales en la India, y los brahmanes conocen a fondo sus maravillosas propiedades, por lo que a esta especie de cañas la denominan *vinâ-devi*, el “laúd de los dioses”, y para mantener la superstición popular dicen que en sus sonidos se escuchan oráculos divinos. Conviene saber que la hierba *sirka* y los bambús albergan a millares de carcomas diminutas que hacen numerosos agujeros en los tallos huecos. Los fakires de las sectas idólatras añaden el arte a estos agujeros naturales, con lo que transforman las cañas en verdaderos instrumentos musicales. El islote donde nos hallábamos poseía uno de los más célebres de estos *vinâ-devis*, por lo cual era considerado como sagrado.

–Cuando luzca el día –añadió el takur– apreciarán ustedes por sí mismos cuán profundo conocimiento de las leyes de la acústica poseen los fakires. Con habilidad rara y adaptándose a la longitud y grueso de la caña ensanchan convenientemente el agujero abierto por el animalejo, dándole unas veces forma ovalada y otras circular. Estas cañas, así perforadas, pueden considerarse como uno de los mecanismos musicales más dignos de atención. En el fondo, sin embargo, nada tiene ello de extraño, porque algunos antiquísimos libros sánscritos acerca de la música describen minuciosamente estas leyes acústicas, y mencionan muchos instrumentos musicales que, no sólo se han olvidado, sino que resultarían completamente incomprensibles en nuestros tiempos.

Interesantísimas eran, sin duda, todas estas enseñanzas; pero el ruido era ya tan molesto que nos impedía escucharlas con la atención debida.

–No se impacienten ustedes –dijo entonces el takur al advertir nuestro desasosiego, que en vano tratábamos de ocultar–. Después de la media noche calmará el viento, y podremos dormir tranquilos. Sin embargo, si temen la vecindad de estas plantas musicales, podemos instalarnos más cerca de la orilla, donde hay un sitio desde el cual pueden verse las hogueras sagradas de la orilla opuesta.

Seguimos la indicación del takur, y aun a través de los cañaverales continuamos nuestra charla amena.

–¿Cómo se las arreglan los brahmanes para mantener tan evidente impostura como las de las cañas musicales entre las gentes? –continuó el Coronel, empalmando el hilo de la conversación, Por estúpidas que éstas sean, no podrán menos de ver cómo son hechos los agujeros de las cañas y cómo se produce semejante música.

–En vuestra América –replicó sonriente el takur– puede que los estúpidos sean acaso lo bastante listos para apreciar tal hecho natural. No así en la India, porque si se tomase usted la molestia de explicar a un hindú educado el cómo sucede semejante fenómeno, se quedaría sin entenderle. Le contestará a usted, en cambio, que sabe bien que los agujeros son hechos por las carcomas y agrandados por los fakires, pero con ello no adelantaría nada, pues le añadiría él, por su cuenta, que las tales carcomas no son sino dioses encarnados en el insecto para ese fin especial, y que el faquir es un santo asceta que ha obrado así por orden del mismo dios. Eso será lo único que logre sacar de él. El fanatismo y la superstición han tardado siglos en desarrollarse entre las masas, y ahora les son ellos tan necesario a sus vivires como otra cualquiera necesidad fisiológica. Destrúyase el fanatismo, y la muchedumbre abrirá los ojos y verá la verdad, y respecto a los brahmanes la India entera habría podido considerarse dichosa si todo lo por éstos hecho en ella fuese tan inofensivo. Después de todo, dejemos a las multitudes adorar las musas y los espíritus de la armonía. Semejante adoración, no es tan violenta como otras muchas.

El babú nos dijo que en Dehra–Dun esta clase de cañas están plantadas a entrambos lados de la avenida central, la cual tiene mas de una milla de longitud. Como los edificios impiden el libre acceso del viento, los sonidos sólo se oyen cuando sopla el viento del Este, lo cual es muy raro. Hace un año el svami Dayanand acampó frente a Dehra–Dun. Grandes multitudes se congregaban en torno suyo todas las tardes. Un día en que había pronunciado un fuerte sermón contra la superstición y estaba fatigado y hasta indispuerto, el svami se sentó en su manta y cerró los ojos disponiéndose a descansar. Pero la multitud, al verle tan inmóvil y silencioso, se imaginó que su alma, abandonándole durante su letargo, había penetrado en las cañas que a la sazón habían comenzado su fantástica rapsodia, y estaba conversando con los devas por medio de los bambúes. Los más piadosos, deseando mostrar al maestro cuán perfectamente habían comprendido sus enseñanzas y cuán hondo era su respeto hacia él, hasta llegaron a arrodillarse delante de las cañas cantoras, ejecutando una entusiasta *puja* o adoración.

–Y el svami, ¿qué dijo a todo eso? –pregunté.

–Nada. Bien se conoce, por su pregunta, que aún ignora lo que es nuestro svami –dijo, sonriendo, el babú–. No hizo sino dar un salto, y arrancando la primera caña sagrada que hubo a mano, dió tan enorme paliza a la europea, a los piadosos devotos de la *puja*, que éstos apelaron a la fuga, no sin que el svami los persiguiese, vapuleándolos de lo lindo, pues puedo asegurarle que nuestro asceta es hombre fuerte y poco amigo de majaderías.

–Pero me parece –observó el Coronel– que no resulta muy apropiada esta manera de persuadir multitudes, dispersándolas y atemorizándolas, en vez de convertirlas.

–Lejos de eso. Las masas, en nuestro país, requieren un tratamiento peculiar.. Permítame que le cuente el final de la anécdota... Desalentado, pues, Dayanand Saraswati ante el poco resultado de sus enseñanzas entre los habitantes de Dehra–Dun, fué a Patna, que dista de aquí unas treinta y cinco o cuarenta millas. Allí, sin descansar de las fatigas del viaje, pronto recibió una Comisión de los de Dehra–Dun que, postrados de hinojos ante él, le suplicaban que volviese, no obstante tener los mismos jefes de la Comisión llena la espalda de cardenales por el vapuleamiento del svami. Lleváronsele, pues, con gran pompa montado en un elefante y cubriendo de flores su camino. Ya en Dehra–Dun, procedió a fundar una *samâj*, o sociedad, como ustedes dirían, y la Dehra–Dun–Arya–Samaj cuenta hoy con más de doscientos socios, que han abjurado de toda superstición e idolatría.

–Yo presencié en Benarés hace dos años –dijo el muljí– el rasgo con el que Dayanand hizo pedazos unos cien ídolos en el bazar y aún pegó con el mismo palo una buena tunda a un brahmán, al sorprenderle escondido dentro del ídolo hueco constituido por una enorme estatua de Shiva. El pícaro brahmán estaba buenamente aposentado allí, hablando a los devotos en nombre de Shiva, y con su voz pidiéndoles dinero para un traje nuevo que el dios necesitaba.

–¿Y es posible que el svami no pagase cara esta su nueva hazaña?

–Claro que la pagó. El brahmán le llevó luego ante los Tribunales, pero el juez dió la razón al svami a causa de la multitud de los secuaces y defensores que acompañaban al mismo. Sin embargo, éste tuvo que pagar todos los ídolos que roto había. Esto era lo de menos, en verdad, puesto que el brahmán murió del cólera aquella misma noche y los adversarios de la reforma hubieron de decir que su muerte era la consecuencia de las brujerías de Dayamand–Sarawati, cosa que nos ofendió sobremanera.

–Tócale a usted ahora el turno, Narayán –dije–. ¿No tiene usted nada más que contarnos respecto del swami? ¿No sigue considerándole como su *gurú*?

–No tengo sino un Dios y un Gurú en la tierra como en el cielo –respondió Narayán con pocas ganas de conversación–, y mientras viva no les abandonaré.

–Yo sé bien quién es su Gurú y su Dios –exclamó irreflexiblemente el charlatán del babú–. Es el takur Sahib. En opinión de Narayán entrambos coinciden en su persona.

–¡Vergüenza debiera darte de decir tamañas tonterías, babú! –observó fríamente Gulab–Sing–. Yo no me creo digno de ser gurú de nadie. En cuanto a que sea un dios, tales palabras son pura blasfemia y le ruego que no las repita nunca– y luego, más afablemente, añadió, señalando a las mantas que los criados habían extendido en la orilla y deseando evidentemente cambiar de conversación: –Sentémonos.

Habíamos llegado a una pequeña plazoleta algo distante del bosque de bambúes. Los sonidos de la orquesta mágica llegaban todavía hasta nosotros, pero muy debilitados y de tiempo en tiempo. Nos sentamos a barlovento de las cañas, desde donde la selvática armonía remedaba los bajos de un arpa eólica, nada desagradable. Al contrario, su dulce vibración distante no hacía sino realzar los esplendores del conjunto.

Al aposentarnos es cuando únicamente pude darme cuenta de mi cansancio y de mi sueño, cosa nada de extrañar ya que me encontraba levantada desde las cuatro de la mañana, y eso sin tener en cuenta además las intensas emociones del memorable día. Los caballeros de la expedición continuaron aún hablando. Pronto me absorbí y sumí tanto en mis pensamientos que sólo oía fragmentos de su conversación.

–No hay que dormirse... ¡Despierte usted! –me repetía el Coronel tirándome de la mano–. El takur dice que el dormirse a la luz de la luna le hará daño.

No dormía. Simplemente reflexionaba aunque adormilada y rendida. como estaba. Extasiada ante el encanto de aquella deliciosa noche no podía sacudir mi modorra y seguía sin responder al Coronel.

–¡Por Dios santo, despiértese! Considere el riesgo que está corriendo –continuaba éste–. Despierte y mire este hermosísimo paisaje y esta luna maravillosa. ¿Ha visto usted nada que les sea comparable en el mundo?

Así que tendí la vista me acordé de las conocidas frases de Pushkin acerca de la divina luna de España que irradiaba torrentes de dorada luz, de oro líquido en el lago que a los pies teníamos y espolvoreaba oro molido también sobre la verde hierba, en todo el radio al que alcanzaba nuestra vista. Su disco de amarillo y plata ascendía rápidamente por el fondo azul oscuro del cielo entre algunas brillantes estrellas.

Aunque llevaba vistas muchas noches de luna en la India, aquella impresión era para mí completamente nueva e inesperada. Inútil el intentar describir semejantes cuadros fantásticos, imposibles de ser ponderados con palabras, ni trasladados al lienzo con colores. Sólo cabe el sentir en silencio su cambiante, su fugitiva grandeza. En Europa, aun en las comarcas del sur, la luna llena hace palidecer a las estrellas más brillantes de tal modo que apenas si a cierta distancia se ve lucir alguna de ellas. En la India acontece lo contrario, el astro de las noches parece una enorme perla, deslizándose, rodeada de diamantes, sobre un fondo de aterciopelado azul. Su luz es tan intensa que se puede leer una carta escrita en pequeños caracteres y hasta percibirse los diferentes matices del verde de plantas y árboles, cosa inaudita en nuestra Europa.

El efecto del rayo de luna de la India es especialmente encantador cuando cae sobre la copa de las enhiestas palmeras. Al aparecer el astro, sus rayos comienzan a descender desde las ramas airosas, iluminando los escamosos troncos y descendiendo más y más hasta que toda la palmera queda sumida en un verdadero mar de luz. No es metáfora el decir que sobre la superficie de las hojas titila la plata líquida toda la noche, mientras que la parte inferior queda negra y suave como terciopelo. Mas, ¡ay!, del desgraciado inexperto que fija su mirada en la luna indostánica con la cabeza descubierta, porque no sólo es peligroso el dormir bajo sus rayos directos, sino que lo es hasta fijarse en la casta Diana inda. Epilepsia, locura y hasta la muerte son los castigos infligidos por sus traidores dardos a todo moderno Acteón que se atreva a contemplar a la cruel hija de Latona en la apoteosis de su belleza. Los hindúes por eso nunca pasan bajo la luz de la luna sin ponerse sus turbantes o *pagris*. Hasta nuestro invulnerable babú llevaba siempre por la noche sobre su cabeza una especie de gorro blanco.

Tan pronto como el concierto del cañaveral llega a su apogeo y los habitantes de los contornos creen oír las voces distantes de los dioses, las aldea en masa acuden a la ribera del lago, donde forman sus hogueras y ejecutan sus *pujas*. Enciéndense así los fuegos unos tras otros, y las negras siluetas de los devotos se ven moverse por la orilla opuesta. Sus cánticos sagrados y sus agudas exclamaciones de: “¡Harí, Harí, Mahâ–deva!” resuenan con extraña intensidad y salvaje énfasis en el ambiente purísimo de la noche. Las cañas, agitadas por el viento, les responden con tiernas frases musicales a lo lejos...

Todo esto despertaba en mi alma un vago sentimiento de intranquilidad y la más rara embriaguez ¡base apoderando de mis sentidos. En tamaño paraíso la misma idolatría de estas almas apasionadas y poéticas, sumidas en un abismo de ignorancia, me parecía más comprensible, menos repulsiva. El hindú es místico de nacimiento, y la exuberante naturaleza de su país le ha transformado en ferviente panteísta.

El viento nos trajo, con toda claridad, desde el bosque, los dulces sonidos de la *alguja*, una especie de gaita pandeana con siete agujeros. Sus notas asustaron, al par, a una familia de monos refugiada entre las ramas del árbol que se extendía por encima de nuestras cabezas. Dos o tres monos descendieron con gran cautela y miraron en derredor como si esperasen alguna cosa.

–¿Quién es este nuevo Orfeo a cuya voz responden estos monos? pregunté sonriendo.

–Algún faquir, probablemente. La *alguja*, de ordinario, se emplea en llamar a los monos sagrados para sus comidas. La comunidad de faquires que antaño habitaba en esta isla, se ha trasladado a una vieja pagoda del bosque. Su nuevo retiro les produce mayores rendimientos, porque hay por allí más transeúntes, mientras que esta isla yace, como veis, aislada y solitaria.

–Acaso, amenazados de sordera crónica, se vieron obligados a abandonar este terrible lugar –opinó Miss X... exasperada porque no había podido dormir en nuestras tiendas, emplazadas en el centro mismo de la orquesta.

–A propósito de Orfeo –continuó el takur–, conviene dejar consignado que la lira de aquel semidiós griego no fué la primera en encantar con sus sonos a los hombres, los animales y hasta los ríos, puesto que Kui, artista musical chino, se expresa así sobre este asunto: “–Cuando toco el kyng, las fieras se colocan en filas, hechizadas por mis melodías”. Este Kui vivió mil años antes de la supuesta Era de Orfeo.

–Curiosa coincidencia –hube de exclamar–, Kui es el nombre de uno de nuestros mejores artistas de San Petersburgo. ¿Dónde ha leído usted tamaña cosa?

–¡Oh! –respondió el takur–. No es ninguna información rara, puesto que algunos de vuestros orientistas europeos así lo consignan en sus libros. Yo mismo hallé el dato en un viejo libro sánscrito traducido del chino en el siglo segundo antes de nuestra Era, pero el original se halla en una obra antiquísima llamada *La Clave de las cinco granda virtudes*. Es ella una especie de crónica o tratado histórico acerca del desarrollo de la

música en China y se escribió por orden del emperador Hoang-Ti, muchos siglos antes de nuestra Era.

–Pero, ¿cree usted que los chinos han entendido jamás nada de música? –dijo el Coronel con escéptica sonrisa–. Yo he escuchado en California y en otras partes a artistas del Celeste Imperio y aseguro que semejante música china es capaz de volver loco a cualquiera.

–Tal es, al menos, la opinión de vuestros músicos occidentales sobre nuestro antiguo Aryan, así como sobre la moderna música hindú. Pero la idea que de aquél se tiene es completamente arbitraria, y en cuanto a esta última, hay gran diferencia entre la verdadera técnica musical, las melodías aptas para un oído educado, y el oído del que no lo está. Una obra musical puede ser perfecta, de acuerdo con la técnica; pero su conjunto puede ser, sin embargo, superior e inasequible para un gusto no cultivado, y hasta producirle un desagradable efecto. Vuestras más renombradas óperas nos causan el efecto de un salvaje caos; un torrente de sonidos enredados y estridentes, sin significación alguna concreta y que sólo logran levantarnos dolor de cabeza. Habiendo oído elogiar a óperas de Rossini y de Meyerbeer durante mi estancia en París y Londres, resolví ver el efecto que sobre mí causarían y fuí a escucharlas con la mayor atención; pero confieso, sin embargo, que prefiero la más sencilla de nuestras melodías indígenas a las producciones de los mejores compositores europeos. Nuestras canciones populares hacen vibrar mi alma toda, mientras que en vosotros apenas si producen emoción ninguna. Prescindiendo, en fin, de melodías y canciones, lo que sí puedo asegurarle es que nuestros antepasados, lo mismo que los de los chinos, estaban muy lejos de ser inferiores a los modernos europeos, sino en la instrumentación técnica, al menos en las nociones abstractas de la música.

–Los pueblos arios de la antigüedad, tal vez; pero respecto a los chinos turanios, no lo creo –dijo nuestro presidente con aire de duda.

La música de la Naturaleza ha sido en todas partes el primer paso hacia la música del Arte –continuó el takur–. Es regla universal manifestada de diferentes modos. Si el huir de todo artificio es Arte (y perdóneseme la paradoja), nuestro sistema musical es el arte más grande conocido. Nosotros no permitimos en nuestras melodías ningún sonido que no pueda ser clasificado entre las voces animadas de la Naturaleza, mientras que las tendencias chinas son muy diferentes. El sistema musical de los chinos comprende ocho sonos fundamentales, que sirven de base a los demás tonos derivados y que son: el metal, la piedra, la seda, el bambú, la calabaza, la tierra cocida, el cuero y la madera, de modo que cabe hablar entre ellos de sonidos metálicos, sedosos, etcétera. Naturalmente que esto se presta poco a la melodía y por ello la música china es una serie enrevesada de notas de timbre diferentes. El himno imperial chino, por ejemplo, no es sino un conjunto de interminables unísonos. Nosotros, en cambio, los hindúes, debemos solamente a la Naturaleza animada toda nuestra música. Panteístas, en el más elevado sentido, nuestra música, por decirlo así, es panteísta también, al par que altamente científica. Nacidas en los albores de la Humanidad, las razas arias fueron las primeras en llegar a la madurez; las primeras en escuchar la voz de la Naturaleza,

sorprendiendo en esta nuestra madre común la fuente viva de la melodía y de la armonía. Ella carece de toda nota de artificio, y si hombre, ante su grandeza, sintió la necesidad imprescindible de imitar todos sus sonidos. Al tenor de la opinión de algunos de vuestros físicos occidentales, todos estos sonidos, en su infinita variedad, se sintetizan en un tono solo que todos podemos escuchar en el eterno susurrar de las hojas en la selva; en el dulce murmullo de las aguas; en el constante rugir de las ondas del Océano, y aún en él zumbido de colmena de la lejana urbe. Semejante tono es la nota media *Fa*, que es la tónica fundamental de la Naturaleza. Ella sirve de base, de base, de punto de partida y de clave, alrededor de la cual se agrupan y clasifican sonidos todos. También observaron nuestros antepasados que toda nota musical tiene en el reino animal su representación típica. Así pudieron descubrir los siete tonos fundamentales correspondientes a los respectivos gritos del pavo real, de la oveja, de la vaca, el loro, la rana, el tigre y el elefante. De este modo la octava musical quedó descubierta. En cuanto a las subdivisiones de los tonos y a la medida de las notas, los demás animales les dieron asimismo las normas.

–Carezco de toda competencia en punto a vuestra antigua música –replicó el Coronel–. También ignoro si vuestros mayores establecieron o no teorías musicales fijas, por lo cual no puedo permitirme el contradecirle; pero sí le debo manifestar que después de haber escuchado los modernos cantos hindúes, me es posible admitir que ellos presupongan conocimiento musical alguno.

–Ello es debido, sin duda, a que aún no ha oído usted un cantor profesional –continuó el takur–. Cuando usted visite a Poona y haya escuchado a la Gayan–Samâj, tornaremos sobre el tema de nuestra conversación, porque la Gayan–Samâj es una Sociedad cuyo objeto es el del restaurar la antigua música nacional.

Gulab–Lal–Sing hablaba con su majestuosa calma habitual. Al mismo tiempo el babú que nos escuchaba luchaba entre el temor de interrumpir nuestra conversación y el deseo ardiente de defender también el arte de su país. Por fin, no pudo contenerse más tiempo, y dijo:

–Es usted injusto, Coronel. La música de los antiguos arios es una planta antediluviana, sin duda, pero muy digna de estudio y de consideración. Así lo ha demostrado acabadamente uno de nuestros compatriotas, el rajá Surendranath Tagor... Es doctor en música y tiene un sinfín de condecoraciones de reyes y emperadores por su libro sobre la música de los arios. Él ha evidenciado, en efecto, con meridiana claridad, que la antigua India tiene perfecto derecho a ser llamada *La madre de la Música*. Así lo reconocen, al menos, los mejores críticos de Inglaterra. Las escuelas musicales todas, sean italianas, alemanas o arias nacieron en determinado tiempo; desarrolláronse en adecuado clima y en circunstancias enteramente diferentes. Cada escuela, pues, goza de su encanto peculiar y sus respectivas características, al menos para sus correspondientes aficionados, y nuestra escuela no es una excepción que confirma la regla. Vosotros, los europeos, estáis acostumbrados a vuestras melodías occidentales y apreciáis vuestras escuelas de música. Nuestro sistema, en cambio, os es, como tantas otras cosas,

totalmente desconocido. Dispensadme, pues, Coronel, mi atrevimiento, al permitirme decirle que usted no puede ser juez competente en la materia.

–¡Calma, babú! –exclamó el takur–. Todo el mundo tiene derecho, sino a discutir, por lo menos a hacer preguntas respecto a un asunto que desconoce. De lo contrario, nadie podría informarse de nada. Si la música hindú perteneciese a una época tan poco alejada de nosotros como la europea, según parece sugerir en su acaloramiento, y si abarcase en sí las virtudes todas de los sistemas musicales anteriores que la música europea asimiló, no hay duda que podría ser mejor comprendida y apreciada de lo que lo está. Nuestra música pertenece a los tiempos prehistóricos. En uno de los sarcófagos de Tebas, Bruce encontró un arpa de veinte cuerdas, y a juzgar por semejante instrumento, podemos asegurar que los primitivos moradores de Egipto conocían los misterios de la armonía, pero, con excepción de los egipcios, nosotros fuimos los únicos en poseer este arte en épocas remotas, cuando el resto de la Humanidad luchaba aún con los elementos para arrancarles lo necesario a su mísera existencia. Poseemos ciertos manuscritos sánscritos sobre música que no han sido traducidos nunca, ni aun a los modernos dialectos hindúes. Algunos de ellos cuentan cuatro mil y ocho mil años de antigüedad. Aunque en contra de esta antigüedad que digo, opinen lo que les plazca nuestros orientalistas, persistiremos en creer en ella, porque así lo hemos visto y leído, mientras que aquéllos jamás lo estudiaron, en cambio. Existen infinidad de estos tratados sobre música, escritos en diferentes épocas, pero todos ellos, sin excepción, demuestran que en la India se había ya conocido y sistematizado la música en tiempos en que las naciones civilizadas de Europa vivían aún como salvajes. Mas, por muy cierto que esto sea, ello no nos da derecho para indignarnos cuando oímos decir a los europeos que no les gusta nuestra música, en tanto que no tengan habituado el oído a ella y no puedan penetrar en su espíritu... Hasta cierto punto podemos disertar sobre ella y sobre su técnica, pero nadie puede improvisar lo que los arios llamamos *Rakti*, o sea la aptitud del alma humana para percibir los indefinibles sonidos de la Naturaleza y ser estéticamente impresionados por ellos. Semejante aptitud constituye el alfa y el omega de nuestro sistema musical, pero vosotros carecéis de él, as! como nosotros no gozamos de la posibilidad de extasiarnos con el arte de Bellini.

–¿Y por qué ha de ser así? ¿Cuáles son esas misteriosas virtudes de la música que sólo nosotros podemos comprender? Diferimos en el color de la piel, pero nuestro organismo es el mismo. En otras palabras, la contextura de huesos, sangre, nervios, venas y músculos de un hindú es la misma que la de un americano, un inglés u otro europeo. Vienen unos y otros al mundo procedentes del mismo taller de la Naturaleza, datan de igual origen, e idéntico es su fin. Bajo el punto de vista fisiológico los hombres somos iguales por naturaleza.

–Fisiológicamente hablando, sí, y sería lo mismo psicológicamente si no interviniera la educación, la cual no puede menos de influir sobre la orientación mental y moral del ser humano. A veces, la Divina Chispa se extingue; otras, no hace sino transformarse en brillante faro que actúa de estrella guía en la vida del hombre.

–Indudable. Pero la influencia suya sobre la organización del oído, no puede alcanzar a tanto.

–Todo lo contrario. Recuerde la influencia decisiva que las condiciones climatológicas, el alimento y el medio ambiente ejercen en la vitalidad, capacidad de reproducción, etcétera, y verá que se equivoca. Aplíquese esta misma ley de modificación gradual al elemento psíquico y los resultados serán idénticos. Cambie usted la educación y cambiará las aptitudes de un hombre. Elevémonos más y veremos que la experiencia de los siglos nos demuestra que la gimnasia tanto puede aplicarse al alma como al cuerpo, pero lo que constituye la gimnasia del alma es aun secreto nuestro. ¿Qué es lo que da al marinero la vista de águila, o lo que dota al acróbata de la agilidad del mono, y al luchador, de músculos de acero? El hábito; la práctica. ¿Por qué, pues, no suponer iguales posibilidades en el alma del hombre que en su cuerpo? Tal vez, porque esa ciencia moderna prescinde del alma en absoluto, o bien no reconoce en ella una vida distinta de la del cuerpo...

–No hable así, takur –interrumpió el Coronel. Al menos, debe usted saber que yo creo en el alma y en su inmortalidad, como creen ustedes.

–Creemos, sí, en la inmortalidad del espíritu, no en la del alma, al tenor de la distinción establecida entre cuerpo, alma y espíritu. Sin embargo, esto no tiene relación ninguna con la presente discusión; y usted está de acuerdo conmigo en que todas las posibilidades latentes del alma pueden adquirir fuerza, actividad y perfeccionamiento con la práctica, como pueden embotarse y desaparecer si no se ejercitan convenientemente. La Naturaleza es tan celosa por sus dones, que exige sean ellos usados por el hombre de adecuado modo, tanto que en nuestras manos está el desarrollar o el matar en nuestra descendencia cualquier dote mental o físico. Un ejercicio sistemático o una total negligencia realizará entrambos hechos en el transcurso de unas cuantas generaciones.

–Absolutamente exacto; pero ello no me explica el secreto encanto que decís de vuestras melodías.

–Esto son, en efecto, minucias, y no sé por qué he de insistir ya en ellas cuando usted puede ver en mi razonamiento la clave de muchos problemas semejantes. Los siglos han habituado al oído del hindú a ser sensible sólo para ciertas combinaciones de las vibraciones del aire, mientras que el oído del europeo lo está sólo para combinaciones distintas del todo. De aquí que el alma de aquél se extasíe con aquello mismo que a la de éste la hace permanecer indiferente. Me figuro, al menos, que mi explicación ha sido clara y sencilla, y podría haber terminado aquí si no deseara vivamente darle algo mejor que el mero sentimiento de la curiosidad satisfecha. Hasta aquí, en efecto, he aclarado la parte fisiológica del problema, tan fácil de admitir como el hecho de que nosotros, los hindúes, comemos a puñados las especias, lo cual daría de seguro a usted una terrible inflamación intestinal si se tragase unos pocos granos. De igual modo, nuestros nervios acústicos, que en un principio fueran iguales a los vuestros, han sido modificados poco a poco con el ejercicio, llegando hoy a ser tan distintos de los

vuestros, como nuestra tez y nuestro estómago. Recuérdese también que los tejedores de Kashmir, hombres y mujeres, pueden distinguir trescientos matices más que el europeo... Es la fuerza del hábito; el atavismo, me dirá usted,; pero ello nos resuelve el problema. Usted, por ejemplo, ha venido de América para estudiar a los hindúes y a su religión, mas nunca llegará a comprender ésta si no se da cuenta de cuán íntimamente relacionadas están todas nuestras ciencias, no con el moderno e ignorante brahmanismo, por supuesto, sino con la filosofía de nuestra primitiva Religión Védica.

–Comprendido. ¿Usted me quiere decir que su música de ustedes tiene alguna relación con los *Vedas*?

–Exacto. Tiene íntima relación con los *Vedas*, en efecto. Como que casi depende, por completo, de ellos. Todos los sonidos de la Naturaleza, y por consecuencia los de la música, están directamente relacionados con la Astronomía y la Matemática, es decir, con los planetas; los signos del zodiaco, el Sol, la Luna y, en fin, los números. Sobre todo, dependen del *Akâsha*, el éter del espacio, cuya existencia aun no ha sido plenamente probada por vuestros científicos. Tal era la enseñanza de los antiguos chinos y egipcios, así como de los primitivos arios. La doctrina de la *Música de las Esferas* vió la luz, aquí en la India, y no en Grecia ni en Italia, donde fué llevada por Pitágoras, después que éste la hubo aprendido de los gymnosofistas indos. Ciertamente que este gran filósofo reveló al mundo el sistema heliocéntrico antes que Copérnico y que Galileo, pues sabía mejor que nadie cuán dependientes son los más ínfimos sonidos naturales del *Akâsha* y de sus correlaciones. Uno de los cuatro *Vedas*, el llamado *Sâma-Veda*, consiste sólo en himnos. Es, en efecto, una colección de *mantrams* cantados durante los sacrificios a los dioses, es decir, a los elementos. Nuestros primitivos sacerdotes apenas conocían los métodos modernos de la Química y la Física, pero, en cambio, conocían muchísimas cosas más en las que están todavía muy lejos de pensar los hombres de ciencia modernos, lo cual nada tiene de extraño, pues que algunas veces eran ellos tan conocedores de las ciencias naturales, que obligaban a los mismos dioses de los elementos, o más bien a las ciegas fuerzas de la Naturaleza, a responder a sus oraciones con portentos varios. Cada sonido de estos *mantrams* tiene su propia importancia y significación, y ocupa en el concierto universal su debido puesto. Recuérdese que el profesor Leslie dice que la ciencia del sonido es la más incomprensible y complicada de todas las ciencias físicas, y si hubo alguna enseñanza que llegase a la perfección, lo fué esta de la música en la época de los *Rishis*, de los filósofos santos que nos legaron los *Vedas*.

–Ahora empiezo a comprender el origen de las fábulas de la vieja Grecia –dijo pensativo el Coronel–. La *syrinx* de Pan, su flauta de siete tubos; los caramillos de faunos y sátiros; la misma lira de Orfeo databan de aquí. Los antiguos griegos sabían muy poco acerca de la armonía. Las rítmicas declamaciones de sus dramas, que acaso no llegaron nunca al elemento patético de los más sencillos recitados modernos, apenas pudo sugerirles la idea de la mágica lira de Orfeo. Me siento ya inclinado a creer lo dicho por alguno de nuestros grandes filólogos respecto a que Orfeo debió ser un emigrado llegado de la India. Su mismo nombre de $\delta\rho\phi\delta\varsigma$ u $\delta\rho\phi\nu\delta\varsigma$ indica que, aun

entre los tostados griegos, resaltaba como excesivamente moreno. Tal es, al menos, la opinión de Lemprière y de otros.

–Algún día, acaso, llegue a demostrarse la certeza de tal aserto, porque no hay duda de que la forma más pura y elevada de todas las de la antigüedad corresponde a la India. Todas nuestras leyendas atribuyen gran poder mágico a la música, como un don y una ciencia que proviene directamente de los dioses. Atribuimos, por regla general, a la revelación divina el origen de nuestras artes, pero, entre las artes, la música está a la cabeza de todas ellas. La invención de la *vina* –especie de laúd– se atribuye a Nârada, el hijo de Brahmâ. Acaso sonreirá usted si le digo que nuestros antiguos sacerdotes, cuya misión consistía en entonar himnos durante los sacrificios, podían producir fenómenos mágicos que serían considerados por los ignorantes como prueba de sobrenaturales poderes, y esto, fíjese bien, sin recurrir al menor fraude de su profundo conocimiento de las leyes de la Naturaleza y de ciertos procedimientos que les eran familiares, pues que los fenómenos producidos por los sacerdotes mediante la *raja-yoga* resultan perfectamente naturales para el Iniciado, por muy milagrosos que a las masas parezcan.

–¿Acaso quiere usted decir que no tiene usted ninguna fe en los espíritus de los muertos? –insinuó tímidamente Miss X..., que se sentía siempre extrañamente cohibida ante la presencia del takur.

–Perdóneme que se lo diga con esta ruda franqueza: ninguna –respondió Gulab–Sing.

–Tampoco cree usted en los *mediums*.

–¡Menos todavía que en los espíritus!, señora mía. Ciertamente en lo que creo es en la existencia de muchas enfermedades psíquicas, entre ellas en el mediumnismo, enfermedad para la que, desde tiempo inmemorial, tenemos un nombre raro: la llamamos *bhuta-dâk*, ósea, literalmente, la enfermedad que da hospedaje a los *bhûta*. Compadezco muy sinceramente, a los verdaderos *mediums* y hago cuanto me es dable para ayudarlos. Respecto de los charlatanes que tales se dicen, los desprecio y no pierdo jamás una oportunidad para desenmascararlos.

La caverna de la bruja cerca de *la ciudad muerta* se me vino entonces, de repente, a la imaginación, con su orondo brahmán que actuaba de oráculo en la cabeza del *sivatherium*, cuando se vió cogido *in fraganti* y se cayó por el agujero abajo, mientras la bruja ponía pies en polvorosa. Al evocar estos recuerdos también pensé en lo que antes no pensase, esto es, en que Narayán había obrado entonces bajo las órdenes del takur, haciendo cuanto pudo para desenmascarar a la bruja y a su compadre. El takur continuó:

–El desconocido poder que ostentan los *mediums*– y que los espiritistas atribuyen a los espíritus de los muertos, mientras que los supersticiosos los creen manejos del demonio, y los escépticos engaños y malvadas supercherías–, es atribuido por los científicos sinceros a una gran fuerza natural que no ha sido descubierta hasta ahora. Es aquél, en realidad, un terrible poder. Quienes lo poseen son, de ordinario, gentes débiles; a menudo mujeres y niños, y en verdad, Miss X..., que sus queridos espiritistas sólo contribuyen inconscientemente con ello a desarrollar espantosas enfermedades psíquicas. Gentes mejor informadas tratan de salvarlos de las garras de esta fuerza,

sobre la que nada sabéis vosotros. Inútil es, sin embargo, discutir sobre tal punto por ahora. Tan sólo añadiré que el verdadero espíritu viviente del humano ser es tan libre como Brahmâ, y para nosotros aún más, porque al tenor de nuestra religión y filosofía, nuestro espíritu es Brahmâ mismo, por encima del cual únicamente está lo Desconocido: la omnipresente y omnipotente Esencia de Parabrahm. No se puede, pues, mandar sobre el Espíritu de un hombre, como pretenden mandar a los espíritus los espiritistas; ni se les puede hacer esclavo de... Pero noto que se está haciendo tarde y nos debemos acostar. ¡Hasta mañana, pues! –terminó el takur.

Por las muestras, Gulab–Sing no quería hablar más aquella noche. Yo quedé pensando en que, sin muchas de nuestras conversaciones anteriores, la anterior conversación quedaba harto oscura.

Los vedantinos y los partidarios de la filosofía de Shankarâchârya, evitan el usar el pronombre yo, diciendo, por ejemplo: “esta mano cogió”, “este cuerpo fue”. Solamente usan los pronombres personales al referirse a funciones de la mente, tales como “yo pensé”, “él deseó”, pues, de acuerdo con su manera de pensar, el cuerpo no es el hombre, sino la máscara o envoltura del hombre verdadero.

–El verdadero hombre interior posee muchos cuerpos más y más sutiles, Todos estos cuerpos, después de la muerte, cuando el principio vital se desintegra en unión del cuerpo material, se reúnen y se dirigen hacia la región *Moksha*, denominándoseles entonces *devas* o seres divinos, aunque tienen todavía que pasar por muchos planos o mundos antes de su final y definitiva liberación, o bien ha de quedarse en la tierra para vagar y sufrir en el mundo invisible, llamándoseles entonces *bhûta*. Un *Deva* no puede tener relación tangible con los vivos. El único lazo que le liga con la tierra es el de sus afectos póstumos por aquellos a quienes amase en vida y el poder de influenciarlos y de protegerlos. El amor sobrevive a todos los demás sentimientos terrestres, y un *Deva* puede aparecerse en sueños a los seres a quienes ama, a menos que se trate, de una ilusión fugaz, porque el cuerpo del *Deva* o difunto, experimenta una serie gradual de cambios desde el momento mismo en que se desprende de sus lazos terrestres y a cada cambio, se hace más y más intangible, perdiendo cada vez algo de su anterior naturaleza objetiva. Nace así, vive y muere en nuevos *lokas* o esferas, las cuales se hacen más puras y subjetivas cada vez. Por fin, habiéndose desprendido hasta de la más ligera sombra de deseos y pensamientos terrestres, llega a ser un nada bajo el punto de vista material. Extínguese como una llama, y, habiéndose sumido en el seno de Parabrahm, vive la vida del Espíritu, vida de la cual no puede el lenguaje dar la más remota idea, ni siquiera la podemos concebir. La eternidad de Parabrahm no es eternidad del alma, sino, según, la expresión vedantina, una eternidad en la eternidad. La vida de un alma, por santa que haya sido, tuvo principio y habrá de tener fin. Los pecados suyos no pueden ser, pues, castigados, ni sus buenas acciones premiadas, en la eternidad de Parabrahm. Ello sería contrario a la justicia, a fuer de desproporcionado, usando la expresión de la filosofía vedanta. El espíritu vive sólo en la eternidad y no tiene ni principio, ni fin, ni centro, ni límites. El *Deva* vive en Parabrahm como la gota de agua en el seno del Océano, hasta la

próxima regeneración del Universo, es decir, durante una Pralaya, un caos periódico, una total desaparición de los mundos de la región de la objetividad. Al cabo del Maha-yuga o Gran ciclo, el Deva se separa de lo que es eterno, atraído hacia la existencia en mundos objetivos, cual la gota de agua que, evaporada por la acción del sol, se eleva en la atmósfera, de donde luego desciende a la suciedad de la tierra. Moradora de aquellos mundos objetivos, asciende otra vez y remonta la parte ascendente de su ciclo. De este modo gravita el Deva en la Eternidad de Parabrahm y cruza de una en otra eternidad. Cada una de estas segundas eternidades, propiamente humanas, es decir, concebibles por nuestra razón, consta de cuatro mil trescientos veinte millones de años de vida objetiva y de otros tantos de vida subjetiva en el seno de Parabrahm. Ocho mil seiscientos cuarenta millones de años es, en opinión de los vedantinos el tiempo suficiente para redimirse de cualquier pecado mortal y asimismo para que madure el fruto de toda buena acción ejecutada en un tiempo tan fugaz como el que supone la vida del hombre sobre la tierra. No obstante lo dicho, la individualidad del alma humana no se pierde al sumergirse en Parabrahm, a diferencia de lo que suponen algunos orientalistas europeos. Solamente el alma de los *bhûtas*, cuando la última chispa de arrepentimiento y de anhelo de mejora se extingue en ellos, se evapora para siempre. Entonces el divino Espíritu que la cobijaba, se separa de ella, tornando a su origen prístino, mientras que dicha alma se sumerge para siempre en la obscuridad de la inconsciencia eterna. Tal es el único caso posible de total aniquilamiento de la personalidad.

Esta es, en suma, la enseñanza de la Vedânta respecto del hombre espiritual, razón por la cual ningún verdadero hindú cree posible que las almas vuelvan a la tierra, salvo en el caso de los *bhûtas*, una vez separadas de los cuerpos a los que informasen.

XII

JUBBLEPORE

Saliendo de Malva y de Indore, en el territorio casi independiente de Holkar, nos encontramos de nuevo en territorio británico y nos encaminamos a Jubblepore.

Esta ciudad se halla situada en distrito de Saugor y de Nerbudda y antiguamente perteneció a los maharattis, pero, en 1817 el ejército Inglés se apoderó de ella. Sólo paramos breves momentos en la ciudad merced al anhelo que teníamos por ver la *Marble-Rocks*, o Rocas de Mármol. Para no perder en ello un día entero, alquilamos un bote y partimos a las dos de la madrugada, lo cual nos proporcionó la doble ventaja de evitar el calor y de disfrutar del panorama de un pequeño trozo del río 10 millas de la ciudad.

Los alrededores de Jubblepore son sencillamente encantadores. En ellos el geólogo puede encontrar el más rico Campo para sus investigaciones. La formación aquella ofrece, en efecto, la variedad más infinita de rocas graníticas, y cien Cuvieres podrían pasarse su vida estudiando aquellas montañas. Las cuevas calcáreas de Jubblepore son un verdadero oasis de la India antediluviana y están lleno de restos esqueléticos de monstruosos animales, para siempre desaparecidos.

Las Marble-Rocks se encuentran a considerable distancia de las demás cordilleras y perfectamente desligadas de ellas, constituyendo un maravilloso fenómeno natural, no muy raro, sin embargo, en la India. En las dilatadas riberas del Nerbudda, cubierto por espesa vegetación, muéstranse de repente una larga hilera de blancas rocas de la forma más extraña. Diríase que han surgido allí, sin razón aparente, cual una granulación en la lisa faz de la llanura aquella. Blancas y puras, yacen amontonadas sin plan preconcebido, cual enorme pisa-papeles sobre la mesa de un titán. Las teníamos ya en el horizonte a menos de la mitad de nuestro camino desde la ciudad, apareciendo y desapareciendo a cada vuelta de dote, desdibujándose a veces en la naciente niebla de la mañana, cual un distante y falaz espejismo del desierto. Después las perdimos de vista por completo, pero, momentos antes de la salida del sol, se destacaron de nuevo, flotando su imagen por encima de las aguas. Cual si resurgiesen por mágico conjuro brujesco, aparecían tras la verde orilla del Nerbudda reflejando su virginal belleza en la tranquila corriente de las aguas perezosas, prometiéndonos fresco y grato refugio... En cuanto al encanto de aquellas frescas horas de la salida del sol, él sólo puede ser apreciado por quienes hayan vivido y viajado por este tórrido país. Mas, ¡ay!, que bien poco hubimos de disfrutar,

pese a nuestras precauciones y a nuestro madrugar, de tan deliciosa temperatura. Era nuestro prosaico propósito el tomar el té al fresco de aquéllos alrededores; pero así que desembarcamos, el sol surgió en toda su plenitud, y empezó a disparar sus ígneos dardos sobre nuestras cabezas infelices, dardos que nos perseguían aquí y allá, doquiera nos refugiáramos, hasta desalojarnos de la sombra de una enorme roca que volaba sobre la orilla, sin que hallar pudiéramos amparo contra ellos. Aquellas maravillas marmóreas, blancas como el ampo de la nieve, tomaron un tinte dorado y rojizo que vertía chispas de fuego sobre el río y, caldeando la arena, nos dejaba casi ciegos.

Razón tiene, sin duda, la leyenda de que aquellos lugares son la morada y hasta la encarnación misma de la diosa Kâlî, la más feroz de cuantas cuenta el Panteón hindú. Durante dilatados *yugas* o épocas, la diosa ha luchado desesperadamente contra Shiva, su esposo legítimo, quien en forma de Trikûtishvara, o *lingham* de tres cabezas, reclamaba como de su propiedad, por artes reprobadas, aquellas rocas y aguas sobre las que Kâlî preside. Semejante lucha es la causa de que la gente de las cercanías oiga de vez en cuando salir de tales sitios espantosos gemidos, cada vez que la mano cruel de un irresponsable *coolie* u obrero, trabajando bajo las órdenes del Gobierno, arranca una piedra del blanco seno de la diosa. El infeliz cantero oye el agudo grito, y su corazón se llena de vapor, porque presiente el espantoso castigo que le espera por parte de la sanguinaria diosa, y teme por otro lado, el que habrá de recibir del exigente capataz en el caso de que trate de eludir sus órdenes.

Kâlî es la plena dueña de las *Marble-Rocks*, pero es asimismo la protectora de los *ex-thugs*. Mil solitarios viajeros hánse estremecido de horror ante el solo nombre de estas últimas gentes, recordando los infinitos sacrificios sin derramamiento de sangre, que han sido ofrecidos en los altares de mármol de la diosa. El país, en efecto, está lleno de terribles historias referentes a las hazañas de los thugs. Son ellos demasiado recientes y están aún muy presentes en el recuerdo popular, para que hayan sido transformadas en meras leyendas fantásticas. La mayor parte, pues, de estos relatos son pura verdad, y algunos hasta se hallan comprobados por documentos oficiales de los Tribunales de justicia y de Comisiones investigadoras.

Aunque llegue alguna vez Inglaterra a dejar de ejercer dominio sobre la India, la completa extinción del *thugismo* será una de las gloriosas memorias suyas que subsistan en el país. Conviene saber, respecto de este asunto, que bajo dicha denominación se practicó en la India, durante más de dos siglos el más artero y feroz de los sistemas homicidas, sin que, hasta 1840, se descubriese que su objeto no era sino el del bandidaje y el robo. La simbólica evocación de la diosa Kâlî no era sino el pretexto, de lo contrario, no habría contado tantos musulmanes entre sus secuaces. Cuando, al fin, fue descubierta la criminal asociación y llevados ante la justicia sus secuaces, vióse que la mayor parte de estos *caballeros del rûmal* –que tal era el nombre dado al lienzo con el que los malvados realizaban la estrangulación de sus víctimas– resultaron ser musulmanes. Los jefes más conspicuos de la partida tampoco eran hindúes, sino hijos del Profeta, el célebre Ahmed, por ejemplo. De los 37 thugs que fueron apresados, 22 nada menos eran musulmanes, lo cual prueba que tal culto sangriento no tenía relación

con las divinidades hindúes, sino que ello era un modo de disfrazar el bandidaje tan sólo.

Es cierto que la iniciación final del *thung* era un rito que se practicaba siempre en alguna selva desierta ante un ídolo de Bhâvânî o de Kâlî, orlado por un collar de claveras, y antes de esta iniciación, los candidatos habían de someterse a un curso de noviciado o aprendizaje, cuya parte más difícil era la de adiestrarse en el procedimiento de lanzar el *rumâl* al cuello de la incauta víctima y estrangularla de manera que su muerte fuese casi instantánea. La iniciación, luego, ante a diosa consistía en ciertos simbolismos, generalmente adoptados por la francmasonería, tales como la daga desenvainada, la calavera y el cadáver de Irma–Abif o “el hijo de la viuda”, resucitado después por el Gran Maestro de la logia. Kâlî, pues, no era sino el pretexto para dar relieve a la escena iniciática, y la francmasonería y el thugismo venían a tener ciertos puntos de semejanza tan sólo en cuanto a las ceremonias iniciáticas. Los individuos de entre ambas Sociedades podrían reconocerse entre sí mediante ciertos signos: el santo y seña y un lenguaje especial que ningún profano podía comprender y a la manera como las logias masónicas admiten en su seno a cristianos y ateos, los *thugs* admitían, sin distinción también, a los bandidos de cualquier nación, sabiéndose que entre ellos había algunos ingleses y portugueses. La única diferencia, pues, entre las dos Sociedades, era que la de los *thugs* resultaba, sin disputa, una organización criminal, mientras que los francmasones de nuestros días no hacen daño a nadie, excepto a sus bolsillos.

¡Mísera Bhâvânî! ¡Shiva infeliz! ¿Por qué desdichada interpretación, nacida de la estulticia popular, vuestros simbolismos tan poéticos, tan profundamente filosóficos y tan llenos de conocimiento de las leyes naturales, han caído en semejante abismo? La significación primitiva de Shiva es la del “dios feliz”, después de la de “las fuerzas de la Naturaleza que todo lo destruyen y todo lo regeneran”. La Trinidad hindú, en efecto, no es, entre otras cosas, sino una representación alegórica de los tres elementos principales: *de fuego, tierra y agua*, o *Brama, Vishnú y Shiva*, representando el ciclo de la creación, la conservación y la destrucción de las cosas todas. Shiva es, sin embargo, el dios del fuego, más bien que Brama o Vishnú, porque al destruir, quema y lo purifica todo, creando luego formas nuevas, llenas de nueva vida, de las propias cenizas. Shiva–Sankarin es el destructor, o más bien el dispersador; Shiva–Rakshaka es, a su vez, el conservador y el regenerador. Por eso se le representa al dios con fuego en la palma de su mano izquierda, mientras que en la derecha ostenta la vara de la muerte y la resurrección, y sus adoradores llevan en la frente su signo distinto trazado en ella con ceniza húmeda, a la que se la llama “substancia” o *vibhûti*, y que consiste en tres líneas horizontales paralelas entre ceja y ceja. El color del cutis de Shiva es amarillo–rosado, cambiando gradualmente hasta llegar al rojo vivo; tiene cabeza, brazos y cuello cubierto de serpientes, emblema de la eternidad y de la continua regeneración de las cosas, porque “así como la serpiente se desprende de la vieja camisa de su piel, para mostrarse con otra piel nueva, así el hombre, tras la muerte, resurge en un cuerpo más joven y puro”, que dicen los *Purânas*.

A su vez, Kâlî, la esposa de Shiva, es la alegoría de la muerte fecundada por los rayos del sol. Los más instruidos de sus adoradores, creen, sí, que su diosa se dice que se complace en sacrificios humanos en el sentido de que a la tierra le es grata la descomposición orgánica que la fertiliza y la da medios para producir, con los restos de los seres muertos, nuevas fuerzas para nuevas vidas. Por eso cuando los *shivaítas* quemaban a sus muertos, cuidan siempre de poner un ídolo de Shiva a la cabecera del cadáver, sin perjuicio de lo cual, al comenzar a esparcir sus cenizas devolviéndolas a los elementos, invocan a Bhâvânî, para que la diosa reciba en su seno aquellos restos purificados, y desarrolle con ellos nuevos gérmenes de vida. Mas, ¿qué verdad, por excelsa que sea, podrá resistir el brutal contacto de la ignorancia supersticiosa?

Los asesinos thugs se apropiaron este gran emblema filosófico y habiendo aprendido, en su barbarie, que la diosa gustaba de los sacrificios humanos, aunque detesta los derramamientos inútiles de sangre, resolvieron sería gratos, reuniendo macabramente entrambos requisitos, es a saber: matando, y no manchándose nunca las manos con sangre de sus víctimas: de aquí la Orden de Caballería del *rumâl*, o del pañuelo.

Cierto día visitamos a un ex-thug de edad provectora, que habiendo sido deportado a las islas de Andaman, merced a su arrepentimiento y a ciertos servicios que había prestado al Gobierno, fué indultado después. Restituido así a su aldea natal, se estableció allí ganándose la vida con trenzar cordeles, profesión que los *sabrosos* recuerdos de su juventud le sugirieran acaso. El hombre nos inició en los misterios del *thugismo* teórico, y después llevó su hospitalidad hasta ofrecerse a mostrarnos gustoso la parte práctica, si estábamos, dispuestos a pagarle un carnero, con el que nos mostraría cuán fácil era el enviar a un ser viviente *ad patres*, o sea al otro mundo, en menos de tres segundos. Toda la tecla consistía en algunos hábiles y rápidos movimientos de las articulaciones de los dedos de la mano derecha.

Renunciamos, por supuesto, a comprar el carnero para que este viejo bandido mostrase su habilidad, pero sí le dimos algún dinero, y él, para acreditar su gratitud, trató de darnos todas las sensaciones preliminares del *rumâl*, ensayando sobre cualquier cuello inglés o americano que a ello se prestase, aunque omitiendo, naturalmente, el movimiento final después. El reconocimiento de arrepentido criminal se mostró, hablándonos con gran volubilidad, de sus gentes.

La lechuza es sagrada para *Kâlî Bhavânî*; y tan pronto como una partida de thugs que acechaba a sus víctimas escuchaba el extraño grito de lechuza convenido, todos los viajeros, aunque fuesen más de veinte, tenían un thug a su espalda. Un segundo más, y el *rumâl* caía sobre el cuello de la víctima, guiado y manejado por los diestros dedos del thug que sostenían los extremos del *sagrado* pañuelo. Un segundo más, y las articulaciones de los dedos de aquél ejecutaban un *artístico* movimiento de torsión oprimiendo la garganta, boda que la víctima caía sin vida. A todo esto, ni un grito, ni el menor ruido. Los thugs operaban con la rapidez del rayo, y el estrangulado era llevado al punto a la fosa preparada de antemano en alguna espesa selva, generalmente bajo el lecho desecado de algún arroyo o riachuelo, desapareciendo así basta el rastro de la víctima. ¿A quién podía ella interesarle sino a su familia e íntimos? Treinta años hace

(1879) las pesquisas eran imposibles o, al menos, difícilísimas, puesto que no existía red ferroviaria ni aun sistema regular de gobierno. Además, el país estaba infestado de tigres, cuyo destino es el de ser responsables de los crímenes de los demás amén de los suyos, y cuando desaparecía cualquier musulmán o hindú, la inevitable respuesta era: ¡Le devoraron los tigres!

Poseían los thugs una organización maravillosa. Cómplices adiestrados suyos recorrían toda la India, deteniéndose en los *bazares* u hospederías, esos verdaderos clubs de las naciones del Oriente. En ellos recogían informes, atemorizaban a los viajeros con historietas acerca de los thugs, aconsejándoles siempre que se uniesen a esta o la otra caravana de viajeros, los cuales, por supuesto, eran thugs disfrazados de ricos comerciantes o peregrinos. Engañando a sí a los infelices, avisaban a sus compañeros de fechorías, recibiendo de ellos su parte en los beneficios. Durante largos años estas bandas invisibles, esparcidas por todo el país y que operaban por grupos de diez a sesenta hombres, gozaban de una libertad omnímoda, mas se les descubrió al fin. Las pesquisas practicadas evidenciaron horribles y repulsivos secretos. Ricos banqueros; brahmanes en activo servicio; rajás en el borde de la ruina y hasta algunos empleados ingleses comparecieron ante la justicia acusados de *thugismo*. Por ello la acción de la *East India Company* bien merece la gratitud popular que se la profesa.



A nuestro regreso de las *Marble Rocks* visitamos a *Muddhun Mahal*, otra curiosidad bien misteriosa. Se trata de una especie de casa construida sobre enhiesta roca, no se sabe por quién ni con qué objeto. La piedra sobre la que dicha casa se asienta es de la misma especie que la de los *cromlechs* de los Druidas célticos, y puede moverse u oscilar bajo el menor impulso con la casa misma que tiene encima y con cuanta gente sienta la curiosidad de examinar el interior de ésta. No hay para qué añadir que nosotros experimentamos semejante curiosidad, y que nuestras narices no sufrieron deterioro gracias al takur y al babú Narayán que cuidaron de nosotros como de unos niños.

Asombrosos son, en verdad, los naturales de la India. Por inestable que una cosa sea, seguramente son capaces de andar y de sentarse sobre ella con la mayor comodidad. No experimentan la menor molestia, por ejemplo, con permanecer sentados horas y horas sobre la punta de un poste un poco más grueso que el de los alambres del telégrafo. Encuéntranse asimismo muy seguros cuando se agarran con los dedos de los pies a una delgada rama con los cuerpos en el aire, cual si fuesen pesados cuervos posados en aquellos alambres.

¡Salam, Sabih!—dije yo a un anciano hindú de baja casta que, desnudo por completo, aparecía sentado en la forma antes descrita—. ¿Está Usted cómodo en semejante asiento y no teme usted caerse?

–¿Por qué he caído, si no respiro, *man sahib*? –respondió con el mayor aplomo, al par que expectoraba un como chorro rojo, inevitable resultado de las hojas de betel que estaba masticando.

–¿Qué es lo que dice usted, compadre? ¿Puede, acaso, un hombre permanecer sin respirar? –exclamé asombradísima ante tan sorprendente Aserto.

–¡Vaya si se puede! Ahora mismo no respiro y, por consiguiente, estoy bien seguro aquí. Sin embargo, pronto tendré que volver a llenar los pulmones de aire fresco y entonces sí que me tendré que agarrar al poste porque, de lo contrario, me caería.

Después de tan asombrosa enseñanza científica, continuamos nuestro camino, pues el buen compadre no parecía dispuesto a más conversación, temeroso, sin duda, de comprometer su comodidad, tan a poca costa conseguida. Por el momento no recibimos más explicaciones sobre el particular, pero semejante incidente nos extrañó bastante, perturbando la científica ecuanimidad de nuestras mentes europeas.

Hasta entonces, en efecto, habíamos sido tan ingenuos, que creíamos que sólo los esturiones y otros acróbatas acuáticos semejantes, eran lo bastante hábiles para llenarse de aire con objeto de hacerse más ligeros y poder así elevarse a la superficie del agua. –Lo que es posible para un esturión es imposible para un hombre, pensábamos en nuestra ignorancia, y optamos por considerar la estupenda revelación del buen hombre como mera fanfarronada para burlarse de nosotros *los sahibs blancos*. Éramos todavía por aquel entonces hartos inexpertos y nos resistíamos a tomar en serio semejantes informaciones, que parecían cosas de burla. Más adelante, sin embargo, supimos que la fórmula dada por el viejo para poder conservar su postura de pájaro, era perfectamente exacta.

Aún vimos en Jubblepore maravillas más grandes.

Paseando por las orillas del río llegamos a la Avenida de los Faquires, y el takur nos invitó a visitar el patio de la pagoda. El patio es un lugar sagrado donde se prohíbe la entrada de musulmanes y de europeos, pero Gulab–Sing había dicho no sé qué al brahmán principal, y pasamos sin ningún inconveniente.

El patio de la pagoda estaba lleno de devotos y de ascetas, pero lo que más llamó nuestra atención fueron tres viejos faquires completamente desnudos. Más arrugados sus cuerpos que manzanas asadas en el horno y tan delgados como si meros esqueletos fuesen con sus cabezas llenas de enmarañados mechones de canas, yacían sentados, o más bien descansaban, en posturas inverosímiles e imposibles a nuestro juicio. Uno de ellos estaba literalmente apoyado tan sólo sobre la palma de la mano derecha, cabeza abajo y en perfecto equilibrio, con los pies por alto y con todo su cuerpo tan inmovilizado cual una seca rama de árbol. La cabeza del faquir casi tocaba al suelo y tenía fijos los ojos en el sol deslumbrador. Garantizar no puedo la aseveración de algunos charlatanes de la ciudad incorporados a nuestra comitiva, quienes aseguraban que aquel faquir se pasaba en semejante postura todas las horas que van desde el mediodía hasta la puesta del sol, pero sí me es dable certificar que ni un solo músculo

de su cuerpo se movió durante la hora y veinte minutos que permanecemos con los faquires.

Otro faquir se encontraba de pie sobre una “piedra sagrada de Shiva”, pequeño cipo de cinco pulgadas de diámetro. Una de sus piernas la tenía doblada hacia arriba y el resto del cuerpo echado hacia atrás en forma de arco; las manos en actitud de orar, y los ojos fijos también en el sol. Diríase que estaba pegado a la piedra, sin que nosotros alcanzásemos a concebir de qué medios se valía para conservar equilibrio semejante.

Finalmente, el tercero de estos prodigiosos faquires estaba sentado sobre sus cruzadas piernas, sin que fuera dable averiguar el modo como permanecía así sentado sobre una piedra o lingam de la altura de un guardacantón y poco más ancha que la otra “piedra de Shiva” con sus cinco o siete pulgadas de diámetro. Los brazos del faquir se cruzaban detrás de su espalda, y las uñas parecían haber echado raíces, clavadas en las carnes de sus hombros.

–Este faquir jamás cambia de postura –dijo uno de nuestros compañeros–, por lo menos así está impasible desde hace siete años.

El alimento usual de este último faquir era la leche, que se le traía una vez cada cuarenta y ocho horas y que le era vertida en la garganta mediante una caña de bambú. Todos los ascetas tienen para estos menesteres criados propicios, futuros faquires a su vez, cuyo deber consiste en cuidarlos; y así, los discípulos de semejante momia viviente, le quitan del pedestal, le bañan en la piscina sagrada y le vuelven a poner en su sitio, porque sus miembros anquilosados son incapaces ya de todo movimiento.

–¿Y qué ocurriría –pregunté– si empujase a uno de estos faquires? El más leve toque bastaría para derribarlo, sin duda.

–Puede usted probar –replicó, sonriente, el takur–; pero sepa que en semejante estado de trance religioso es más fácil despedazar a un faquir que arrancarle de su emplazamiento.

El tocar tan sólo a un asceta en el estado de trance es un sacrilegio a los ojos de todo hindú; pero el takur, sin duda, sabía que, bajo ciertas circunstancias, pueden contravenirse todos los preceptos brahmánicos. Así que, habló un momento aparte con el brahmán principal, más negro que una nube de tormenta, que nos guiaba, y tan luego como terminó su conversación, Gulab–Sing nos manifestó que aun cuando ninguno de nosotros estaba autorizado para tocar a ningún faquir, él había obtenido permiso para ello e iba a mostrarnos algo todavía más asombroso.

En efecto, se aproximó al faquir que estaba sobre la piedra pequeña, y cogiéndolo cuidadosamente por los omoplatos, que sobresaltan de su espalda, le levantó y le puso en el suelo. El asceta, no obstante, permaneció en actitud tan estatuaria como antes. Después Gulab–Sing cogió la piedra y nos la mostró, rogándonos, sin embargo, que no la tocásemos, por miedo a que se irritase la muchedumbre. La piedra era redonda, aplanada y de lisa superficie. Cuando se ponía en el suelo oscilaba al menor contacto.

–Como ustedes pueden apreciar–continuó–, este pedestal es harto inestable y, sin embargo, bajo el peso del faquir resulta tan fijo cual si se hallase hincado en el suelo.

Así que luego se tornó a poner al faquir sobre su basamento, hombre y piedra recobraron su anterior aspecto, cual si entrambos constituyeran una sola cosa fuertemente adherida al pavimento, y sin que, durante la operación, se hubiese alterado ni una sola línea del cuerpo del faquir. A juzgar por las apariencias, no parecía sino que aquel su encorvado tronco y aquella cabeza echada hacia atrás, iban a hacerte caer al punto; pero no sucedió así, y era evidente que con semejante ser la ley de la gravedad no regía ya.

Los hechos anteriormente descritos son ciertos en absoluto, sin que ello quiera decir que yo abrigue la pretensión de explicármelos. Ya en las puertas de la pagoda, volvimos a calzarnos nuestros zapatos y abandonamos aquel Sanctasanctórum de los seculares misterios hindúes más perplejos que nunca. Nos incorporamos a Narayán, al babú y al muljí, que nos esperaban en la Avenida de los Faquires, porque el brahmán principal no les había permitido la entrada en la pagoda. Ellos tres hacía tiempo, en verdad, que se habían libertado de todo prejuicio de raza y despreciaba los férreos convencionalismos de ésta al comer y beber en nuestra compañía, razón por la cual sus compatriotas les consideraban excomulgados despreciándolos mucho más que a los propios europeos. Su mera presencia en la pagoda les habría contagiado a ellos para siempre, mientras que la contaminación producida por nosotros era meramente transitoria y se desvanecería con sólo el humo del excremento quemado de la vaca, incienso usual de purificación brahmánica, cual se depura la turbia gota de agua al ser evaporada por el divino rayo del sol.

La India es el país de lo anticonvencional, lo inesperado y lo extraño. Todos los rasgos característicos de su vida llevan un sello de originalidad contrario a cuanto puede sospecharse. El movimiento de cabeza de un lado a otro en todo el mundo significa *no*, pero en la India no es sino un *sí*, el más enfático. Si a un hindú se le pregunta cómo está su mujer o cuántos hijos tiene, o si tiene hermanos, se sentirá ofendido aunque se trate de un amigo íntimo, de cada diez casos en nueve. A un invitado no se le ocurrirá jamás el dejar la casa del convite mientras su dueño no señale hacia la puerta, después de haber rociado con agua de rosas a su huésped. Antes se quedaría éste allí sin comer nada ni hacer nada en todo el día, para no ofender a su anfitrión marchándose sin su previa venia. Todo pugna en la India con nuestros prejuicios occidentales. Y si los hindúes son extraños y originales, su religión lo es más todavía. Tiene ella sus puntos oscuros, y los ritos de muchas de sus sectas son hasta repulsivos. Los mismos brahmanes verdad, están bien lejos de ser perfectos; mas, a pesar de estas menudencias, posee la religión hindú algo tan profunda y misteriosamente irresistible que atrae y subyuga hasta los tan pocos fantaseadores ingleses.

El siguiente sucedido es un curioso ejemplo de la fascinación a que aludimos:

N. C. Paul, G. B. M. C. escribió un folleto científico tan corto como interesante. Aunque dicho autor era un oscuro médico militar en Benarés, su nombre era muy

conocido entre sus compatriotas como un sabio especialista en Fisiología. El folleto en cuestión se titulaba “Tratado de Filosofía Yoga”, y produjo enorme sensación entre los médicos de la India, amén de una animada polémica entre los periodistas angloindios y los indígenas. El Dr. Paul se había pasado, en efecto, treinta y cinco años estudiando los hechos extraordinarios del *yoguismo*, cuya existencia estaba para él fuera de dudas. No sólo trataba de tales fenómenos, sino que explicaba hasta los más extraordinarios, tales como la *levitación* o levantado en alto, como aparentemente contrarios a las propias leyes naturales. Con tanta sinceridad como despecho, el Dr. Paul añadía que nunca había podido aprender nada respecto de la *Raja-Yoga*. Su experiencia profesional estaba casi exclusivamente limitada a aquellos hechos o fenómenos que los faquires y los *hatha-yoguis* consentían realizar a su presencia. Gracias principalmente a la gran amistad que mantenía con el capitán Seymour, pudo penetrar en algunos misterios que hasta entonces se habían considerado como inabordables.

La historia de estotro caballero inglés era de lo más peregrino e increíble, y había producido hace unos veinticinco años un escándalo sin precedentes en los fastos del ejército inglés en la India. Érase, en efecto, el capitán Seymour un oficial rico e instruidísimo, que aceptó de plano la creencia brahmánica y se hizo yogui. Túvosele, naturalmente, por loco, y fué enviado a Inglaterra bajo partida de registro; pero Seymour se escapó y tornó a la India vestido de *sannyâsi*. Le volvieron a atrapar y le encerraron en un manicomio de Londres. Tres días después de su confinamiento en la casa de salud, y pese a cerrojos y a guardianes, desapareció del establecimiento, y meses después sus amigos le vieron en Benarés y el Gobernador general recibió una carta suya desde los Himalayas en la que insistía estar en su sano juicio, a pesar de lo que con él se había hecho. Seguía aconsejando al Gobernador que no se mezclase en asuntos que eran del libre albedrío de cada cual, y le aseguraba, en fin, su firme resolución de no volver jamás al seno de la sociedad que se dice civilizada.

–Soy yogui– escribía–, y, antes de morir, espero alcanzar el ser *Raja-yogui*, único propósito de vida.

Después de esta carta, dejóse en paz a Seymour, y no volvió a verle ningún europeo, excepto el Dr. Paul, quien, según se ha dicho, estuvo en constante correspondencia con él y hasta fué a verle dos veces en el Himâlaya, so pretexto de excursiones de Botánica.

Se me dijo también que el folleto en cuestión M Dr. Paul había sido mandado quemar por ser “en desprestigio de la Fisiología y la Patología”, así que eran rarísimos los ejemplares de esta obra cuando yo fui a la India. De los pocos que se conservan, uno está en la biblioteca del Mahârâja de Benarés y otro me la regaló nuestro takur.

Comimos aquella tarde en la fonda de la estación. Allí causó nuestra llegada una impresión enorme. Ocupábamos por completo una de las cabeceras de la mesa redonda, en cuyos restantes asientos comían también muchos pasajeros de primera clase que nos miraban sin disimular su asombro. ¡Europeos alternando mano a mano con hindúes! ¡Hindúes que condescendían en comer con europeos! Espectáculo sorprendente era aqúeste, y los cuchicheos acababan por ser exclamaciones en alta voz.

Dos oficiales que conocían al takur le llevaron aparte, y después de estrechar su mano iniciaron con él una conversación muy animada, cual si discutieran algún asunto, aunque después supimos que trataban tan sólo de satisfacer su curiosidad respecto de nosotros.

Nos enterarnos también aquí de que éramos objeto de vigilancia policíaca, realizada por ciertos individuos de traje blanco, tez fresca y largos bigotes. Era el tal un agente de policía secreta que nos había seguido desde Bombay. Al saber noticia tan satisfactoria, el Coronel se echó a reír a carcajadas, lo cual sólo sirvió para ser considerados más sospechosos aún por los angloindos que digna y tranquilamente saboreaban su comida. A mí me produjo muy desagradable impresión la noticia, y confieso que ansiaba por momentos que terminase la comida.

El tren para Allahabad salía a las ocho, y teníamos que hacer noche en él. Al efecto, habíamos mandado reservar diez asientos en un departamento de primera clase, evitando así el tener que viajar con gente extraña. Había, no obstante, razones para pensar que no me sería posible el dormir aquella noche, e hice provisión de velas para mi lámpara de mano. Arrellanada, pues, en mi cojín, empecé a leer el interesantísimo folleto del Dr. Paul.

El Dr. Paul, entre otras cosas muy notables, explicaba minuciosa y sabiamente el misterio de la suspensión, de la respiración y otros varios fenómenos realizados por los yoguis y que a primera vista se deputarían imposibles.

He aquí, en pocas palabras, la teoría del Dr. Paul. Los yoguis han sorprendido el secreto del camaleón cuando puede, a voluntad, tomar aspecto ora como de plenitud, ora como de delgadez, ya que dicho animal parece enorme cuando tiene los pulmones llenos de aire, mientras que en su estado normal parece una espátula de puro delgado. Por análogo procedimiento muchos otros reptiles logran atravesar a nado y con toda facilidad los ríos. El aire que almacenan en sus pulmones, después de haber oxigenado completamente su sangre, les permite viva agilidad, tanto en el agua como en la tierra. La facultad de almacenar una considerable provisión de aire es rasgo característico de cuantos animales experimentan el fenómeno fisiológico que se llama hibernación o letargo invernal.

Pues bien, los yoguis hindúes, decimos, han estudiado semejante aptitud de aquellos animales, perfeccionándola y desarrollándola en sí mismos. Los medios, al efecto, por ellos denominados *Bhastrika Kumbhaka*, son los siguientes: Primeramente el yogui se aísla en una cueva o subterráneo donde la atmósfera es más uniforme y más húmeda que en la superficie de la tierra, lo cual, por de pronto, le produce una disminución considerable del apetito. El apetito del hombre, en efecto, es proporcional a la cantidad de ácido carbónico exhalado por la respiración. Los yoguis suprimen la sal y viven sólo de leche que toman por la noche. Muévense además con cuanta lentitud les es dable para disminuir la intensidad respiratoria, porque el movimiento aumenta la producción y exhalación del ácido carbónico, razón por la cual el procedimiento yogui, como va dicho, prescribe el evitar el movimiento. El hablar rápidamente y en voz alta es sabido también que aumenta el ácido carbónico, merced a lo cual se enseña a los yoguis el

hablar en voz baja y lentamente, llegando hasta aconsejarseles que hagan voto de silencio. El trabajo físico, por otra parte, es propicio al aumento del ácido carbónico, y el mental a su disminución, y por ello el yogui se pasa la vida de un modo contemplativo y con profundas meditaciones. *Padmâsana* y *Siddhâsana* son los dos métodos por los cuales se les enseña a respirar lo menos posible.

Suka-Devi, el célebre operador de prodigios de la segunda centuria antes de Cristo, dice a este propósito. –Colóquese el pie izquierdo sobre el muslo derecho y el pie derecho sobre el muslo izquierdo; estírense el cuello y la espalda, apóyense las palmas de las manos sobre las rodillas; ciérrese la boca, y exhálese fuertemente el aire por las fosas nasales. Después inhálese y expírese rápidamente hasta sentirse fatigado. Luego aspírese por la fosa nasal derecha, llenando la región abdominal con el aire así aspirado. Conténgase entonces el aliento y fíjese la vista en la punta de la nariz. Expírese más tarde por la fosa nasal izquierda; aspírese por la misma fosa; conténgase, en fin, la respiración, continuando así sucesivamente.

Cuando un yogui, a fuerza de práctica, logra mantenerse en la forma indicada durante tres horas, y vivir con una ración de alimento proporcional al estado de la circulación y respiración así reducida, sin tropezar con inconvenientes serios, se procede, dice el Dr. Paul, a la práctica de la *Prânâyâma*, o sea al cuarto grado de la *Yoga*.

La *Prânâyâma*, a su vez, consta de tres partes. La primera, excita la secreción del sudor, en la segunda, las facciones experimentan movimientos convulsivos, y la tercera, da al yogui una sensación de extraordinaria ligereza física.

Después de esto el yogui practica la *Pratyâhâra*, que es una especie de letargia voluntaria o estado de trance, caracterizada por la absoluta suspensión de todos los sentidos. Seguidamente viene la *Dhâranâ*, que, no sólo detiene la actividad física de los sentidos, sino que logra sumergir a las facultades mentales en el sopor más profundo. Semejante período, que determina en el yogui enormes sufrimientos, requiere gran resolución y firmeza, pero mediante él se alcanza la *Dhyâna* o estado del más perfecto, gozoso e indescriptible éxtasis. Según las descripciones de los yoguis, cuando se alcanza este estado se flota en el seno del océano de eterna e inefable luz, denominado *Akâsha* o *Ananta Jyoti*, por ellos llamada “Alma del Universo”. En tal estado de *Dhyâna* el yogui es clarividente, y semejante grado yogui es el mismo de *Tûrîya Avastha* de los vedantinos, en cuya doctrina están incluidos los *Raja-yoguis*.

“*Samâdhi* es el último y más perfecto estado de voluntario trance –dice el Dr. Paul–. En semejante estado, el yogui, ni más ni menos que el murciélago, el topo, el puerco-espín, el lirón, la marmota, etc., adquieren la facultad de no necesitar por entonces de más aire y de privarse de todo alimento y bebida. De esta *Samâdhi* o hibernación humana se han dado tres casos en los últimos veinticinco años: el 1.º, en Calcuta; el 2.º, en Jesselmere, y el 3.º, en el Punjab. Yo mismo fuí testigo del primero. Los yoguis de Jesselmere, Calcuta y Punjab, tenían todo el aspecto de verdaderos cadáveres, con las lenguas vueltas hacia dentro, y no poco hubo de preocupar a los sabios de Europa aquel faquir del Punjab, observado por el Dr. Mac Gregor, quien,

deteniendo la respiración, como va dicho, vivió cuarenta días sin alimento ni bebida. Caso análogo fué el del brahmán de Madrás, quien, basándose en la *Laghimâ* y *Garimâ*, o sea, disminución del peso específico del cuerpo aspirando grandes cantidades de aire por un procedimiento de yoga, pudo llegar a flotar en el aire, sin apoyo alguno.

Todos estos fenómenos, sin embargo, son meros fenómenos físicos producidos por los *Hatha-yoguis*, y todos ellos deberían ser investigados por la ciencia física, aunque sean infinitamente menos interesantes que aquellos otros que caen ya bajo el dominio de la Psicología. El Dr. Paul casi nada nos dice sobre este último extremo. Durante los treinta y cinco años que ejerció su profesión en la India, solamente conoció a tres *raja-yoguis*, quienes, no obstante la amistad que profesaban al doctor inglés, ninguno consintió en iniciarle en los secretos de la Naturaleza, cuyo pleno conocimiento se les atribuye. Uno de ellos, negó simplemente hasta que poseyese semejante poder; otro, no lo negó y hasta mostró al Dr. Paul algunos hechos maravillosos, pero se negó, en absoluto, a darte explicaciones acerca de sus causas, y en cuanto al tercero, se mostró propicio a explicar alguno de ellos bajo condición de que el doctor se comprometiese solemnemente a no divulgarlos jamás. Como el propósito del Dr. Paul era el de adquirir tales conocimientos para darles publicidad esclareciendo la ignorancia pública, declinó tamaño honor.

A decir verdad, no obstante, los dones o virtualidades de los *raja-yoguis* son mucho más notables y excelsos que los de los *hatha-yoguis*, verdaderos legos laicos. Dichas facultades o dones de aquéllos son puramente psíquicos y a los conocimientos de los *hatha-yoguis* unen los *raja-yoguis* toda la variada escala de los fenómenos mentales. Los libros sagrados atribúyenle los siguientes: predicción de lo futuro, don de lenguas, por el cual pueden comprenderlas todas; curación de todas las enfermedades, arte de leer en el pensamiento y de poder presenciar, a voluntad, cuanto acontece a miles de leguas de distancia; entender el lenguaje de los animales, incluso el de los pájaros; gozar de la *Prâkâmya*, o privilegio de conservar un aspecto juvenil durante períodos increíbles de tiempo; la facultad de poder abandonar sus cuerpos y entrar en otros cuerpos humanos, a voluntad; la *Vashitva*, o poder de dominar y de matar las fieras con la mirada y, por último, la fuerza mesmérica, mediante la cual el *raja-yogui* puede subyugar a cualquiera obligándole a obedecer sus meras órdenes mentales.

El Dr. Paul presenció los pocos fenómenos de *hatha-yoga*, ya descriptos, y asevera haber oído hablar acerca de otros muchos, cosa que ni cree ni niega, pero asegura que un yogui puede suspender la respiración durante cuarenta y dos minutos con doce segundos.

Sin embargo, las eminencias científicas de Europa aseguran que nadie puede aguantar sin respirar más de dos minutos. ¡Oh ciencia, ciencia! ¿Es posible que hasta tu augusto nombre sea también *vanitas vanitatum*, igual que todas las demás cosas de este mundo? No cabe duda, pues, de que en Europa no se sabe una palabra acerca de los medios de que se valen los filósofos de la India, desde tiempo inmemorial para transformar gradualmente su organismo.

Véanse las palabras del profesor Boutleroff, el gran hombre de ciencia a quien tanto respetamos los rusos: "... Todo fenómeno es objeto de estudio y sabiduría: el aumento del caudal de nuestros conocimientos enriquece a la ciencia y no viene en modo alguno a abolirla. La ciencia debe construirse a fuerza de observación metódica, estudio y experiencia, al tenor de métodos estrictamente científicos por medio de los cuales se enseñe a reconocer toda clase de fenómenos naturales. Lejos, pues, de exigir que se acepten ciegamente las hipótesis, a imitación de las pasadas épocas, deseamos, por el contrario, que se investigue. No inducimos, no, a abandonar la ciencia: sí a ensanchar su campo de acción de trabajo..."

Esto se decía al hablar de fenómenos espiritistas. Respecto a otros sabios fisiólogos, ellos no tienen derecho sino a decir: "Nosotros conocemos bien ciertos fenómenos naturales, personalmente estudiados e investigados por nosotros *bajo ciertas condiciones*, normales o anormales, y sobre ellos garantizamos la exactitud de nuestras conclusiones". No obstante, al mismo tiempo, deberían añadir: "Pero no tenemos la pretensión de asegurar al mundo que, conocemos todas las fuerzas de la Naturaleza. No pudiendo sostener que el organismo humano sea incapaz de desarrollar ciertos poderes transcendentales y observables sólo bajo ciertas condiciones desconocidas para la ciencia, nosotros no tenemos derecho a obligar a otros investigadores a encerrarse dentro de los límites de nuestros descubrimientos científicos".

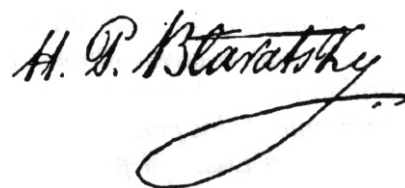
Pronunciando esta noble y al mismo tiempo modesta profesión de fe, nuestros fisiólogos se captarían, seguramente, el eterno agradecimiento de la posteridad. Después de este deslinde de campos ya no habría temor alguno a la burla, ni peligro de arriesgar uno su reputación de normalidad, veracidad y cordura, y otros sabios, colegas de estos fisiólogos tolerantes, investigarían seriamente y con plena libertad todos los fenómenos de la Naturaleza. Los fenómenos llamados espiritistas subirían por cima del triste nivel de la tarea de echar las cartas o de materializar con evocaciones los espectros de las "suegras difuntas", hasta las regiones serenas de las ciencias psico-fisiológicas. Los célebres "espíritus" se evaporarían, probablemente y en su lugar otros espíritus vivientes "que no pertenecen a este mundo" serían mejor conocidos y comprendidos por la Humanidad, porque los hombres no llegarían a abarcar la armonía del conjunto del Universo hasta tanto de que sepan al detalle de cuán inextricable modo está ligado el mundo visible con el invisible.

Tras semejante confesión, Hæckel, a la cabeza de los evolucionistas y Alfredo Russel Wallace a la de los espiritualistas, se verían aliviados e iluminados en sus actuales dudas y se darían la mano fraternalmente... ¿Qué puede haber que impida a la Humanidad el reconocer dos fuerzas activas dentro de ella: la una puramente animal y la otra puramente divina?

No es la misión de los hombres científicos, en efecto, por eminentes que sean, la de obligar al curso de los astros, o sea "a las dulces influencias de las Pléyades" a seguirles, aunque ellos hayan escogido por guía a "Arcturus con sus hijos". En su orgullo meramente mentalista, no se les ha ocurrido nunca dirigirse parafraseada la pregunta aquella que "la Voz que salía del Torbellino", dijo al paciente Job: "¿Dónde estabas tú

cuando yo echaba los cimientos de la Tierra... ?” ¿Acaso las puertas de la muerte se han abierto de par en par ante ellos revelándoles sus secretos?

Solamente en tal caso es cuando tendrían derecho a sostener que *aquí* y no *allá* está la morada de la *Luz Eterna*.

A handwritten signature in black ink, reading "H. P. Blavatsky". The signature is written in a cursive, flowing style with a large, decorative flourish at the end of the name.